

Y ASÍ GANÉ CUANDO PERDÍ

Evelyn Ariza



Prólogo

“El primer amor no siempre llega en orden”

Luca Solic

Hacía un frío increíble ese día. Estaba en Madrid, había llegado en avión hacía unas horas y un taxi me dejó en la calle del Prado. Para ser tan temprano y un martes cualquiera, encontré muchísima gente por la calle andando. Bajé del taxi tranquilamente y me fui directo al hotel a dejar las cosas. El viaje fue corto, no duró más de dos horas desde Barcelona. Hacía mucho que no cogía un vuelo. Esta vez no fue por ocio, fui por un viaje de negocios: había cerrado un cliente importante que podría cambiar mi situación económica y quería aprovechar la oportunidad para poder desconectar unos días de la familia, del estrés de estar siempre haciendo lo mismo.

Había quedado en el aeropuerto con mi socio que se empeñó en acompañarme. Edgar era un hombre de 42 años, muy serio. Desde que lo conozco y empezamos a trabajar juntos apenas le había visto sonreír, siempre tenía un gesto grave y su única prioridad eran el trabajo y los negocios. No perdía la más mínima oportunidad, pero ese día perdió el avión.

Llegué al aeropuerto un buen rato antes de que saliera el vuelo, ya que no quería sorpresas para evitar la posibilidad de perderlo. Una vez dentro, le escribí; me dijo que en cinco minutos llegaba, pero no fue así, por lo que estaba convencido de que esta vez sí iba a ir solo y, en el fondo, me alivió. Edgar es una persona muy callada, reservada, tanto que a veces parece que sea un poco "especial". Te mira fijamente, pero las palabras que suelta después de estar escuchando una conversación muchas veces no tienen relación con lo que hemos estado debatiendo o exponiendo. Despegó el avión y él no llegó. Al final, me fui solo.

Al llegar al aeropuerto de Madrid, cogí un taxi para que me llevara al hotel y, una vez allí, dejé las cosas en la habitación. Había llegado ocho horas antes de la reunión, así que me daba tiempo a ir a comer, luego volver al hotel, prepararme y ducharme para estar listo. Me fui caminando antes de nada para ver el sitio donde tenía la reunión y no llegar tarde, así podía saber cuánto tardaría en llegar. Cuando ya lo tenía todo controlado, me dirigí a comer algo. Sonó el móvil.

- ¿Dónde estás?
- Esta vez sí te has lucido. Qué poca seriedad...
- ¿Dónde estás?
- Te lo digo en serio, estoy en Madrid, que me voy a comer.
- Mándame la ubicación del restaurante que ahora llego.
- ¿En serio?
- Mándala.

Qué bonito es tener dinero. Edgar perdió el avión, pero en vez de irse a casa, cogió un taxi hasta Sants, compró un billete de AVE y salió disparado para Madrid. Qué más daba si tuvo que pagar 500 euros o 1000. Él ya había decidido que me iba a acompañar. Me relajó saber que

venía, ya que por más autosuficiente y profesional que me crea, llevo mal estar solo y hay demasiadas horas muertas que en compañía se llevan mejor.

Decidí buscar un restaurante que estuviera cerca de donde iba a tener la reunión y encontré un sitio cerca que tenía buena pinta, entré, pedí mesa y mientras me traían la bebida me encontré a un político de farándula sentado en la mesa de al lado, al verlo, mi mente, automáticamente y sin mi permiso, cogió el móvil y le escribió.

- Hola, ¿entiendes de política?
- No, ¿por?
- Mira con quien estoy...- le envié una foto de la mesa de al lado.
- No sé quién es.
- Es Eduardo Lindal.
- No sé quién es.
- Un político raro de la farándula.
- Ah...

Ahora viene la gran pregunta: ¿por qué lo primero que hice al sentarme, ver a ese hombre y hacerle una foto, fue pensar en ella? ¿Por qué en ese momento de las 450 personas que tengo como contactos y que les podría interesar más esa conversación le escribí a ella? No lo sé, esa es la respuesta, sencillamente lo hice. En este punto aún puedo casi garantizar que no me gustaba. No de verdad. Era una "compañera" de trabajo, por lo que no tenía sentido que fuera en quien primero pensara.

Pasó el día, llegó Edgar, tuvimos la reunión y fue un éxito. Salimos a cenar, bebimos, acabamos en una discoteca. Volví a pensar en ella. Esta vez le envié un video, seguí de fiesta, bebí hasta no acordarme de nada y al despertar, por primera vez, en lo primero que pensé fue en ella.

Capítulo 1

La primera vez

«La vida es una primera impresión. Tienes una oportunidad. Hazlo eterno».
J. R. Rim

Cómo empezar a describirla. Supongo que comienza del mismo modo para todo el mundo cuando te cruzas con alguien por primera vez, aunque en este caso fue distinto para mí.

Llegó el verano y Evelyn estaba trabajando en la empresa que conseguí hacer como cliente. Creo que nos cruzamos dos veces y no mediamos palabra; no es que nos ignorásemos, sencillamente fui a una reunión de trabajo y pasaba caminando cerca de la mesa de reuniones donde estábamos todos sentados. Bueno, la vi y creo que nos fijamos unos pocos segundos en ella: iba “encorvada”, no sé bien cómo describirlo, era rubia, estaba llena de tatuajes, iba mirando al suelo, con shorts y escote. Iba diciendo algo, aunque no sé bien el qué, lo que sí tengo claro es que se puso el cigarro en la boca y se dirigió a las escaleras para bajar a fumar.

Lo primero que pensé fue que era enchufada o familia directa del dueño, ya que era una presencia un tanto inadecuada para estar en una oficina y su forma de actuar dejaba mucho que desear. La ignoramos rápido, puesto que nuestro objetivo era cerrar el cliente. Estuvimos varias horas hablando del proyecto, de cómo podíamos encajar en su modelo de negocio, de la rentabilidad que le traería aportar tecnología a su empresa, y, en menos de dos horas, acabamos con un apretón de manos. Parecía que el producto encajaba perfecto y que la relación con ese cliente iba a ser muy buena. Ese día ya no la vi más. Pasó tan fugaz que ni siquiera entre los compañeros que estábamos después de la reunión la comentamos. Lo único que sí pude deducir ese día por las voces que oímos desde la puerta antes de irnos es que, por las discusiones con Antonio, posiblemente ella iba a dejar la empresa.

La siguiente vez que la vi, la llamé. Pasaron aproximadamente tres meses desde que la vi por primera vez. No solo conseguimos vender el software al cliente, sino que me involucré más en la empresa y me ofrecieron participaciones a cambio de poder colaborar con ellos de forma activa. El proyecto de la distribuidora de alimentación me había gustado desde el primer momento, era una empresa joven la que se estaba formando, pero estaba soportada por otra del propio Antonio, por lo que tenía bastante pulmón económico y eso me daba seguridad para apostar por el proyecto por lo que mi única condición fue tener un buen equipo con el que trabajar en él. Tenía varios perfiles en mente, pero una de las cosas que más necesitaba en ese momento era a alguien que tuviera algo de experiencia con los programas de contabilidad para poder llevar controlados los gastos y la facturación de la empresa. Fue en ese momento cuando ella me vino a la mente: se necesitaba a alguien de confianza y, aunque su actitud me dejó frío la primera vez que la vi, pensé que era familia directa lo que la haría que se implicara en el proyecto y me quitaría problemas a la hora de controlar esa área.

La primera vez que me la describieron me hizo reír: una mujer un tanto especial. Recuerdo que me senté con Antonio, su tío, y me dijo:

- Verás, Jaime, Evelyn no es mala mujer, pero tiene un carácter... Solo se mueve por dinero. Hace dos semanas yo mismo la llamé, la senté en esa silla, esa misma en la que estás tú.

- Jajaja, no será para tanto, Antonio, todo el mundo trabaja por dinero, es normal.

- Créeme que no, Jaime, le dije que viniera a trabajar y le ofrecí mil euros. ¿Sabes lo que me contestó? "Para esa mierda de dinero trabajas tú" -intenté aguantar la risa. No me esperaba esa respuesta, pero menos esperaba lo que seguía-. ¿Sabes que más le dije? Y eso que la quiero como a mi hija, yo siempre le digo que solo me ha faltado follarme a su madre para ser su padre, jajaja. En fin, que le dije: pues vete a tomar por culo y a seguir sirviendo copas por 800 euros de mierda.

Ahí me di cuenta de dos cosas: descubrí que estaba trabajando de camarera y que en esa familia todos tenían el mismo carácter y estaban igual de locos. Sonreí y le dije a Antonio que me diera su teléfono que de igual manera hablaría con ella. No podía ser tan difícil: si estaba trabajando los fines de semana, esto le vendría bien para sacarse un dinero extra y solo tenía que ofrecerle un poco más del que le había ofrecido Antonio y alguna promesa de futuro para que se viniera con nosotros. Hablé un buen rato con su tío, me contó cuál era su idea del negocio, de lo que le gustaría tener, a dónde le gustaría llegar y me volvió a insistir en que no perdiera mucho tiempo con ella. Era su sobrina e insistía en que la conocía lo suficiente para asegurarme que no iba a participar en el proyecto. Me dio su teléfono y, entre risas y abrazos, nos despedimos ese día. Parecía un buen tipo, sincero, igual demasiado, pero transmitía la ilusión de lo que contaba y eso me hacía sentir que el tiempo que yo le dedicaba al proyecto valía la pena.

Ese día llegué a casa antes de lo esperado. Al salir de la reunión con Antonio, bajé a la oficina que tenía en Viladecans para explicar la situación al resto del equipo. No estuve mucho rato, ya que entre una empresa y otra tenía casi 45 minutos de coche y, la verdad, conducir era algo que me agotaba. Resumí todo lo que estaba haciendo y pedí a mi equipo que, durante al menos los tres primeros meses, me cubrieran un poco las espaldas para que me pudiera dedicar bien a formar el equipo de la distribuidora. Nada más acabar de explicar todo, me marché.

Recuerdo que ese día al llegar a casa le escribí. Fue algo sencillo, directo, ya que había una parte de mí que pensaba que igual ni contestaría. Aun así, lo probé.

“Muy buenas, Evelyn, soy Jaime, estoy negociando con tu tío montar un nuevo equipo para el proyecto de distribución y me ha hablado de ti. Me ha comentado que dominas el software de gestión y que, cuando estabas con él, te encargaste de la parte de administración. Podríamos quedar y charlar un rato”.

Un mensaje largo me daba la seguridad de que lo leería de golpe. Luego, si contestaba o no sería otra cosa, pero al menos captaría su atención en un solo texto. A los pocos minutos, me contestó:

“Ok, dónde nos vemos”.

No esperaba esa respuesta, aguardaba más reticencia. Me sorprendió bastante, pero decidí quedar con ella y así ver qué clase de persona era, ver si podía encajar. Al final, trabajar con familia y amigos no es buena idea, pero son los que suelen jugar con menos presupuesto, así que aproveché esa situación. Parecía que el equipo que necesitaba estaba apareciendo y, después de leer su mensaje, le contesté: “Quedamos en el bar de al lado de la empresa”. Aproveché para relajarme un poco. Estaba en casa y ya se me había hecho bastante tarde, no más de las nueve.

Por eso, fui a la cocina a cenar algo y tomar una copa de vino. Me di cuenta de que mi mujer ya se había ido a la cama con los niños. Me asomé para ver si estaban despiertos aún y así darles las buenas noches, pero no tuve suerte.

Me gustaría entender en qué momento una persona deja de soñar, deja de creer que es capaz de conseguir algo. Si analizo mi vida desde que empecé a conocer a chicas o más bien a tener relaciones, me doy cuenta de que cuando uno es joven, siente y cree en multitud de cosas que puede tener, que puede conseguir. Es como si los sueños que se pasan por la cabeza son todos alcanzables. Cuando tuve mi primera novia, recuerdo que aún no veía ni porno, no sabía nada de sexo, no había visto más que tres o cuatro tetas en mi vida y una era la de mi madre un día que, mientras se cambiaba, abrí la puerta. Es curioso cómo cuando inicias tus relaciones te vas descubriendo, y no solo tú, sino que ves cómo la pareja que tienes al lado siente lo mismo. Esos momentos son increíbles, ya que poco a poco vas avanzando y cada cosa que pruebas te lleva a querer probar una nueva. Conforme pasan los años, vas obteniendo información de todo: internet nos deja ver todo tipo de cosas, escuchas anécdotas de tus compañeros de trabajo... Y hay una etapa en la vida donde apenas pruebas nada, pero cada cosa que haces es única. Entre los 20 y los 25 más o menos crees que puedes hacerlo todo, ahí ya eres consciente y ya has visto y escuchado lo suficiente como para proponer, atreverte a jugar y probar y muchas veces por vergüenza no lo haces, pero en tu mente sí existe ese deseo, esa perversión, esa necesidad de querer seguir probando y descubriendo todo tipo de sensaciones y tienes la valentía, la decisión y la actitud para hacer partícipe a tu pareja, y si no cambiar, pero, en algún momento de la vida, no sé en qué momento, eso cambia. Cuando empecé mi relación con Patricia, y esto me ha pasado con muchísimas chicas, hablábamos de todo lo que había hecho y de todo lo que queríamos hacer. En esos primeros días, hay disposición a todo, aunque, en realidad, solo llegue un pequeño porcentaje de las cosas que uno dice. Sin embargo, en la mente sí se crean esas proyecciones, esos sueños que uno desea hacer realidad. Conforme pasan los años, esas sensaciones, esos pensamientos que uno tiene se van apartando y se van almacenando en un tipo de cajón donde solo alcanzas a volver a ver o sentir en sueños, donde vas viendo que no los vas a realizar y empiezas a priorizar otros tipos de cosas, donde la balanza sobre lo que tienes y lo que necesitas se empieza a equilibrar y es en ese momento donde uno desiste, en ese momento uno deja ya de pensar que puede hacer de todo, que puedes pedir de todo, ya que, entiendes que no va a funcionar. En ese punto estaba en la vida. Mis recuerdos y experiencias me perseguían, me acosaban, había una parte de mí que quería obtener de una sola persona lo que había tenido de varias y me sentía con el poder o la creencia de hacer que mi mujer fuera consciente de mi necesidad y la compartiera conmigo, de obtener el sentimiento de libertad, pero no fue así. En algún momento que ya no recuerdo, acepté que no iba a tener lo que deseaba, que mi apetito sexual no iba a ser saciado, que lo que veía en internet, el porno que tanto me gustaba, se quedaría en eso, en una triste paja soñando llegar un día y poder recrear esas escenas lascivas en las que era protagonista y me sentía increíblemente poderoso. Mis días eran sueños frustrados sexualmente y el recuerdo de mis sensaciones pasadas, poco a poco, se fue apagando. En algún momento que sigo sin saber determinar, yo, como hombre, dejé de creer que podía volver a sentir esa sensación de descontrol y deseo, esa sensación de libertad, y la cambié por una monotonía estable, donde los días eran iguales, donde las aventuras solo estaban en mi cabeza y donde mi mayor logro, mi mayor placer, pasó a ser única y exclusivamente laboral: centrarme en los negocios y ver qué podía hacer. En cuanto a la comunicación, crucial para una pareja, también se torció. Hoy la gran mayoría de cosas no se obtienen porque no se piden, o por mera vergüenza, algo tan sencillo como “quiero que te pongas esta lencería” o “quiero que fumemos

marihuana para sentir más follando” o “quiero usar un vibrador mientras follamos” son cosas que ambos piensan y ninguno se atreve a decir, y, sin embargo, cuando uno lo dice, cuando uno se atreve, se rompe esa barrera y la pareja disfruta. No era mi caso. Había tenido mil charlas con Patricia en la que le indicaba mi necesidad, mi malestar, y siempre las respuestas eran negativas; al contrario, cuanto más solicitaba, cuanto más pedía, más se hundía en una autoflagelación emocional donde, en vez de empoderarse, se sentía menos “digna” de tenerme. Eso la frustró y la llevó a entrar en un estado de “piloto automático” donde la negación era su respuesta a la gran mayoría de propuestas. Eso hizo que dejara de proponer.

La reunión fue en un bar un par de días después. Me desperté con resaca, no de alcohol sino de pastillas para dormir. Desde hacía unos años sufría muchísimo de insomnio: el estrés del trabajo, la presión de los pagos y de saber que mi familia dependía solo de mi economía, no me permitía descansar bien, no era capaz de apagar la mente en ningún momento y empecé a tomar pastillas para dormir. Empecé con Dormidina, después subí a Diazepam y acabé tomando Trankimazin. Al final, el cuerpo se acostumbra a todo y las dosis que tomas deben ir subiendo para mantener el efecto, el problema es que, al día siguiente, el cuerpo se levanta, pero la mente queda aún entumecida. Me tomé un café bien cargado, como cada mañana, y me arreglé. No hacía buen día, estaba nublado y, al mirar el GPS para ir a la reunión con ella, vi que había caravana. La mañana no empezaba muy bien, pero me había propuesto levantar ese proyecto y estaba convencido de que, en pocos meses de sacrificio, lo conseguiría. Llegué con quince minutos de retraso al bar y, al llegar, ya estaban allí. Estaba con su primo sentado a una mesa, los dos mirando el móvil y con cara de pocos amigos hasta que me acerqué a saludarlos y me senté con ellos. Tenían la misma edad y la misma presencia, eran como una mezcla entre moderno y chungo: los dos tatuados, los dos con “códigos de calle” y los dos muy directos. Lo que vi no me recordó a esa primera vez en la que estaba sentado a la mesa, reunida, esta vez vino mucho más arreglada, con otro porte. Si tuviera que describirla de nuevo, sería muy distinto: esta vez lo que vi fue a una mujer con el pelo super recogido, rubia, los labios pintados con un tono oscuro, una mirada directa que no apartaba en ningún momento y un cuerpo de modelo. No la recordaba para nada así y, al ponerme frente a ella, no tuve más opción que empezar a hablar para que no se diera cuenta de que la estaba “repasando” toda entera.

- Bueno, Evelyn, cuéntame.

- Pues nada, yo soy muy clara. Ya hablé con mi tío y lo que no voy a hacer es trabajar ahí por una mierda de sueldo.

- Entiendo, ¿qué te ofrecieron? - dije aun sabiendo todo lo que le habían ofrecido, pero quería oír cómo me lo contaba ella.

- Me han ofrecido 1000 euros de mierda por trabajar ahí. Ya le he dicho que no. Por trabajar los fines de semana me pagan 800 euros. Es una mierda y tengo que aguantar borrachos, ¡pero prefiero eso que estar todos los días para mil euros!

- Bueno, la idea es que ahora las cosas han cambiado. Por lo que me dice Antonio, la empresa se encuentra en un momento delicado, pero vamos a montar un buen equipo y me gustaría que probaras a formar parte de él.

- ¿Qué ofreces? - ella era directa y, en ese momento que aún no la conocía de nada, lo primero que pensé es que mejor tener a alguien que te diga las cosas claras, que no quien te sonría y luego no atiende.

- Bueno, estamos montando un sistema de escalado. La idea es que ahora cobras poco. Miraríamos para poner algo más estándar, unos 1200 aproximadamente y, cumpliendo una serie

de objetivos, irás subiendo.

- ¿Y qué tendría que hacer?

- Bueno, si te soy sincero, ahora mismo te tocaría hacer de todo. Precisamente faltan bastantes perfiles dentro de la empresa, así que tendrías que ir adaptándote.

- ¿Y qué horario sería?

- Bueno, eso también tendríamos que cuadrarlo, entiendo que al principio no hay horario, si no faena.

Ella me miró directamente, no giraba la cabeza ni dudaba, analizaba cada palabra que le decía mientras su primo estaba con el móvil. José Antonio era, a su vez, el hijo de Antonio, por lo que me había explicado, era como el hermano de Evelyn. Los dos se habían criado juntos. El padre de Evelyn se fue de casa cuando ella era una niña y Manoli, su madre, aprovechaba cada momento que podía para estar con su hermana, la mujer de Antonio. Tenían la misma edad, iban al mismo instituto de jóvenes y ambos se habían criado de la misma manera. Desde fuera, parecían dos consentidos, se les veía a ambos que no habían luchado mucho por conseguir nada, sin embargo, ahí me encontraba, delante de ellos, exponiendo cómo podíamos potenciar su futuro. La empresa era familiar y, si lo hacían bien, el negocio se estaba montando para ellos. La diferencia entre los primos en ese momento es que ella estaba con una actitud marcada, atenta y él, sin embargo, estaba con el móvil, sin hacerme caso, esperando a que acabara mi charla para, probablemente, irse a casa a seguir sin hacer nada.

Me gustó esa actitud, me gustó su carácter. No vi a una superprofesional, pero no cualquiera acepta una propuesta tan abierta o al menos no hace algún gesto de negación a la condición que se le pone, sin embargo, ella no lo hizo. En parte, eso me preocupó, no hizo ningún comentario, nada, me miraba para que siguiera hablando y acabara de contar mi película, si le convencía toda, entraría, si no, probablemente, me mandara a la mierda ahí mismo. Lo que sí tenía claro es que, si entraba, ella me quitaría la faena a mí de tener que ponerme tenso con alguien. Haría que ella se encargara de eso y listo.

- La idea, Evelyn, es que durante el transcurso de estos días te envíe un documento con las condiciones que hemos pactado. En este documento, tendrás el escalado de condiciones y lo que se espera de ti.

- Bueno, me parece bien.

- Entonces cuento contigo, nos veremos el lunes.

- Aún no te he dicho que sí. Tú envíame ese documento y cuando me lo lea, te digo algo...

Esa misma tarde, después de tomar el café, cada uno se fue por su lado. Llegué a la nave donde estaban Antonio y su equipo, le comenté lo que había hablado con Evelyn y él, sonriendo, me dijo que seguro de que no iba a acceder, que la conocía mucho. Le dije que, si estaba dentro, que confiara en mí. Lo que no le dije es que había usado esa misma técnica de negociación varias veces. Ofreces poco y escalas rápido y lo que buscas es que te sigan a ti como líder, no al proyecto. Si sabes hablar bien, usar el tono adecuado y darle notoriedad a la persona, casi siempre pican. Redacté el documento y se lo envíe por mail. Ese mismo día, recibí su primer *whatsapp* en mi número de empresa.

- Buenas, Jaime, soy Evelyn. Me he leído el informe que me has mandado, pero en él no pone ni horario ni sueldo base...

- Buenas, Evelyn. No, claro que no. Mírate el resto, es decir, las obligaciones y los objetivos.

Ese día ya no me contestó, así que pensé que igual Antonio tenía razón y, por más que le ofreciera, no iba a entrar al juego de apostar por un proyecto. Quizás buscaba algo que no le complicara tanto la vida.

Llegué tarde a casa porque ir a la oficina de la distribuidora y encontrarme con Antonio y su equipo era charla asegurada. Estaba apostando mucho por el proyecto y, dado que le había ofrecido mi experiencia y dedicación, una parte de mí debía de estar con él y más en los momentos de cuadrarlo todo. Ya había avisado al equipo de mi otra empresa de este cambio, lo que no había hecho aún era avisar en mi casa de que las cosas podían cambiar un poco en las siguientes semanas. Eran más o menos las ocho de la noche, los niños ya estaban bañados, habían cenado y estaban viendo dibujos. Nada más abrir la puerta, se lanzaron sobre mí y estuvimos jugando a mordernos, a lanzarlos por los aires. Les daba su dosis de adrenalina. Patri salió de la cocina al escuchar el follón y se acercó a nosotros.

- Has llegado bastante tarde hoy también. Debes organizarte mejor y pasar más tiempo con los niños.

- Ya lo sé, cariño, pero ya sabes que me obsesiono con los proyectos y creo que esta distribuidora puede ser un super proyecto.

- Vas a olvidarte de tu negocio principal y te vas a arrepentir.

- Llevaré los dos, no hay problema en eso, además ya he hablado con los chicos.

- Sabes que no, te conozco, vas a seguir llegando tarde cada día, ¿verdad...?

- No, no, es solo al principio. Debes entenderlo.

- Bueno, no lo comparto, pero, bueno, vas a hacer lo que quieras como siempre.

- Patri, no te enfades, ya sabes que quiero hacerlo.

- Lo sé, yo no te digo nada, no juegues ahora con los niños que se despiertan y luego les cuesta dormirse.

- Ok...

Tal cual le dije esto y se fue a la cocina, volví a lanzarme sobre ellos. Estaba bastante agotado así que mis pilas con ellos duraron poco y menos mal, ya que salió Patri de la cocina y, con la mirada que me echo a mí, hasta los dos niños pararon de jugar. Volvió a acostar a los niños mientras yo me duchaba para aprovechar el momento y se quedó dormida con ellos. Esta vez no hice ni el intento de despertarla, les cerré la puerta y me fui a mi cama a leer. Otro día más cerrado y otro trankimazin que cada segundo que pasaba me dejaba más y más apagado.

Me desperté con la alarma del móvil. Me había comprado hacía poco el Galaxy Fold 3 y estaba a cada momento con él, era mi nuevo juguete, así que cambié el reloj de mesa que tenía por un soporte del móvil con carga inalámbrica para dejarlo en todo momento al máximo de batería, y así me despertaba con la música que me apetecía e iniciaba la mañana conectado. Para mi sorpresa, nada más coger el teléfono para apagar la alarma, vi que me había contestado.

- Buenos días, lo he mirado bien y me parece correcto. Objetivos y obligaciones. Ya me confirmas cuándo tendría que empezar, y bueno... horario y demás. Gracias.

- Buenos días, me parece genial. Hoy estaré de 11 a 12 por la empresa, si te va bien nos vemos ahí y empezamos a cuadrar.

- Me parece bien, miro de pasarme y hablamos. Si no, cuenta que empiezo el lunes, ¿ok?
- Genial, te veo luego.

Era viernes por fin, el último día de la semana, en el que, por norma general, todo el mundo está contento y quiere *plegar* pronto. Para mí, los viernes siempre habían sido los peores días porque hasta el lunes no podía volver a trabajar y a mí me aportaba aventura, salir al mundo, vivir nuevas experiencias y crecer en todos los sentidos, mientras que los fines de semana siempre eran iguales: en verano, con los niños, íbamos a la torre de mis abuelos a bañarnos a la piscina; en invierno, comíamos con la familia, pero ese viernes no pensé mucho en eso, ahora tenía un proyecto nuevo y podía implicarme tanto como quisiera, así que aproveché la mañana, me tomé mi café largo, me preparé para empezar y salí directo esta vez hacia la distribuidora. Llegué temprano, aunque ellos ya llevaban allí desde primera hora de la mañana. Abrían a los chóferes para que salieran a repartir a las cinco de la mañana y era Antonio quien se hacía cargo de abrir y cerrar cada día.

- Buenos días, Antonio, buenos días, José Luis.
- Buenos días, Jaime.
- Hombreeee, mira quién está aquí, ¿quieres un cafelito? - Antonio era muy enérgico, siempre que me veía me ofrecía lo que estuviera en su mano. Confió en mí desde el primer día y eso me gustó. Era un hombre de palabra, de los que te mira a los ojos y te dice que su palabra es ley.
- Siempre Antonio, ya lo sabes.
- Te vas a morir de tanto tomar café, Jaime – José Luis apareció por detrás.
- Jajaja, sí, ya no tomo tantos, con catorce al día me mantengo.
- ¿Cómo vas a tomar tantos?
- Necesito energía, hace años que tomo muchísimo café y ya mi cuerpo no sabe funcionar sin él- estaba enganchado a esto también. Cuando decía la cantidad que tomaba, la gente se lo tomaba en broma, pero cuando pasaban su primer día conmigo, veían que no lo era.
- Bueno, cuéntame, qué haces por aquí.
- Hablé con tu sobrina, creo que va a venir para hablar cuatro cosas antes de empezar.
- Quién, ¿la Evelyn? – José Luis lo dijo con cara de incrédulo y tono medio de broma-. ¡Esa no va a venir, hombre!
- ¿Ves, Jaime? Ya te lo había dicho yo.
- No entiendo cómo estáis tan seguros, yo creo que sí vendrá.

Los dos se reían y se miraban el uno al otro como si hubiera dicho una tontería, pero estaba seguro de que sí vendría.

- Voy a ver cómo están las cosas en el almacén, ahí os dejo con la risa, ¡pero que sepáis que si vendrá!
- ¡Hasta luego, amigo!
- ¡Venga, Jaime!

Me fui con un cuerpo extraño, aunque antes me invitaron a un café y, entre risas, les pregunté por qué estaban tan convencidos de que no iba a funcionar. Al parecer, tenían sus motivos y me los dejaron claros para que luego no hubiera sorpresas. Me explicaron que antes de montar la distribuidora, tanto Evelyn como José Antonio trabajaban en la empresa principal del tío. Ella se encargaba de la parte de contabilidad y su primo de gestionar algún cliente. Ese

negocio era muy rentable, pero cuando entré a preguntar por sus tareas lo que me dijeron es que ninguno de los dos hacía nada. Ambos hacían lo que les parecía en todo momento, que no eran responsables. En un momento, José Luis cogió su móvil e, imitando a Evelyn, puso el móvil debajo de la pantalla del ordenador, se sentó en una silla, poniendo medio cuerpo fuera, como estirado, y dijo: “No me molestes, que me encuentro mal, me duele la barriga. Así todo el día estaba, mirando YouTube, Instagram y pasando de su trabajo. Y José igual, o ni venía”. Me estaban explicando anécdotas de todo tipo y en todas me las planteaban igual, como dos irresponsables que les daba igual todo y que no habían trabajado ni una sola vez de verdad. No conocía mucho a Antonio en ese momento, José Luis no me daba buena espina, ya que lo veía una persona “traicionera”, de esas personas que crees que ocultan algo, pero lo que sí tenía claro es que la culpa de la gran mayoría de cosas era de su tío, él los había consentido y eso le había llevado a estar en esa situación. Conmigo sería todo distinto, yo no era su amigo, no quería que vivieran bien, había venido a ganar dinero y una parte de mí tenía la esperanza de que, por muy vagos e inconscientes que hubieran sido en el pasado, si les apretaba desde el primer momento me respondería, o, en el peor escenario, los dos fuera.

La escena del primo y ella sentados en una silla mientras yo le hacía la primera propuesta sucedió un miércoles, ese fue el día que la conocí de verdad, que le propuse todo y en el que empezó esta aventura. Fue un jueves cuando me contestó y en teoría, ya hasta el lunes no debía de pasar nada más, el viernes me preguntó si estaría en la nave y le dije que sí, pero al final no apareció. El domingo me escribió para preguntarme a qué hora tenía que entrar el lunes. Y ese día, al leer su mensaje, lo primero que pensé fue "si un día antes de entrar me pregunta el horario, mal vamos".

Mi negocio era la venta de software, como mi familia tenía un negocio de distribución y mi pasión siempre fue la informática, me dediqué durante unos años a preparar un software de gestión de flotas para controlar de manera digital las empresas y como el proyecto en el que entré con Antonio era una empresa de distribución pequeña todas las cartas estaban dispuestas para que en la partida, los dos ganáramos.

Dicen que las personas se forman en base a los referentes a los que uno admira, que según las personas con las que te juntas, con las que hablas, con las que compartes experiencias, uno va formando su esencia, su ser. De joven nunca fui buen estudiante, tampoco vi en mi casa a nadie leer, en mi casa todos eran trabajadores, muy trabajadores. Siempre que pienso en qué veía en casa de joven, me viene a la cabeza mi padre, que se va a trabajar o que vuelve del trabajo, siempre con una sonrisa, siempre cansado. Le veía luchar y levantarse casi sin dormir todos los días, pero le veía feliz. Él estaba sacrificando su vida por darnos una mejor vida a los demás. Su obsesión por ser el mejor trabajando, por tener la mejor empresa, se fue metiendo dentro de mí. Con dieciocho años, decidí que no iba a estudiar más. Estaba aburrido y no sabía qué hacer con mi vida. Entiendo que esa etapa la vive muchísima gente, pero en mi casa no estaba permitido no hacer nada, vivir del aire no era una opción por lo que me puse a trabajar con mi padre. Hasta los veinte años que me saqué el carnet de conducir, trabajaba en un almacén aviar. Para quien no sepa qué es, es una nave enorme llena de pollos muertos, una nave frigorífica donde hace un frío increíble y donde cada día entran aproximadamente veinte mil pollos en cajas que tienes que dividir entre la parte que se vende como pollo entero y la parte que va al despiece. Una vez que está todo listo, se cargan en los camiones para entregar a las paradas de mercados o a cualquier tienda que te compre el género. Todo este movimiento pasa en tan solo diez horas: el pollo entra,

se prepara y se va.

Cuando empecé a trabajar, mi único objetivo era salir. Cobraba unos 1300 euros, y con eso tenía. Jamás en mi mente estuvo la posibilidad siquiera de conseguir más dinero, ya que en mi entorno no era lo habitual. Sabía que mi padre ganaba mucho más dinero, vivíamos en una buena casa que había comprado hacía varios años, cuando la empresa empezó a funcionar bien, y, aunque una parte de mí entendía que algún día sería el “jefe”, no podía entender cómo se llega ahí del todo. Recuerdo que en una discusión en la que hablábamos de dinero, me dijo: “Hijo, en esta vida tienes dos opciones: o eres un trabajador normal, ganas 1300 o 1500 euros y te conformas, o luchas para ser el mejor, creces y podrás tener algo como lo que tengo yo”. No me lo dijo con maldad, ni siquiera fue una imposición, fue una simple reflexión, aunque en sus ojos mostraba una frustración enorme al ver que no me daba cuenta de lo que me estaba diciendo. En el fondo, solo veía ser ese trabajador del que él hablaba. La empresa fue creciendo y, poco a poco, había más trabajo e intenté crecer y adaptarme a él, sin embargo, mi “hambre” también creció. En cuanto me saqué el carnet de conducir, pedí ser chófer de una ruta. Estaba cansado de estar dentro de la nave y, para mí, llevar un camión era algo divertido y nuevo. Con veinte años, me veía a la altura de gente que tenía treinta o cuarenta, me sentía como ellos, sin embargo, cuanto más fui creciendo, más distinto veía a mi padre. Pasé de verlo siempre sonriendo a cada vez más serio. Una parte de mí quería demostrarle que era el mejor trabajador, pero, por más charlas que tuviéramos, no avanzaba. Él quería de mí algo que no sabía ver: quería que fuera algo más que un chófer porque yo era su hijo. Tenía que despertar y darme cuenta de que la empresa tenía que ser para mí, que tenía que aprender, aunque su dureza, sus formas de trabajar, de exigir y de ser, solo me hacían entender que debía de ser más y más rápido, más perfeccionista, pero no sabía ver que no debía ser mejor chófer sino mejor empresario.

Con veinte años nunca había visto más de 1300 euros juntos ganados por mí. Nunca había perdido, nunca había negociado nada. Él pretendía que fuera algo que no podía ser porque ni siquiera me lo podía imaginar y, aun así, dentro de mí se despertaba, cada día más, un sentimiento de ira y frustración al ver que no estaba siendo el hombre que él quería, además de un sentimiento de admiración por ver lo grande que era mi padre frente a mí.

Cuatro años después de estar trabajando de chófer, ascendiendo a jefe logístico, me planteé un cambio en mi vida. Había entrado en una dinámica de vida donde todo siempre era lo mismo. No sé cómo, algo se despertó en mí y vi que mi vida era monótona, recta. Podría casi asegurar que en cuatro años cada día había sido igual, la misma experiencia repetida. ¿Eso es la vida? ¿Esto es lo que me espera? En mi cabeza, constantemente, se acumulaban esas preguntas y una esperanza empezó formarse en mí: podía empezar de cero, hacer algo, montar un proyecto y hacerlo crecer. Podía demostrarle a mi padre que podía ser alguien como él, que lo superaría y no en su campo, sino en uno mejor, en uno donde pudiera ganar más, donde pudiera crecer más, donde me conocieran y en el que él estuviera orgulloso. Que cuando la gente le preguntara “¿por qué tu hijo no sigue el negocio?”, él pudiera responder: “¿No sabes quién es mi hijo? ¡Él hizo esto!”.

En esa etapa de mi vida, decidí empezar a emprender mis negocios. Sin él, habría fracaso en todos, cada uno de los que intenté, todos y cada uno de ellos. Él estuvo ahí aun sin entender nada, sin saber qué estaba haciendo. Me apoyaba económicamente y, cada vez que lo hacía, una parte de mí más le admiraba y otra más le odiaba. Cada vez que acudía en su ayuda y él me la daba, más lejos le veía, más sensación de fracaso y, a la vez, más ánimos por querer superarlo. Creé mi proyecto después de cuatro fracasos y en todos él estuvo, pero esta vez mi proyecto

volcaba toda la experiencia obtenida en todos los años que había estado en la empresa trabajando para él. Esta vez sí había sido un éxito. Ahora solo quedaba crecer.

La semana comenzó bien. Ella empezó en su nuevo puesto de trabajo, aunque ya conocía a todo el mundo; por mi parte, aún no me estaba implicando al 100% en la empresa. Sencillamente, les ayudaba con algo de asesoramiento, aunque vi la oportunidad de utilizar mi software y así usarlos como conejillos de indias. Durante años, me había dedicado a crear un programa capaz de controlar toda la logística, desde optimización de rutas, geolocalización, digitalización de documentos y control de costes. Vendíamos futuro, estaba convencido de que, con nuestra tecnología, las empresas mejoraban muchísimo su rendimiento, y no solo eso, te evitaba perder bastantes horas en esa gestión. La distribuidora era un proyecto perfecto para poner a prueba no solo el funcionamiento del programa sino también mi propio discurso de venta como algo real, de ahí sacaría otro caso de éxito.

Fue transcurriendo la semana y daba por hecho que José Luis, de Antonio, o así se me lo había presentado, dirigía sin problemas la empresa. Pasamos varios días en los que trabajamos casi en modo automático. Estaba mucho más centrado en el almacén y su nueva organización. Los primeros días la cosa era bastante caótica y no pude concentrarme mucho en nada en concreto, por lo que iba organizando como podía las cosas.

Los almacenes de bebidas y productos que no requieren refrigeración suelen estar apilados en pallets y colocados en estanterías enormes. La nave disponía en la planta baja de cuatro estanterías de diez metros de largo por diez de alto, organizadas entre dos pasillos. Estaba todo el recinto lleno de género y, al no llevar ningún tipo de etiquetado de producto ni tener un software específico para gestionar entradas y salidas, el control era casi nulo. Parte de mi faena era poner orden, con la experiencia que tenía por algunos clientes que me habían enseñado su disposición en sus almacenes, e intentar hacer lo mismo.

En el primer pasillo estaban las latas. Teníamos todo tipo de pallets de bebidas, desde Coca Cola, Linx, bebidas energéticas de todo tipo, caldos de pollo, de verduras, de cocido, también había leches, vinos y alguno de alcohol. En el segundo pasillo, teníamos dulces, todo tipo de galletas, snacks, cereales, y en el tercero y cuarto casi toda la comida preparada: había desde platos precocinados hasta latas de atún. En total había casi un millón de euros en stock, por lo que la gestión de fechas y la rotación de los productos era nuestro primer objetivo.

Lo primero que se buscó fue tener encargados de cada sección para poder trabajar, aunque, en este caso, Antonio, junto a uno de sus socios, ya habían preparado el personal que iban a seleccionar para cada departamento, por lo que tocó adaptarme un poco a los nuevos perfiles que estaban apareciendo en la empresa.

Hacía ya varios días que veía a Antonio. Nos fuimos conociendo y pasábamos bastantes horas juntos. Se le veía un hombre leal, alguien que no firma contratos, que te da la mano y con un apretón y su palabra, no necesita más. Esa parte me gustaba de él, yo en parte era así y, si no fuera por las malas experiencias que tuve en el pasado, posiblemente seguiría siendo así, ahora lo firmo todo. Se le veía en exceso transparente, todo lo que le venía en mente lo soltaba y eso me permitía saber en cada momento cómo se sentía. Su socio José Luis era bastante contrario a eso: él siempre sonreía y venía con alguna frase emocional. Se le veía que buscaba la complicidad rápida y se lo llevaba todo a lo personal, quería en todo momento que fueras “amigo”, sin embargo, desde que le conocí, no era lo que me transmitía. Al poco de estar trabajando con ellos,

Antonio me dijo que José Luis era su mano derecha, que podía confiar en él como si fuera él mismo, pero en más de una ocasión llamé a Antonio para pedirle una reunión a solas, algo no me cuadraba ni me gustaba del todo en ese hombre. Si ambos eran socios, o Antonio era “malo” o estaba siendo engañado. El caso es que, con la actitud y el trato que Antonio tenía hacia mí, fui empatizando con su persona y lo que comenzó siendo solo negocio, sin darme cuenta, empezó a convertirse en algo personal. Antonio me empezaba a caer bien, le veía noble, un luchador, y ver que su entorno no era el adecuado me molestaba. Quería ayudar, quería que todo fuera bien. Para ello, todos los que trabajamos en ese proyecto deberíamos de tener los mismos principios y la actitud.

Evelyn aprendía rápido, por lo que ella y yo no trabajábamos del todo juntos. Le daba faenas que ella misma pudiera gestionar para poder dedicarme a otras cosas, aunque sí fuimos teniendo más confianza el uno con el otro, hasta que un día se rompió el hielo. Me atrevería a decir que nació el primer juego... Vamos a llamarlo *Meet*.

Por mi trabajo, no podía estar presente todos los días y, cuando empecé en el proyecto, me di cuenta de lo fácil que se puede gestionar una pequeña empresa de distribución si tienes las herramientas adecuadas y, mientras José Luis me pasaba reportes de las situaciones y me hablaba de cómo controlaba la empresa, aprovechaba con ella para ir haciendo videollamadas.

- Buenos días, Eve, ¿estás para un *Meet*?
- Sí, claro.
- Te envié invitación, entra.

Era un sistema divertido, podía estar desde mi oficina trabajando y, con cualquier excusa, me empezar el día viéndola. En ese momento, no sentía nada, pero a nadie le amarga un dulce y tener el poder de, con dos mensajes, saber que se conectaría para hablar conmigo, empezó a gustarme.

En las primeras llamadas me mostré serio y profesional, en el fondo no quería que nadie se equivocara porque buscaba hacer dinero en esa empresa y no me gustaba perder el tiempo, pero en esas videollamadas, empecé a “descuidar” mi propósito y me di cuenta de que, desde la primera semana que empezó, todos los días hablábamos y casi siempre acababa viéndola.

Las dos primeras semanas pasaron rápidas, la tercera vino con sorpresa, ya que el martes, de camino a una reunión, me llegó un *whatsapp* de ella.

- Buenas, Jaime, ¿podemos vernos sobre las 15:30 para comentarte unos asuntos? Estoy dispuesta a dar el 200%, pero hay asuntos que se me van de las manos y me gustaría comentarte en privado si te va bien.
- Buenas, Evelyn. Claro, lo que necesites.

Qué bonito es el poder, el control. El sentimiento de ser necesitado da placer... Quien no lo entiende es porque no lo tiene. Leí el mensaje y, creo que fue en ese momento, sonreí. Fue una sonrisa descubierta, de esas que vas en el coche conduciendo solo, nadie te ve y, de golpe, te miras al retrovisor y dices: “Sí, ese soy yo”. Ella quería verme e iría a demostrar lo bueno que soy.

Llegué al bar donde me había mandado la ubicación y estaba lloviendo, no llovía mucho,

era más bien como un viento húmedo, no molesta, pero si te quedas quieto te acaba mojando, la vi de lejos y de nuevo sonreí, esta vez más rápido, ya que no quería que me viera, yo era un super profesional o eso tenía que ver ella y todos.

- Buenas, Evelyn, me he perdido, pero aquí estoy...
- Buenas tardes, ¿quieres dentro o fuera?
- Me da igual.
- Tú no fumas, ¿no?
- No, pero no me molesta.
- Pues nos quedamos fuera.

Ella fumaba y yo hacía tres meses que lo había dejado. Lo llevaba bien, de hecho, me molestaba el humo, pero como ex fumador sé que, si voy a hablar de algo que igual es tenso, es mejor dejar que sacie su necesidad y que la ansiedad del tabaco no juegue en mi contra.

- Bueno, cuéntame.
- Llevo dos semanas en la empresa y está todo muy mal. José Luis no ha cuadrado las facturas, mi tío Antonio no para de decir que está harto y el sistema que me has dicho que ibas a montar aún no está puesto.

Esta parte no la recuerdo muy bien. Sé que fue una conversación rápida, ya que ella tenía que entrar a trabajar y, sinceramente, no le di mucha importancia: el simple hecho de que me necesitara o de que quisiera verme ya me había saciado la parte de notoriedad o soberbia que necesitaba cubrir ese día.

Evelyn hacía tres meses que había dejado ese mismo sitio por algo similar, y lo único que cambiaba esta vez es que se estaba montando un equipo nuevo y que yo tenía el poder de hacer y deshacer, por lo que escuchar y aguantar era parte de mi trabajo.

Después de ese día, los únicos momentos en que nos comunicamos era cuando hacíamos algún *Meet*. Aunque sí que recuerdo que su tío Antonio nos llevaba a todo el equipo a desayunar los días que coincidíamos en la nave. La verdad es que eso hacía que el grupo se fuera uniendo. En uno de esos desayunos salió la primera conversación subida de tono donde no solo nos reímos sino que empezamos a conocer más el lado atrevido del otro.

- ¡Buenos días, chicos! Vamos a desayunar - Antonio entró sonriendo, madrugaba muchísimo todos los días y ya eran las diez, por lo que estaba pletórico.
- ¡Buenos días, Antonio! Estoy con José Luis y Alexander acabando unas cosas, si me das unos minutos, nos vamos.
- ¡Venga, sobrina! Vente tú también, así vamos todos.

Estuvimos listos en poco tiempo, por lo que nos metimos los cinco en el mismo coche y nos fuimos al bar de al lado a desayunar. Llegamos y pedimos todos bocadillos, empezamos a hablar de trabajo, de cómo estaba funcionando el reparto, de la proyección que tenía el negocio y de qué esperábamos conseguir. De pronto, José Luis hizo un comentario que desencadenó todo:

- Pues yo estoy rezando todos los días junto a mi mujer para pedirle a Dios que esto funcione...
- ¿De verdad haces eso? - reí pensando que me estaba vacilando, pero no era así.

- Sí, claro, Jaime, yo soy creyente, voy con mi mujer cada domingo a rezar a la iglesia.
- Pensaba que me lo decías de broma. La verdad, no creo mucho en eso...
- Yo era como tú antes, pero gracias a mi mujer empecé a creer. Mira una foto nuestra.

En ese momento vi que Evelyn que se reía y que tanto Antonio como Alexander se miraba con una cara divertida. Pensé que me harían alguna broma o me iba a enseñar algo raro, pero, en ese momento, tampoco teníamos tanta confianza entre nosotros, por lo que no entendí muy bien la situación hasta que vi la foto.

- Ostras, pues sí que vais a rezar si...
- Sí, la verdad que ella me ha enseñado mucho.

Evelyn se rio junto a Antonio de nuevo y le hicieron un comentario que me hizo a mí también romper un poco el hielo.

- ¡Paquito, enséñale a tus hijos, para que vea Jaime que tu mujer te ha engañado y está con otro! – Así es como llamaba Evelyn a José Luis -
- Vas a flipar, Jaime, mis hijos son dos modelos, uno tiene once y el otro, tres. ¡El más pequeño mide ya 1,70!

Los niños sí eran dos *tiarrones* muy altos, con la piel de color canela, muy buena presencia y aspecto de deportistas.

La foto que me enseñó José Luis estaba al lado de su esposa, y lo que me sorprendió de ella fue que era una mujer mulata, muy oscura, de piel casi azulada, con un vestido largo de flores y una posición muy tradicional. Cuando conoces a alguien en un entorno, en función a cómo es la persona, cómo habla, ríe o actúa, te hace pensar qué clase de vida tiene. Supongo que estamos predefinidos para saber analizar y asociar tipos de perfiles, de igual manera que si un amigo de toda la vida que has visto estar con un tipo de mujer muy similar te aparece con uno radicalmente contrario, te impacta, que es lo que a mí me sucedió con esa pareja.

José Luis era un señor bajito, no llegaría al metro sesenta, con papada, pelo pobre y sonrisa de vicioso. Realmente tenía una presencia muy delicada, ya que no sabías incluso si le gustaban hombres o mujeres. Siempre en la comisura de los labios tenía como una babilla que le goteaba o que le dejaba una marca húmeda. Desprendía esa sensación de suciedad que te invita a pensar en cosas extrañas sobre él. Al decirme que era católico y mostrarme a su mujer, me descolocó todo.

- José Luis, en confianza, ¿te puedo preguntar de dónde es tu mujer? - me salió preguntárselo, ya que sentía curiosidad por los rasgos que ella mostraba y lo diferentes que habían salido los hijos.

- De Colombia, pero lleva quince años en España.
- Ostras, qué bien, ¿ya te habla catalán o qué? - los demás se rieron, les hizo gracia el comentario y no sé hasta qué punto pensaban que le estaba vacilando.
- Bueno, algo entiende, pero no.
- Mi mujer es venezolana, lleva aquí 20 años y no lo habla, pero sí lo entiende perfectamente. Creo que no lo habla porque no quiere.

Este momento sí fue divertido para mí. Mi mujer es de Venezuela, pero es de piel muy blanca. Al llevar tanto tiempo aquí, por lo único que detectarías que es de otro país es por el acento, pero lo mejor fue que todos ellos me miraron. No sé hasta qué punto creían que les estaba

vacilando, ya que, con el comentario anterior, pensaban que estaba haciéndole una broma a José Luis. La risa que se les escapó al decir que su mujer era colombiana, por lo que al decir que la mía era venezolana, les rebotó.

- Yo con ella hablo castellano, pero con los niños hablo catalán. Es una mezcla divertida.
- Pues podrías venirte a la iglesia algún día.
- ¡Va a ser que no! –reí.

Estuvimos hablando un rato sobre nuestras parejas: Evelyn me contó que lo había dejado con su novio hacía muy poco y que uno de los motivos es porque él le decía que la quería mucho y que estaba enamorado de ella y a lo que le respondía que en tan poco tiempo era imposible, así que, por diferencias en los grados de amor el uno con el otro, ella lo dejó. Antonio nos contó un poco también de su historia, mucho más tradicional, y Alexander, el hombre de 72 años, nos rompió a todos explicando que se había divorciado cuatro veces, que tenía muchos hijos por todos lados repartidos. Fue un rato cómico hasta que, de pronto, ella me hizo *la* pregunta:

- Oye, Jaime, y cómo es que has acabado con Patricia.
- Bueno, nos conocimos bailando. Estuve varios años en el mundillo de la salsa y ahí el ambiente latino domina la escena - se lo dije con una sonrisa pícara, para que supiera que sabía bailar y que, en su momento, también fui un conquistador.
- Y, ¿lleváis mucho tiempo?
- Bueno, unos seis años.
- No es mucho tiempo, ¿no?
- Para mí sí, es mi relación más larga - en ese momento quise vacilarle y, teniendo a José Luis a mi lado, tenía el apoyo que necesitaba para soltar la vacilada-. Además, y no es por faltar, ¡eh!, pero cuando pruebas a una latina, ya nada sabe igual...

Recuerdo la mirada que me echó, casi con asco, casi ofendida. Se reía, pero la chulería me salió un poco mal. Su respuesta fue seca y directa:

- Pues no habrás tenido mucha suerte con las chicas para que digas eso. Qué pena.

Nos reímos un rato más, aunque cambiamos de tema: hablamos de trabajo y tomamos café mientras seguíamos organizando las tareas que íbamos a desarrollar cada uno. Una vez acabado, nos marchamos de nuevo a la nave.

Capítulo 2

Madrid

*«No tengas miedo de caminar solo.
No tengas miedo de que te guste».*
John Mayer

En mi proyecto había dos épocas del año donde no tenía casi trabajo: una era en navidades, diciembre/enero, y la otra, en verano. El tiempo pasaba rápido y ya estábamos llegando al último mes del año, ya que las empresas en esas fechas se centran en sacar el máximo partido a las ventas gracias al consumismo y no están ni para inversiones ni, mucho menos, para poner proyectos en marcha. Aproveché para centrarme en un cliente que hacía más de un año que intentaba cerrar y tuve la suerte de que me diera la oportunidad de ir a Madrid para poder exponer la idea. Era una muy buena oportunidad y en la distribuidora, por más que se me necesitara, no era imprescindible estar físicamente allí, por lo que hablé con Antonio y José Luis. El objetivo era poder dejar medio organizada la faena y así irme de viaje para poder estar al 100% para lo que se me requería en ese momento.

El día antes de irme, comenzó muy caótico. Estaba nervioso, ya que necesitaba cerrar ese cliente para no tener problemas económicos. Mi dedicación a las dos empresas hacía que no estuviera realmente al 100% en ninguna y eso traía consecuencias directas a los ingresos que generaba. Esa noche no dormí mucho. Después de ir a la distribuidora y organizarlo todo, volví a mi oficina para hablar con el equipo, me habían preparado varias presentaciones para poder exponer en Madrid y quería que todo saliera perfecto. Fui a casa, estuve un rato con la familia y, al acostarme, no podía parar de dar vueltas y más vueltas. Si lo conseguía cerrar, estaría muy tranquilo durante muchos meses, además me permitiría seguir jugando sin ningún problema con la distribuidora, pero si me salía mal, tendría que trabajar muchísimas horas para poder llevar los dos proyectos adelante.

El viaje estaba muy organizado porque hacía más de un mes que había enviado la información al cliente. Tenía los billetes de avión comprados y me acompañaba mi socio Edgar. Teníamos que estar en el aeropuerto a las 6:00y llegaríamos sobre las 8:30, por lo que tendría todo el día, o casi todo, para estar tranquilo, prepararlo bien y montar una estrategia de cierre lo más rápido posible.

Me desperté a las 4:00 de la mañana, solo dormí tres horas, estaba nervioso por si me quedaba dormido así que, al final, no descansé mucho. Lo primero que hice al despertarme fue escribirle a Edgar y tomarme un café. Llamé a mi padre para que me viniera a buscar y me llevará al aeropuerto. Sobre las 5:05 ya estaba por allí. Todo estaba saliendo bien. Repasé que llevara todo: el ordenador, el cargador, el móvil, la presentación impresa por si tenía que entregar algo... Todo en orden. Me despedí de mi padre y entré al aeropuerto.

El Prat de Barcelona por suerte es como un centro comercial gigante, hay de todo. Así que, como iba bien de tiempo, paré en una cafetería y me conecté al wifi para saber cuánto le quedaba a Edgar para llegar.

- Buenos días, Edgar, ya estoy por aquí.
- Hola, yo saliendo.
- ¡¡Has visto la hora!! Vas super justo.
- Tranquilo, llego.

Edgar era muy seco por *Whatsapp*, siempre escribía monosílabos y muy pocas veces te contestaba al momento, pero esta vez teníamos que salir juntos, así que me quedé tomando el café mientras leía un rato. Pasaron treinta minutos.

- Edgar, ¿dónde estás?
- Estoy llegando.
- No me jodas, vamos tarde.
- Llego en cinco minutos
- Te espero dentro, el avión sale en quince minutos.
- Ok.

Edgar es un empresario especial, fui su primer socio, él siempre ha sido autónomo y ha sabido crear y dirigir sin dar explicaciones a nadie. La puntualidad no era su fuerte, de hecho, casi siempre llegaba media o una hora tarde, incluso había veces que no se presentaba, pero después de años de relación, ya nos conocíamos. Esta vez era distinto, normalmente los clientes que tenía le esperaban y hasta le reían el chiste si llegaba tarde, pero tenía toda la lógica: querían venderle y él tenía que comprar, así que estaba acostumbrado a que la gente lo esperara sin ningún tipo de repercusión, pero el avión no iba a hacerlo. Pasaron diez minutos más.

- Edgar, me estoy subiendo al avión, ¿qué haces?
- En cinco minutos llego. Diles que estoy llegando.
- ¿Que se lo diga a quién? ¿Al piloto? - estaba alucinando, sabía que me lo decía en serio, que pretendía que lo hiciera.
- Claro.
- Coño, Edgar, no me lo puedo creer. En fin, te espero dentro: si vienes, pues bien, si no, ya te cuento cuando vuelva.
- Llego.

Entré en el avión y busqué mi asiento, estaba al lado de la ventana y el suyo quedaba en el medio. Guardé las cosas y puse algo de música, esperando que apareciera. Sonó el mensaje por los altavoces del avión.

“Por favor, abróchense los cinturones de seguridad y guarden todas sus pertenencias en el lugar indicado. En pocos minutos, vamos a despegar. Que tengan buen viaje”

Esta vez sí me había dejado tirado. Había pagado el vuelo con el dinero de la empresa y, aunque me hubiera costado diez euros, me molestaba. Qué manera más poco profesional y seria y qué mal cuerpo me había dejado el día que mejor debía estar. Antes de despegar, me envió el último mensaje:

- Acabo de llegar al aeropuerto. Creo que llego.

Ni le contesté. El avión había arrancado motores y él acababa de llegar a la entrada del

aeropuerto, ni estando en la puerta le habrían dejado embarcar así que supe en ese momento que me iba solo. A los pocos segundos de despegar, me dormí.

Me desperté nada más notar que aterrizaba y lo primero que hice fue mirar la hora: las 7:45. Había llegado muy bien de tiempo y no podría hacer *check-in* de la habitación hasta las 11:30, así que salí con mucha calma. Cogí un taxi y le di la dirección del evento, me dejó en la calle del Prado, hacía bastante frío y una parte de mí necesitaba una ducha y otro café, así que, al bajarme, fui directo al hotel a comprobar si tendría algo de suerte. De camino, fui viendo los distintos restaurantes y bares de tapas, paré a comprar tabaco delante del sitio donde tendría lugar el evento y, cuando casi estaba llegando, me sonó el teléfono.

- ¿Ya has llegado?
- Tú qué crees.
- Estoy mirando otro vuelo o cómo hacerlo para llegar.
- Edgar, déjalo, no quiero que vengas.

Estaba enfadado con él, esa falta de seriedad en un momento tan importante para la empresa me molestó, así que ya no hablamos más. Me paré antes de llegar al hotel para tomar un café y aproveché para escribir a todos que había llegado. Me tomé una foto y la subí al grupo que tenemos en el trabajo.

- Buenos días, ya estoy en Madrid.

Como era pronto, no me contestaron, así que le escribí también a Patricia para decirle que había llegado, pero estaría con los niños preparándolo todo para llevarlos a la guardería, y a mi padre, que estaría trabajando, por lo que tampoco me respondieron. Les escribí a Antonio y José Luis en el grupo que teníamos.

- Mucha suerte, Jaime - José Luis y Antonio estaban siempre al pie del cañón desde primera hora.
- Muchas gracias. A ver si cierro todo aquí y luego nos vamos a por la distribuidora.
- Claro que sí, eres una máquina.
- Jajaja, ¡a por ellos!

Esas cuatro líneas me habían animado un poco. Había llegado con mucho tiempo, pero ya estaba aburrido, ¿qué se suponía que iba a hacer aquí solo? Me acabé el café y subí al hotel. Por suerte, la habitación estaba disponible, así que, en pocos minutos, me dieron la llave de la habitación. Cuando entré, dejé todo encima de la mesa y me duché. ¡Qué bien sienta una ducha cuando estás cansado, desanimado y en una zona nueva! Es como que el agua reconforta, el poder cerrar los ojos mientras oyes cómo el agua cae es una sensación única. Me estiré un rato en la cama y abrí el portátil, busqué información de los asociados, ya que esta reunión tenía truco porque el grupo con el que intentaría cerrar la venta, tenía quince delegaciones, pero una de las más importantes ya era mi cliente desde hacía dos años por lo que contaba con un aliado que podía exponer todos los beneficios que le aportaba el trabajar con nosotros. Saqué toda la información del resto, busqué los directores generales que estarían en la reunión, la facturación que tenían, el crecimiento y el sector al que se dedicaban, porque con ello podía hilar más fino el discurso. Sin darme cuenta me dio la hora de comer. Tenía que organizarme bien. De camino

encontré más de un restaurante, pero decidí parar en uno que estuviera cerca. Dejé todo preparado en la habitación y, de camino al restaurante, sonó de nuevo el teléfono.

- ¿Dónde estás?
- Esta vez sí te has lucido, qué poca seriedad...
- ¿Dónde estás?
- Te lo digo en serio, me voy a comer.
- Mándame la ubicación del restaurante que ahora llevo.
- ¿En serio?
- Mándala.

Le envié la ubicación porque ese hombre era capaz de todo y sabía que iba a venir. Durante toda la mañana estuvo buscando alternativas para llegar a Madrid y lo había conseguido. Como sabía que tardaría un rato, entré al restaurante y pregunté por una mesa. Miré la carta y pedí una ensalada y un bistec. No quería comer pesado, necesitaba que todo saliera bien. Aquí fue la primera vez que, sin darme cuenta, pensé en ella de una forma extraña, no sabía bien si lo que sentía era solo atracción física, al fin y al cabo, no era el tipo de chica que a mí me gustaba, a nadie le amarga un dulce y tenía un cuerpazo, pero una cosa es fantasear y otra es la realidad: no me imaginaba con ella. ¿La actitud que mostraba? Tampoco lo tenía claro, sí era una mujer echada para adelante, pero eso tampoco era algo que me fascinara, quizá por lo rápido que aprendía, quizá por el conjunto, algo me llamaba la atención y eso es lo que hacía que, sin querer, apareciera por mi mente. Después de pedir, vi que en la mesa de al lado había un político del mundo de la farándula y busqué información de él por internet. Desde que había llegado, había escrito a varias personas, pero no me habían hecho mucho caso, así que una parte de mí necesitaba una dosis de comunicación, de hablar de cualquier cosa, y el encontrarme con ese hombre me había dado la excusa. Ahora es cuando vino mi sorpresa y donde empezó a funcionar algo distinto en mí. De todos los contactos que tengo en el móvil, de todas las personas en las que estaba pensando que podía hablar del tema, sin darme cuenta o de manera inconsciente le escribí a ella.

- Hola, ¿entiendes de política?
- No, ¿por?
- Mira con quien estoy - le envié una foto de la mesa de al lado.
- No sé quién es.
- Es Eduardo Lindal.
- No sé quién es
- Un político raro de la farándula
- Ah...
- Ya estoy por Madrid, he llegado súper pronto.
- Ya me lo ha dicho mi tío. Mucha suerte.
- Gracias, sí la necesitaré.
- Sabes que no.
- Jajaja, ¡ya lo sé! - estaba muy convencido de que iba a ir bien, al final, mi trabajo consiste en vender y tenía una estrategia para cerrar a todo el grupo de empresas.
- ¿Que estás con tu socio?
- Qué va, si te cuento, no te lo crees...
- ¿Qué ha pasado?

- Me ha dejado tirado en el aeropuerto, no se ha presentado.
- ¡¡Qué dices!! ¿Y eso?
- Pues el tío se ha dormido. No lo entiendo, desde que me he despertado, le he escrito y me iba diciendo que tardaba poco, pero, mira, no ha llegado.
- ¿Y ahora qué? ¿Le necesitabas para algo?
- No, la verdad es que no, era más por compromiso - en ese momento, no quería decirle que era más apoyo moral ya que me estaba jugando casi todo en esa reunión y necesitaba cualquier cosa que pudiera aportarme algo.
- Bueno, por suerte todo queda en eso.
- Pues sí. ¿Tú ya has comido?
- No, aún no. Estoy haciendo intensivo, que así me voy antes.

El camarero me trajo el primer plato, aliñé la ensalada y me quedé mirando el móvil. No sabía qué contestarle, pero otra vez estaba hablando con ella. Aunque se me habían quitado los nervios, era una sensación rara, hablábamos como dos conocidos, ni siquiera amigos, pero el hecho de comunicarme con Evelyn me alivió e hizo que mi mente desconectara. Una parte de mí quería darle conversación, contarle qué tal todo por Madrid, preguntarle incluso si la llamaba y buscar cualquier tema para charlar, otra parte de mí no quería hacerlo, ¿por qué estaba así por una conversación? El caso es que no me dio tiempo a pensar mucho porque escuché que alguien entraba por la puerta y le respondía a un camarero: “No quiero mesa, he quedado con alguien”. Edgar acababa de llegar.

- ¡No me lo puedo creer! - lo dije riendo. El tío había llegado y aún no había acabado de comer.
- Te dije que venía, no te estreses.
- Coño, Edgar, es que lo tuyo no tiene nombre, ¿cuánto te ha costado dormirte hoy?
- Qué más da, aquí estoy.
- ¿Has pasado por el hotel?
- No, aún no. Comemos y vamos.
- Eres un loco, jajaja.
- Sé que me echabas de menos.

Mi relación con Edgar siempre había sido especial. Él es un tiburón como me lo describieron la primera vez. Cuando alguien nos dice esto de un empresario, tendemos a pensar que es un animal que domina el mar, fuerte, grande y voraz, sin embargo, no es así del todo. A las personas que les llaman tiburones empresariales no les importa comerse a quien tengan al lado con tal de ser ellos los dominantes sin importar las consecuencias que pueda conllevar al otro. Suelen ser solitarios y dictatoriales, su voz es la ley. Cuando le conocí, ya me habían avisado, pero llegamos a un acuerdo. Durante nuestra relación, más de una vez había intentado marcar en mí su poder, pero soy alguien con mucho carácter también así que no lo ha tenido fácil. Siendo sinceros, no somos un mal combo: los dos somos parecidos en cuanto a carácter, pero luego, a su vez, nos expresamos de forma distinta. Yo soy muy de bromas, de hablar durante horas y decir de varias maneras un concepto con tal de obtener un resultado a mi favor; él es serio, directo y, en caso de que no vea que quien tiene enfrente atiende o entiende lo que le explica, directamente lo menosprecia o deja de hablarle. Por muy especial que sea, él confió en mí en un momento donde casi me arruino. Él apareció y, sin dudar, invirtió en mí, por eso, cuando nos enfadamos o me dan ganas de quemarlo todo, al recordar ese momento, esta rabia se

suaviza. Esa es mi relación con Edgar.

Acabamos de comer y nos fuimos para el hotel, dejamos todo y nos cambiamos para ir a dar una vuelta antes de entrar a la reunión. Llegó el momento. Estaba un poco nervioso, pero tenerlo a él tan tranquilo hizo que me asentara. La reunión la describiría como lo hubiera hecho el mismísimo Julio César: “Vini, Vidi, Vici”. Fue increíble. Entramos y él se quedó en el fondo de la sala de conferencias mientras exponía. Nuestro aliado nos hizo ganar la confianza del resto. Edgar iba tomando fotos. A medida que la reunión avanzaba, me sentí más confiado y, cuando me di cuenta, ya había acabado. Nos aplaudieron y nos despedimos. Parecía que todo empezaba a ir como quería, así que nada más salir, decidimos ir a celebrar nuestro éxito cenando y brindando por el futuro de nuestra empresa.

Llegamos a un restaurante italiano después de dar unas vueltas por Madrid. Habíamos hecho una videollamada con el equipo y celebramos como si nos hubiera tocado la lotería. Salimos abrazados y los chicos, en Barcelona, nos animaban y reían, celebrando todos juntos el posible éxito que conllevaba cerrar bien la venta.

Era un restaurante con todas las paredes de cristal, pequeño, pero veíamos la plaza de Santa Ana y toda la gente que estaba por allí paseando. Pedimos unas pizzas caseras y una sangría y, pocos minutos después, empezar a comer y beber. Por el efecto de la euforia del momento y el alcohol de la sangría, empezamos a hablar:

- ¿Has visto, Edgar? Ya te había dicho que valía la pena venir.
- Sí, lo he visto bien, la verdad.
- Si es que soy el mejor, jajaja, tú lo sabes, ¿no?
- Jajaja. Bueno, estás empezando. No está mal.
- Soy más joven que tú, ya te dije que a tu edad te habría ganado.
- Jajaja, eso lo tengo que ver.
- Ya lo verás.
- Yo a tu edad ya tenía dos empresas y cuatro tiendas.
- Yo con 35 voy a jubilarme y, con el modelo de negocio de software, no tendré que trabajar más.
- Jajaja, yo ya estoy jubilado y trabajo porque me gusta.

La conversación fue muy loca. Estábamos hablando, bebiendo y cada vez estábamos más “picados”, intentando demostrarnos el uno al otro quién era mejor. Evidentemente él tenía cien veces más que yo, pero eso no quitaba de que mi energía y fuerza estuvieran a la par.

- Edgar, ¿pedimos dos chupitos y nos vamos? Que mañana salimos pronto y habrá que dejar el hotel a primera hora.
- Vale, vale.
- Además, creo que hemos bebido demasiado.
- Uy, qué poco aguantas, así cómo vas a ser mejor que yo, jajaja - en ese momento, apareció el camarero, le pedimos la cuenta y dos chupitos.
- Invitas tú, ¿no?
- Venga, va, esta vez sí lo has hecho bien.

Volvió el camarero y nos trajo los chupitos de *limoncello*, brindamos y miramos unos

minutos nuestros móviles. Contestamos las conversaciones que teníamos pendientes, ya que hacía horas que habíamos desconectado y avisamos de que ya nos íbamos al hotel, que todo había ido bien, que mañana al mediodía estaríamos de vuelta. Cuando acabamos de contestar a todos, nos levantamos para irnos.

- Espera, Edgar, voy a mear.
- Vale, yo también.
- Vale.
- Vale.
- Voy yo primero.
- Vale.
- Vale.

Habíamos bebido más de lo pensado y, al ponernos de pie, nos dimos cuenta de que algo no iba bien del todo y se nos escapaba la risa, la lengua se nos empezó a trabar. Acabamos los dos en el lavabo medio apoyados uno con el otro, meando. En ese momento, ya sí certificamos que íbamos bebidos así que, entre risas, salimos del restaurante y en la puerta pronunciamos las palabras mágicas:

- Oye, Edgar.
- Dime.
- Tío, lo que pasa en Madrid, se queda en Madrid.
- Jajaja, exacto.

Nos fuimos camino del hotel, habiendo cogido una complicidad personal más allá de la laboral. Ambos sabíamos que el buen rollo estaba en el aire. Tocados y contentos íbamos uno al lado del otro, hablando tonterías cuando, de golpe, al final de la calle vimos a una mujer parada que nos estaba mirando fijamente.

- Mira, Edgar, esa tía me está mirando.
- Qué dices, me está mirando a mí.
- Escucha, tú tienes más dinero, yo soy más guapo. Me está mirando a mí.
- Qué poco sabes, ya lo verás.

Seguimos andando unos pocos metros más y los dos creíamos que pasaría lo mismo, que sería una chica que estaba esperando a alguien y que pasaríamos de largo sin que se fijara, sin embargo, se plantó justo frente a nosotros.

- Hola, chicos.
- Hola - dijimos los dos sonrientes al unísono.
- ¿Qué hacen por aquí?
- Nos vamos al hotel, que mañana volvemos a casa - lo dije rápido y sin pensar, la situación era muy rara.
- ¿En serio? ¿No quieren tomar algo antes?
- Vale, donde quieras.
- Venid, os enseñaré un sitio que se está muy bien - Edgar se adelantó, el tío estaba riéndole el chiste y, la verdad, la chica estaba bastante bien, así que los dos como tontos la seguimos,

quedándonos un paso atrás para ir hablando sin que nos oyera.

- Edgar, escúchame, esto es muy raro.
- Raro por qué. Le he gustado, ya te lo había dicho.
- Qué dices, jajaja- hablábamos bajito, pero íbamos bebidos, así que creo que algo nos escuchaba y más raro era ver que ella, de vez en cuando, se giraba y sonreía.
- En serio, le hemos gustado y ya está, no pasa nada, vamos a tomar algo.
- Edgar, te lo voy a decir claro, está tía o es puta o nos va a dar el palo.
- Jajaja, qué cobarde eres, en Sudamérica no durarías nada.
- Que te lo digo en serio- de repente, la chica se giró, se colocó entre medio de ambos y, entre risas, empezó a hablar:
 - Bueno, chicos, que no me he presentado, me llamo María, quiero mis besos - nos cogió y nos dio un beso a cada uno sin soltarnos-. Habéis venido a pasarlo bien, ¿no?
 - Oye, háganos claro, ¿te gustamos o qué?
 - Jajaja, ¿cómo me preguntas esto?
 - Es que es todo muy raro, ¿no?
 - Raro el qué.
 - Todo en general.
 - Jaime, relájate, solo vamos a tomar algo - si no fuera porque Edgar había venido conmigo, hubiera creído que estaban compinchados.
 - Mirad, chicos, ya hemos llegado, son esas escaleras, bajadlas y llamad. Es un sitio muy guapo.

Bajé las escaleras sin pensar, habíamos llegado a un bar entre unas calles que daba como a una planta baja donde podíamos tomarnos unas copas, al menos ya sabía que no me iban a robar. Edgar se quedó un par de minutos más arriba y, cuando entramos, la chica nos acompañó a la barra y pedimos tres copas.

- Veis, chicos, aquí se está muy bien.
- Bueno, María, vamos a brindar, ¿no?
- ¡Claro, chicos, chinchín!

Brindamos y reímos, nos acompañó a una mesa, hasta este punto, lo único que habíamos visto es que una chica guapa nos había acompañado a tomar una copa, nos había dejado en un buen sitio y ni siquiera nos habíamos fijado en el ambiente. Este punto lo podría llamar “realidad” porque, sin darnos cuenta de nada, estábamos en la mesa, preguntándonos dónde había ido la chica y, al levantar la cabeza, vimos que era un bar lleno de dominicanos, afroamericanos, se escuchaba dembow de fondo, todos vestían con camisetas de tirantes y pañuelos mientras nosotros íbamos con camisa y chaqueta larga. Algo no cuadraba ahí.

- Edgar, creo que nos han hecho el lío. Vámonos de aquí, anda, ya casi me he acabado la copa.
- No, no, aquí estamos bien.
- No jodas, esa chica seguro que era promotora o algo, nos ha visto bebidos y nos ha metido en este antro. Suerte que al menos solo hemos pagado una copa.
- Bueno... Jajaja, más o menos.
- ¿Qué quieres decir? Venga, vámonos.

- Es que mira lo que tengo.

Me quedé blanco porque le había comprado seis tickets de cubatas más, por eso se había quedado en la entrada y bajó unos minutos más tarde al sitio.

- ¡¡No jodas!!! ¿Seis copas le has pillado?

- Tranquilo que ahora vendrá seguro con nosotros a tomar algo.

- Jajaja, ¡que no! Nos la ha colado, al final creo que ni tú ni yo somos tan triunfadores como pensábamos.

Me reía por no llorar, aunque, bueno, la música tampoco estaba tan mal. La gente iba a su rollo y teníamos tickets. Lo único malo es que no había ni una sola mujer dentro, así que nos fuimos a la barra y a seguir bebiendo. Seis copas más cayeron, tres cada uno, de ron-cola, uno tras otro, así hasta acabar. Miré el reloj como pude, se estaba haciendo tarde, eran como las 3:30 de la madrugada y el cansancio me estaba ganando. Nos habíamos reído y ese día nos habíamos conocido mucho más a nivel personal. Bebimos y hablamos de nuestras vidas, de nuestros sueños, por cada copa nueva que pedíamos brindábamos de nuevo y, aunque nos enfadábamos, aunque fuéramos tan distintos, ahí estábamos los dos, mano a mano, celebrando. Acabamos y nos fuimos, ya no podíamos más. Salimos del sitio como pudimos y nos pusimos en marcha para el hotel. Como hacía frío, nos empezamos a despejar, aunque el camino hasta el hotel era de ocho minutos según *Google Maps*. Ya se había acabado el día, por lo que la cama era el destino final y cuando ya solo quedaban tres minutos para llegar, de manera loca e increíble, otra vez vimos a dos chicas, sí, esta vez eran dos, en medio de la acera, esperando a que pasáramos. Nos miramos de golpe y, entre risas, empezamos de nuevo a debatir:

- ¿Las ves, ¿no? Esto no será un *déjà vu* de esos.

- Yo sí las veo. Esta vez has tenido suerte, hay dos, así que una seguro que te escoge a ti.

- Jajaja. Anda ya, Edgar, las dos para mí.

- Jajaja, ya lo veremos.

- Ahora en serio, vamos a dormir, mira la hora que es.

- Sí, sí, directos a la cama.

Seguimos andando y, de nuevo, la misma escena que habíamos vivido apenas unas horas antes.

- Hola, chicos - esta vez las chicas también nos lo dijeron al unísono.

- Hola - respondimos los dos igual.

- ¿Ya os vais? Es muy pronto, ¿no queréis tomar algo?

- Venimos de eso precisamente y ya nos tenemos que ir.

- ¿En serio? Es una pena, nosotras vamos a un sitio ahora genial que está aquí al lado, ¿por qué no venís y tomamos un chupito juntos?

- Venga, vamos - otra vez Edgar me la iba a liar, esta vez estaba yo más borracho y con más sueño, pero, aun así, otra vez me dejé llevar.

- ¡Pero algo rápido eh!, que de verdad estamos ya cansados por hoy.

- Claro chicos, vamos.

Se estaba repitiendo la misma escena, otra vez nos iban a liar y acabaríamos en algún chiringuito, solo que esta vez no iba a meterme en más sitios así e iba a controlar a Edgar. Ya no hablábamos, íbamos uno al lado del otro con seis cubatas encima, a seis grados y sin haber dormido casi nada: seguíamos la aventura en modo automático. Llegamos al sitio, que era una pequeña discoteca de dos plantas. Entramos y había muchísima gente, pedimos unas copas en la

barra, empezamos a ver cómo bailaban y cuál era la forma en la que ahora la gente de veinte años ligaba y jugaba. Después de pedir la copa, se nos empezó a quitar el sueño un poco, la música nos despertaba y nos alucinaba ver que las chicas eran quienes buscaban a los chicos. El “papá” de la discoteca estaba quieto mientras dos o tres chicas se acercaban y le movían el culo. Él no se meneaba mucho, de vez en cuando, la cabeza y poco más. Entre risas, le dije a Edgar que le iba a enseñar a bailar. Nos animamos y empezamos. Me moría al verle a él y al revés, era como que en cuatro metros cuadrados se encontraran tres generaciones de tipo de baile y tendencias unidas. Estaba con mi movimiento de cadera suave, las manos pegadas al tronco, mientras Edgar hacía movimientos como de turbina con las manos y los pies, como si pisara almendras, al lado teníamos al “papá” quieto, mirándonos mientras una tía le movía el culo. La noche se estaba animando, nos lo estábamos pasando bien y, sin pensar, saqué el móvil del bolsillo, abrí el *Whatsapp*, busqué su nombre y le mandé un video de lo que estábamos haciendo. Eran las cuatro de la mañana. No tenía sentido lo que acababa de hacer.

Me desperté al día siguiente con resaca a las diez porque no había puesto el despertador. No me acordaba ni de cómo habíamos llegado al hotel, pero, al menos, ya había pasado todo. Como experiencia fue superdivertida y una parte de mí quería repetirla cada cierto tiempo. Hacía más de cuatro años que no había hecho nada parecido, sentí una mezcla entre arrepentimiento y pena por mí mismo. Me duché y bajé a la calle a por un café mientras le escribía a Edgar un “Buenos días”, esperando a que me respondiera para organizarnos e irnos. Salí a la calle y, de camino al bar, me sonó el teléfono.

- Vaya fiesta ayer, ¿no?

Me quedé congelado, se me había olvidado totalmente que le había enviado un vídeo. No tenía ningún tipo de relación personal con Evelyn, ni siquiera sabíamos mucho el uno del otro, lo último que le había hecho fue dejarla en visto y lo siguiente fueron dos vídeos en los que salía bebido, mostrando lo que estaba haciendo en el momento de grabarlo. Me moría de la vergüenza, pero no podía no contestarle nada.

- Buenos días, Eve. Sí, bueno, no me acuerdo de haberte enviado el video, es que ayer bebí demasiado.

- Pues sí que te fue bien. Vuelves hoy, ¿no?

- Sí, estoy esperando a que Edgar me conteste y supongo que nos iremos. Ahora me voy a tomar un café que estoy fatal.

- ¡Aish, la resaca! —reímos—

- Sí, no estoy muy acostumbrado a esto.

- Bueno, ya me contarás cuando vengas, que te vaya bien.

- Cuando vuelva nos vamos a tomar café y te cuento.

- Genial.

Edgar bajó a los pocos minutos, tenía también con algo de resaca, pero ambos estábamos de buen rollo porque había sido una experiencia divertida en todos los aspectos y nos lo pasamos bien. Nos sirvió el viaje también para conocernos más, nuestra complicidad aumentó. Recogimos nuestras cosas y llegamos al aeropuerto. Durante toda la mañana y todo el vuelo lo único que tenía en mi cabeza era a Evelyn. ¿Por qué le había escrito que se lo contaba tomando café? ¿Por qué le había enviado los videos? ¿Por qué le había escrito a ella cuando llegué al restaurante?

Estaba claro que ella era una chica guapa, estaba claro que a mí me gustaba conquistar, pero, en el fondo, no era así: conquistaba al momento, luego no me acordaba de nadie. Es sencillo, me gusta el cara a cara, pero tengo mi vida y me alejo de la persona con la que flirteo, dejo de pensar en ella. Con Evelyn fue distinto, cuando estábamos cara a cara buscaba seriedad y cuando hablábamos por *Whatsapp*, buen rollo, pero en ningún momento quería entrar a nada personal; de pronto, dos días seguidos actuó de esa forma. No llegué a ningún resultado, no supe entender en ese momento qué me pasaba. No podía entender que precisamente eso que me estaba naciendo, al no haberlo sentido nunca, era algo normal que sucede cuando alguien se está enamorando.

Capítulo 3

El día

*«Con la esperanza de llegar a la luna, los hombres
no ven las flores que florecen a sus pies».*
Albert Schweitzer

Había vuelto de Madrid. Todo había salido bien y había estado comunicándome con el equipo durante esos días que estuve fuera. La verdad es que estaba muy contento, parecía que las cosas funcionaban. Por un lado, tenía un gran proyecto que podía hacer que la economía de la empresa estuviera mejor que nunca y, por otro lado, la inversión en tiempo que había destinado a la distribuidora parecía que pronto daría sus frutos, así que ese día por la mañana me dediqué a hacer cuatro llamadas y subir de improviso, así aprovecharía para saber cómo estaba la situación y también para ver a Evelyn. Antes de salir, la llamé.

- Hola, ¿estás por la nave?
- Buenas. Sí, estoy aquí, no tardaré en irme, ¿qué tardas?
- Poco, supongo que en veinte minutos estoy por ahí.
- Vale, pues te espero y así te comento un par de cosas.

Subí al coche y, de camino, me puse a escuchar "Estoy bien" de Ptzeta. Hacía poco que había descubierto a esa cantante, pero tenía algunas canciones que me daban energía, parecía que las letras acompañaran mi día a día en cuanto a sentimientos se refería. Estuve todo el trayecto cantando, con buena sensación en el cuerpo, como cuando vas a algún sitio sabiendo que te espera un gran recibimiento, o como cuando vas a comprarte un capricho.

Llegué a la nave tarareando la canción y, antes de cerrar, saqué un bote de colonia que llevaba en la guantera. Quería entrar bien, quería que me viera, que al acercarse me oliera y pensara: "Qué bien huele..." y sonreír, sabiendo que sí. Iba a dominar el mundo.

El edificio es muy sencillo: tiene una pequeña puerta lateral por la que entran las personas en caso de que el portón, que sirve de acceso a los camiones, esté cerrado. Cuando está abierto se puedes ver todo el género que tienen y el estado del almacén; a mano izquierda, nada más entrar, tienes unas escaleras que dan acceso hasta la parte de alta, donde está la oficina. El almacén está gestionado por dos hombres, que son, a su vez, los encargados de la nave. Sergio es un chico joven, de unos veinte años, al que apodan Coque. Para quien no lo sepa, hay una serie llamada "La que se avecina" donde hay un fumado que hace de conserje, por esto lo llaman así. Carlos es un hombre de unos treinta años que tiene la responsabilidad de mantener el orden y preparar las cargas para las furgonetas. En la planta de arriba están las oficinas. Nada más entrar, encuentras una zona abierta con una mesa para reuniones, dos puestos de trabajo y la máquina de café junto a tres despachos de cristal, que están uno al lado del otro. Esta es la distribución del edificio donde ella trabajaba. Ese es el lugar que me hizo dejar de tararear e hizo que me saliera un TIC en el ojo izquierdo.

Nada más entrar en la nave, empecé a notar un calor y un malestar llamado cólera. Todas las buenas sensaciones se fueron porque lo primero que hice al llegar fue verlos a ellos, uno al lado del otro.

- Carlos, Sergio, muy buenas.
- Qué tal Jaime, ¿cómo ha ido por Madrid?
- Muy bien, la verdad.
- No hay nadie en la oficina, ¡eh!
- ¿Y eso? Qué ha pasado.
- No lo sabemos, pero no hay nadie...
- ¿Habéis podido contar el stock?
- No, tío, no hemos tenido tiempo.
- ¿Y esos pallets que hay ahí que son?
- Producto caducado, hay unos seis pallets para tirar.
- ¿Cómo puede ser eso?
- No lo sé.
- ¿Y eso que hay ahí qué es?
- Devoluciones que han traído los repartidores.
- ¿Dónde están apuntadas?
- Las tendrán por arriba.
- ¿Que estáis preparando las cargas?
- No, aún no las tenemos, supongo que nos las darán en un rato.

En este punto, el tic se incrementó. Acababa de llegar contento, feliz, y me dicen, en pocas palabras, que todo lo que pedí no se ha hecho. ¿Motivo? No hay ninguno lógico. En ese momento, en mi cara, sin ningún tipo de disimulo se podía ver el enfado. Se fueron al portón, se encendieron un cigarro y empezaron a hablar de lo bien que se lo pasaron en su última fiesta y de lo buenas que estaban las tías mientras el almacén estaba peor que antes de que me marchara. Subí las escaleras, pensando que tenía que poner un remedio a eso, no podía creer la falta de implicación que tenían esos dos. Había pedido más cosas, así que una parte de mí quería creer que no era tan raro que no se hubiera hecho todo lo relacionado con el almacén, pero que lo demás sí estaría más controlado. Tenía la esperanza de que de todo lo que había pedido, solo fallara eso. No subí rápido, de hecho, se me hicieron más largas que nunca las escaleras, pero cuando llegué a los últimos escalones, me giré, mirando a la oficina, y la vi ahí, sentada, mirando hacia mí y, sin querer, sin pensar, se me olvidó el almacén. Lo único que hice fue sonreír y mirarla.

- ¡Buenas, tardes! - ya se me había olvidado lo que había vivido hacía unos segundos.
- Hola Jaime, ¿qué tal?
- Muy bien, ya estoy por aquí. Oye, el almacén no está muy bien, ¿no?
- Ya, están todo el día quejándose, pero no hacen nada.
- Bueno, tranquila, le pondremos solución.

En ese momento, levantó la mirada Alexander, una de las personas responsables del proyecto. Si tuviera que describirlo, es..., diría que es un hombre mayor, con clase, que sabe escoger las palabras adecuadas para hacerse ver como un señor, un caballero. A simple vista, le echas unos sesenta años, aunque realmente tiene setenta y dos. Cuando lo conocí, recuerdo que el trato fue muy correcto, me hizo una presentación de libro donde me expuso quién era y cuáles eran sus habilidades. Se le notaba seguro de sí mismo y, realmente, cuando estabas un rato con él, se te olvidaba la edad que tenía. Profesional, en exceso teórico y metódico, le falta acción y le sobran años. En otro momento de su vida, seguro había sido un gran líder, hoy era un apoyo.

- Muy buenas, Jaime, ¿ya estás por aquí?
- Sí, ya he vuelto, ¿cómo va todo?
- Muy bien, parece que la cosa mejora.
- Bueno, me alegra, vengo del almacén y está un poco caótico todo, ¿no?
- Ya he hablado con ellos. Mira, he creado un documento donde expongo detalladamente las responsabilidades de cada uno, ¿qué te parece? - había detallado en un cuadrante, con las horas que tenía que dedicar cada uno, desde que entraban hasta que salían y se lo había hecho firmar.
- Ya veo. Está bien, lo único que no veo claro es que al ritmo que van les dé tiempo a todo.
- Sí, sí, tranquilo, ¿no ves que me lo han firmado?

Evelyn estaba escuchando, miraba con cara de escepticismo, algo dentro de ella tenía claro que ese hombre escribía mucho, pero la mitad de lo que había hecho sabía que no se iba a cumplí.

- Evelyn, cómo va el tema de las facturas, ¿ha dado tiempo a José Luis a cuadrarlas?
- No, aún no lo ha hecho, creo que lo está acabando.
- El informático del ERP, ¿te ha sacado el listado de las pendientes?
- Sí, me lo ha pasado, pero...
- Pero, ¿qué?
- Hay 978 facturas sin contabilizar desde agosto.
- ¿Cómo puede ser eso?
- No lo sé, eso lo lleva José Luis.
- Alexander, cómo va la parte comercial, ¿hemos incrementado los pedidos? ¿Qué tal con David?
- Pues no sé eso, Jaime, eso no sé cómo se mira.

En ese momento el tic detonó, había venido como nuevo de mi viaje, estaba contento porque me había puesto mi ropa de "guay", me había perfumado, venía tarareando la canción, esperando llegar a la nave y que todo lo que había pedido y puesto en marcha estuviera rodado, que me dijeran: "Tío, qué bien ha salido todo lo que has dicho que podíamos hacer", es decir, llegar y poder sentir el placer que da el dominar la faena y que ella me admirara, me idolatrara y volver a mi casa sabiendo que soy el mejor, que todas me quieren, que me desean, pero no. No. No. No. Detoné.

Llamé en ese momento a José Luis. Evelyn se quedó en su despacho y Alexander volvió a su puesto. Lo llamé en medio de la oficina, quería que escucharan lo que le tenía que decir a ese hombre.

- Muy buenas, Jaime, ¿qué tal todo? ¿Cómo ha ido por Madrid?
- Por Madrid bien, pero tengo algo que decirte José Luis: dejo la distribuidora. ¡Abandono el proyecto!
- Pero qué dices Jaime, cálmate.
- No me calmo, esto es de locos.
- Pero, ¿qué ha pasado?
- ¿Que qué ha pasado? ¡Pues que TODO está hecho una mierda! La parte del almacén está fatal, hay cajas de por medio, se han caducado seis pallets, no se sabe qué abonan, qué tiran, no sabemos si nos roban o no, la contabilidad está descuadrada desde agosto y va a ser imposible cuadrar nada. Alexander no tiene ni idea de las ventas y los comerciales no están controlados, no

tienen objetivos, no cubren ni el gasto que conllevan. Nada de lo que pedí se ha hecho, y no solo eso, sino que está peor aún.

- Jaime, cálmate, tienes razón, pero poco a poco podemos...- le interrumpí.

- Mira, José Luis, llama a Antonio, llama a quien quieras, pero esto es muy sencillo: he dicho cómo se tiene que hacer, he invertido muchísimas horas poniendo en marcha todo este proyecto y, a cambio, se me ha ofrecido una parte del pastel, una parte que no vale nada si el resultado es cero, así que lo dejo. Cuando esté hecho lo que he pedido y estéis dispuestos a trabajar bien, me llamas y volvemos a sentarnos.

- Ok, Jaime, disculpa...

Colgué el teléfono. Alexander ni siquiera tuvo narices de mirarme, se limitó a quedarse sentado delante del ordenador, esperando a que me calmara. Entré al despacho donde estaba Evelyn, ella lo había escuchado todo, la miré y le dije: "Evelyn, cariño, si quieres el café, ahora es el momento, me marcho"; sonriendo, me dijo: "Está bien, vamos".

Salimos de la nave y nos subimos en mi coche. Me dijo de ir a tomar un café a un restaurante que conocía y, al llegar, casualmente, resultó que yo había comido varias veces con unos amigos. Durante el trayecto, aunque fue corto, estuve despotricando de todo el mundo. No me lo podía creer, no entendía cómo se podían hacer las cosas tan mal, pero lo que menos entendía es que me doliera más a mí que al resto. ¿Es que nadie veía la cantidad de dinero que se estaba perdiendo? Los critiqué a todos, excepto a ella. Llegamos al sitio y entramos. Nos sentamos y, por mi parte, la tensión estaba asegurada, había perdido mi tiempo y lo último que pretendía hacer era "vacilar" a esa chica para irme y volver a mi vida de siempre. Quería cerrar la etapa de la distribuidora.

- Yo conozco este sitio.

- ¿Ah, sí? ¿De qué? ¿Tú no eres de Barcelona?

- Sí, pero tengo unos amigos aquí y subo casi todos los fines de semana.

Entramos y nos sentamos a una mesa que daba a la cristalera. Desde donde estábamos, podíamos ver la calle, la gente pasear y a la que estaba sentada en la terraza.

- Bueno, cuéntame, ¿de verdad lo dejas?

- Evelyn, no puedo más, llevo demasiado tiempo invertido en este proyecto y las cosas no salen. Sé que te dije que te vinieras, pero es que no entiendo por qué está pasando esto.

En ese momento, llegó la camarera y pedimos. Pedí un café, ella se pidió una clara.

- Pues eso, que no puedo más, Evelyn, de verdad que no, esta empresa no tiene solución.

- Bueno, no te estreses. Qué tal por Madrid, así desconectas y cambiamos de tema.

Me acordé de lo que había hecho: primera norma del conquistador, conocer los puntos débiles de tu "presa"; segunda, nunca mostrarse débil o inseguro; tercera, hablar de temas seguros en los que sabes que tienes el control y la salida adecuada. Con esa frase, me rompió las tres normas de golpe. Le había escrito, le había enviado vídeos, había estado hablando con ella todo el domingo. Como por *Whatsapp* todo es fácil, le escribí soberbio, como si fuera una novata que tuviera que aprender y admirar todo lo que yo sabía hacer.

- Pues muy bien, la verdad, me lo pasé en grande.

- Ya vi el vídeo, ya... Menuda fiesta.
- Oye que para mí sí fue una fiesta, ¡eh!
- Jajaja, no te digo que no, cuéntame...

No sabía bien qué decir, me bloqueé. Supuestamente, le tenía que explicar lo mismo que le había escrito, pero esta vez la tenía delante y, como bien se dice, no es lo mismo llamar al diablo que verlo venir... No sabía bien qué contestar. Una parte de mí quería sacar pecho, cambiar la voz a más macho y decirle: "Ey, nena, no te equivoques, soy muy todo", otra parte de mí tenía hasta vergüenza de mirarla, y no porque fuera tímido, sino porque, en ese momento, por primera vez, sentí el poder que ella desprendía, vi por primera vez la seguridad que derrochaba al mirarme. De lejos, las cosas pierden la realidad de su tamaño: un cazador, a lo lejos, puede ver un oso y visualizar que es grande, se ve capaz de poder cazarlo y salir victorioso. Cuando está delante, cuando ve realmente sus dimensiones y su poder, solo tiene la opción de quedarse helado, sabiendo que cualquier cosa que veía o pensaba era una mera distorsión de la realidad creada por la distancia. Ahora la tenía delante, igual que el cazador, la miraba y no supe reaccionar. Gracias, camarera, cuando te vuelva a ver, te daré una gran propina.

- Chicos, ¿os falta algo? ¿Queréis algo más?
- ¿Quieres algo más, Jaime?
- No sé, ¿tú qué quieres tomar?
- ¿Bebes vino blanco?
- De verdad, me tendría que ir a trabajar.
- ¿Sí o no?

Sonreí, era divertida la situación, pero sabía cómo me sentaba el alcohol. Era el último día, así que me daba bastante igual todo.

- Me da igual, bebo lo mismo que tú.
- Ok, dos copas de vino blanco.

Cada uno es consciente de cómo le afecta el alcohol, a mí, personalmente, en función de lo que beba: el vino tinto me relaja, me gusta y me da un estado de calma en el que lo que me apetece es ponerme romántico, hace que abra mi corazón y me vienen a la mente cientos de escenas en los que el hombre, de manera dulce y delicada, conquista a la mujer para acabar haciendo el amor de manera suave y dulce. La ginebra me pone "tonto", me dan ganas de jugar, de ligar, de vacilar a la mujer y de morder a la persona con la que estoy, jugar y divertirme en un modo más lascivo. El vino blanco es peligroso, es dulce, frío, y lo acabo bebiendo como si fuera un refresco. Me pone tierno, pero, a la vez, me da un punto de diversión. Es como mezclar ambos, el problema en general, es que me suelta la lengua y, si añadimos que era mi último día, que estaba delante de ella y de que aún tenía bastantes horas libres antes de llegar a casa... En el momento en que acepté la copa, sé que lo que vendría sería una situación en la que acabar avergonzado y mal, sabiendo que no volvería a verla, o, peor, intentando conquistarla.

- Bueno, ¿vamos a brindar no?
- Sí, porque ya no vuelvo a la distribuidora.
- Jajaja, está bien.

Empezamos a beber, a hablar de todo un poco: el viaje a Madrid, lo que ella hacía antes de estar en la distribuidora, alguna experiencia de camarera, le empecé a hablar de mi relación, de los niños y, poco a poco, la copa se fue vaciando... Y pedimos otra..., y la siguiente, hasta que la conversación empezó a desviarse.

- A mí me gusta mucho jugar.
- Y a mí también.
- Evelyn, te lo digo en serio, tengo ya toda la vida montada, ahora solo me falta algo y es lo que encuentro fuera, el juego del amor.
- ¿Ah, sí? Cuéntame, cómo funciona eso.
- Bueno, es sencillo, me gusta gustar.
- A mí también.
- Ya, pero a mí se me da muy bien. Ahora mismo he bebido y, si te digo la verdad, jugaría contigo.
- Pues juguemos.
- Te lo digo en serio, quiero que tengas claro que para mí todo es un juego
- ¿Cuáles son las reglas?
- Haré que te enamores de mí - lo dije convencido, pero ella se echó a reír-. No sé qué te hace tanta gracia...
- Nada, nada, tienes muy claro que vas a poder hacerlo.
- Sí, te garantizo que sí, te trataré como a una novia, buscaré que te enamores de mí y disfrutaré enamorándome de ti, jugando contigo, pero, en realidad, solo será eso, no habrá nada más.
- Bueno, no me parece mal, podré parar cuando quiera.
- Eso dices ahora, pero he jugado más veces a esto y siempre he acabado perdiendo.
- ¿Eso es que te has enamorado de otras?
- No, eso es que he acabado mal con todas porque no entienden que es un juego.
- Conmigo no va a pasar esto, si te digo blanco es blanco, negro es negro, no soy de grises.
- Evelyn, perderás, te lo aseguro.
- Pues apuesta... Yo sí juego.

Recuperé el control, me sentí de nuevo bien, ya no veía a una mujer tan fuerte, al revés, lo único que pensé fue "pobrecita, le voy a romper el corazón, pero bueno, me voy a divertir". Al final, es una chica joven, cuerpo perfecto, y con lo decidida que parece va a ser una experiencia nueva. Juguemos.

Salimos del restaurante y fuimos camino al coche. Habíamos pasado una tarde agradable y ya no me acordaba de la empresa, ahora solo pensaba cómo iniciar el juego. Habíamos hablado, habíamos puesto las normas y los dos estábamos dispuestos a jugar, así que fui quien se encargó de empezar a poner en marcha la rueda: primera prueba para el primer acercamiento, detalles que me permitan acercarme... Me fijé en que tenía un piercing en el frenillo, al que llaman *smile*.

- ¿No te molesta el piercing del labio?
- No, ¿por qué?
- No sé, tiene pinta de delicado.
- Pues no, ni lo noto ya.
- ¿Me lo enseñas?
- Claro.

Primera prueba, primer acierto: tres puntos para mí. Me acerqué, le agarré la cara y la besé. En ese momento, lo que creía haber ganado, ella lo superó con creces. El sexo es pasión, es química, pero para encontrar ese punto de placer, ese nivel de complicidad, tiene que pasar tiempo, al menos el suficiente para acostarte con alguien y disfrutar en todo su apogeo. La atracción física determina si vas a seguir conociendo a una persona o no, es lo primero que juzgamos y vemos en alguien. Las expresiones o las formas de hablar son las que se encargan, después, de rematar, atarlo todo, pero el beso, el besarse, y que funcione es lo más crítico de todo. El sexo se mejora cuanto más se conoce a la persona y sabes lo que le gusta. El físico se puede cambiar, solo hay que hacer dieta y entrenar, o empezar a comer para engordar y la forma de expresarse o la manera de hablar se puede mejorar introduciendo cultura en tu vida, leyendo, conociendo, pero besarse no, la química del beso es la que determina la pasión que vendrá luego. Es la clave, desde mi punto de vista, de todo, es lo que une amor con pasión, es lo que más haces: al despertarte, al tener un momento bonito o lujurioso. Antes de dormir, las parejas se besan o deberían hacerlo muchas veces al día. Un beso puede llegar a transmitir más que el propio sexo. Diez puntos más para ella, entonces, porque ese beso me congeló, me enganchó, cambió la situación y me volvió a hacerla ver imponente, segura, preciosa. Fue la primera señal de que no supe ver que el juego que había propuesto iba a ser mucho más difícil y descontrolado de lo que pensaba. Ese beso fue el encargado de hacer que lo que iba a ser un simple y controlado juego se convirtiera en lo que es ahora.

Si os digo la verdad, no pensé jamás que esta historia que hoy escribo pudiera tener ningún sentido. Tenía ya una vida montada, una serie de objetivos y el camino listo después de muchos años trabajados para que fuera así. Ella era una chica rubia con un carácter duro y era la sobrina de Antonio, el propietario de la empresa, por lo que en ningún momento pensé en que fuéramos a tener algo más que cordialidad. Ahora ya habíamos dado el primer paso, ahora empezaría el juego de verdad.

Capítulo 4

Locura y diversión

*«A veces pierdes una batalla,
pero las travesuras siempre ganan la guerra».*
John Green

Los siguientes días no sé ni cómo describirlos, fueron mágicos. Tenía claro que todo iba a ser un juego y ella también, me lo dijo tan convencida, tanto, que pensé que no podía haber ningún imprevisto. No soy infiel, o al menos considero que no lo soy a mi manera. La infidelidad, a día de hoy, está vista como un hecho ligado a cualquier tipo de deseo o atracción que puedas sentir por alguien: una conversación que se sube de tono, un mensaje privado indicando interés en el cual la otra persona sigue el juego, salir a tomar algo con alguien y sentir que tienes algún tipo de química..., para mí eso no es infidelidad. De siempre me ha gustado sentirme atractivo, creo que es algo que le pasa a mucha gente, es más, creo que a todo el mundo le gusta, solo que hay quien lo lleva de una manera distinta. Para mí, la infidelidad es acostarte con otra persona, es entregar tu cuerpo, el resto lo considero simple diversión.

Cuando era joven, conocí a muchas mujeres, pero hubo una que me hizo cambiar, supongo que todos hemos vivido un intento de primer amor, yo también lo tuve y, en esa relación, descubrí en qué consistía lo de gustarle a los demás, pero no por mí, sino por ella, que le gustaba jugar conmigo, hacerme sentir y ver lo que era que otro hombre la deseara a la vez. Tonteaba con los demás y yo estaba presente en más de una ocasión. Necesitaba sentirse así, experiencias nuevas y no es que no le bastara. En más de una ocasión, jugamos a los roles, hacíamos que no nos conocíamos de nada y quedábamos en algún lugar, un bar, una cafetería, una parada de autobús; el juego era sencillo, tenía que conquistarla de nuevo y, en cada ocasión, debía de ser alguien distinto. A veces, era un tipo duro que tenía que abordarla de manera soez, vulgar, primitiva; otras veces, debía ser alguien formado, culto, profesional. Me enseñó a fingir, a ser una persona distinta y a adaptarme a quien tenía delante, fingiendo ser alguien que no soy. Entendí que estaba con una mujer que necesitaba vivir estas situaciones distintas para volver a enamorarla.

Debo decir que, para mí, la infidelidad no existe si no hay cuerpo con cuerpo. Me atrevo a catalogarme como un jugador de sentimientos. Me encanta conquistar, hacer creer a quien tengo delante que soy su ser especial, me encanta ver cómo, poco a poco, se van enamorando, cómo se ilusionan. Adoro los primeros besos que se dan con pasión, saber que en ellas hay deseo, que quieren acostarse conmigo y que, cuanto más me conocen, o al menos a la persona que están queriendo conocer, más deseo hay, más necesidad de mí. Me encanta ver cómo planean un futuro, cómo se dejan llevar en el presente y adoro ver su evolución conmigo. Las primeras semanas son mágicas, son increíbles, todo es bonito, todo son detalles, todo son experiencias nuevas, hasta que, de golpe, toca despertar. Ese momento, sinceramente, también me gusta, me hace sentir bien, controlador, el momento en el que se hace saber a la persona que tienes delante que, como se pactó al inicio, todo es un juego, pero que ya ha terminado, que no tiene nada más que aportar y que ha perdido la magia. Este juego, el de enamorar, de conquistar, de sentirse

deseado, este tipo de inicio de relación, no lo he considerado nunca una infidelidad, sino una necesidad de cubrir unos sentimientos que, por desgracia, en las relaciones reales, después de unas semanas o unos meses de relación, acaban transformándose en monotonía, ya que, por más que uno quiera, la magia del momento, como la real, es, sencillamente, el hecho de no entender qué está pasando y no saber encontrar una razón lógica a lo que estás viviendo o sintiendo. Una vez entiendes que lo haces, cuando conoces el truco, pierde su gracia.

Con ella, parecía sencillo. Yo tenía una vida, Evelyn tenía otra, coincidíamos en el trabajo sin poder hacer nada y, al salir, cada día podíamos tener un rato para jugar e ir conociéndonos. El único problema que había esta vez es que cuando juego a esto, desde un inicio tengo claro cómo va a acabar y selecciono con quién participo por alguna característica especial, por ejemplo, un buen físico, que cante bien, que sea especialista en algo determinado, que hable idiomas, que toque un instrumento... En fin, que tenga algo que destaque, son las cosas en las que me fijo y, luego, comienzo, poniéndome la máscara que toca para ser compatible con esa persona, pero, esta vez, todo estaba siendo muy distinto, ya que, sin darme cuenta, me había fijado en Evelyn y, además, me descubría constantemente pensando en ella.

Ese día llegué a la oficina a última hora, solo quería ir para verla y empezar a jugar y ya, de paso, aprovechar para ir a tomar algo. Cogí el móvil y le escribí.

- Buenas, Evelyn - tardó un rato en contestar.
- Buenas, dime.
- ¿A qué hora acabas hoy?
- En una hora, supongo que sobre las 17:30.
- ¿Quedamos y vamos a tomar algo?
- Vale.

Qué divertido era, tenía mi trabajo y había cogido ese proyecto como un extra, pero después de lo que pasó el día anterior todo había pasado a un segundo plano, ya que tampoco le acaba de ver mucho futuro por lo ocurrido, pero ahora había encontrado una excusa para seguir en él: tenía una diversión con la que acabar bien mis días. Terminé una reunión que tenía y aproveché para informar tanto a mi mujer como al equipo que iba a estar ocupado un buen rato porque tenía que trabajar en la distribuidora y acabaría tarde. Llegué a la nave y subí a saludar.

- Buenas tardes, Alex, buenas tardes, Evelyn - no había nadie más.
- Buenas tardes, Jaime, ¿qué tal?
- Bien, he venido a ver qué tal la faena, todo bien, ¿no? - ella me miró y me sonrió, sabía que iba a esperar a que saliera y que teníamos que ser serios, ya que nos escondíamos del mundo.
- Muy bien, yo me voy en breve, que estoy a punto de acabar.
- ¿Y tú, Alex? ¿Tienes mucho lío o qué?
- Bueno, estoy haciendo un documento donde expongo las necesidades comerciales y cómo darles soporte, ¿quieres verlo?
- Está bien, enséñamelo.

Era una empresa de distribución de alimentación, la historia es larga, pero básicamente la compró Antonio, el dueño y tío de Evelyn, hacía prácticamente cuatro meses y acabó mal con su socio, por lo que se vio obligado a seguir con el trabajo de gestionarla con los conocimientos que

tenía. La distribuidora fue adquirida a nivel particular, pero fue financiada por otra de sus empresas, YM, esa era su empresa de venta de bebidas al por mayor. Alex era una persona que tenía trabajando en ella y que pasó a esta para controlarla mejor. Evelyn también venía de allí, pero, al enfadarse con su tío, la dejó y ahora la había llamado yo para que entrara conmigo, por lo que estaba ahí y se dedicaba a hacer todo lo que la empresa necesitara en cada momento.

- Bueno, Alex, yo ya estoy, me marchó, ¿vale? ¡Hasta mañana! ¡Adiós, Jaime!

- Adiós, Evelyn- dijimos al unísono. Seguí trabajando con Alex, pero en mi mente estaba pensando cómo decirle a ese hombre que no me interesaba lo que me estaba contando y que me quería ir corriendo con ella.

- Bueno, Alex, yo también me voy a ir, que tengo un par de cosas que hacer y mañana quiero escaparme otro rato.

- Vale, pues si quieres mañana vente antes y lo miramos.

- Sí, mejor te veo mañana.

- Hasta mañana.

Aproveché y me fui volando de allí. Bajé las escaleras y, a la vez, le escribí. Llegué al coche donde estaba y, sin pensarlo, la besé. Estaba sentada y no hizo falta que se bajara. Era mi momento, era mi juego y en él era yo quien ponía las normas y controlaba la situación. Cuando la besaba, me hacía sentir increíble, tenía la sensación de conquista que necesitaba, lo que estaba buscando. Con ella no tenía que fingir ningún papel ya que éramos ambos tan distintos... Precisamente, fue lo que le llamó la atención de mí.

Evelyn era rubia, teñida, había sido peluquera (aunque eso aún no lo sabía en ese momento) por lo que llevaba el pelo siempre perfecto. Lo tenía largo y grueso, latino, como yo lo llamo. Su cuerpo tenía formas, aunque era delgada, muy sensual, de altura perfecta para mí, 1,70, pero llevaba casi siempre tacones por lo que, cuando estaba frente a mí, estábamos casi siempre al mismo nivel. Usaba gafas de pasta negra, con forma alargada y bombeada, como de secretaria sexy de película, detrás veía unos ojos enormes, rodeados de pestañas oscuras muy largas. Iba tatuada, mucho, tenía de todo tipo, y la manera en la que vestía era muy atrevida, con escotes, enseñando el abdomen y pantalones ceñidos. Yo iba más normal, uso muchas sudaderas de *Jack and Jones*, me gustan y son cómodas, pantalones tejanos oscuros y bambas, es mi look de trabajo, informal, pero sereno, dando una primera impresión de que no ostento ningún cargo y que soy cercano.

- Hola, por fin estamos solos.

- Sí, tenía ganas de verte.

- Yo también, muchas, ¿vamos a tomar algo?

- Claro, ¿me sigues?

- Perfecto.

Me subí en mi coche y la seguí. Me sentía pletórico, poderoso, otra más que caía en mi juego y con la que podía satisfacer la necesidad que tenía. Puso el intermitente para salir a nuestro destino. De nuevo, íbamos a La Clau, zona que era conocida por mí porque ahí tenía una pareja de amigos con los que salía y la frecuentaba con mi mujer. Me podían reconocer. Sinceramente, la primera vez que fui allí con ella, no esperaba que pasara nada, era una mera despedida y lo único que buscaba era reírme un rato. Ahora que el juego había iniciado y

también me había invadido el miedo, todo había cambiado y sí que sentía el peligro de que me descubrieran acechando en cada esquina.

- Al final, este va a ser nuestro restaurante, ¿eh!
- Bueno, aquí estamos tranquilos y está cerca de la nave.
- Ya... Espero que no me reconozcan...
- Si quieres, vamos a otro sitio.
- No, da igual, vamos a tomar algo.

Fuimos andando uno al lado del otro, aproveché y le toqué el culo, me gustaba hacerlo, tenía un cuerpazo y mientras durara el juego podía ser mío, así que iba a disfrutarlo cada momento que quisiera. Ella se reía, mejor dicho, sonreía, y me dejaba hacer. Llegamos a La Clau y nos sentamos a la mesa. De nuevo, empezaba la parte divertida y peligrosa.

- Buenas, chicos, ¿qué os pongo?
- Dos copas de vino blanco- esta vez me adelanté, tenía claro cómo nos sentó el día anterior y quería subir de nivel el juego, así que, sin pensarlo, pedí.
- Perfecto, ahora os las traigo.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, creo que esa fue la primera vez que sentí algo extraño entre nosotros o, mejor dicho, cuando sentí que ella no había entrado en el juego como las demás. Se sentía muy segura de sí misma y no me admiraba a mí como estaba acostumbrado, era yo quien la admiraba. Me atrevo a decir que era por desconocimiento: ella tenía una forma de ser, de vestir, de actuar y de hablar que no estaba dentro de mi mundo, por lo que controlarla sería distinto. Segura de sí misma, sonrió y empezamos a hablar de la empresa, ese era nuestro inicio siempre, ya que de ahí nos conocíamos, además era el tema que me interesaba hablar siempre al principio, porque era el que más controlaba.

- Ya estás mejor, al final te quedas, ¿no?
- Bueno, sí, me quedaré un poco más a ver qué tal va. Creo que la empresa puede funcionar, pero es que el equipo que hay...
- ¡Ya, pero bueno! Tenemos un trato, ¿no? Me hiciste firmar y aquí estoy. Si te vas, no sé qué haré.
- Bueno, de momento no me voy, quiero ver qué pasa y así aprovecho y estoy contigo.

Yo dominaba, llevaba la conversación, era trabajo y de trabajo nadie sabe más que yo. Nos trajeron el vino y empezamos a beber, a reír, pero la conversación empezó a desviarse.

- Evelyn, te quedó claro lo que hablamos ayer, ¿no?
- Sí, sí, claro que sí.
- Lo digo porque no quiero problemas, ya he hecho esto más de una vez.
- Sí, no hay problema.
- Te veo muy segura de ti misma.
- Es que lo estoy, solo vamos a divertirnos.
- Bueno, esto ya lo he escuchado antes – dije soberbio, quería dejarle claro que no lo entendía.
- Bueno, a mí me lo has dejado claro y te he dicho que sí.

- Ok, tú verás.
- ¿Y lo has hecho muchas veces? Es decir, ¿has sido infiel muchas veces?
- Bueno, según lo que entiendas por infidelidad, yo no me acuesto con ellas, solo juego y eso para mí no es ser infiel.
- Pues para mí sí, ser infiel es lo que estás haciendo ahora mismo.
- Esta vez es distinto.
- ¿Distinto por qué?
- Hace cinco meses, me separé, estuve casi seis meses separado y no hice nada, luego volví con ella, aún no sé por qué.
- ¿Y qué ha pasado esta vez?
- Que te he conocido - quería empezar a enamorarla, así que jugué mi primera baza.
- ¿Y qué hay de distinto? - ni se inmutó, esperaba un primer suspiro, pero nada.
- Bueno, ahora estoy en un momento distinto de mi vida, además, ya se lo dije, que no aguantaría de nuevo estar mal y que, si eso pasaba, en esa ocasión sí le sería infiel.
- ¿Le dijiste eso a tu mujer?
- Sí, no miento y, además, siempre lo que uno no tiene en casa lo busca fuera.
- Bueno, supongo que sí.
- Sí, te digo la verdad, ya tengo sexo en casa, lo que me falta es la pasión, el juego, lo que me vas a aportar tú.
- Sí, ya hemos pactado cómo irá y me parece bien.
- Eso lo dices ahora, pero bueno.
- Te lo digo en serio, si veo que empiezo a sentir algo, seré yo quien frene.
- Está bien, haré lo mismo, si deja de ser un juego para mí, te lo diré y frenaremos.

Seguimos hablando del mismo tema y nos acabamos la primera copa de vino. Pedimos dos más y continuamos hablando:

- Por cierto, tengo que decirte que me sorprendió el comentario de la primera vez que nos fuimos a desayunar juntos.
- El de las mujeres latinas, ¿no?
- Sí -rio-, no entendí muy bien eso.
- Bueno, Evelyn, verás, he estado con muchas mujeres. Cuando probé una latina, mi mundo cambió, descubrí algo muy divertido que las de aquí no me daban.
- Pues habrás elegido mal, a mí me gusta todo y soy de follar todos los días.
- Eso al final es lo que dicen todas, luego el tiempo avanza y no es lo mismo.
- Creo que te equivocas, depende de la persona que tengas al lado.
- Ya te lo diré, aunque, bueno, quiero que tengas clara una cosa, lo digo porque igual no lo he especificado al empezar el juego.
- ¿Te habías dejado algo? -rio.
- Sí.
- Vamos, sorpréndeme...
- Bueno, quiero que sepas que soy un "calientapollas", ya te dije que sexo tengo en casa y lo que me gusta es lo que estoy haciendo ahora contigo, por lo que, si quieres, puedes estar con otros. Solo una condición: si es así, quiero que me lo digas.

Ella siempre rompió mis esquemas, sinceramente, dije eso pensando que se frenaría o se alejaría o se reiría, cualquier reacción que, en el fondo, me distanciara un poco de ella y que me

diera, de nuevo, el control. Lo que menos esperaba es que dijera:

- No voy a estar con otro chico mientras esté contigo.
- Por qué no, no lo entiendo, yo estoy cada día con mi mujer, lo entiendes, ¿no?
- Me da igual, cuando estoy conociendo a alguien, solo lo conozco a él.
- Ya, pero esto es un juego, lo sabes, ¿no? Por lo que no entiendo que me digas esto...
- Hago lo que me apetece y no conocer a ningún chico, solo voy a estar conociéndote a ti.
- Ya me lo dirás cuando pasen unos días, a ver cuánto tiempo puedes estar jugando conmigo sin necesitar más. Entonces saldrá tu verdadera yo.
- Jajaja, vamos a ver qué pasa, ya te dije que no tengo ningún problema en jugar.

Me alivió inexplicablemente. La empezaba a querer solo para mí, para que ser su persona especial, que solo me mirara a mí, que solo me conquistara a mí y, por muy egoísta que pareciera por mi parte, tenía mis razones para pensar así: mi matrimonio era mi mochila, Evelyn ya me había conocido de esta manera, por lo que no iba a hacer nada más con nadie. Sé que es loco e injusto, pero era la realidad, por lo que, si estuviera con otro, en el fondo, no estaría queriéndome conocer a mí o jugar conmigo, sino que lo haría con otros y eso sería aportar a un nuevo participante. Me negaba a eso.

Esa misma noche, seguimos bebiendo y escribí a mi mujer para decirle que llegaría tarde a casa. Quería seguir jugando un poco y, después de cenar algo rápido, ella me propuso ir a tomar algo cerca.

- ¿No te puedes quedar un rato más?
- ¿Un rato más cuánto es?
- No sé, nos tomamos algo y jugamos un poco...
- Bueno, pero rápido, tengo que ir a casa y mañana madrugo.

Salimos del restaurante a las 21:30 h de la noche, no era muy tarde, pero yo tenía como cuarenta minutos hasta casa, por lo que sabía que me iba a salir mal el plan y que llegaría tarde. Me noté chisposo, habíamos bebido y mientras ella se levantó a pagar, me quedé atontado, mirándola. Estaba realmente muy buena y era mía, lo único malo que no entendía es por qué me quedaba mirándola sin decir nada, como hipnotizado.

- Listo, ¿nos vamos?

- ¡¡Jaime, despierta, nos vamos!! –rio.
- Sí, sí, perdón, que estaba pensando en mis cosas -es decir, en ti.
- Venga, vamos.

Nada más salir, se encendió un cigarro, yo no fumaba, pero llevaba unos días que me iba fumando algún cigarro suelto con ella. Nada más verla, le pedí uno.

- Dame un piti, anda.
- No, no, ¡que tú no fumas!
- Venga, va, un día es un día, total, otra vez estoy fumando.
- Tú verás.

Le di dos caladas y me entró la tos. No entendía cómo había estado tanto tiempo enganchado esa mierda y menos por qué lo estaba haciendo de nuevo. El tema es que al final sí me fumé el cigarrillo con ella. Fuimos andando hacia el bar donde íbamos a tomar algo y por el paseo nos encontramos un portal con el portón de cristal donde se nos veía reflejados como si fuera un espejo.

- ¡¡Hacemos buena pareja, eh!!
- Sí, muy buena - se me caía la baba en ese momento, poco a poco me gustaba más, pero lo que más me enganchaba era su actitud.
- ¿Has visto? El portal está abierto.
- ¿Quieres entrar a jugar?
- Sí, claro.

De nuevo, el caos se apoderó de mi mente. no soy infiel, me lo repito cada veinte segundos, no follo con mujeres teniendo pareja o estando casado, besarse y conquistar no es infidelidad. Me lo repito una vez, me lo repito dos, me lo repito tres. Pienso en por qué coño le he dicho de entrar si no me voy a atrever a hacer nada. Mi plan era que me respondiera que no, que quedara ella como cohibida y yo como atrevido, así, mientras tomáramos una copa, le vacilaría y trataría de “chiquitita”, pero me había respondido que sí, añadiendo con su mirado un “vamos a jugar” y con su sonrisa un “prepárate que te va a salir cara la vacilada”. Piensa rápido, piensa más rápido, piensa rápido y actúa, sal de ahí.

- Vamos, vamos, cuantos más días pasen, más divertido será todo, no vayamos a empezar por el final.
- Tú mandas, ya te he dicho que jugaremos a lo que tú quieras.

La abracé y la llevé hacia el bar. Una parte de mí quedó aliviada y pensé que había estado bien, pero la otra sabía que por cómo me había mirado y respondido, sabía que había metido la pata. En mi cara se dibujaba un SOS.

Estuvimos esa noche tomando algo y charlando, ya no solo del trabajo, ella me iba contando cosas de su vida y yo de la mía. Empezó a crearse una complicidad que me gustaba, que me hacía sentir tranquilo. Hacía unos minutos estábamos hablando de sexo y, poco después, estábamos hablando de cosas nuestras. Era increíble, no era una amante, era una amiga en ese momento, pero, de repente, dejaba de serlo y volvía a mirarme con deseo, a jugar, o se reía, o sonreía, todo, siempre todo. Me preguntaba cómo podía estar tan desinhibida y tranquila frente a mí. Sonó mi teléfono, era mi mujer.

- Hola, ¿vas a llegar muy tarde? Vamos a acostarnos ya los niños y yo.
- Pues no creo que tarde la verdad, ya estoy acabando.
- Vale, cuando entres no hagas ruido, buenas noches.
- Buenas noches.

Este momento sí fue duro, este momento me despertó de la burbuja en la que me encontraba y me hizo aterrizar en el suelo, pero no suavemente, de golpe, y me aplastó contra él para que fuera consciente de todo. No quería irme, pero me sentía extremadamente mal, no solo por estar con Evelyn, sino porque estaba demasiado bien con ella, tanto que no tenía, en ningún momento, en mente a mi mujer. Me estresé un poco, mi expresión y mi estado cambiaron, ya que lo

siguiente que me dijo Evelyn fue que volviera a casa, que ya nos veríamos. No reímos mucho más, me atrevería a decir que pensó que el juego ya se había acabado después de ese momento, así que nos despedimos.

Estas nuevas sensaciones me hacían darme cuenta de la rutina en la que me veía envuelta. No sabía cuándo el día a día me había ganado la partida, ya no recordaba cuánto tiempo hacía que no vivía. Desde que tuve a mi primer hijo, la rutina se apoderó de todo, pero no fue por el hecho de tenerlo, muchísima gente con niños tiene actividad en su vida, es el niño quien demanda y la felicidad que desprende al descubrir nuevas cosas se contagia. Hacía tanto tiempo que no desconectaba, que no me sentía libre, que algo en mí empezó a pesar, como si llevara un chaleco de treinta kilos. Cuando llegaba y estaba con Evelyn, me lo quitaba, me sentía ágil, eufórico, sensacional; cuando volvía a mi vida, me lo ponía de nuevo, todo era difícil, pesado, desmotivador, sabía exactamente qué iba a pasar, de qué iba a hablar, qué iba a cenar e, incluso, qué veríamos en la tele. Siempre era lo mismo, por más que quisiera cambiar no sucedía.

Durante mi relación con Patri, he tenido cientos de charlas, incluso fuimos a psicólogos para que nos ayudaran, no era normal, no podía sentirme así, y lo peor, no podía sentir alivio al estar con Evelyn. Era una sensación demasiado extraña. No solo se trata de querer a alguien, de estar bien, se necesita actitud, la que te lleva a algo tan normal como hablar, tener inquietudes, compartirlas, romper la rutina haciendo exactamente lo mismo que haces cada día, pero de forma distinta. Sin embargo, no hacerlo lleva a la pesadez de ver los días grises, de encontrar libertad en aquello que debería ofrecer lo contrario, como, por ejemplo, trabajar. En mi caso, la monotonía y el hartazgo llegaban en el momento que debería llegar la liberación. Esa sensación prolongada en el tiempo causa un estado que lleva al desgaste. Conocer a Evelyn me hizo entender que aquella rutina, aquella monotonía, podía romperse y que ese chaleco emocional que uno carga es tan sencillo de eliminar con tan solo querer hacerlo. Se necesita actitud por ambas partes y con ella la había encontrado.

Capítulo 5

Te quiero

«Palabras bonitas, sentimientos que nacen»

J.R

De nuevo, contrario a lo que esperaba, mis sentimientos cada vez estaban más y más confundidos. Después de salir del restaurante, cogí el coche y no me puse ni música, mi cabeza iba a mil, pensando que ese juego se me estaba escapando de las manos. Si bien es cierto que yo había tonteado con chicas, nunca lo había hecho así: una cosa era un día puntual, coincidir con alguien y sonreír más de la cuenta, o encajar con una compañera de trabajo y jugar, pero esta vez no estaba siendo así, quería verla, quería seguir conociéndola y me sentía cada vez peor. Estuve todo el trayecto pensando en cómo estaría mi mujer, qué pensaría ella, no entendía cómo no era capaz de controlar la situación y le di mil vueltas a cómo poder frenar lo que estaba haciendo. En el fondo era muy sencillo: solo tenía que decir basta y acabar con todo sin ningún problema. Durante el camino, monté el discurso que daría tanto a mi mujer como a Evelyn. A Patricia le pediría perdón por el distanciamiento y a Evelyn le diría que no quería jugar más, que solo seríamos compañeros de trabajo. Estuve así más de cuarenta minutos, hasta que llegué a casa y lo primero que hice fue ir a ver a mi mujer y a mis hijos que estaban durmiendo en la cama. Sin hacer mucho ruido, abrí la puerta y le di las buenas noches. Me cambié y me acosté.

Una hora y ya son las 23:00. Una hora más y ya son las 24:00. Me veo en mi cama de matrimonio solo, mi mujer duerme con los niños. Mi mente estaba enfadada conmigo de camino a casa, pero, al llegar, me veo solo en la cama. Pienso en por qué es así, la culpa es mía por volver a esas horas, aunque no es tan tarde. No lo entiendo. He hablado este tema con ella varias veces, pero sigo solo. Cierro los ojos e intento no pensar y, sin querer, empiezo a recordar la tarde con Evelyn.

Al despertarme, no me sentía mal, de hecho, me sentía muy bien. Miré el móvil y tenía solo mensajes de trabajo, así que me hice un café en la cocina y me preparé para empezar. Mi mujer se acercó y me preguntó qué tal la distribuidora.

- Buenos días, cariño.
- Buenos días, amor.
- Qué tal te va con la distribuidora, terminas muy tarde, ¿no?
- Sí, bueno, ya sabes que hay muchísima faena.
- ¿Hoy volverás a venir tarde?
- No, creo que no, podría venir pronto y cenamos algo juntos, a ver si los niños se van a dormir temprano y así tenemos un rato para nosotros.
- Vale, me parece genial.

Una parte de mí quería estar bien con mi mujer, ella era muy buena, pero cada vez más me hacía sentir menos hombre. No sentía que me deseara nunca, que le gustara, ni siquiera se preocupaba mucho por mí. Vivía en un modo automático donde cada día era lo mismo y me encontraba cada vez más infeliz. Lo peor era que la veía a ella también así, como que se había

rendido a lo que le tocaba y lo llevaba de la mejor manera posible.

Salí a trabajar, pero ese día no quería subir a ver a Evelyn, quería engañarme. De nuevo, al abrir los ojos, pensé en ella, ya no se me hacía extraño, la tenía en mi mente todo el rato, sin embargo, tenía que pasar al plan B. Por muy bien que estuviera, no tenía el control de nada, así que me fui a ver a Antonio y le comenté que estaría unos días sin subir, ya que tenía que hacer unas cosas de mi proyecto. Él me entendió a la perfección, así que me dediqué a ir a la oficina, buscando restablecer mi rutina, mi serenidad.

La empresa donde trabajo está ubicada en un local en Viladecans, es un local que, en su momento, debió de ser un taller y que, con el tiempo, he ido reformando para crear un intento de oficina divertida. En ella tengo camaleones, terrarios con serpientes, muchos ordenadores y mucho café. Adoro el café. Considero que he tenido la suerte de encontrarme con diamantes en bruto, que son los que me hacen crecer como profesional y los que me permiten meterme en otros proyectos, teniendo la seguridad del que mi negocio principal no va a fallar. Directamente conmigo trabajan dos personas, María, una joven de 22 años con la creatividad y habilidad más innata que he visto nunca, y Vicenç, con el que llevo tantos años y he vivido tanto juntos que casi lo considero mi hermano. Ese día aparecí por la oficina y nada más llegar empezaron las bromas, que, en el fondo, sin darme cuenta, eran realidades.

- ¡¡Buenos días, Jaime!!! - María tiene una sonrisa enorme y muy expresiva, por lo que con el tono y este gesto, ya me lo dijo todo.

- Buenos días, María.

- ¡Por fin te vemos, eh! Cómo va la otra empresa, que nos tienes abandonados.

- Bueno, parece que bien, pero vuelvo unos días para centrarme en Polpoo.

- No te lo crees ni tú - rio Vicenç, un tipo callado, pero experto en soltarla cuando toca.

- Vic, tío, te lo digo en serio, que me quedo por aquí.

- ¿Ha pasado algo o qué?

- ¡Nah!, que la estoy liando, tío, ya tú sabes.

- Jajaja, tío no hagas el idiota.

- ¿Me estoy perdiendo algo? - María no me conocía tanto como para saber que me refería a mujeres.

- Nada, Marieta, ni caso al Vic.

- Bueno, tío, tú verás, vas a volver en dos días a la distribuidora.

Les puse al día de cómo había evolucionado todo, que nuestro software ayudaba en todos los procesos y que creía que podíamos levantar el proyecto. Ellos me dieron su opinión y María me fue sacando algo de información sobre Evelyn, aunque en el fondo me moría de ganas de contarle todo, necesitaba exponerlo y que me dijeran todos que estaba loco.

Mi equipo ya la conocía y no sabían nada sobre lo que estaba pasando, de lo que sí estaban al corriente es que, a simple vista, éramos de mundos diferentes. Escucho a Miguel Bosé, me sé todas sus canciones y en mi oficina muchos días las cantamos a coro. Vestimos de forma muy formal y ninguno lleva tatuajes a la vista. Todos mantienen siempre las formas y, dentro de que tenemos muy buen rollo, no somos de discutir fuerte ni nada por el estilo. Ellos habían visto el personal de la distribuidora y, mejor aún, habían estado en varios *Meet* conmigo y Evelyn donde tenía a Anuel AA. Lo conté casi todo, les dije lo que había pasado y, en vez de decirme nada, de darme su consejo o decirme que no hiciera el idiota, María me miró y me dijo:

- Real hasta la muerte Bebe... BRRRRR

Todos estallamos en risas, sabía que se iban a reír de mí por la situación y creían, al igual que yo, que este juego era una locura porque entendían que era imposible que de ahí saliera nada. Seguimos hablando y les conté varias anécdotas cuando Evelyn, de pronto, me escribió.

- ¡Buenos días, Jaime! ¿Hoy no vas a subir?
- Buenos días, Evelyn. No, creo que no, esta semana tengo bastante faena.
- Bueno, si necesito algo del trabajo, ¿podemos hacer un *Meet* o te puedo llamar?
- Claro, sin problemas.

Había sido seco, quería poner tierra de por medio, quería dejar claro que ya estaba todo listo. Mientras crucé estas dos palabras con ella, escuché un sonido de fondo.

- ¡Jaime! ¡Jaime! Tío, estás atontado o qué.
- Qué dices, dime, que estaba hablando por *Whatsapp*.
- Ya, con ella, ¿verdad?
- ¡No, qué dices! Por qué dices eso.
- Mírate la cara, anda.
- Qué pasa.
- La vas a liar, frena.

Sé que se preocupan por mí y, de verdad, yo me preocupo por ellos, son con quienes comparto mi tiempo, pero no me sentó bien del todo darme cuenta de que no me estaba enterando de nada porque, cuando me escribió, tres segundos se volvieron tres minutos de mirada perdida con la cabeza a cien mil, pensando en qué excusa poner para verla sin ser consciente de ello.

El día transcurrió con normalidad, tenía muchísima faena atrasada, por lo que me fue genial poder estar tranquilo ese día y avanzar. Ella no me escribió, miré el móvil mil veces, esperando cualquier excusa, pero no lo hizo, así que pensé que ya estaba, que sí podía alejarme de ella. Además, esa noche iba a cenar con mi mujer, iba a acostar rápido a los niños e íbamos a estar un rato a solas para divertirnos un poco por fin.

Llegué a casa sobre las 20:00. Estaba un poco cansado, pero tenía ganas de estar con mi familia. Cuando llegué, estaba mi hijo jugando con unos coches y la niña estaba medio dormida. Con dos añitos son terremotos, pero las pilas les duran poco. Había llegado pronto porque, precisamente, quería que cenáramos juntos y llevar pronto a los niños a la cama, por lo que, al saludarlos, me fui directo hacía Patricia.

- Hola, mi amor.
- Hola, cariño.
- ¿Qué tal el día, has ido a la distribuidora hoy?
- No, la verdad que no, he estado en Viladecans todo el día, adelantando faena.
- Bueno, ya sabes lo que pienso de ese proyecto, deberías dedicarte a lo tuyo y ya está.
- Da igual, me apetece y lo sabes, así que vamos a ver cómo evoluciona.
- Tú verás.
- ¿Has cenado ya?

- No tengo hambre, me he comido un sándwich hace poco.
- Joder, podríamos haber cenado algo juntos.
- Bueno, hazte una ensalada o algo.

Me puse a cocinar, se fue al comedor y comenzó a ver una serie. Cené en la cocina, viendo la tablet. La verdad, no estaba muy contento, quería mi cuento de hadas, sentir con mi mujer lo que estaba sintiendo fuera, pero, en lugar de eso, ahora que estaba descubriendo esas nuevas sensaciones, lo que encontraba no era lo de siempre, era peor porque podía comparar dos cosas. Acabé de cenar y me fui con ella al sofá, me acerqué y le pregunté si acostaría a los niños, que así podríamos estar un rato juntos, y me dijo que sí, que iba a hacerlo en ese momento. Me quedé viendo la tele y mirando el reloj. Veinte minutos. Treinta minutos. Me asomé a la puerta de la habitación.

- Cariño, ¿están dormidos ya los niños?
- ¡Shhh! Sí.
- Venga, vente, vamos a estar un rato solos.
- No me puedo mover aún, que se despertarán.
- Venga, va, te ayudo a dejarlos quietos.
- Que no, que se despiertan.
- Vale, vale, te espero fuera, pues.

Cuarenta minutos. Cincuenta minutos. Me asomo a la habitación y está dormida, la intento despertar y me dice que está cansada, que de nuevo se queda ahí. Me enfado. Mucho. Me voy a la cama de matrimonio y empiezo a pensar en ella. Las 23:00, le escribo.

- Buenas noches, ¿estás dormida?

Me puse a pensar un rato. Era tarde y no me contestó, tampoco la vi en línea. No sabía exactamente qué estaba haciendo, había decidido alejarme de ella precisamente para intentar arreglar mi problema en casa, pero resultó todo fue al revés: por cada situación que se daba en mi familia que no me gustaba o que no viera justa, me acordaba más y más de ella. Di varias vueltas en la cama. Empecé a enfadarme, incluso con Evelyn por no contestarme, quería hablar con ella, necesitaba decirle que me estaba enganchando, que no paraba de pensar en ella, que ya estaba dejando de ser un juego y que el motivo por el cual me estaba alejando era precisamente porque no me la quitaba de la cabeza. Sonó el teléfono.

- Buenas noches, estoy despierta.
- ¿Qué haces?
- Escuchando música, he salido a tomar algo y he llegado hace nada.
- Qué bien - quería decirle de todo, que si estaba picada conmigo por no haber subido a verla o por escribirle poco, pero me salió un -: Qué haces.
- Sí, jejeje, ¿necesitas algo?
- Bueno, supongo que verte.
- Ya sabes dónde estoy, puedes venir cuando quieras.
- Ya lo sé, pero hoy no he tenido un buen día y no quería estar raro contigo.
- Bueno, ¿estás ya mejor?
- Sí, ahora sí - cuando hablo contigo, que se me olvida todo cuando te leo, cuando te pienso.

Te has metido en mi mente y solo soy capaz de pensarte y recordar lo que siento y vivo cuando estoy contigo.

- Bueno, me alegro, ¿mañana subirás?
- Claro, ¿desayunamos juntos?
- Sí.
- Pues a las 9:30 espero estar por ahí.
- Genial.
- Buenas noches, hasta mañana.
- Que descanses.

Me quedé en la cama, mirando el techo. El enfado se me fue de golpe, ya estaba contento, mañana la vería, podría estar con ella, hablar, reír, disfrutar. Solo hacía un día que no la veía, pero se me había hecho bastante largo y sentía que tenía mil cosas que contarle y que ella me contaría las suyas. En un solo día, de locos.

Desperté como siempre, Patricia ya estaba con los niños en el sofá, desayunando, me acerqué y les di los buenos días. Ni nos miramos, ella ya no le daba importancia a los detalles como que no durmiéramos juntos, aunque después de acostarme pensando en Evelyn no me importó. Empezamos a entrar en una especie de rutina de desdén que no era sana. Hacía más de dos semanas que no manteníamos relaciones sexuales y lo curioso es que no lo hablábamos. Expongo bien esto, ya que en mi vida el sexo es una parte muy importante: para mí, una relación donde no hubiera un mínimo de relaciones semanales moría, directamente. Soy de los que piensan que la diferencia entre un amigo y una pareja es que a esta la deseas y te la follas. Así que, si no hay sexo y encima no nos llevamos del todo bien... Así estaba la cosa en casa.

Me tomé el café como cada mañana y me vestí. Patricia se llevó a los niños al cole y me puse lo más guapo, perfumado, peinado y arreglado que pude. Quería verla, que me viera genial, así que salí con mi mejor sonrisa directo a buscarla para irnos a desayunar.

El trayecto fue como siempre, me dio tiempo a escuchar seis canciones. Estaba romántico, así que me puse a Miguel Bosé mientras le escribía.

- Buenos días, ya estoy de camino, tardo quince minutos.
- Perfecto, pues avísame y bajo.
- Perfecto.

Aceleré, quería llegar antes para verla. Le escribí, le dije que estaba abajo, me contestó que bajaba. Me puse nervioso, un solo día sin verla, pero realmente largo y malo para mí, así que, más que otros días, necesitaba saber qué sentiría cuando me mirara, si seguía siendo un capricho o de verdad empezaba a sentir algo por ella, algo real. El corazón se me aceleró un poco y, mientras estaba mirando por el retrovisor, golpearon en el cristal.

- ¡Hola! –saludó riendo.
- ¡Hola! – respondí.
- ¡Te has asustado, eh!
- ¡No, qué va! - sí me asusté, pero, al verla reír se me congeló el mundo, tenía una sensación en el estómago extraña, era increíble.
- Vale, vale, ¿nos vamos?

- ¡Sube!

Nada más montarse en el coche, me miró y sonrió. Estaba atónito, estaba en shock, se suponía que era un juego donde ella era mía, por lo que podía besarla en cualquier momento, ¿no? Ese era el acuerdo y, por un momento, se me olvidó, me invadió la vergüenza. Me acerqué y le di un beso en los labios, pero fue un “piquito”, algo rápido. Ella siempre sonreía, por lo que, aunque tuviera el corazón y la cabeza locos, siempre me transmitía esa serenidad, como si no le afectara nada, como si llevara una capa que le permitiera estar perfecta en cualquier situación.

Apenas hablamos, de hecho, quería decirle mucho, pero no me atrevía a hacerlo y, como el bar estaba cerca, llegamos en menos de dos minutos. Nos bajamos y fuimos directos a una terraza, nos sentamos, pedimos un café y un bocadillo a medias. Mientras nos lo traían, empezamos a hablar:

- Bueno, Eve, ¿qué tal ayer, mucho trabajo?
- Normal, como siempre. Empiezo a tenerlo por la mano.
- Yo ayer tuve muchísimo que hacer, por la mañana tuve varias reuniones y luego, entre unas cosas y otras, me dieron las nueve de la noche, llegué a casa y ya estaban dormidos, así que nada.
- Bueno, tan pronto no te dormiste, ¿no? Me escribiste a las once.
- Ya, bueno, me desvelé un poco y me acordé de ti.
- Jajaja, piensas en mí a todas horas, ¿eh?
- No, no, solo que me acordé y ya está.
- Vale, vale, si sé que esto es todo un juego.

Un juego decía, pero en el que estaba perdiendo y en el que, ahora que la había visto después de alejarme un solo día, me daba cuenta de que ya no podría parar. Quería estar con ella, que me hablara de cualquier cosa, que se me acercara y, lo que más me gustaba, que me sonriera. Demasiado tiempo sin ver a mi pareja reír a carcajadas. Algo empezaba a despertarse en mí y notaba cómo perdía el control poco a poco, solo que en ese momento no quería aceptarlo.

Después de desayunar, volvimos a la nave y cada uno se puso a hacer su parte del trabajo. Sin darme cuenta me dieron las 18:00. Sabía que tenía que irme, se había acabado el día y apenas había podido disfrutar con ella. Como amantes, nadie sabía que estábamos juntos, por lo que en el trabajo manteníamos una formalidad extrema, nadie podía sospechar nada. Por más que quisiera acercarme, no le decía nada fuera de tono, ni siquiera un juego, pero, por dentro, mi mente solo pensaba en buscar una excusa para pasar más tiempo con Evelyn. Durante el transcurso de la tarde, pensé en Patricia, no me había escrito en todo el día, yo trabajaba mil horas, me implicaba al 100% y ella sabía lo que me hacía sentir ese proyecto, sin embargo, no hubo nada, ni un solo mensaje, estaba cada vez más enfadado, de hecho, cuanto más me enganchaba a Evelyn más me irritaba con Patricia, no entendía por qué tenía que vivir esas situaciones, por qué estaba viviendo eso. Quería dejarla, hacía pocos meses lo dejamos y no fue porque interviniera nadie, sencillamente nos cansamos de aguantarnos en modo zombi uno al otro. Esta vez, quería dar el paso, lo tenía claro y Evelyn había aparecido como una señal para hacerme ver lo que era de nuevo sentirme vivo. Llegó la hora de terminar en el trabajo y pasó lo que quería, y a la vez no quería, que pasara.

- Jaime, yo ya me voy, ¿tú qué vas a hacer?
- Pues no sé, me queda poco rato, pero quería llegar pronto a casa hoy.

- Bueno, está bien, pues nada, nos vemos mañana, ¿bajas a fumar un cigarro?
- Venga, así me fumo el último, acabo unas cosas y lo dejo por hoy.

Bajamos por las escaleras y mi mente empezó a jugar: era mía, estábamos en el trabajo, pero podía tocarla, besarla, si nadie me veía, era mi oportunidad. Bajamos las escaleras, sonriendo, me esperó y me besó. Listo, mi cabeza estalló, es como si me hubiera leído la mente, quería exactamente eso, sentir que alguien estaba esperándome, que me deseaba. La agarré y nos volvimos a besar. Sonreímos, nos miramos, la tensión de las últimas horas se fue, desapareció. Ella, en todo momento, había estado igual. Me había envenenado sin motivo, ese beso me dejó sin aliento y me quitó toda la tontería.

- Bueno, Jaime, entonces... ¿te vas? Pensaba que hoy podríamos tomar algo.
- Créeme que me muero de ganas, pero es que no debo llegar tarde, déjame que le pregunte a Patricia para ver cómo está la cosa.
- Vale, me fumaré el cigarro tranquila. Cualquier cosa me dices.
- Ok.

En ese momento, me vino a la mente lo vivido el día anterior: como siempre, una parte de mí sabía que lo estaba haciendo mal, la otra sabía que las posibilidades de repetir la misma escena de la noche pasada eran enormes y no quería que sucediera.

Le escribí a Patricia y le dije que me quedaría hasta tarde puesto que tenía una reunión y quería instalar un nuevo sistema de cargas, eso me permitiría justificar estar mínimo hasta las 23:00 de la noche y, en el fondo, era algo que de verdad tenía en mente. Le escribí y, como siempre, me respondió con un “ok”.

- Ya está, he hablado con Patricia, si quieres vamos a tomar algo, pero, de verdad, hace días que quiero mirar un sistema nuevo de preparación y ahora que hemos cambiado de turno es buen momento para ponerlo en marcha.
- Vale, pues vamos a tomar algo rápido nosotros y luego te vuelves.
- Perfecto, dónde vamos, ¿dónde siempre?
- ¡Vale!

Nos subimos cada uno en su coche. Salimos y llegamos de nuevo a nuestro restaurante, ya se hacía costumbre ir allí.

- Dentro o fuera, Eve, hoy hace más frío.
- Por mí fuera, no tengo frío.

Hacía bastante frío, pero los fumadores soportamos lo que haga falta con tal de poder estar fuera, así que nos quedamos en las mesas de la terraza. Como siempre, empezamos hablando de trabajo, de cómo estaba funcionando la empresa, cómo se sentía con su nuevo trabajo, hacia dónde iríamos... Con la conversación pasaron dos horas. Las 20:00, esa hora delicada en la cual es pronto para cenar, pero si tenía que volver a trabajar y quedarme hasta tarde, luego ya no podría comer hasta acabar la noche.

- ¿Tú de aquí te vas para la nave?
- Sí, esa es la idea.
- Por qué no entramos dentro y pedimos algo para picar.

- Está bien.

Entramos, dentro estábamos muy a gusto ya que hacía buena temperatura, pero, a su vez, al ser todas las paredes de cristal, veíamos a la gente fuera caminando. Ese restaurante era muy acogedor y tenía una separación entre mesas perfecta para poder tener una conversación de cualquier tipo de manera íntima sin que nadie se percatara, así que nos sentamos.

- Buenas, pareja, ¿qué vais a tomar? –se acercó el camarero.

Pareja, sonaba bien, hacíamos buena pareja y cualquiera que nos viera desde fuera no dudaría de que lo éramos y que, además, nos encontrábamos en un buen momento de nuestra relación como podía desprenderse de las miradas, los troteos con las manos y las sonrisas, que se encargaban de expresar por nosotros lo que empezábamos a sentir el uno por el otro.

- Pues vamos a picar algo, mientras miramos la carta, pon dos copas de vino blanco.

- Espera, Jaime, ¿vas a estar mucho rato o qué?

- ¿Por qué?

- Para pedir la botella.

- Mmmm, está bien, pídelo - en ese momento, fui consciente de que la botella seguro que sería motivo de problemas, pero me apetecía porque solo la veía a ella y después de los días que llevaba, no quería pensar en las consecuencias.

- Pues pon una botella y dos copas.

- Excelente, ¿les parece algo para picar?

- Sí, trae una de bravas y una de pollo en tiras.

- Enseguida.

Ya sabíamos lo que nos gustaba porque, aunque la carta no era muy extensa, habíamos probado la mayoría de platos, así que fuimos a tiro hecho. Trajeron el vino y nos servimos unas copas mientras íbamos hablando todo el rato de cosas del trabajo. Durante la conversación, solo pensaba en una cosa, en que el día anterior no fui a verla y una parte de mí se sentía mal por ello, quería decirle que estuve todo el tiempo pensando en ella, que tenía miedo a lo que estaba empezando a sentir y que necesitaba ir a casa para no verla, para volver a mi realidad, pero no me atreví, así que seguí hablando en modo automático durante un rato mientras el vino empezó a hacer su efecto.

- Bueno, ya te veo mejor, más relajado, llevas un par de días raro, ¿todo bien?

- Bueno, Eve, sí, todo bien, solo que, si te digo la verdad, una parte de mí quiere dejar el juego.

- Por qué, no lo entiendo, estamos bien como estamos, no hemos hecho nada más allá de conocernos y besarnos, tenemos claras las normas del juego y se están respetando, ¿dónde está el problema?

- El problema está en que estoy empezando a sentir algo por ti.

- Eso es parte del juego, ¿no? Jajaja, ya me avisaste, no creas que me vas a engañar tan rápido.

- Te estoy hablando en serio, Eve, no sé explicarlo muy bien: me acuesto y me levanto pensando en ti.

- Bueno, y yo.

- Ya, pero tengo mujer e hijos, es distinto.
- Para mí no lo es.
- Eve, te lo digo en serio, mira, hay algo que no se me olvida, el día que nos conocimos bien, en el bar, recuerdo que, entre risas, me dijiste que habías dejado a tu última pareja y que él estaba muy mal, que te decía que estaba enamorado de ti y que es imposible que alguien en tres meses se enamore tanto, ¿recuerdas?
- Sí...
- Llámame loco, pero me atrevo a decir hoy, mirándote a los ojos, que te quiero.
- ¿Cómo?
- Lo que oyes, te reíste de alguien por enamorarse de ti en tres meses, yo siento eso en diez días. No sé explicarlo, ni siquiera lo entiendo, sé que no nos hemos acostado, sé que solo pasamos horas juntos, que no te conozco, pero algo dentro de mí te ha encontrado.
- ¿Me lo estás diciendo en serio?
- Sí, sé que el vino me está ayudando, pero, al final, ¿qué es decir te quiero? ¿Qué es querer a alguien? En ningún sitio está establecida una norma sobre cuándo le puedes decir a alguien que la quieres... Me he enamorado de ti y, aunque te avisé de esto, esta vez he perdido. Evelyn, te quiero.

Se quedó atónita, esta vez sí, había una parte de ella que, estoy seguro, pensaba que la estaba vacilando, y una parte enorme de mí estaba muerta de miedo. Qué se supone que significa la expresión “te quiero”: quiero a mi madre, quiero a mis hijos, quiero a mis amigos; por qué esa palabra es tan tabú cuando se trata de una relación o pareja si es un sentimiento que se adquiere por algo: confianza, amistad, complicidad, todo son detonadores de esa palabra llevados al extremo. Me había llevado a todos a la vez y en un tiempo récord. Cuando estábamos juntos me olvidaba de la rutina, de los problemas, las horas se pasaban en segundos, siempre tenía tema de conversación, siempre quería contarle más cosas de mí y conocerla más. Me moría de ganas de besarla, estar con ella. No era algo solo físico, me despertaba y me acostaba pensándola, todo me recordaba a Evelyn en cada momento, así que, reflexionando, pensé: esto es amor, la quiero, se lo voy a decir. Se lo dije. TE QUIERO.

La noche siguió, nos pusimos tontos, románticos, ahora ya había pasado a un juego nuevo, ya no era al que estaba acostumbrado, me estaba enamorando y mi mente no sabía cómo reaccionar. Quería besarla, enamorarla, decirle que nos fuéramos al fin del mundo juntos y que cerrara los ojos conmigo, que creyera en mí y que jamás le fallaría. A partir de ese día, todo cambió. Una vez se lo dije, se lo quería repetir en todo momento, ya que asumí que se había acabado el juego. La noche fue transcurriendo, se hizo muy tarde, las 22:00, las 23:00, las 24:00... No quería acabar el día y, antes de irnos, se lo dejé claro:

- Ya no quiero jugar más.
- Cómo dices.
- Ahora sí quiero conocerte, quiero de verdad ver qué pasa.
- Yo también quiero eso, pero, ¿estás seguro?
- Sí, te he encontrado, no creía en las almas gemelas o las medias naranjas, pero es que estás despertando en mí una sensación nueva, no sé ni describirla y no pienso perderla.
- Jaime, tú también me gustas mucho, pero tienes mujer, trabajamos juntos y mi tío es el jefe, ¿qué se supone que vamos a hacer?
- Dame tiempo, solo te pido eso, voy a cambiar mi vida, quiero probar, pero necesito que, de

verdad, si esto va a ir en serio, tengas paciencia. Va a ser difícil.

- ¿Difícil por qué?

- Ahora empezaremos de verdad a conocernos.

Pasaron unos minutos y salimos del restaurante. Salí en una nube, salí abrazándola y besándola, nos hicimos una foto que aún conservo. Ella se subió en su coche, yo en el mío, y me fui suspirando como si acabara de despertar después de veinte años dormido en un mismo bucle.

Llegué a casa, todos estaban dormidos. No me preocupé, por primera vez, de si hacía más ruido o menos, si se percataba Patri de qué hora era, estaba feliz, contento y, lo más importante, había recuperado una ilusión perdida, volvía a creer en eso a lo que se le llama flechazo, en esa persona que aparece cuando toca y, sin detenerte nada ni nadie, tu cuerpo y tu mente de forma involuntaria reaccionan y toman el control de todo, anulando cualquier lógica. Me acosté nada más llegar y, entre sonrisas, empecé a soñar medio despierto cómo sería ir más allá, poder creer de nuevo que tenía todo aquello que quería. Me había lanzado como nunca porque me nació en ese momento y ahora ya estaba todo dispuesto: íbamos a darnos una primera oportunidad.

Me desperté como si hubiera dormido cien horas, estaba como nuevo. El café acompañó como cada mañana y, mientras lo tomaba, puse en la tablet las noticias. Ese día me levanté antes que los demás, no necesitaba dormir, estaba en un momento donde no quería pensar, quería dejarme llevar y vivir cada instante sin darme cuenta de las consecuencias que ello me podría traer. Para ser exactos, el sentirme así me estaba haciendo estar incluso mejor con Patri. No es que la viera mejor a ella o que quisiera arreglar en ese momento las cosas, sencillamente dejé de estar tan amargado, empecé a ilusionarme y se reflejaba en mi estado de ánimo.

El tiempo pasó rápido, ya se había vuelto un hábito el verla, el estar con ella, ese día se volvió especial. Recuerdo que salimos de trabajar tarde y que la llamó su madre, quería saber cómo estaba. Evelyn y su madre tenían una relación muy directa, hablaban a diario y la gran mayoría de ocasiones, en algún momento, una u otra se acercaban a verse, pero desde que empezamos la aventura yo ocupaba ese tiempo. Fuimos como siempre a tomar algo y, mientras estábamos juntos, la llamó, pero la silenció y seguimos hablando, aunque, a los pocos minutos, la volvió a llamar, al parecer Evelyn ya estaba al corriente de la situación, al menos de un parte, y Antonio se había encargado también de ponerla al día.

Es cierto que los primeros días, las primeras semanas que conoces a alguien, el nivel de implicación y de detalle se intensifica, pero también dejamos de ver de manera lógica las cosas y actuamos por instinto. Si alguien me hubiera contado la película que estaba viviendo y cómo estaba actuando, le hubiera dicho que estaba loco, que frenara, que los juegos son entre dos y que jamás hay que implicar a terceros, y menos con tan poco tiempo, pero, como no tenía a nadie para juzgarme y esta película la estaba viendo solo, en el momento que vi que la llamaba por segunda vez le dije: “Cógelo y, si quieres, dile que vamos a verla, así la conozco”. Evelyn se quedó helada, su expresión era firme, una sonrisa se le dibujaba en la cara y me miraba fijamente, algo dentro de ella no lo veía del todo claro, pero también se estaba dejando llevar, se estaba creyendo el cuento completo, así que lo único que me dijo es “¿estás seguro?”, y sin tener que decirle nada más, descolgó el teléfono y le dijo a su madre que íbamos a verla.

Manoli, así se llamaba la madre de Evelyn, hacía más de veinte años que se había separado

y, desde entonces, no había vuelto a estar con un hombre. De las malas experiencias se aprende, pero cuando esta supera algunos niveles de dolor se convierte en trauma. En ese momento, yo no sabía qué había pasado con su exmarido, pero estaba claro que no había sido algo agradable y que la mujer que estaba a punto de conocer me juzgaría por sus vivencias. La cosa estaba difícil.

Llegamos a una gran masía donde trabajaba como interna en casa de una mujer, durante el trayecto Evelyn me explicó el nivel la confianza que tenía con su madre porque, al estar tanto tiempo solas, se habían convertido no solo en confidentes, se contaban casi todo y una parte de mi estaba preocupado, pensando si Evelyn le había contado el juego al que nos habíamos propuesto jugar o, sencillamente, le comentó que me estaba conociendo, tampoco tenía claro si esa mujer sabría mi situación personal, pero decidí ir igualmente. Dentro de la propiedad tenía una segunda residencia que es donde ella vivía. Íbamos circulando por la calle cuando, de golpe, me dijo Evelyn: “Mira, ahí está”. Aflojé un poco, tenía en la mente mil maneras de saludar, de explicarle qué estaba pasando, pero antes tenía que oír su voz, necesitaba conocer cómo me miraría la primera vez, cómo interactuaría con nosotros, qué haría al vernos y, para mi sorpresa, nada más acercarnos donde estaba ella, se asomó y esperó de brazos cruzados a que bajáramos del coche a saludar. Manoli era una mujer delgada, de cincuenta y dos años, debería pesar unos cuarenta y ocho kilos, medirá alrededor de metro cincuenta como máximo. Tenía el pelo largo y ondulado, las facciones muy marcadas, en parte por la delgadez. Su expresión era bastante dura y seria, mejor dicho, parecía cansada, hacía bastante frío y llevaba una chaqueta bastante fina sobre un vestido colorido y en los pies, unas zapatillas. Nos bajamos del coche y enseguida fui a presentarme.

- Buenas, soy Jaime, un placer.
- Hola, yo soy Manoli.
- Hola, mamá.
- Hola, hija - se besaron en la mejilla y Evelyn se apoyó en el coche para seguir hablando con ella.
- Qué te cuentas, hija, ¿ahora has salido del trabajo?
- No, mamá, hemos ido a tomar café. Ahora Jaime se va.
- ¿Cómo estáis?
- Bien, muy bien.
- Me alegro, hija.

La conversación era muy rara, parecía que estaban hablando como si se hubieran visto hacía dos horas, no hablaban de mí, ni siquiera me miraban, estaban una en frente de la otra y de vez en cuando se hacía el silencio. No es que me sintiera incómodo, pero una parte de mí quería decirle a esa mujer que, aunque lo pareciera, yo no estaba jugando con su hija y que si estaba ahí en ese momento es porque quería estar con ella.

- ¿Y qué vais a hacer?
- A qué te refieres.
- A todo, no sé, hija.
- Bueno, no lo sé, de momento estamos bien.
- Y tú, Jaime.
- Bien, tenía ganas de conocerte - en ese momento, se rompió algo, es como que esa mujer quería decirme alguna cosa desde antes de que llegáramos y esa fue la señal para que lo hiciera.

- Mira, Jaime, yo lo único que quiero en la vida es que mi hija sea feliz, solo vivo para eso, lo hemos pasado muy mal, no solo con mi relación anterior, sino ella con las que ha tenido y lo que necesitamos ya es normalidad.

- Te entiendo, Manoli, sé lo que parece, pero, de verdad, me he enamorado de tu hija.

- Jaime, te lo digo sinceramente, solo luchó para que a ella no le falte de nada.

- Pues ahora tendrás que buscar otra cosa entonces por lo que vivir, ya que soy quien a partir de este momento se encargará de eso: tu hija es mía, me he enamorado, ella es mi media naranja y seré quien ahora y por siempre se encargue de hacerla feliz.

- Mamá, has visto qué cosas me dice, es increíble.

Me salió espontáneamente, ahora lo leo y pienso que parece algo escrito, que es muy bonito, pero que no parece real, sin embargo, ese momento no se me va a olvidar jamás. Cuando conocí a su madre, de verdad, vi a una mujer que había luchado y sufrido tanto en la vida que su mirada, su expresión y su porte indicaban que ya no quería luchar más, que se merecía un poco de paz, que las cosas fueran bien y cuando le dije que su hija era mía, que yo la cuidaría, estoy seguro de que ella me creyó, no hizo ningún gesto de incredulidad. Ambos nos miramos con alivio: ella por saber que la amaba y yo por saber que esa mujer de la que me había enamorado, descontrolada, que me hacía perder la cabeza, tenía una madre con un corazón enorme que le había enseñado desde pequeña el valor de las cosas, la lucha por lo que uno quiere. Si mi cuento era bonito, después de conocer a la que sería mi futura suegra se le añadió un punto más de color. Nos despedimos y nada más subimos al coche, nos dimos la mano. Evelyn, con una sonrisa dibujada en su cara, me dijo: “Le has gustado” para acabar añadiendo: “Te quiero”.

Capítulo 6

Problemas en el paraíso

«Hacer el amor implica una conexión con el amor que no se da todo el tiempo, ni siquiera entre dos personas que se aman».
Jorge Bucay

Los siguientes días fueron distintos, las miradas serias en el trabajo y divertidas fuera de él se unificaron. Algo dentro de nosotros ya no quería jugar, ni fingir, quería realmente dar un paso y conocernos de verdad, dejarnos llevar. Cuando llegaba a la oficina, lo primero que hacía era ir a verla, saludarla, siempre buscaba la manera de decirle al oído, sin que nadie nos oyera, que la echaba de menos y que me gustaba, que estaba guapa, que era mía.

La empresa no avanzó como se esperaba, por una cosa u otra parecía que siempre había algo que se torcía: cuando no eran las entregas fallidas, eran los clientes que no pagaban y eso hacía que, si no estaba con ella, viviera momentos constantes de tensión. Evelyn, de igual manera, tampoco acababa de estar al 100% en el negocio, ya que no solo tenía que adaptarse a todas las nuevas situaciones, sino que servía para todo y, como una parte de ella me seguía a mí, hacía lo que hiciera falta para darme soporte.

Durante la tercera semana, las cosas empezaron a calentarse más de lo esperado. Antonio estaba invirtiendo muchísimo dinero, pero nada funcionaba, faltaba mano dura, y no porque no se exigiera. La situación cada vez iba a peor y frases como “si esto sigue así, vamos a cerrar” se estaban convirtiendo en habituales. Teníamos dos problemas principalmente: David, el director comercial que habían fichado era un inepto, no tenía capacidad de dirigir a un equipo de comerciales novatos y José Luis, quien gestionaba las facturas, estaba haciendo una bola más y más grande de deuda. Aunque trabajábamos y nos implicábamos muchas horas, había demasiado desorden en todo. Había que tomar decisiones, no podíamos seguir así, había invertido demasiado tiempo como para no rentabilizar mis horas de dedicación. Me reuní con Antonio y hablamos durante un buen rato:

- Antonio, tenemos que hacer algo, no podemos seguir así.
- Ya lo sé, Jaime, me estoy arruinando.
- Debes tomar una decisión ya: o cerramos o seguimos y cambiamos las cosas.
- Yo quiero seguir, pero es que no lo veo.
- David no sirve, tú lo sabes, estamos metiendo más comerciales sin formarlos, ni uno solo cubre su zona.
- ¿Y qué hacemos?
- Coño, quítate a David de en medio, despídelo.
- Es que fui quien le dijo que dejara su trabajo.
- Y qué más da, ¿qué le vas a mantener? Que salga él a vender.
- Mañana se lo digo.
- Antonio, seguro, ¡eh! Si él no es capaz de vender cómo va a gestionar un equipo de ventas.
- Lo sé, Jaime, lo sé.
- Y José Luis no cuadra nada, no deja de dar largas y la zona que más deudas tiene es la del

hermano.

- Tenemos que encajar eso con Evelyn también.
- Antonio, tenemos muchas cosas mal, tendríamos que hacer una reunión todos y acordar las cosas. Me encargaré del almacén y los repartos, pero necesito que el equipo se siente y nos pongamos las pilas ya. No puedo permitirme perder después del tiempo que llevamos.
- Imagínate yo, Jaime, no quiero ni contar cuánto he invertido ya.

Decidimos montar un nuevo sistema de preparación de pedidos en la empresa. Habíamos decidido montar las cargas de las furgonetas a partir de las 18:00 de la tarde, por lo que el almacén había cambiado de turno y esta vez sí se quedaban trabajando hasta las 12:00 o la 1:00 de la mañana.

Para llevar a cabo el plan que hablamos, Antonio y yo decidimos hacer una reunión con todo el personal para explicar cómo íbamos a operar a partir de ese momento y, de paso, exponer nuestra preocupación por la situación actual, pero el mismo día que habíamos quedado, apenas diez minutos antes de empezar la reunión, apareció la última pieza del ajedrez que nos faltaba: la reina.

No hacía mal día, la faena parecía que se había organizado y ese día había llegado un poco antes. Quise dejar las cargas listas para que pudiéramos estar tranquilos. Tenía bastante claro qué decir en la reunión, solo necesitaba la firmeza de Antonio para llevarlo a cabo. Mientras estaba con Evelyn al lado, acabando de sacar toda la faena, escuché de fondo cómo llamaba a alguien.

- ¡Tata! Has venido.
- Hola, Eve.
- ¿Qué haces aquí?
- Vengo a la reunión.
- Buenas, soy Jaime, un placer - me acerqué a darle dos besos, pero se apartó, venía con la máscara puesta por el Covid y no quería contacto directo.
- Disculpa, pero yo cumplo a rajatabla el tema sanitario, que mi madre vive con nosotros y es muy mayor.
- Claro, claro, disculpa.
- Eve, subo arriba, ahora nos vemos.
- ¡Vale, tata!

Así llamaba Evelyn a su tía, la mujer de Antonio. Cuando la conocí, mi cerebro no reaccionó a tiempo, por lo que percibía de la parte de la familia con la que trabajaba, tenían creada una figura ficticia de cómo tenía que ser la madre. Al final, todos tenemos un parentesco con la realidad que nos rodea: si tu padre es una persona tranquila, poco expresiva, relajada, normalmente tiendes a tener a tu alrededor a alguien así. La pareja es lo único que elegimos y, por norma general, siempre buscamos personas afines a nosotros. De igual manera, la crianza se asemeja: nuestros hijos suelen poseer un vínculo emocional bastante parecido al que tenemos, desde que nacen están pegados a nosotros y tanto la actitud como las respuestas a sus preguntas acostumbran a ser una realidad personal que transmitimos al entorno del que nos rodeamos, por eso se parecen tanto, por eso cuando conoces a alguien medio idealizas qué tendrá al lado, cómo será su mujer o marido y cómo serán sus hijos.

En este caso, la realidad me arrolló como un tren, sin dimensionar la velocidad a la que se acerca y te pilla antes de que puedas cruzar la vía. Yoli tenía los ojos azules, un azul que

impresiona, cristalino, con una pupila perfectamente redondeada que te miraba fijamente y no te dejaba reaccionar. Para quien ha visto *Juego de tronos*, era la mirada de un caminante, pero no uno cualquiera, sino el del Rey de la Noche. Apareció de la nada y, desde lejos, en menos de tres segundos, me analizó por completo. Reconozco esa habilidad porque también la aplico, soy de los que antes de que se acerquen, me fijo en todos los detalles: cómo andan, hacia dónde miran, si tienen algún tipo de tic, cómo visten... Cualquier detalle me da datos para saber qué decir o cómo podrían afectar mis palabras a quien tengo delante, sin embargo, en ese momento, me sentí analizado. En el duelo entre vaqueros en mitad del pueblo, ella se giró y disparó antes que yo, dejándome de rodillas y con el arma en el suelo. Al acercarme a saludarla, ya noté un rechazo, me atrevería a decir que fue desconfianza y, en todo momento, me lo hizo saber. Sus primeras palabras fueron: “Tú eres Jaime” y en su voz, en su entonación, con su mirada y sin necesidad de decirlo, percibí, y el resto de los que estaban allí escuchando, que, en realidad, decía: “Tú eres Jaime, me esperaba bastante más”. Yoli, la mujer de Antonio, por fin había encontrado la pieza que faltaba para intentar ganar esta partida. No la había visto aún hablar con nadie, ni decir nada, pero si esa mujer era capaz de hablarme y mirarme así, era la persona que necesitaba. Acababa de llegar el carácter personificado y en la reunión que íbamos a tener, las cartas se iban a girar de golpe. Sonreí al verla subir, me había vacilado y, ahora más que nunca, una parte de mí quería impresionarla, quería dejarle claro que, en su primer análisis, estaba equivocada: era el mejor, me iba a llevar a su sobrina y, junto a su marido, pensaba levantar la empresa. La próxima vez que nos viéramos, se decidiría quién iba a vencer en el duelo del más rápido del oeste.

Subí las escaleras y nos reunimos todos. Estábamos en la mesa David, el director comercial, Alexander, como responsable de algo que nadie sabía, José Luis, responsable de facturación, Carlos como representante del almacén, y yo como responsable en ese momento de tecnología y parte de la dirección general. Evelyn también se sentó. A los pocos minutos, apareció José, al final era una empresa familiar y, en el fondo, Antonio estaba invirtiendo en montar ese negocio para su hijo y su sobrina. En la mesa nos reíamos, había cachondeo, todo el mundo estaba convencido de que sería una reunión más de las que acabábamos entre risas, pero, en el momento en que se abrió la puerta del despacho y salió Antonio junto a Yoli, el silencio enmudeció hasta las paredes.

- Hola, Yoli, guapísima, ¿tú también estás por aquí? - José Luis la conocía desde hacía tiempo, se hacía llamar el socio de Antonio, así que era lógico que tuvieran buena relación.

- Hola, claro que estoy aquí, quiero saber qué pasa con esta empresa - primer zasca, directo, al cuello y primer aviso para que todos sepan qué va a pasar si alguien se equivoca.

- Bueno, Yoli, no está tan mal, la verdad, cada vez facturamos más, pero no es fácil.

- Eso qué quiere decir, ¿ganamos dinero?

- Bueno, ahora no, pero en dos o tres meses seguro que sí.

- ¿Seguro por qué? ¿Cuánto estamos facturando ahora?

- Unos 25 mil aproximados.

- Aproximado no, cuánto en total estamos facturando.

- Te lo tendría que mirar.

- Antonio, ¿cuánto dinero has tenido que poner este mes? – lo miró fulminante y todos por detrás estábamos rezando para que se suavizara todo.

- Yoli, pues no lo sé, unos 10 mil cada mes.

- Pues algo se está haciendo mal, ¡NO PUEDE SER!

En ese momento vi una luz, entendí qué estaba pasando y cómo podía entrar: Yoli no sabía nada de la empresa o, mejor dicho, sabía solo lo que le había dicho Antonio y, de vez en cuando, José Luis. Era el momento clave para atacar, para matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, me iba a ganar la confianza de Yoli diciéndole qué estaba pasando y como solucionarlo, por otro lado, me apoyaría en su carácter para dar caña a todo el mundo. Lo vi, aproveché el momento y en el silencio que se creó después de su última queja, entré directo a la batalla.

- Yoli, si me permites, me gustaría explicarte un poco cómo está todo.

Pasó de mirar a Antonio a hacerlo hacia mí, no se giró de golpe, lo hizo suavemente, deslizó su cara y su mirada directamente, dándome o, mejor dicho, permitiendo que hablara y le expusiera algo que la convenciera, también me dejó claro que tenía una oportunidad, si lo hacía bien, me llevaba una aliada, si lo hacía mal, no tenía claro qué iba a pasar. De lo que me percaté es que solo tenía que hacer una cosa: decir lo que pensaba de verdad.

- Bueno, Yoli, en primer lugar, me presento, yo soy Jaime Rofes, llevo unos meses en el equipo para ayudar a levantar la distribuidora. Déjame que te ponga un poco en situación: a nivel almacén, por primera vez, tenemos el control del stock. Con el programa de entradas, estamos gestionando ya esa parte y en lo que está invirtiendo tiempo Evelyn es en encontrar el descuadre pasado. No sabemos qué perdimos o qué tiramos en el pasado, pero sí desde hace un mes aproximadamente. Esto nos va a permitir no perder producto y, más aún, entender qué hemos hecho mal para no cometer los mismos errores.

No me contestó, me miraba fijamente y escuchaba. Por unos minutos toda la mesa estaba atenta, es como que les estaba diciendo algo que tenían delante y no eran capaz de ver, como si les estuviera resolviendo el gran misterio.

- Por la parte de facturación, todo lo pendiente debe de estar verificado. Lo siento, José Luis, pero tú eres el responsable y, al no haber usado el ERP de contabilidad y haber apuntado en hojas sueltas el registro de cobros de facturas, ahora mismo no sé qué hay cobrado y qué no. Hace días que te pedimos que actualices y si no lo haces, no podemos saber cuánto falta por cobrar. Desde que empecé con Evelyn, este tema lo llevamos al día, pero hay cuatro meses de vacío de información de los que no sabemos nada.

- José Luis, ¿es cierto eso? - Yoli lo atravesó con la mirada y, de paso, también miró a Antonio, él era el culpable de haberle delegado una actividad tan importante.

- Bueno, sí, pero no, mira, fíjate, esto está súper controlado. El viernes lo tendrás todo puesto, yo me encargo- José Luis era especialista en escurrir bulto, el tío lo dijo y se quedó más a gusto que dios, hasta puso cara de esfuerzo.

- Seguro, ¿eh?

- Claro, Yoli, llevo años con vosotros, ¿verdad, Antonio?

- Claro, claro, a ver, pobre José Luis, que al principio estábamos los dos solos y fue duro, solo nosotros sabemos lo que vivimos.

- Antonio, que me da igual, quiero las cosas bien.

- Ya lo sé, Yoli, pero, a ver, tienes que entenderlo también - parecía que papá oso salió a la defensa del pobrecito José Luis y él le ponía cara de complicidad, de agradecimiento, de orgullo. Me recordaban a Timón y Pumba, solo que, en este caso, Timón estaba a punto de dejar desplomado a Pumba.

- Bueno, teniendo eso controlado, el último problema son las ventas. Estamos abriendo más y más zonas y no tiene ningún sentido, gastamos más en dar vueltas para entregar a los clientes que beneficio que obtenemos por los pedidos, hay pedidos de diez euros, eso no solo no es rentable, sino que encima vamos reventando precio. Así seguro no aguantaremos.

- Estoy de acuerdo contigo, Jaime - David cambió radicalmente la expresión, era una persona que psicológicamente no estaba muy allá, saltaba de la peor autoestima, rozando la flagelación, al máximo carácter en segundos-. Ya lo he dicho muchas veces, pero aquí no puedo hacer nada, no me dejan despedir a nadie, no me dejan hacer bien mi trabajo, así que hago caso a quien manda.

- David, coño, eso no es verdad. A ver, a ver, dime, ¿qué te he dicho yo? - Antonio se puso de pie.

- Que no puedo vender a menos de este precio o del otro.

- Coño, es que es verdad. Vamos a ver, si la Coca Cola me cuesta a mí dos euros, es un ejemplo, ¡eh!, no es lo que me cuesta a mí, pues mira, tú no la puedes vender por uno con cuenta. Eso lo entiendes, ¿no? Porque pierdo dinero.

- Ya, Antonio, pero si la Coca Cola, en el mercado, la competencia la vende a uno con treinta y nosotros la vendemos a dos euros, pues nadie nos compra. Nos compran las mierdas porque insistimos y los pedidos salen a veinte euros porque el gordo se lo hacen al otro.

- Jodeer, pues vende otra cosa, que tenemos el LINX, que es nuestro, y ahí sí ganamos mucho.

- Ya, pero el mercado quiere Coca Cola.

- Disculpad que os interrumpa. El problema no es ese del todo, tenemos actualmente diez comerciales, lo primero que hay que hacer antes de contratar más es rentabilizar los que tenemos, por lo que haría limpieza y miraría sacar rendimiento.

- ¿Y qué hacemos? ¿Descuidamos las zonas que faltan?

- Es que si no la bola de dinero se hará más grande. Hay que frenar con los gastos, hay que arreglar lo que tenemos y, en este caso, Yoli, podrías implicarte más con nosotros y ayudarnos. Está muy bien tener una opinión más neutral en el equipo, alguien que vea las cosas de forma más lógica. Por mi parte, me comprometo a hacer una pequeña acta de estas reuniones y así los viernes controlar si se llegan o no lo que decimos y poner soluciones.

- Me parece bien.

- Pues, por mi parte, dejemos la reunión por hoy. Lo redacto y os lo comparto por mail. Vamos a ir solucionando los problemas de uno en uno y por área.

Se acabó la reunión y me sentí el sheriff. Había salido justo como quería y me había ganado a Yoli. Lo malo que tiene ser tan expresivo es que, igual que impones y ganas, muestras cuando cedes y pierdes de manera involuntaria. En ese momento, ella me aprobó y, además, había puesto en jaque a José Luis. Ahora sí podía empezar a apretar todo el mundo con las piezas que tenía y, a su vez, podría estar más pendiente de Evelyn. Era perfecto, así que empecé a formalizar esos pequeños documentos para ir delegando faena a los demás y responsabilidades a la parte de dirección.

Sin darme cuenta, se convirtió en rutina el que cenáramos juntos. Ya había hablado con Patricia y le había dicho que me quedaría unos días haciendo cargas para enseñar a los chicos, así que la parte de que me esperara despierta ya había desaparecido del todo. Aprovechaba cualquier día para irme con ella un rato a cenar y para sincerarme. No siempre volvía a la nave, muchísimas veces nos quedábamos juntos.

Ahora empieza el juego de la conciencia y mis pequeños problemas mentales. Durante toda mi vida me ha gustado conquistar y gustar, pero en toda mi vida jamás he podido acostarme con una mujer la primera noche. Bueno, para ser exactos, ni la primera ni las veinte siguientes. Necesito sentir una conexión especial más allá del físico para despertar. A Eve la deseaba, la veía y me nublaba, era como un sueño hecho realidad en cuanto a físico, a deseo, a todas las conversaciones que teníamos mientras brindábamos y nos seguíamos conociendo, y sabía que el momento empezaba a llegar. Día que no tenía sexo, día que ella tampoco, día que yo la calentaba, día que tensaba más la cuerda. Recuerdo que empezó a darse lo que podría llamar “problemas de acción”.

- Sí que me gustas, Eve, te lo digo de verdad.

- Y tú, ya lo sabes. Hacía mucho que no sentía algo así.

- Bueno, tengo de nuevo que contarte algo- era como que cada cierto tiempo tenía que irle con alguna novedad. Ella siempre sonreía, en el fondo creo que hasta le divertía, pero lo que venía esta vez no era tan divertida.

- Jajaja, sorpréndeme

- No sé bien cómo empezar, pero el resumen es... no creo que pueda acostarme contigo pronto- ella me miró con cara de no estar entendiendo esas palabras.

- ¿Algún motivo en concreto? Supongo que es por Patricia, ¿no?

- Mmm... no, digamos que creo que no me va a funcionar.

- Jajaja, bueno en eso yo también participaré, ¿no?

- Me temo que no.

- Sigo sin entender.

- Verás, ya no es solo porque tenga mujer, es que siempre me ha pasado lo mismo. A mí me gusta jugar, pero nunca doy un paso más allá. Contigo he pasado todos los límites y, de verdad, me muero de ganas de hacerte de todo, pero creo que no va a funcionar.

- ¿Y qué se supone que tiene que pasar entonces?

- Bueno, supongo que tocará esperar, no sé si hasta que me separe o qué. De verdad, soy un poco especial en esto...

Especial es una palabra suave para describir cómo funciona mi parte sexual. Envidio profundamente a los chimpancés, a esos hombres macho alfa que, con solo oler una hembra, se les pone dura. No soy así, nunca he entendido por qué necesito complicidad para poder jugar. Creo que el sexo se disfruta en su máximo nivel con el tiempo, conforme se va conociendo a la persona. Es la última expresión de la pasión y la complicidad. ¿Cómo voy a sentir eso en una noche o en una semana? Nada, a mí no me funciona. El problema principal que tienen los hombres es que no pueden ocultar lo que sienten: si están calientes, se les pone dura, no hay más; si no lo están, eso no se mueve. Soy de los que durante el “cortejo” viven empalmados, tanto que hasta duele por la presión del pantalón. Mi mente imagina y se recrea con lo que será, pero jamás con lo que es, así que la persona que tengo en frente se confunde en la mayoría de las ocasiones. Bajas el pantalón, se baja el bulto. Es automático.

- Bueno, yo te espero, no te preocupes.

- Creo que no podrás esperar, ¿y si tardamos dos meses?

- No te preocupes, eso es cosa mía.

- No es que no me guste, ¡eh! Me muero de ganas de estar contigo, es solo que yo no controlo nada.

- Jajaja, te he dicho qué tranquilo.

Aquella conversación me relajó en parte, me estaba sincerando y ella jamás ponía caras raras o se planteaba si estaba haciendo bien o mal al conocerme, es como que nunca usaba la “balanza” para ver si las cosas estaban a su favor o en contra. Sencillamente, se dejaba llevar.

Acabamos cenando y decidimos quedarnos a tomar algo. Las cargas en la distribuidora habían acabado y no teníamos que volver, sin embargo, ya había avisado en casa de que llegaría tarde, así que teníamos casi toda la noche para nosotros.

- Entonces, te quedas al final conmigo, ¿no?

- Claro, Eve, vamos a tomar algo aquí al lado.

Cruzamos la calle y, en el mismo portal de la primera vez, nos volvimos a enrollar. Esta vez un poco más pasional, un poco más “cerdo” y, cómo no, reaccioné y crecí, creció hasta que la notó y, entre risas, me dijo:

- ¿No decías que nada de nada hasta que pasaran unos días?

- Sí, sí, no sé qué me pasa, será la primera vez, no sé - no es que me diera vergüenza, es que sabía cómo acabaría eso.

- ¿Quieres jugar un rato?

- ¿Jugar a qué? - me la agarró por fuera del pantalón y empezó a apretar y a actuar- ¡Qué haces, para, para!

- ¿Te pones nervioso? Hemos dicho que no habrá sexo, pero podemos jugar, ¿no?

- Sí, sí, claro que sí, y no he dicho que no habrá sexo, he dicho que igual no puedo funcionar - acabé la frase y me volvió a besar, esta vez lo hacía mientras me movía la polla con los vaqueros y, lo peor, es que estábamos en medio de la calle. Hacía años que no había hecho algo similar y una parte de mí tomo conciencia de la situación.

- ¿Quieres que pare?

- Sí, mejor sí, vamos a pedir algo en ese bar, así nos sentamos. Hoy sí tengo tiempo para ti.

Llegamos al otro bar que estaba como a tres locales contiguos, era un sitio normal donde también servían copas, así que pasamos directamente al *gin tonic*. Nos sentamos a la mesa y, durante un rato, nos miramos. Ella lo hacía de forma atrevida, muy pícara, quería jugar y mucho, yo estaba aún como demasiado consciente de lo que le había dicho. Creo que, en vez de escucharme, lo que entendió fue que no era capaz de ponérmela dura para follar, así que empezó a atreverse más y más conmigo. Me tocaba con los pies, bebía de la pajita mientras me miraba y sonreía. Me estaba poniendo a mil y a la vez a cero, era una mezcla entre todo y nada, entre máximo deseo y máximo pudor. No sabía reaccionar, así que, como ya empezaba a fumar algunos cigarrillos, quise romper esa situación con la típica frase de “¿vamos a fumar?”.

- Claro, lo que tú quieras, Jaime.

- Pues vamos - nos levantamos y ella pasó delante de mí, le agarré el culo y la puse delante, quería deleitarme con ese cuerpo, esa forma de andar y esa actitud.

- Bueno, entonces, ¿qué me decías del sexo? - antes de responderle, me besé, me agarró el paquete y me mordió.

- Que me encanta, que te deseo, pero que no sé si voy a ser capaz de... - otra vez me besó, igual de apasionada. No sabía qué hacer.

- ¿Me decías...?

- Eve, ¡al final te meto mano yo, eh! Tú verás como empiezo, luego no vamos a poder parar - lo dije desafiante, medio riendo, medio serio, dejando claro que no estaba de broma.
- Puedes hacerme lo que quieras.

Se sentó a una mesa que estaba vacía, me miró, sonrió y se abrió de piernas. En mitad del bar, rodeados de gente, y, sin embargo, ante la evidencia, nadie veía nada. Me cogió la mano, se la acercó y noté cómo se humedecía a través del pantalón. La toqué y miró hacia arriba, con la mirada perdida, realmente disfrutando, mojando su ropa. Me impresionó, dejé de ver a nadie a mi alrededor, solo a ella y lo que estaba pasando, seguí tocándola y la besé. Atontado, con sensación de embriaguez, la miré y le dije:

- Estás mojada.
- Sí, mucho.
- Querría hacerte de todo.
- Puedes hacerme lo que quieras.
- Es que hace demasiados años que una mujer no me responde así y estoy como en un sueño.
- Pues conmigo siempre será así, soy tuya, puedes hacer y tener lo que quieras conmigo.
- ¿En serio?
- Tócame y compruébalo tú mismo.

La sensación de ese momento no se me va a olvidar nunca. Ella me deseaba, no solo lo demostraba hablando, mirándome, tocándome, todo su cuerpo me lo gritaba. Me decía que era suya de verdad, que nos hiciéramos uno, que me la follara, la mordiera, le pegara, toda mía, y hacía tanto tiempo que no sentía eso que me entró hasta terror, me sentí como un niño virgen y, a la vez, me hizo recordar lo que era que una mujer te deseara, por lo que me convirtió en un hombre de las cavernas, un macho alfa, un dominante. Combinar esas personalidades dio lugar a que, en ocasiones, la besara y le mordiera el labio y, en otras, no pudiera mirarla a la cara de la vergüenza que me daba.

Volvimos a entrar al restaurante, ya habíamos jugado un rato y se había hecho muy tarde, así que nos despedimos y nos fuimos cada uno a su casa. Esa fue también la primera noche que, nada más subirme en el coche, apenas dos minutos después de despedirme de ella, la llamé para seguir hablando. Había decidido que mientras estuviera consciente y tuviera disposición, mi tiempo era para ella.

De nuevo los días iban pasando. Ya quedábamos cada rato para vernos, nos escondíamos menos, así que no teníamos ningún problema en organizarnos para desayunar, comer o cenar sin que nadie sospechara o supiera nada. La tensión sexual fue creciendo más y más: había días que me masturbaba hasta tres veces pensando en lo que le haría. Con mi mujer, la monotonía alcanzó un nivel más alto aún si se podía, lo único que hacía era por la mañana tomar café, contando que lo tomaba mientras se preparaba o no sé qué hacía. Con mis hijos tenía un rato temprano para jugar, pero, sobre todo, los fines de semana. Creé una película de tal manera que, si me la repetía a mí mismo o alguien me preguntaba, sabía exponerla para quedar como un súper trabajador que busca el bien para su familia. Egoísta, práctico y rápido, en ese momento no necesitaba más.

Los juegos se fueron intensificando, había un roce más directo, una mano debajo de la ropa, un mordisco más fuerte de lo normal... Hasta que empezó a descontrolarse y quise dar un paso

para el que no estaba preparado. Si no fuera porque escribo esto después de haberlo vivido, en este momento, lo que viene ahora es de los pocos momentos en que pensé que la perdería y que todo lo vivido se habría quedado en nada.

- Jaime, hoy si se nos está haciendo tarde, ¿has visto la hora?

- ¡Hostia! Son casi las dos de la mañana.

- Si quieres nos vamos, nos vemos mañana y ya está.

- Ya, pero es que hoy sí que me apetece estar contigo, más de lo normal si se puede... - en ese momento llevaba cuatro copas, la tenía delante y una parte de mí contaba el tiempo que Evelyn llevaba sin sexo mientras se calentaba todos los días conmigo. Yo estaba igual, caliente, con ganas de comérmela y con el suficiente alcohol como para poder pasar al siguiente nivel, así que mi hombría estaba por los cielos en ese momento.

- Jajaja ¿eso qué quiere decir? Yo ya sé lo que hay, ¡eh!

- Igual por primera vez hacemos una excepción y soy quien quiere algo más.

- No te precipites, ya empezamos a conocernos y, de verdad, que no pasa nada.

- Eve, te lo digo en serio, tengo ganas de ti.

- ¿Y qué propones?

- No lo sé, de momento pagar e irnos.

- Está bien.

Nos acercamos a la barra del restaurante y pagamos. Mi mente iba a cien mil, no sabía qué pasaba por su cabeza, pero era yo quien estaba tomando la iniciativa, quien la estaba incitando a precisamente aquello que ya habíamos quedado que no pasaría. No solo estaba nervioso, sino que no tenía ni idea de qué hacer.

- Bueno, ¿y ahora qué?

- No lo sé, vamos a la nave.

- ¿A la distribuidora?

- Sí, ¿tienes las llaves?

- Sí, las tengo y me sé el pin de la alarma - cuando me lo dijo, me puse aún más nervioso. Pensaba que me diría que no las tenía o que no tenía cómo entrar, quería que fuera ella quien pusiera las barreras para poder tirar atrás porque, por más ganas que tuviera, sabía que una parte de mí no sería capaz.

- Ok, vamos para allá, te sigo.

Nos subimos cada uno en su coche. Sabíamos lo que iba a pasar, a qué jugábamos. Era yo quien la incitaba a algo para lo que no estaba preparado. No me puse ni música. Una parte de mí se concentraba para que se me pusiera dura, para olvidar el nerviosismo y entrar en el modo que me permitiera actuar. No podía quedar mal hasta que, sin darme cuenta, llegué a la puerta del recinto.

- Está cerrado, Eve, no podemos entrar.

- La puerta está abierta, solo tienes que tirar con fuerza y ya está.

- Vale- me bajé del coche y abrí, pensaba que no lo haría. Llegamos al aparcamiento, que estaba en una zona privada donde no nos veía nadie, y nos pusimos en batería un coche al lado del otro, paré el mío y bajé directo.

- Bueno, ya hemos llegado.

- Sí, ¿entramos?
- No hace falta, ven aquí.

Me lancé hacia ella, la besé, la toqué, le mordí, me acerqué y jugué como no lo había hecho hasta ese momento. Quería follar, dejarla con buena sensación. Empezamos a jugar. Pasaron los segundos y mi mente no estaba por dejarse llevar, solo pensaba en por qué coño no se me ponía dura. No podía ser un maldito primate, algo que huele y folla, que toca y folla. Joder, no era tan difícil.

- Jaime, tranquilo, de verdad, te entiendo.
- ¿¿Que me entiendes?? - eso me ofendió. Que entendía el qué, ¿que no se me ponía dura? ¿que no podía follar?
- Ya hemos hablado de este tema, así que no hace falta que nos precipitemos.
- Ya, pero quiero hacerlo.
- Bueno, puedo esperar.
- ¡No quiero, ven aquí!

Volví a lanzarme sobre ella, la subí en el capó del coche, la besaba, la tocaba, la apretaba contra mí. Empecé a notar un calambre, una electricidad que me gustaba, que me ponía y, poco a poco, empezó a ponerse dura. Mi mente se dejó llevar y comenzó a disfrutar hasta que empecé a desnudarla, a bajarle el pantalón, a tocarla. Cuando eso pasó, noté lo mojada que estaba, lo mucho que me deseaba y aterricé, desperté, tomé conciencia de lo que estaba haciendo, de lo que no era correcto y no funcionó. Se me apagó, algo dentro de mí dejó de disfrutar en pleno apogeo. Así es mi jodida forma de ser.

- Oye, ¿estás bien? Esto sí que no me había pasado nunca.
- Ya lo sé, Eve, no sé bien qué me pasa, te quiero, te deseo, pero algo no me deja.
- Ya, ya, si no pasa nada, pero es la primera vez que está alguien a tope conmigo y, cuando me toca, que es el momento de mayor placer, se viene abajo.
- Bueno, déjame seguir besándote - me jodió cuando dijo eso soltó, ¿nunca te ha pasado que alguien te deje a medias? ¿que con lo buena que estás alguien se baje de la fantasía en pleno momento? ¡Pues te ha tocado el gordo! Soy así y no sé cómo solucionarlo.
- Sí, no, tranquilo, vamos al coche que hace frío.
- Vale, mejor.

Ella tenía un Mini, nos subimos y se puso encima. En ese momento, se me fue un poco la tensión porque me vi pesando 95 kg con ella encima en un maldito coche tan pequeño. Menuda ironía, toda la noche buscando una excusa y la tenía frente a mí.

- Eve, aquí no cabemos, no puedo ni besarte, jejeje.
- Tranquilo, mira.

Tiró el asiento para atrás, lo bajó y ese Mini se me convirtió en un hotel. De locos, no lo entiendo aún, pero de tener poco espacio, pasamos a tener el suficiente como para que ella se pusiera encima y los problemas desaparecieran. De nuevo, empezamos. Esta vez se unió a mi estado otra jodida alarma: con ella sobre mí, mojada, cachonda, pensaba en desconectar para poder sacar mi lado pasional. Miré hacia adelante y vi la hora: las 3.45 de la mañana.

- Mierda, Eve, ¿has visto la hora?
- Sí, se ha hecho tarde.
- ¡Coño, tarde no, tardísimo! Son casi las 4:00 y tengo cuarenta minutos para llegar a casa.
- Sí, lo sé. Bueno, pues, si quieres, vete.
- No te rayes, ya te dije que soy especial. Sí te deseo y te adoro, pero mira la hora que es - lo dije aliviado y creo que lo notó. En ese momento, una parte de ella vio en mí la tranquilidad de saber que me tenía que ir y no me presionó más.
- Ya, pero, de verdad, esto sí que no lo entiendo.
- ¿El qué?
- Bueno, una cosa es no hacerlo por respeto, por falta de tiempo, por no encontrar el momento, y otra muy distinta es que llevamos hablando de sexo muchos días y has sido tú quien ha querido llegar hasta aquí para que ahora te pase esto.
- Ya lo sé, tienes razón, pero de verdad que no sé cómo explicarlo. Cuando llegue el momento, créeme que se me “curará”, si se le puede llamar así.
- Ya, supongo.
- Eve, por favor, te adoro, quiero estar bien contigo, por favor, no pienses cosas raras.
- Coño, es que de verdad que nunca en mi vida me ha pasado.
- Lo sé, mañana lo hablamos, es que me tengo que ir, mira la hora...
- Ok, pues vete. Mañana hablamos.
- Joder, estás enfadada, ¿verdad?
- No, no es enfadada, me siento rara porque nunca me habían rechazado así, es como si no te gustara.
- ¡Por dios! ¿Cómo dices eso? Eres mi fantasía hecha realidad.
- Ya lo he visto, ya.

Ese fue el primer momento malo que viví con ella. Durante toda la noche no habíamos parado de jugar: me enseñó las tetas, le toqué el coño, me lamí los dedos, hice lo más cerdo para poder desconectar y llegar al éxtasis para follármela, para disfrutar con ella y, de una manera u otra, lo que le estaba diciendo es que nuestra relación iba a pasar al siguiente nivel, pero lo que le demostré fue justo lo contrario: no solo no había podido hacer nada, sino que, lo poco que hice, fue tenso e inseguro. Claramente, vio en mí el alivio de saber que me podía ir al mirar la hora. Entiendo que, en ese momento, ella se sintiera como no una menos, ya que lo más que le puedes ofrecer a quien amas y deseas es tu cuerpo, por lo que el rechazo a ello es lo más feo que te pueden devolver ante tal ofrenda. Hice exactamente eso y, en el momento que la vi mal, ofendida, rara, lo único que le dije fue “Bueno, de verdad, lo siento, pero me tengo que ir, mañana hablamos”.

Me subí al coche y me fui para casa. Ella llegó mucho antes a la suya y me escribió para darme las buenas noches y decirme que había llegado. Cuando llegué, le contesté algo muy similar antes de entrar por la puerta.

Este punto de mi vida sí es loco, ya que cuando entré en casa por primera vez en mi vida, tuve la sensación de que lo estaba haciendo todo mal. A la persona que estaba conociendo no le correspondía como ella quería y a la mujer que tenía en casa, tampoco. Me fui al baño, me lavé la cara y me estiré en la cama. Dentro de lo malo, del peor escenario, eran las 5:00 de la mañana, Patricia no se había despertado y tenía hasta las 8:00, sabiendo que nada ni nadie me iba a escribir ni molestar. Ya no tenía que esforzarme para ninguna persona. Ese día no dormí ni un minuto, pero las tres horas restantes, me dieron paz, sin que se me juzgara o se me dijera si lo

que estaba haciendo estaba bien o mal.

Cuando escuché movimiento en casa, me hice el dormido para que me despertaran. Había tenido varias horas para pensar en qué hacer, no solo con Evelyn, sino con Patricia, mis hijos, mi empresa y la distribuidora. Estaba atado a demasiadas cosas a la vez y empezaba a perder el control de la situación, por lo que la reflexión final fue la siguiente:

- 1 - Habla con Patricia, dile que algo no funciona.
- 2- Habla con Eve, dile que la amas, la adoras, que lo sientes y que todo tiene su momento.
- 3 - Habla con el equipo del software y marca un plan que te permita seguir un par de meses jugando con todo a ver cómo acaba.
- 4 - Monta un nuevo sistema en la distribuidora para levantarla.

Todo estaba claro, sin embargo, por primera vez, sentí que, por más planes que hiciera, algo se estaba descontrolando más allá de lo que pudiera hacer o prever, así que empecé a pensar en pedir ayuda.

Capítulo 7

Perdiendo el control

«Los problemas son como el fuego, no se puede apagar sino al primer chispazo. Después es tarde».
Giovanni Papini

Después del momento incómodo que sufrimos y dispuesto a ordenar las cosas, me planteé cambiar un poco el rumbo de lo que estaba viviendo. Quería estar con ella, eso ya lo tenía claro, pero no podía seguir con Patricia. Quería continuar en la distribuidora, sin embargo, no podía abandonar mi empresa. Aunque todo se estaba complicando, tras mucho pensar cómo podría organizarme, estaba implementando mi software de control en la empresa, precisamente para gestionarla. Eso es lo que vendía, que con mi programa se podía realizar la gestión de una empresa sin ningún problema. Además, Evelyn trabajaba allí. Solo tenía que ordenar el tiempo que dedicaba a cada cosa sin desconcentrarme y lo conseguiría.

Recuerdo que tuve una charla con ella, le expliqué que en casa las relaciones eran cada vez más frías. Llevaba sin tocar a mi mujer más de dos semanas, en toda nuestra relación eso no había pasado nunca. Durante muchos días, me sentí mal padre, mal marido, mal amante y mal empresario y tenía que poner una solución. Le dije todo eso y más, que ya no quería continuar con el juego más, que quería hacer las cosas en serio y que iban a cambiar.

Después de un par de días organizado, parecía que iba a mejor y, por absurdo que parezca, fue lo que me hizo fallar más. Estaba muy confiado empezando a controlar mi vida, así que llegué a la distribuidora como un día más. Como habían cambiado de manera permanente el turno de preparación, casi no subía por las mañanas, me dedicaba a mi empresa, atendía mis asuntos e, incluso, iba a casa a ver a los niños por la tarde y sobre las 18:30 subía para hacer un doble turno en la distribuidora. Evelyn había cambiado también el horario, entraba mucho más tarde y se quedaba hasta las 20:00 para preparar las cargas del reparto. Era perfecto, trabajaba muchísimas horas, pero, en parte, había conseguido dividir mi vida en dos: por la mañana tenía un trabajo y una familia, por la tarde tenía otro y a Evelyn. Precisamente fue esa sensación de control lo que hizo saltarme la primera norma de todas. No se me olvidará jamás. Llegue a la nave, serían las 19:45.

- Buenas tardes a todos- saludé. Estaba Evelyn trabajando y Antonio haciendo unas llamadas a los proveedores.

- Buenas tardes, Jaime.

- Evelyn ¿ya están las cargas para que puedan empezar a preparar?

- Sí, hace una hora ya.

- Genial, ¿te queda mucho para irte?

- No, supongo que media hora. ¿Te vas a quedar mucho rato?

- Ahora hablo con Antonio y me iré a cenar algo rápido, luego volveré, pero sí, supongo que hasta las 2 o las 3 de la mañana- se lo dije riendo, quería que me escucharan como hablábamos y, a su vez, le estaba diciendo que me moría de ganas de que nos fuéramos ya a cenar y que, como había sacado las cargas antes, probablemente no tendría que venir más y podría estar con ella.

- Vale, pues bajo a fumar. Antes de irme, te aviso.
- Espera que bajo contigo, que Antonio está hablando - él me hizo unas señas como diciendo que bajara sin problemas, que tenía para rato.

Nunca olvidaré ese día. Ella bajaba las escaleras de metal, hacía ruido porque llevaba tacones. Al ser ya diciembre, a las 20:00 de la tarde era de noche y en la nave había poca luz en la zona que daba a la salida. Recuerdo que cuando abrí la puerta para bajar, ella estaba por la mitad del camino. La vi tan sexy, tan guapa, tan mía, que no pude evitar llegar hasta donde estaba y, cuando me fue a ofrecer un cigarro, la agarré y la besé. Eso sí que no se lo esperaba. Tenía una norma que no podía romperse bajo ninguna excepción: en el trabajo no podía pasar nada y esta vez había sido quien se dejó llevar. La besé, me reí y la volví a besar. Llevaba todo el día esperando para verla y no sé por qué ese día no me supe controlar. Nos abrazamos nerviosos y, de golpe, mientras la abrazaba, miré hacia delante y vi que una de las cámaras de seguridad de la empresa estaba encendida con un círculo rojo y nos estaba enfocando, tenía el sensor de movimiento activado, por lo que, al detectar que bajamos, se encendió y grabó todo lo que había pasado. Nadie había sospechado nada desde el primer momento en que comenzó, todo había estado controlado, cada instinto, con tal de poder pasar desapercibido, pero, en ese momento, se derrumbó. Quedé en shock, no supe ni qué decir ni cómo reaccionar. Lo único que me salió en voz alta fue “mierda, la he liado”. Me dijo que no me preocupara, que nadie miraba las grabaciones a no ser que pasara algo, pero dentro de mí existía la intranquilidad de haber dejado una evidencia que podía costarme un disgusto.

Subí rápido, casi en carrera, vi a Antonio al teléfono y me acerqué para decirle que me iba a cenar por ahí, que Eve hacía unos minutos que ya se había marchado y que luego volvía, que, al colgar, me llamara. Le escribí a ella y le dije de vernos donde siempre, me asomé al almacén y hablé con los chicos, de nuevo las cargas estaban controladas y en el almacén sabían la faena que había que hacer, pero no porque fueran buenos, había bajado el trabajo y las ventas no estaban funcionando como queríamos. En media hora llegué al restaurante.

- Hola, mi amor, tenía ganas de verte.
- Y yo, pero menudo fallo he cometido, no me lo puedo creer.
- No te preocupes de verdad, cuéntame qué tal el día.
- De verdad, Evelyn, que la hemos liado, se van a enterar.
- Que no, paranoico. Mira, he pedido vino mientras llegabas.
- Gracias, amor, ¿pedimos algo para picar?
- Lo de siempre.
- Perfecto.

Le conté lo que había estado haciendo y los nuevos clientes que intentaba captar. Hablamos de la distribuidora, de cómo funcionaba, de los pros y de los contras, hablamos de todo. Me mandaron un *whatsapp* para decirme que ya habían acabado, que no hacía falta que volviera a la nave, que ya estaba todo listo. Como siempre, la noche se fue animando y dejamos de hablar de faena.

- Amor, siento lo que me pasa contigo.
- ¿Qué te pasa?
- Ya lo sabes, me estoy enamorando de ti, de verdad, estoy experimentando cosas que no

había sentido antes y odio no poder expresarlo de más maneras.

- No pasa nada, ya hablamos de que hay tiempo de sobra.
- Ya lo sé, pero entiendo que tú tengas tus necesidades, que si cada día te escriben cien diciéndote lo guapa que eres y el que está en casa no te da nada... al final, te cansas.
- De verdad que no, contigo estoy viviendo otras cosas.
- Ya lo sé, pero me siento extraño.
- Bueno, no te preocupes, es cuestión tiempo.
- He estado días pensando en algo, pero necesito que, si aceptas, vayas a mi ritmo y me ayudes.
- Ya sabes que lo que necesites.
- Me muero de ganas de tocarte, de tener un rato para nosotros, sé que no voy a poder cruzar alguna línea, pero sí necesito sentirte más de lo que lo hago ahora.
- Y qué propones, no sé cómo podríamos hacerlo.
- Tú vives sola, ¿no?
- Sí.
- Podríamos ir a tu casa ahora, tranquilos, ponernos unas copas y que me dejes desnudarte poco a poco, que me dejes besarte, tocarte, sentirte.
- Lo que tú necesites, ya lo sabes.
- No quiero que te agobies ni quiero agobiarme, necesito fluir, seguir conociéndote, seguir descubriendo que está pasando y para ello necesito más, así que, si te parece, pagamos y nos vamos.
- Claro que sí, mi amor.

Algo dentro de mí estaba relajado, si de verdad ella era sincera y podía dar los pasos a la velocidad que yo necesitaba, todo sería fácil. Pagamos y nos fuimos. Cada uno fue en su coche, la seguía porque no había ido nunca a su casa y no conocía la zona. Vivía como a quince minutos del trabajo, el problema es que era opuesto a mi casa, por lo que hasta la mía ya no tenía cuarenta minutos, sino casi una hora. Aparqué al llegar. Ella me había dicho que tenía perro, pero lo que vi cuando abrió la puerta era un toro, me quitó de golpe toda la tontería, ya que ver cómo ese animal de unos treinta kilos se acercaba a mí poco a poco para comprobar que no era una amenaza para su hogar, me hizo ponerme alerta. Se llamaba Jager, por la bebida Jägermeister, y era un american stanford, esos perros que parecen culturistas y que de un bocado te arrancan una mano. A mí no me daban miedo los perros, pero ver a esa hora ese animal saliendo hacía mí sí me dio respeto.

- Tranquilo, Jaime, no hace nada.
- Ya, ya, pero cógelo.
- Jajaja, en serio, no hace nada, si es muy bueno.
- Fiu, fiu, Jager, bonito... - no sabía cómo decirle que encerrara a la bestia, que me gustaban los perros, pero que eso era un toro, que venía a disfrutar de nosotros y ese bicho me cortaba el rollo.
- ¿Ves? Tócalo, anda.
- Pues sí es verdad, no muerde...
- Jajaja, ya te lo había dicho.

Cerré la puerta y entramos en la casa. Era muy pequeñita, tenía un comedor pegado a la cocina, dos habitaciones, una que usaba de vestidor y otra donde tenía la cama de matrimonio, y

un cuarto de baño con la lavadora dentro. Me impactaron tres cosas muchísimo; la primera, no tenía tele, no le funcionaba, me decía que ella era de escuchar música y el móvil; la segunda, más loca, no tenía la mayoría de las puertas, las había quitado una ex pareja que tuvo por algún motivo que aún desconozco; la tercera, tenía en la nevera únicamente salsas, alcohol y dos *tuppers*. Después de un rato, entre risas, le pregunté por el frigorífico porque nunca había visto algo así, no tenía agua ni Coca Cola, solo Red Bull, vodka, ketchup, mayonesa y cosas así.

- Es que estoy muy poco por casa, vengo solo para dormir.
- Ya imagino, pero, aun así, unos mínimos deberías tener, ¿no?
- Bueno, soy bastante desastre en esto y mi madre me va haciendo *tuppers* que me duran la vida.
- Nunca había visto algo así –reí-, no tienes pollo, lechuga, huevos, agua, lo típico, vamos.
- No, la verdad es que no, pero, bueno, ¿quieres una copa?
- Claro.

Mientras preparaba las copas me fue explicando la historia de cómo acabó allí viviendo, de sus ex y las locuras que había vivido, de cómo era su familia. Nos íbamos abriendo más y ya no hablábamos tanto de nosotros y nuestros gustos, sino que empezábamos a explicar cómo era nuestro entorno.

- Bueno, amor, vamos a brindar, ¿no?
- Sí, claro, ¿por esta noche especial?
- Perfecto, por esta noche.

Bebimos un rato y seguimos hablando, pero se empezó a hacer tarde, a mí el reloj me agobiaba mucho y en su casa lo teníamos justo enfrente del sofá. Siempre que habíamos salido por ahí me daba cuenta de la hora por el móvil o por algún *whatsapp* que me llegaba, pero allí era distinto, como que tenía un cronómetro de tiempo que me hacía calcular constantemente la hora que era y lo que tardaba en irme para llegar a la mía. Teóricamente, trabajaba hasta las doce o una de la mañana, por lo que sobre las dos tendría que estar por casa. Pasó el rato y, por fin, me atreví.

- Se ha hecho tarde, pero no me querría ir sin probar a tocarte un poco hoy.
- Qué quieres que haga.
- Vamos a la cama.

Fuimos y se empezó a quitar el pantalón. Mi corazón se aceleró, me dolía hasta el estómago, era perfecta, la tenía delante y, aun así, no podía relajarme de ninguna manera. Se estiró boca abajo y abrazó la almohada. En ese momento, poco a poco, me acerqué y me senté a su lado. Primero, le levanté la camiseta por la espalda, la empecé a besar muy suavemente, casi sin mover mis labios, solo quería sentir su piel. La empecé a acariciar, a sentir la piel de sus piernas, de sus brazos, de todo su cuerpo y la besé. Me puse a cien, al no molestarme nada ni nadie, no tener presión, sentí que una parte de mí estaba entrando, por fin, en ese momento de relajación y descontrol que tanto había deseado. La empecé a lamer, a besar y a tocarla un poco más. Una parte de mí estaba aún consciente y, cuando me giré para cambiar de posición, vi al perro en el sofá que me estaba mirando fijamente. Estaba a menos de dos metros de mí y no paraba de mirarme. No sé qué coño pensaba ese animal, pero no había puerta en la habitación

por lo que no pude hacer mucho para desconectar. El puto perro me había hecho aterrizar. Miré el móvil y vi la hora. Fin del cuento.

- Evelyn, mi amor, me voy a ir.

- Eh...

- Que me voy, cariño, que es tarde.

- Vale... - se estaba quedando dormida, era muy tarde y yo la había estado acariciando durante un rato.

- ¿Te ha gustado?

- Sí, me ha encantado.

- Genial, amor, verás que todo se va arreglando. Gracias por todo, te quiero.

La besé y la dejé durmiendo, eran casi las 2:00 y llegaría muy tarde a casa. Cogí mi jersey, mi chaqueta, me puse las bambas y me fui.

Tenía la costumbre de dejar la ropa tirada cuando llegaba al lado de la cama, dormía solo ya que Patricia estaba con los niños, al llegar me habló medio dormida y me dio las buenas noches, no se dio cuenta de qué hora era. Me estiré y me dormí rápido, estaba contento, porque poco a poco podía hacer más y, esta vez, no se había quedado tan mal.

Al día siguiente, Patricia entró en la habitación con un “Venga, que vas tarde, te has vuelto a dormir”. Qué alegría de despertar, así que, medio enfadado, de nuevo me puse en pie. Hacía un sol increíble y la ventana estaba abierta. Cuando fui a recoger la ropa para llevarla al cubo de la ropa sucia, me desperté de golpe; toda mi ropa estaba llena de pelos de perro. Me quería morir. Creo que nunca en mi vida he estado tan nervioso, no tenía nada pensado, ninguna excusa, ni nadie con perro cercano a mí. Esos pelos blancos clavados como agujas me delataban, se suponía que había estado en la distribuidora trabajando así que, ¿cómo coño podía tener toda la ropa con pelos, incluso los calcetines! Se supone que trabajaba descalzo, otro descuido más cometido en mi historial. Cogí la ropa y me encerré en el baño, encendí la ducha y cerré con pestillo.

- Cariño, vas tarde a trabajar, qué haces, ¿nos vamos?

- Vete tú, hoy salgo un poco más tarde.

- Vale, pues nosotros nos vamos ya. ¡Chao!

- Adiós, os quiero.

Esperé unos segundos después de que se cerrara la puerta de casa, tenía el corazón que se me iba a salir por la boca. ¡Cómo no me di cuenta el día anterior! Cogí los calcetines y los tiré, pero no a la basura, bajé al contenedor. Estuve más de una hora sacudiendo la ropa para dejarla perfecta, pero había pelos que no salían. Iba tarde al trabajo, a todos sitios, y solo veía cada vez más y más pelos. Acabé de limpiarlo todo y, cuando llegué al coche, me encontré con la misma sorpresa. El coche entero estaba igual. Tuve que subir, coger celo, pinzas y paciencia y perder más de dos horas para dejarlo todo reluciente. No podía volver a pasar. Con el perro en casa de Evelyn se acaba mi intimidad con ella. No sabía cómo podría solucionarlo.

Esa mañana llegué a la oficina atontado, escribí a Evelyn un mensaje dándole los buenos días, pasó el rato y no me contestó. Era una situación rara, siempre estaba conectada, así que, aunque tenía la mañana complicada e iba tarde a todos lados, anulé lo que tenía que hacer y aproveché para subir a desayunar a la distribuidora y, de paso, ver cómo iba el departamento comercial.

Cogí el coche y, entre unas cosas y otras, llegué casi a las 12:00. Cuando me quedaban pocos kilómetros, Evelyn me contestó al mensaje:

- Buenos días, disculpa que estaba con mi tío y no había visto que me habías escrito. Cuando vengas, avísame y bajo, no subas.

Leí eso y se me paró el corazón, algo dentro de mí estaba convencido de que Antonio había visto las cámaras, no había otra explicación. Seguí circulando y, cuando entré en el polígono, aparqué el coche. Quería pensar, pero no podía, llevaba una mañana de demasiadas emociones y sentía que me iba a dar algo. Mi vida entera estaba siempre bajo control y últimamente todo se me iba de las manos, no entendía qué estaba haciendo tan mal esta vez. Desde que dejé de fumar y lo retomé, solo lo hacía cuando estaba con ella, nunca solo. En ese momento, fui a un bar, pedí un café y compré un paquete de tabaco. Estaba sentado en la terraza y me fumé como dos cigarrillos seguidos. No sé qué tendrá el tabaco que, aunque se sepa que realmente no ayuda en nada, me da esa falsa sensación de relajación. Mi mente pensaba en que, si nos habían pillado, qué podía hacer, qué solución había. De alguna manera, siempre había encontrado planes B para todo y esta vez no podía ser distinto. Una parte de mí siempre ha improvisado, así que, como no se me ocurría ningún plan, pensé en hacer precisamente eso, llegar y, con lo que fuera, pues improvisar, así que me volví a subir al coche, fui para la nave. Ella estaba fumando, esperándome abajo.

- ¿Has leído mi mensaje?
- Claro, ¿qué ha pasado? Es tu tío, ¿verdad? Nos ha pillado.
- Sí - se me apretó el estómago y sentí una presión enorme con la respuesta.
- ¿Qué te ha dicho?
- Nada, me ha invitado a desayunar normal como siempre y, cuando ya había acabado, ha sacado el móvil y me ha puesto el video.
- ¿Y tú qué le has dicho?
- Se me ha escapado la risa.
- ¿En serio?
- Qué querías que hiciera, no sabía qué decirle.
- Y qué más te ha dicho.
- Que tenga cabeza, que estás casado, que no juegue, pero que él no dirá nada a nadie, ni a ti.
- ¿Y cómo se supone que debo actuar yo ahora?
- No lo sé, igual que siempre.
- Joder.
- En serio, él no dirá nada, normalidad y ya está.

Normalidad y ya está, qué fácil todo. En ese momento, pensé en que Antonio podría romperme la vida con ese video, que, si se enfadaba, se le cruzaba el cable o cualquier otra cosa, tenía un poder sobre mí increíble. Entré en la nave, estaba más serio de lo normal, pero, aunque lo mío sea fingir, esta vez me estaba costando.

- Buenos días, Jaime - José Luis estaba por la oficina.
- Buenos días, señor, ¿qué tal?
- Bien, tío, trabajando como siempre, yo quiero ser como tú de mayor, jajaja - me decía eso, aunque tenía veinte años más que yo. La gente me veía y creía que trabajaba poco y ganaba

mucho, pero, por desgracia, era al revés.

- Yo sí que quiero ser como tú.

- Hombre, señor Jaime- esa era la voz de Antonio. Apareció por detrás y me sorprendió.

- Qué pasa, Antonio, buenos días.

- Dónde te metes, chaval, que no te veo nunca, solo vienes por las cargas.

- Sí, ya sabes que por las mañanas estoy con lo mío.

- Ya, ya, ¿y qué haces por aquí hoy? - Eve se cruzó por delante justo en ese momento- ¿Has visto qué sobrina más guapa tengo? ¡Ay, cómo la quiero! - se acercó, le agarró los mofletes y le dio un beso mientras sonreía.

- Bueno, he venido a ver qué tal la actualización que hemos hecho del sistema.

- Ah, bueno, bueno, cosas tuyas, pues métete en el despacho con Eve si quieres, que está sola.

Me dejó helado, parecía que estaba más contento él que nosotros. Nos había pillado y, sin embargo, actuaba realmente con normalidad solo que parecía que quería ofrecermelo a su sobrina. Hubo una parte de mí que incluso llegó a pensar que no había visto bien el video, pero, al entrar en el despacho de Evelyn para ponerme a hacer unas cosas, me dejó claro que no, que sabía perfectamente todo y que también estaba sorprendida por su actitud. Pasamos media hora donde apenas hablamos, estaba con la cabeza en Marte pensando cómo solucionar las cosas hasta que me vino una reflexión: es más fácil controlar la situación si sabes cómo es la persona que tienes al lado. Me levanté, fui al despacho de Antonio y le dije que quería hablar con él un rato. Sus palabras fueron “vamos a hacer una castellana”. No entendía muy bien qué me decía, pero, al parecer, quería que nos fuéramos a la calle a dar una vuelta. Él se levantó enseguida y me acompañó.

- Mira, Antonio, no me voy a andar con rodeos, sé que has visto el video y sé que sabes que estoy conociendo a tu sobrina.

- Bueno, no pasa nada, yo no digo nada, tranquilo.

- Eso espero. Mi relación actual no está bien, llevo muchos años con mi mujer y, la verdad, las cosas cada vez se han ido enfriando cada vez más. Yo me considero un profesional y no me gustaría que cambiara nada después de lo que ha sucedido.

- No, no, tú tranquilo, yo te entiendo, son cosas que pasan.

- Antonio, te estoy hablando muy en serio.

- Yo también, de verdad, no te preocupes.

- Ok, Antonio, gracias.

Nos dimos la mano y subimos para la oficina, me había quitado el peso de encima a medias porque su actitud seguía desconcertándome, aunque parecía que, al menos, lo que me había dicho sí que parecía sincero. Me metí en el despacho de nuevo y cerré la puerta. Encendí el ordenador y me puse a trabajar, mirando la pantalla, sin que nadie viera que iba a hablar con Evelyn. Le expliqué:

- No levantes la mirada, sigue trabajando y escucha.

- ¿Qué ha pasado?

- Se lo he dicho.

- ¿El qué?

- Pues que me lo has contado y que quiero discreción.

- ¿Qué dices?
- Lo que oyes, ahora mismo si tu tío me la quisiera liar, me rompe la vida, así que necesitaba saber qué pensaba de todo esto.
- ¿Y qué te ha dicho?
- Que no hablará, que lo entiende y que no pasa nada.
- Me quedo loca...
- Yo más.

Seguí trabajando durante toda la mañana y, aun estando al lado de Evelyn, no hablamos mucho. Estaba concentrado en el trabajo, intentando no pensarlo mucho y queriendo creer que no iba a cambiar nada. El tiempo pasó rápido y, de pronto, eran las 14:00. Justo cuando estaba acabando unas cosas y estaba a punto de plegar, Antonio abrió la puerta.

- Bueno, pareja, me voy a comer, os dejo solos - lo dijo con una sonrisa de oreja a oreja.
- Yo también me voy, Antonio - me dieron ganas de decirle que eso no era actuar con normalidad, pero me quedé tan en shock por su forma de entrar y actuar que no me salieron ni las palabras.
- Adiós, tito.

Cerró la puerta y se fue, me quedé mirando a Evelyn y, como ya no había nadie por la oficina ya que iban todos a comer, le dije que no entendía la situación y que lo notaba demasiado raro.

Después de ese día, entramos en una especie de rutina loca donde empezó a descontrolarse todo. Tenía un horario formado y todos los días acababa cenando con Evelyn, preparando cargas y luego íbamos a su casa. El perro ya no me daba miedo, le cogí hasta cariño, y se volvió normal acabar allí. Nos besábamos, nos íbamos conociendo y le hacía masajes, lo que me permitía sentirla más y a ella sentir el placer de mi deseo de una forma distinta. El trabajo también se fue normalizando, ya hablábamos con más naturalidad o cordialmente, a veces, nos íbamos a tomar café solos. Empezamos a hacer bromas entre nosotros, también con los demás y, aunque la gente no sospechaba nada, sí de vez en cuando nos hacían algún comentario como “hacéis buena pareja” o “qué bien se os ve juntos”. Tampoco era raro, éramos dos personas jóvenes que estaban trabajando muchas horas juntos por lo que no era de extrañar que nos lleváramos tan bien. Poco a poco, empezaron los besos en la oficina, siempre ocultos, invisibles a los ojos de nadie. Nos buscábamos con la mirada, queríamos jugar y cuanto más tiempo pasaba, más poderosos y confiados nos sentíamos. Al principio, era yo quien me atrevía a hacerlo, pero después fue siendo ella quien se aventuraba. Muchos días había gente por allí y, mientras estábamos en la mesa de reuniones hablando entre todos para ver la situación, por debajo de la mesa le tocaba la pierna, le subía los dedos por el muslo, buscando jugar. Ella me respondía siempre con el mismo juego, abriéndose de piernas. Era divertido, era peligroso y el morbo nos podía. El cenar juntos se convirtió también en rutina y, la verdad, eso me encantó. Era un momento donde estábamos juntos y solos, por lo que nos apetecía destinar más tiempo a conocernos ya que sabíamos que en casa podríamos disfrutar más de la intimidad. Todo era bonito y perfecto.

Su tío era nuestro cómplice número 1. Con los días, él fue viendo que nos estábamos enamorando y podíamos contar con él, ya que sabía que estábamos juntos. Más de una noche, le hacíamos videollamadas para saludarle y, sin darme cuenta, aquel hombre que veía como socio,

empecé a verle como algo más, no sabía si como amigo, porque era como el padre de Evelyn, pero me empezó a preocupar a nivel personal cómo le podía afectar el estado de la empresa o las compañías que le rodeaban en el trabajo. Todo era perfecto, todo, y cuando es así, pero en el fondo tienes una mujer que sabe que no estás en casa, dos niños y la persona con la que estás tan bien es una amante, es cuando has perdido el sentido de la realidad y la mecha de la bomba que va a detonar se acerca a su momento final: la explosión.

- Amor - ya nos llamábamos así, Jaime y Evelyn en el trabajo; cariño, mi amor, vida, en la intimidad personal.

- Dime, cariño.

- Podríamos ver una película hoy.

- ¡Pero una corta, eh! Que mira qué hora es.

- Aún es pronto, solo son las 23:45.

- Eso no es pronto, ya lo sabes.

- Bueno, yo la pongo, si te tienes que ir antes, ya sabes.

- Vale, ponla.

- ¿Te apetece ver alguna en especial?

- Mmm *Las 50 sombras*, ¿la has visto?

- No, la verdad es que no, pero sé de qué va: el hombre perfecto para todas las mujeres, ¿no?

- Síiiii.

- Pues que sepas que el actor es gay.

- Jajaja.

- Te lo digo en serio, así que te tendrás que quedar conmigo.

- La pongo o no.

- Claro, ponla.

Preparé el portátil, ella no tenía tele, y busqué la película para verla, mientras lo hacía, preparé dos copas y unas palomitas. La noche pintaba bien: película sensual, manta, unas copas y tiempo para nosotros. El perro estaba en el sofá también, el tema de los pelos desde el primer día me tenía preocupado, pero hacía tantos días que con una sacudida pensaba que bastaba que ya no me preocupaban tanto.

La película empezó y estuvimos viéndola uno al lado del otro. Íbamos bebiendo y comiendo palomitas y, en las escenas más picantes, nos susurrábamos con ideas para hacer cosas similares. Poco a poco, nos fuimos calentando, era una película que incitaba a eso y, contando que aún no nos habíamos acostado por más cosas que hubiéramos hecho, es como si ese día estuviera destinado a que ocurriera. Conforme la excitación aumentaba, miraba el reloj, tenerlo en frente me ponía nervioso, es algo que, desde que fuimos a su casa por primera vez, siempre veía: la maldita hora; así que una parte de mí, como siempre, estaba un poco tensa, pero esa noche, por algún tipo de milagro, por la confianza, por la película, aún no sé bien por qué, se me despertó de verdad. Tenía la polla durísima, ella me tocaba y me moría de placer. Hacía más de dos semanas que no tenía relaciones con mi mujer y con Evelyn me había calentado todos y cada uno de los días desde que nos besamos. Era como si me hubiera tomado una Viagra. Me dolía, me picaba, me daban ganas de sacarla y jugar como no lo habíamos hecho hasta la fecha. Otra parte de mí pensó que se bajaría al quitarme los pantalones, pero ese día estaba pletórica, me moría de ganas de follármela, no quería nada bonito, quería follar sucio, cerdo. La agarré, la aparté y le bajé los pantalones. Estaba empapada, mojadísima, le lamé el coño y, al notar sus flujos en mi boca, noté

cómo salía de mí un líquido igual de viscoso, era como si me estuviera corriendo solo por lamerla, por el deseo que le tenía. La agarré, le abrí las piernas, me bajé los pantalones hasta la cintura, me puse sobre ella y se la metí hasta el fondo. Gimió con la boca abierta, le vi la lengua y aún se me puso más dura, me quería correr en ese momento. Sentí una sensación equiparable al mayor éxtasis que recordara. Estaba ardiendo, apretada, sin embargo, entró hasta el final. Le cogí las tetas, la besé, la mordí, le pedí que sacara su lengua y se la lamí, quería que me babeara, que me escupiera, hacerle tantas cosas a la vez que lo único que sentía era mi polla dentro suyo, palpitando con ganas de agarrarle del cuello y darle hasta no poder más. Perdí el control, empecé a follármela, sin parar, más agresivo que nunca, no pensé en el amor en ningún momento, no pensé ni en ella, llevaba tantos días muerto de la impotencia que no veía nada y, a los pocos segundos, en el momento que mi consciencia parpadeó y volvió a mí, me di cuenta de lo que estaba haciendo: una parte primaria había salido de mí, la que en el fondo quería, pero estaba enamorado de ella, que había tenido una paciencia infinita conmigo y ahora estaba haciendo solo lo que yo quería. Estaba follándome a otra mujer, esta vez sí había sido infiel, por primera vez en mi vida me había acostado con otra que no fuera mi pareja, y lo más loco de todo: eran las 3:15 de la mañana. Sentí cómo mi cuento se había roto, que algo había cambiado. Ya no era un juego, no había nada bajo control, estaba con su olor en mi piel, en mi ropa llena de pelos, iba a llegar con estas pintas a las 4:00 de la mañana. Todo por lo que había sido cuidadoso ya no tenía sentido. Acababa de romper las reglas al máximo nivel y, a partir de ese momento, sabía que empezarían las consecuencias graves. Por primera vez, pensé en los niños, papá y mamá se iban a separar, y a saber de qué manera, por mi capricho, por mi forma de actuar, por no haberlo hecho bien. Me distancié de Evelyn, me vestí y la besé. Notó que, de forma automática, me transformé. No tuvimos que hablar mucho.

- Te vas, ¿verdad?
- Sí, se ha hecho tarde.
- Claro, claro... Oye, ¿estás bien?
- No, la verdad es que no.
- ¿Puedo hacer algo por ti, amor?
- No, yo solo lo he hecho todo. Tengo que irme, mañana hablamos, Evelyn.

Le di un beso, recogí mis cosas y, pidiéndole perdón, me fui. No hablamos de camino a casa, ella todos los días desde que habíamos empezado ese tipo de rutina me acompañaba todo el camino al teléfono. Teníamos temas infinitos de los que hablar y era como un rato para nosotros. Esa noche me escribió un mensaje: “Cariño, entiendo que estés un poco mal, lo superaremos, te quiero”. Lo leí mientras conducía, pero solo pensaba en llegar a casa. Estaba lleno de pelos del perro, estaba empapado aún porque había manchado mi ropa interior de nuestros flujos, olía a su perfume y eran las 4:00 de la mañana. Esta vez no había ninguna excusa, ni una sola, lo único que podía hacer era rezar para que, al llegar a casa, Patri estuviera con los niños y no se enterara de que había entrado. Llegué al parking y dejé el coche. Llamé al ascensor y me quedé unos segundos en la puerta de casa, escuchando en silencio por si oía algo. Nada de nada, igual tenía suerte. Abrí la puerta muy despacio, muchísimo, nunca había tenido tanto cuidado, en el portal me quité los zapatos para que no se oyeran ni las pisadas. La casa estaba a oscuras, solo entraba la luz por los ventanales, por lo que, a los pocos segundos, pude empezar a ver lo suficiente como para moverme sin tener que encender las luces. Vi que la habitación de los niños tenía la puerta medio cerrada, así que fui lo más despacio posible y me asomé. Dormidos, los tres dormidos. Casi se me caen las lágrimas y esta vez no por la pena, sino por el alivio. Me di la

vuelta y, con el mismo cuidado que tuve al entrar, me fui al lavadero, tenía que poner toda esa ropa a lavar y poner la lavadora, era la única manera de que no me pillara. Estábamos a siete grados y estaba en el fregadero junto al aparato, me empecé a desnudar, procurando hacer menor mínimo ruido, abrí la lavadora, metí toda la ropa y alguna más que había por lavar, puse jabón, giré la rueda para escoger el programa y, al darle al botón de “Iniciar”, sonó una musiquita. Se me paró el corazón, se me fue el alma del cuerpo. Sonó no solo por el fregadero, sino por toda la casa. Me puse nervioso, quise pararla y, al darle al botón de “STOP”, volvió a hacer el ruido. Quería llorar, morirme, tirarme por la ventana, salir corriendo, esa máquina me iba a joder, no sabía qué hacer, no sabía dónde mirar y, sin darme cuenta de absolutamente nada, desnudo, a 7 grados, de cuclillas en el suelo, poniendo la lavadora, escuché:

- ¿SE PUEDE SABER QUÉ COÑO ESTÁS HACIENDO?

Me la quedé mirando como un conejo que se encuentra en mitad de una carretera con dos focos gigantes deslumbrándole. El instinto me decía que corriera, que huyera, que estaba a punto de morir, pero no había escapatoria y lo más que podía hacer era saltar hacia la otra orilla por si te salvabas, pero los conejos no lo suelen hacer, saben que no les queda otro remedio que la muerte, congelados, como me quedé yo:

- ¿TE ESTOY PREGUNTANDO QUÉ HACES A LAS 4:00 DE LA MAÑANA PONIENDO UNA LAVADORA EN PELOTAS?

Estaba desconcertada y enfadada, se acababa de levantar y no se podía imaginar lo que estaba viendo. Una parte de ella lo supo nada más verme y otra no podía aceptarlo. Estoy seguro de ello. Me miraba furiosa, dormida. Lo único que se me ocurrió decirle fue lo más evidente del mundo:

- No chilles, despertarás a los niños - se lo dije muy bajito, como certificando lo que acaba de decir-. Estoy poniendo una lavadora, que he llegado tarde y he aprovechado.

- PERO, ¿QUÉ ME ESTÁS CONTANDO?

- No lo sé, lo que estoy haciendo, ¿no te quejas de que no hago nada nunca?

Nada más soltar eso por la boca, entendí que acababa de cavar mi propia tumba. De todas las tonterías del mundo que podía decir, de todas las mentiras, cuentos, inventos, de cualquier respuesta que podía dar, le intenté echar la culpa a ella.

- ¿ME ESTÁS VACILANDO? MIRA, ME VOY A DORMIR, ME DA IGUAL TODO.

- Coño, Patricia no te enfades, por favor. ¡Patricia!

Se lo dije bajito, no quería que se diera la vuelta. Estaba en shock, tenía que levantarme a las 8 de la mañana, eran las 4:00 y esa experiencia me había dejado muerto y sin una gota de sueño. Me fui al baño y me lavé con toallitas lo mejor que pude, no quería arriesgarme a encender la ducha y que viniera de nuevo. Tenía el corazón presionado y un nudo en el estómago. No entendí bien qué había pasado, qué había visto. No entendía nada, pero estaba seguro de que ese momento había cambiado algo en nuestra relación y que ya no había marcha atrás. Tenía el corazón presionado y un nudo en el estómago. Entendía perfectamente qué había pasado, sin embargo, una parte de mí no acababa de ser consciente. No supe reaccionar, pero estaba seguro de que ese momento había cambiado algo en nuestra relación y que ya no había

marcha atrás.

Me desperté con resaca, no del alcohol, de no dormir. Llevaba demasiadas semanas con una doble vida y era evidente que esto estaba llegando a su fin, no podía aguantar más ese ritmo porque no dormía, no comía, no estaba en ningún lado, pero me encontraba en todos a la vez y las horas siempre pasaban demasiado rápido. Los días acababan antes de que los viera empezar y tenía acumulada muchísima faena. Me estaba alejando de todo.

Nada más levantarme de la cama, me fui a duchar, que se había convertido en mi momento de paz, antes eran rápidas duchas, ahora podía estar más de veinte minutos con los ojos cerrados y la mente en blanco, escuchando el agua caer, sintiendo cómo el agua, que se deslizaba por mi cuerpo, me iba recuperando la vida. No quería salir de la ducha porque sabía que Patricia me pediría una explicación y aún no sabía bien cómo salir del problema en el que me había metido. Acabé de ducharme, me sequé y me vestí.

- Buenos días, cariño, voy a hacerme un café, ¿quieres algo?
- No, nada.
- ¿Qué vas a hacer hoy?
- Voy a llevar a los niños al colegio y me iré, supongo, a comprar o a dar una vuelta. Tú hoy tienes faena, ¿no?
- Sí, pero hoy vendré pronto seguro.
- Como cada día, supongo...
- No, de verdad, hoy vendré pronto.
- Ok, me voy a llevar a los niños, dales un beso.

Se fue y me quedé solo acabando el café. Tenía que tomar una decisión y hablar, esto había llegado a un punto de no retorno y cada día que pasara sería peor. Me acabé de preparar y me fui para la oficina. Ese día tenía pensado volver pronto a casa, me moría de ganas de estar con Evelyn, pero, después de lo de ayer, no tenía ya más excusas para gastar, tenía que plantarle cara a la situación y ser sincero por primera vez en esta aventura, por difícil que fuera. Pasé la mañana como una más, tenía la mente tan bloqueada con lo vivido la noche anterior que no quise escribir a Evelyn mucho, no quería dejarme llevar ya que sabía que, si empezábamos a hablar, entre unas cosas y otras, se me olvidaría todo y no seguiría el plan que tenía: hablar con Patricia y explicarle todo. Tuve un par de reuniones con clientes y, sobre el medio día, me fui a entrenar, necesitaba desconectar más de la cuenta, así que planeé mi horario de tal manera que mi mente estuviera lo más despejada posible. Después de entrenar, comí y, antes de volver a trabajar un rato, le escribí:

- Hola, mi amor, ¿qué tal la mañana?
- Echándote de menos.
- Y yo a ti, mi amor. Hoy no subiré a verte.
- ¿Y eso? Pensaba que cenaríamos juntos como cada día.
- Ayer se lio muchísimo. No te he contado nada porque he estado pensando cómo solucionarlo.
- ¿Qué ha pasado?
- Ayer, cuando llegué, Patricia me vio desnudo frente a la lavadora, poniendo la ropa a las cuatro de la mañana.
- Madre mía...
- Exacto, ahora no sé qué hacer.

- Pero, ¿qué te dijo?
- Nada, me miró con rabia, me soltó dos cosas y se fue a dormir.
- ¿Y esta mañana?
- Nada tampoco, más seria de lo normal, pero nada más.
- ¿Y qué vas a hacer?
- Pues tengo que hablar hoy con ella. No sé qué hacer, estoy por decirle la verdad.
- ¿Estás seguro? Llega Navidad, ten cabeza.
- Y qué hago, ya no quiero fingir más, no estoy bien contigo y no estoy bien con ella.
- ¿Conmigo no estás bien?
- Bueno, no es eso, es que no puedo estar como quisiera contigo.
- Pero eso ya lo hablamos.
- Ya lo sé, pero da igual, cada vez es más difícil y de verdad que esto va a explotar, lo sé seguro.
- ¿Y cómo lo vas a hacer, la vas a sentar y se lo vas a contar todo?
- No creo, aún no lo sé, amor, solo sé que a las seis me iré para casa.
- Bueno, pues ya me contarás. Suerte.
- Pues sí... Necesitaré un milagro para que no explote todo hoy.

Recuerdo ese día perfectamente. Mientras no tenía a Patricia delante, en mi mente había montado mil películas donde sabía salir de la situación sin ningún problema: le explicaba la realidad y ella lo entendía. En otras versiones de mi película mental, le había convencido de que era la mejor opción, en otras, le hacía sentir culpable, ya que una parte de mí actuaba así por una necesidad no cubierta y pedida desde hacía demasiado tiempo. Llegaba la hora de terminar en el trabajo y me tenía que decidir por una versión de mi plan y actuar. Me lavé la cara en la oficina, esperé a que se fueran todos y cogí el coche. Había llegado el momento. Le escribí:

- Amor, ¿estás en casa ya con los niños?
- Hola, llego en quince minutos
- Vale, yo hoy acabo pronto, ¿quieres que me pase ahora y estamos un rato tranquilos?
- Me da igual.
- Pues cuenta que sobre las 18:45 estoy ahí.
- OK.

Estaba listo para lo que venía. Aparqué el coche en el parking y cogí el ascensor. Al subir a casa, respiré antes de entrar. Era pronto y estaban aún los niños. Lo que menos quería es que ellos fueran más conscientes aún de que algo en casa no estaba funcionando al 100%. Abrí la puerta y ahí estaban los 3 en el sofá, jugando.

- ¡Ya estoy aquí! - lo dije eufórico, me gustaba entrar medio gritando y ver la reacción de los niños diciendo “papi” y corriendo hacia mí.
- ¡Papiiiii! - los dos niños salieron corriendo a abrazarme.
- Hola, cariño - con los niños colgados, me levanté y fui hacia Patricia, le di un beso y me puse a su lado -, ¿qué tal el día? ¡Empieza a hacer frío, eh!
- Bueno, he ido a comprar y ahora estaba aquí viendo una peli con los niños.
- ¿Cenamos juntos hoy?
- Vale.
- Y si se acuestan rápido los niños podríamos hablar tú y yo un poco, ¿te parece?

- Vale.

Estaba seria, afectada, no sé describir bien ese estado emocional, mezcla de rabia y tristeza con desconfianza. Desde hacía más de dos años, Patricia había entrado en una dinámica de aceptación y frustración conjunta. Nuestra historia de amor fue extraña, nos conocimos bailando en un momento de mi vida donde estaba alocado, me gustaba disfrutar y no estaba ni para negocios, ni futuro, ni familia, sencillamente estaba en un punto donde quería probar cosas. Era una compañera del baile con la que, poco a poco, fui conectando hasta que una noche nos dejamos llevar. Cuando nuestra relación comenzó, Patricia tenía un carácter muy solitario, dentro de que estábamos mucho tiempo juntos, tenía su vida y yo, la mía. Mi relación con ella fue rápida, en menos de un año ya vivíamos juntos y, en el mismo tiempo, dejamos de bailar, de salir y empecé a centrarme en los negocios. Fue algo extraño de verdad, es como si ella hubiera sido mi excusa para asentarme y yo, la suya. Al año aproximadamente, hablamos de futuro, de familia y, después de un tiempo que no se tomaba las anticonceptivas y creíamos que podía pasar lo de que no cuajara la cosa, fuimos al médico. Nos dijeron que las posibilidades de tener un niño eran muy bajas, tengo oligozoospermia, es decir, mis espermias van dando vueltas y ella tenía un ovario un poco delicado debido a una operación de joven. Compramos un tratamiento para acelerar el proceso, pero antes de iniciarlo, se quedó embarazada. Durante los primeros meses, trabajé mucho, estaba muy centrado ya en mi proyecto y necesitaba enfocarme completamente para arrancarlo; ella pasó el embarazo sola, no hicimos nada especial, ni pintarnos la barriga, ni hacernos muchas fotos..., eso fue enfriando la relación. Creo que en ese punto ambos queríamos algo que no teníamos del otro.

El día que rompió aguas, pillamos una huelga de taxis y llegamos al hospital un poco estresados. Mientras Patricia estaba ingresada, yo estaba pendiente del teléfono. El trabajo estaba ahí y, por alguna razón, estaba concentrado en ello en vez de estar esperando el mejor día de mi vida. Parió a mi hijo, fue por cesárea y, cuando nos lo trajeron a la habitación, a mí no se me despertó ese famoso instinto paternal: no lloré, no sentí que por fin era padre, sencillamente lo miraba y pensaba que ese ser tan pequeño ya dependería de mí el resto de su vida y que debía hacer todo lo que estuviera en mi mano para que estuviera lo mejor posible. Llegamos a casa después de tres o cuatro días de estar ingresada y ahí empezó el gran cambio. Patricia tenía depresión postparto y no solo no lo aceptaba, sino que rechazó a todo su entorno, familia, amigos, todos parecía que le molestaban. El niño fue creciendo y la vida era cada vez más rutinaria. Constantemente le reclamé que fuera mi mujer, que no podía ser sólo mamá. Ella no solo no trabajaba, dejó de salir, de entrenar, de quedar con gente. Se aisló absolutamente. Fuimos a psicólogos para ayudarla, necesitaba que ella fuera la persona que conocí y lo que al final entendimos era que la había llevado al punto de no retorno en el que se encontraba. Según ella, yo había sido quien la había llevado a ese estado. Cuando dos personas son infelices y lo son por la persona que tienen al lado, ya no hay mucho más por lo que luchar. Pasaron los meses y entramos en un bucle rutinario: entresemana trabajaba e iba al gimnasio, mientras ella estaba con los niños, llegaba el fin de semana e íbamos a casa de mis padres o a ver a mis abuelos. No salimos a cenar nunca, no hacíamos nada juntos. Ya nada era juntos.

Entramos en crisis cuando al niño le detectaron autismo. Fue muy duro entenderlo, pero lo fuimos superando. Patricia no cambió, al revés, comprendió que una parte de ella debía de sufrir, que únicamente viviría por su hijo, por el problema que tenía. Eso hizo que yo aún tuviera más carencias y que ambos estuviéramos más amargados. Después de dar a luz a mi hijo, ella tuvo

algún tipo de trastorno físico, ya que no le bajó la menstruación en más de un año, aun así, tomaba las pastillas anticonceptivas para ver si le venía, pero nada. Al año y medio aproximadamente de tener a nuestro primer hijo y después de detectar que tenía autismo, recuerdo que empezó a encontrarse mal. Pensábamos que podía ser algo malo, pero ella iba a hacerse pruebas sola, no la acompañaba. Recuerdo que ese día, estando en casa de mi madre, me llamó:

- ¿Puedes hablar?
- Sí, dime.
- Estoy en el médico.
- Qué te han dicho.
- Mira el móvil.
- ¿Qué?
- Mira la imagen, estoy embarazada.

Se me paró el corazón, mi madre estaba frente a mí y, al verme la cara, se puso muy nerviosa. No sabía qué me pasaba y las lágrimas empezaron a caer por mi rostro. No me lo podía creer, no quería más hijos, no estaba bien con ella, estábamos siempre hablando de separarnos y se estaba embarazada de nuevo.

- Joder, Patricia.
- Lo sé.
- ¿Qué vamos a hacer?
- Luego hablamos.

Me quedé muerto, quería decirle que abortara. Lo mismo le dije cuando se quedó de nuestro primer hijo, no quería tener niños, es decir, sí quería, pero quería una familia unida, no quería tenerlos y sentirme atado porque sí, necesitaba hacer algo, pero estaba tan muerto de miedo que no reaccioné.

Esa era Patricia y esa fue nuestra vivencia. Ahora tenía que sentarme con ella a explicarle que ya no podía más, que la estaba engañando, que no quería seguir con esa vida que llevaba, que quería mi vida de ensueño, que, por egoísta que pareciera, ya no podía más.

Estaba tranquila en el sofá y empecé a prepararme la cena. Jugué un rato con los niños mientras hervía el arroz y cené. Me acerque sobre las 20:30 para decirle que en breves acababa de cenar y que podíamos hablar un rato tranquilos.

- Patricia, ya me queda poco, ¿duermes a los niños y charlamos un rato?
- Claro, en media hora salgo.
- Perfecto.

Me quedé en la cocina viendo una serie en el Ipad. No oía ni veía nada, la tenía para disimular, pues estaba pensando cómo podía hablar con ella, cómo podía comentarle todo, pero la verdad es que no sabía la manera de hacerlo. Pasó media hora y me acerqué a la puerta.

- ¿Patricia? Sales ya o qué.
- Es que se despertarán.
- Ya, pero tenemos que hablar, vente, anda.

- Que no, mañana hablamos.
- Ok, buenas noches.

No esperaba eso, llevaba todo el día pensando en eso, quería dejarlo ya claro y, nada, no conseguí hacerlo. Me duché, recogí todo y me fui a la cama. Como no podía dormir, acabé hablando con Evelyn.

- Buenas, amor.
- Hola, cariño, ¿cómo ha ido?
- Mal.
- ¿Mucho lío?
- No, no, nada de lío, no ha salido para hablar.
- Y eso.
- Se ha quedado durmiendo con los niños, me dice de hablar mañana.
- ¿Mañana, entonces no nos vemos tampoco?
- Pues no lo sé, es que no me esperaba esa respuesta.
- Bueno, pues paciencia, ¿qué tal el día?
- He estado todo el día pensando en lo mismo, así que no he hecho mucho.
- Bueno, no te rayes, mañana será otro día y seguro podréis hablar.
- Eso espero, amor. Me voy a dormir, voy a aprovechar hoy para dormir un poco.
- Vale, cariño, descansa mucho, te quiero.
- Y yo.

Pasaron más de cuatro días seguidos exactamente iguales. Me escapé para ver a Evelyn alguna mañana, ya que estaba viendo que hablar con Patricia no sería como tenía pensado. Cada noche, llegaba a casa a la misma hora y ella me hacía lo mismo: le decía de hablar, me decía que “ok” y, cuando llegaba el momento, no quería salir. La noche anterior ya le dije que no podía ser, que teníamos que hablar de verdad y ella, enfadada, me dijo que sí, sin embargo, no salía y se escondía entre los niños, pero no podíamos posponerlo más y hoy iba a ser el día. Acabé de cenar y, antes de que acostara a los niños, le di un ultimátum.

- Patricia, hoy sí o sí tenemos que hablar. Acepto que no nos veamos, no acostarnos, que ni nos miremos, pero si no puedo hablar contigo ni pidiendo hora, me voy a ir.
- Pero de qué quieres hablar.
- Quiero hablar de muchas cosas, no podemos seguir así.
- ¿Así cómo?
- Así, Patricia, joder, no nos vemos, no hablamos, no nada.
- Vale, pues vamos a hablar ahora.
- Ok, ¿y los niños?
- Están en el comedor, déjalos ahí tranquilos.
- Vale, vale, pues quiero que hablemos porque esto no puede continuar así.
- Ok, y qué quieres que hagamos.
- Pues, Patricia, estoy pensando en separarnos.
- ¿Otra vez? Si hace unos meses ya nos separamos. Si no lo tenías claro por qué viniste, por qué me decías de volver.
- Porque te quiero, Patricia, pero pensaba que sí podíamos cambiar y nada. Te veo amargada y me frustra verte así.

- Estás con otra, ¿no?
- ¿Cómo dices? - Solo tenía que decirle la verdad, decirle que sí, pero algo dentro de mí no se atrevió.
- Que si estás con otra persona.
- ¿Por qué dices esto?
- Me estoy volviendo loca, no vienes a dormir casi nunca, el otro día te veo desnudo a las cuatro de la mañana poniendo una lavadora, estás más distante que nunca. Me estoy volviendo loca.
- Patri, joder, tranquila, es que no estoy bien, sencillamente esto, no te emparanoies, yo nunca he desconfiado de ti y he encontrado cosas raras también en nuestra relación.
- ¿Raro como qué?
- ¿Ya no te acuerdas de que el año pasado en la mesita de noche encontré condones? La explicación que me diste es que eran de cuando eras soltera, pero estaban en la mesita de noche después de cuatro años juntos y una mudanza y, casualmente, acabaron ahí. Yo en ese momento estaba seguro de que te estabas follando a otros, me dijiste que no y me olvidé.
- No es lo mismo.
- ¿Por qué no?
- Porque no lo es.
- Está bien, piensa lo que quieras Patricia, no puedo seguir así.
- Ni yo tampoco.
- Entonces qué hacemos.
- No lo sé.

Empezó a llorar, esta vez de tristeza. La abracé, dentro de que quería separarme, la quería, era la madre de mis hijos y siempre había sido buena. Lo único que no funcionaba es que no era para ella y no era para mí. Ahí acabó la conversación, entre lágrimas se alejó, me dijo que no podía más, cogió las cosas y se fue a la cama. Fin de la conversación.

Me desperté al día siguiente expectante por qué pasaría, cómo habría sentado esa charla. Hacía ya más de dos semanas que dormía solo, bueno, en general, hacía vida solo. Entre semana desayunaba y comía por mi cuenta y la cena era con Evelyn, lo poco que hablaba con Patricia era para organizar el fin de semana, pero ya hasta los fines de semana me llevaba a los niños solos y la dejaba a ella para que se “recuperara” de su mal estado. Ese día, una vez me preparé, salí a ver la distribuidora por la mañana. Habían ocurrido varios problemas con los pedidos y teníamos una reunión, que recuperarnos como fuera. El negocio estaba bajando y Antonio exigía explicaciones. Subí directo a la nave y empezamos la reunión.

- Buenos días, señores- Antonio estaba mucho más serio de lo normal-, necesito saber dónde estamos.

- Buenos días, Antonio, está todo controlado, déjame que te enseñe- José Luis siempre sabía qué decir para quitar tensión, se veía que no era claro, pero, de alguna manera, siempre acababa haciendo el lío para salirse con la suya.

- José Luis, necesito cuentas claras, ¿la distribuidora es rentable?

- Claro que sí, Antonio, mira, fíjate- sacó un papel, empezó a escribir los gastos fijos que teníamos, pero en genéricos, y las previsiones de entrada de ventas. En ningún caso puso las facturas pendientes de color, el género perdido, nada, todo para enseñar el debe y el haber para así poder seguir con la aventura.

- ¿Cuánto tiempo creéis que necesitamos para arrancarla?

- Antonio, se necesita un tiempo: los comerciales no venden lo suficiente y no podemos quitar gastos. Están los fijos, si quitamos un chofer, no tendremos repartos. El problema es que los pedidos no están agrupados y que hay que subir el ticket medio de pedido.

- Exacto, Antonio - José Luis siempre se apoyaba en cualquiera que dijera algo que mantuviera viva la esperanza de seguir.

- Yo estoy preparando, Antonio, unos carteles específicos para promover productos, además, estoy hablando con más proveedores que me traigan muestras - Alexander se encargaba de eso.

- Y facturas, ¿cuánto dinero tenemos en la calle? - Antonio estaba serio y todos miramos a José Luis.

- Bueno, Antonio, déjame unos días y te lo digo.

- Más o menos, quiero saberlo.

- Pues unos diez mil, no más.

- Seguro.

- Yo creo que sí.

- Bueno, señores, necesito que arranquemos esto, si no al final tendré que cerrar. No podemos aguantar así, vamos a por todas.

- Eso es, Antonio, levantaremos seguro - José Luis ya estaba sonriendo y había escurrido el bulto de nuevo.

- Pues a por todas. Por mi parte, todo dicho.

Nos levantamos todos a la vez de la mesa, ya se había contado todo lo que teníamos que explicar y, en líneas generales, se habían suavizado todos los ánimos. Era casi la hora de comer y, como hacía días que no había estado con Evelyn, ese día me animé más de la cuenta, entré en su despacho, aprovechando que estaban todos dando vueltas, y, sin que nadie se diera cuenta, le dije de irnos un rato juntos.

- Eve, por qué no nos vamos a comer los dos.

- ¿Puedes? ¿No tienes faena?

- No, no, hoy puedo escaparme, pero tenemos que irnos ya.

- Vale, pues vamos en un momento.

- ¿Bajo yo y te espero?

- No hace falta, bajamos juntos.

Nos reímos, nos levantamos y bajamos por las escaleras. Como su tío ya sabía lo nuestro, y estaba reunido con José Luis y Alexander, no me contuve en absoluto, la agarré y la besé al llegar a la puerta. Nos reímos y la volví a besar, estábamos enamorándonos y, cuando todo parecía ir enfocado a un día maravilloso, giré la cabeza un segundo y ahí estaba, bajando las escaleras sin hacer ruido, a cámara lenta, mirando al suelo. Cuando despegué mis labios de los suyos, vi como Alexander fue subiendo la mirada hasta encontrarse con nosotros. Se nos quedó mirando, luego lo hizo hacia otro lado y volvió a subir a la oficina. Le impactó tanto que, por acto reflejo, hizo ver que no estaba bajando, que estaba subiendo, y así desapareció. Estaba cada vez más descuidado y no podía seguir pasando, ahora lo sabía otra persona más y no era de nuestra confianza. Salimos a la puerta de la nave y le escribí a Antonio: “Baja un momento, tenemos que hablar”.

- Dime, qué ha pasado.

- Antonio, nos acaba de ver Alexander- se lo dije preocupado, estaba muy tenso y él me lo

notó.

- A ver, tranquilo, si quieres hablo con él y le digo que no diga nada.
- Entonces va a saber que tú lo sabías. Es de locos, ese hombre sabe que estoy casado.
- Tranquilo, Jaime, que no dirá nada, ya verás.
- A ver ahora cómo actuó en el trabajo, joder, mira que yo solo me hundo.
- Cariño, que no es para tanto, tranquilo, ya verás que no dice nada.
- No lo veo, no lo veo nada claro.
- Bueno, déjame ver que hago.
- No, Antonio, déjame pensar a mí. Le doy una vuelta y te digo, pero mientras, por favor, no le digas nada.

Otra vez me veía en la misma situación que al principio. Antonio bajó y estuvimos hablando los tres. Ellos coincidieron en que no pasaría nada, que hablaríamos con él y ya está, pero no podía estar con la sensación de que, en cualquier momento, alguien me iba a pillar. Íbamos hacia el coche con Evelyn, mientras ella me consolaba, no me sacaba de la cabeza todo lo que me estaba pasando. Iba a seguir siendo descuidado, ya que cada vez me costaba más saber de qué lado estaba, viviendo una película tan loca que cada día unos pocos segundos o minutos perdía el conocimiento de mi realidad.

- Eve, ya estoy harto, sube a la oficina.
- ¿Qué vas a hacer?
- Solucionar esto de una vez.
- Pero, ¿cómo?
- Voy a tirar de la manta.
- Estás loco.
- No tengo otra opción.

Así son las cosas, ya estaba enamorado y no podía hacer nada, mi plan para garantizar la estabilidad con ella viviendo en el anonimato no iba a funcionar, cada vez cometía más errores, pero estos derivaban del mismo principio: amor, y contra eso no se podía luchar. Cuando la veía, quería besarla, cuando me enfadaba y me miraba, se me iba el enfado y, al final, cualquiera se iba a dar cuenta de ello. No solo era un efecto físico, no solo era que me vieran besándola o tocándola, necesitaba ya destapar lo que estaba pasando. Subí a la oficina después de Evelyn y le dije a José Luis, Alexander, Antonio y Evelyn que entraran en el despacho.

- Bueno, señores, antes que nada, pido máxima discreción, necesito deciros algo y necesito que no salga de aquí.
- ¿Qué has hecho ya? - José Luis se quedó muy sorprendido.
- Dinos, Jaime, qué ha pasado - Antonio se hizo el tonto, pero no sabía qué iba a decir.
- Estoy con Evelyn, llevo un tiempo conociéndola. Me voy a separar y me voy a ir con ella, nos hemos enamorado y ya no puedo ocultarlo más.

La cara de todos fue un cuadro: José Luis y Alexander se quedaron helados, Antonio sonrió y Evelyn se tapó la cara. No podíamos ocultar de ninguna manera lo que estábamos sintiendo y necesitaba detonar las cosas conforme fueran viniendo. José Luis se me adelantó y me felicitó, me dio un abrazo y me deseó lo mejor. Alexander hizo comentarios buenos y, al final, la película no acabó tan mal. Ahora ya todos lo sabían, se acabaron las tonterías. Expuse también que quería

seriedad, pues mi relación personal y laboral no debía mezclarse. Todos estuvieron de acuerdo.

Después de ese día, de ese momento, mi relación con Evelyn dio un nuevo salto: estábamos saliendo del armario, cada vez más abiertos a reconocer qué estaba pasando. Ella y yo ya éramos uno ante la mirada de los compañeros, pero no sabíamos que ese amor que crecía, que ese sentimiento que aumentaba tendría un efecto rebote tan loco a tan pocos días de conseguirlo todo.

Capítulo 8

Decisión

«Si no tienes la información que necesitas para tomar decisiones sabias, busca a alguien que sí las tenga».
Lori Hil

Ahora ya todos en el trabajo sabían lo que estaba sucediendo, no podía ocultarlo. Quedaban apenas unos días para que acabara el año y oficialmente tenía dos vidas. Con Patri no volví a hablar más de lo sucedido y ya no preguntaba si llegaba tarde a casa. El distanciamiento que marcamos se paró, no siguió creciendo. Éramos dos conocidos viviendo vidas distintas, una pareja de amigos con niños en común. No me preocupaba por lo que hacía y ella no se preocupaba por lo que hacía yo.

Esa semana se me apareció una oportunidad enorme con otro cliente, se lo comenté a Patricia y me sonrió como enviándome suerte. La misma historia se la conté a Evelyn y no paró de preguntar. Por desgracia, ahora lo comparaba todo y, cuanto más comparaba, más me enfadaba, ¿por qué no me había dado algo tan sencillo?, ¿por qué no me había “querido” como le pedía? Había llegado Evelyn a mi vida y no solo me hacía sentir vivo, sino que me daba todo aquello que siempre había soñado: jugaba, me provocaba, le apetecía compartir, soñar conmigo. En nuestras cenas, hablábamos de muchísimas cosas: de cuál sería nuestro primer viaje, de dónde nos gustaría vivir, de casarnos, de divertirnos. Todo era posible, lo que deseaba estaba ahí y, a cambio, lo único que tenía que darle era mi “yo” real, no tenía que fingir ni ser otra persona, me quería a mí tal como era, con mis rarezas, mis obsesiones, mis perversiones, todo le parecía bien y lo curioso es que no sabía encontrarle defectos. Muchas veces me ponía a pensar en qué le cambiaría, en qué le pediría que no me estuviera dando ya y no se me ocurría ninguna. A veces, me preguntaba si estaría viviendo lo mismo. Era perfecto y me enfadaba por no poderle corresponder del todo, marchándome con ella.

De todas las conversaciones que tuvimos, hay una que siempre tendré en el recuerdo. Era una de tantas noches que íbamos a cenar en el bar de siempre, buscando siempre una mesa que nos diera intimidad, que nos permitiera mirarnos como enamorados y pudiéramos soñar sin que nadie nos oyera. Estábamos hablando de casarnos o, mejor dicho, de lo que imaginábamos ambos, de lo que sería una boda perfecta. Me había enseñado varios vídeos de pedidas, varias escenas donde el hombre buscaba la manera más original y a la vez personal de poder decirle a su amada que la quería para siempre.

- ¿Has visto este, amor?
- No, de estos videos no he visto ninguno.
- Es que es una pasada, la gente hace casi cualquier cosa, debe de ser increíble que alguien te pida la mano de manera tradicional. No me puedo imaginar qué se debe sentir si te lo hacen de una manera como esta de los videos.
- ¿A ti cómo te gustaría que te lo pidieran?
- Bueno, a mí ya un ex me lo pidió, pero precisamente fue después de separarnos y estar mucho tiempo mal. Justo cuando le había olvidado, se me presentó con un anillo.

- Madre mía, ¿y qué hiciste?
- Le dije que no, obviamente.
- Jajaja, y supongo que se quedó blanco, ¿no?
- Me dijo que me lo pensara, que me quedara el anillo y así tendría tiempo para decidir, pero tenía claro que no.
- ¿Y te has imaginado, aparte de esta situación, alguna otra?
- No lo sé, mira estos.

Me enseñó vídeos de gente que le preparaban una escena en película en un cine, cortaban la proyección real y salía el novio haciendo un corto en el cual se declaraba y detrás estaban los familiares. La chica lloraba muchísimo y le besaba, diciendo “sí quiero”. Me enseñó algunos en mansiones de lujo donde hacían superfiestas, pedidas locas y, mientras miraba los videos, mi mente ya empezó a imaginar cómo se lo pediría. Ella se enamoró de mí por mi forma de expresarme, de amarla y decirlo lo que sentía, así que mi manera debía ser una en la que pudiera, de una manera distinta a todas, decirle que quería que fuera la mujer de mi vida y que se le quedara para siempre guardada en la memoria.

- Son muy bonitos la verdad, pero yo no me imagino haciendo algo así.
- ¿Y cómo me lo pedirías tú? - en ese momento, me entró una mezcla de vergüenza y ganas de superar todo lo que había visto.
- No lo sé, pero te aseguro que los superaría a todos. El día que te pida que te cases conmigo lo haré de una forma que no puedes ni imaginarte.
- Si te digo la verdad, yo si tengo algo de “prisa” por casarme.
- ¿Y eso? ¡No me asustes!
- No, jajaja, tampoco es que nos casemos este mes, pero mi abuela está un poco mayor, la operaron y no ha vuelto a ser la misma. Quiero que esté ese día conmigo, que disfrute y que sea consciente de todo lo que pasa- mientras me lo decía, se le humedecieron los ojos.
- Bueno, eso tiene fácil solución.
- Te lo digo en serio.
- Y yo, Evelyn. Te quiero, me he enamorado de ti, nunca había pensado en casarme, ni una sola vez, pero contigo sí quiero tener el momento en el que pueda celebrar con todos mis seres queridos el amor que tenemos. Me apetece un “sí quiero” en una iglesia, el banquete con discurso, entregar el ramo y abrir el baile con un bonito vals.
- Jajaja, qué bonito.
- Esto es cosa de dos, mi amor, así que, bueno, es solo cuestión de tiempo, pero sé que tú serás mi mujer y que conseguiré sorprenderte como nadie más podría hacerlo.

Pasaron los días, estaba cambiando y no me di cuenta hasta que fue tarde. Con la doble vida que llevaba y el estrés que me producía, no acababa de ser consciente de cómo se sentían las demás personas. Estaba tan preocupado en cómo me sentía y las consecuencias que eso podía tener que no fui capaz de pensar en cómo afectaría a Evelyn. Mientras más días pasaban, cuanto más cenábamos juntos, más nos contábamos y más nos queríamos. Las despedidas comenzaron a tornarse un poco más frías. Las primeras veces no eran muy marcadas, nos despedíamos con un beso y luego ella me acompañaba hablando todo el camino, siempre acaba con un “buenas noches” o “descansa, mi amor”, pero el tiempo jugaba en mi contra, ya que cuanto más quieres a alguien, menos entiendes las situaciones que se viven. Aquel día hacía muchísimo frío, habíamos terminado de trabajar pronto y estábamos en su casa, habíamos acabado de cenar y la presión del

tiempo empezó a actuar por su cuenta.

- Bueno, supongo que te tendrás que ir ya, ¿no?
- Bueno, amor, espera, aún no, puedo quedarme un rato más.
- Un rato más qué son, ¿quince minutos?
- No, hombre, puedo estar hasta una hora aún.
- Vale.
- Amor, ya hemos hablado de esto y quedamos en que sí se entendía.
- Si lo entiendo, pero cada vez menos.
- No empecemos, por favor, ya sabes cuál es mi situación.
- Pues no, la verdad es que cada vez menos, lo siento.
- Me tengo que separar, tengo dos hijos, me tendré que ir de casa. No es fácil.
- Ya lo sé, pero es que cada vez entiendo menos esto: ahora te vas a dormir con tu mujer y yo me quedo aquí sola, ¿no?
- Eve, por favor, no empecemos.
- No es empezar, es que de verdad al principio sí lo entendía, ahora no.
- Pues no ha cambiado nada desde el primer día que te lo expliqué. Sencillamente, tengo que hacer las cosas bien, no lo entiendes porque no tienes hijos, créeme.
- Igual será por eso.
- Ven, anda, acércate.

La agarré por la cintura y la acerqué, la besé, la intenté tranquilizar, pero una parte de ella estaba cada vez más dolida. Nos queríamos y nos conocíamos más, de verdad que esto si no se vive, no se entiende. Tuve la sensación durante mucho tiempo de tener dos vidas y me era muy difícil irme de una anunciando que volvía a la otra. Quería a Patri, quería a Evelyn, a una por ser la madre de mis hijos, por ser una buena mujer, por haberme aguantado y cuidado; a ella la quería como mujer, era a quien había soñado, quien me complementaba, siendo mi contraria en todo. Eran dos personas que no podía ver sufrir y era a las que directamente les estaba causando sufrimiento.

Los días eran bonitos, desde primera hora nos despertábamos con un “buenos días, mi amor, tengo ganas de verte”, pero las noches se oscurecían y casi siempre acababan con un “no lo entiendo”, “no sé cuánto tiempo podré aguantar” ... Así es el amor, cuanto más se tiene, más se quiere, cuanto más sientes, más dolor hay, pero, como en toda crítica de una película, hay varias versiones: la mía era que quería estar bien o, mejor dicho, acabar lo mejor posible. Al final, con Evelyn tenía toda una vida para disfrutar y ser feliz, en cambio, con Patri tendría que convivir muchísimos años por los niños.

Estuvimos varias noches más así. Parecía que entrábamos en un bucle y no sabíamos salir, el motivo principal es que se acercaban fechas especiales: su cumpleaños, Navidad, Fin de año... Eventos familiares, los días donde dos personas enamoradas pueden mostrar más aún su amor, época de familia, de brindis, de fiesta y, precisamente, en ese momento iba a dejar a mi mujer y, a la vez, no iba a estar con Evelyn. El combo perfecto.

- Bueno, amor, ¿y qué vas a hacer estas fiestas?
- Pues nada.
- ¿Cómo que nada?
- Este año está toda la familia con Covid, no se puede salir y no me apetece hacer nada.
- ¿Y las uvas?

- Nada, me da igual.
- Joder, Eve, ¿en serio? Eso no me ayuda mucho.
- Tú ya tienes plan, ¿no? Quedas con la familia de Patri y luego con la tuya, qué más te da. Total, son días sin más.
- Eve, de verdad, no entiendo que te pongas así.
- Así cómo, estoy sola, solo tengo a mi madre y a mis tíos, vivo aquí sola y este año por Covid no vamos a vernos, qué más da.
- Joder, que me haces sentir mal, no es justo y encima cada día te veo peor. No entiendo.
- Pues es muy fácil de entender: te quiero y tú a mí, ¿por qué te sigues marchando a casa con tu mujer? ¿por qué no te quedas ya conmigo?
- Eve, ya hemos hablado de ese tema, no puedo hacerlo, lo siento, no sé explicártelo mejor.
- Ya lo sé, ya, bueno, pues pásatelo bien y ya está.
- Eve, de verdad que no veo justo esto.
- No me pasa nada, ya se me pasará.
- Son fechas muy especiales, tengo niños y debes de entender que primero pienso en ellos y después en cómo puede estar Patri, que se quedará con ellos también. Debes entenderme.
- Si te entiendo, en parte sí, estás mirando por no hacerle daño a nadie y hacerlo lo mejor posible, pero en este plan tuyo para que alguien no salga lastimado, otro debe hacerlo y en este caso soy yo.
- Eve, por favor, no digas eso... - en el fondo, sabía que tenía razón, no podía tener a todos contentos. Si me quedaba con ella, le rompería el corazón a Patri y no sé qué consecuencia tendría para mis hijos, eso sin contar que mi familia se quedaría helada. Lo más fácil siempre era dejarla a ella, por más que me doliera, por más que nos quisiéramos. Era mucho más sencillo así.
- Sabes que es verdad.

La noche fue avanzando y esa fue la primera vez que se hizo el silencio, por momentos ambos teníamos la mente en nuestro mundo, no tenía ni idea de qué pensaba ella, me entraba el pánico, pensaba que, si seguía así, lo perdería todo. Patri ya no confiaba en mí y no quería estar con ella, había descubierto lo que era la plenitud en tantos aspectos que no quería otra cosa que no fuera eso; por otro lado, Evelyn no iba a aguantar mucho más tiempo esa situación por lo que me temía lo peor. Las horas pasaban y el reloj no perdonaba y, por desgracia, seguía teniendo un tipo de obligación o tiempo máximo por el cual debía de estar en casa a una hora, así que me levanté poco a poco, la abracé, la besé y me despedí con la peor sensación que había sentido hasta la fecha. Ese día tampoco hablamos de camino a casa, un simple “buenas noches, cuando llegues me avisas” y un “ya he llegado, amor, mañana te veo” fue lo máximo que intercambiamos antes de acabar el día.

Dos noches más, dos noches en las que la cosa empezó a torcerse, fueron las responsables de poner punto y final a esa conversación que empezaba a destrozar mi bonito cuento de hadas. Llevaba varios días sin dormir casi nada, se acercaban las fechas señaladas y se tensaban las situaciones por todos sitios. El trabajo no acababa de avanzar y Antonio empezó a plantearse cerrar la empresa. Si hacía eso, todo el tiempo invertido, todas las horas habrían sido en vano y no podía permitirme el lujo de no recuperar al menos una parte. Además, se acercaba finales de diciembre y mi software iba a hacer un parón de ventas. La tensión estaba en el aire y se notaba. Con Patri había perdido toda relación, ya no nos hablábamos, éramos como dos desconocidos y eso me creaba una sensación de vacío enorme. Los fines de semana me iba a casa de mis padres para poder hablar de cualquier cosa y no estar a solas con ella, por lo que la monotonía y el

aburrimiento se empezaron a apoderar de mí. Evelyn, que había sido mi luz, empezó a remarcar el hecho de que no estuviera con ella, de que durmiera en casa con mi mujer y la situación se desbordaba. Hiciera lo que hiciera, saldría mal, eso me repetía una y otra vez. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya. Ese día le escribí a Eve, le dije que llegaría más tarde, pero que quería que nos sentáramos a hablar, que necesitaba decirle cómo me sentía y que la amaba, que estaba haciendo todo esto por nosotros, pero que necesitaba que entendiera un poco más la situación, así que, nada más acabar de organizar, me fui para su casa.

- Hola, mi amor.
- Hola, cariño, te he echado de menos.
- Y yo a ti, muchísimo.
- De qué querías que habláramos, sé que has estado agobiado y yo también, pero sé que es temporal.
- Bueno, amor, de eso quiero precisamente que hablemos. No puedo estar así, tú eres mi paz, y desde hace unos cuantos días se está tensando más de lo esperado todo.
- Ya, bueno, tú tienes que entender cómo me afecta esta situación a mí. Yo lo estoy dando todo por ti, cualquier cosa, me estoy adaptando y solo pido estar contigo.
- Y yo por ti, estoy dejando mi casa, jugando mi futuro, todo por lo que he luchado, por estar contigo.
- Ya lo sé, si no te digo nada, pero es como que tu parte sí la tengo que entender y tú la mía no.
- Sé que ahora no lo entiendes, pero te juro que valdrá la pena, solo te pido tiempo.
- ¿Qué es tiempo? ¿Cuánto tiempo más necesitas?
- No lo sé, supongo que hasta que pasen las fechas especiales.
- Y luego qué, seguro que habrá otro evento, luego vendrá el cumpleaños de tu hijo o el suyo, y siempre habrá algo por lo cual no la dejas y sigamos así.
- Eve, de verdad, cálmate, necesito tiempo y que me intentes entender.
- Eso hago, créeme que eso estoy intentando hacer. Hay una cosa que está claro: alguien se tiene que joder y siempre voy a ser yo.
- Eve, no seas así... - tenía razón, en mi interior sabía que era así, la dejaba siempre como la última en cuanto a consecuencias. Si tenía alguien que sentirse peor, hacía que fuera ella. No era con maldad, analizaba las consecuencias de cada uno de mis actos y la mejor baza era que fuera ella quien esperara y aceptara todo.
- Es igual, Jaime, no pasa nada, es lo que hay.

Estaba jodido, mucho, la amaba y quería dejarlo todo por ella, pero no es tan fácil. Como se suponía que debía hacerlo, tenía que llegar a casa y, a seis días de Navidad, dejar a Patri, en esas fechas, anularlo todo e irme con otra, abandonar mi casa, las fiestas, la familia, mis hijos, todo, y marchar con Evelyn sin un plan. Era de locos, no era así, no podía hacerlo, no así. Le di muchísimas vueltas, muchísimas, pasaba horas en el limbo, recreando escenarios: en unos hablaba con Evelyn y le decía que tenía que esperar y punto, que eso era lo que había. En otros, hablaba con Patri, le decía que ya estaba y que me iba con Evelyn en ese mismo momento. En otros, las dos me mandaban a la mierda, pero en ninguno me veía siguiendo con mi mujer y eso me daba esperanzas, era de las pocas cosas que me aliviaba, pues me dejaba claro que no era ninguna aventura, ya no amaba a mi mujer y había encontrado el sentido de conocer y desvivirme por Evelyn.

Durante días estuve rayado, pensaba cuál era la solución y, en mitad de una noche de

insomnio, me acordé de él, la persona que siempre había estado ahí para mí, la única persona en el mundo que pondría su vida por encima de la mía, mi rival, una de las personas más contrarias a mí y, a la vez, más parecidas. En ese momento, me acordé de mi padre: ¿qué haría él en mi situación? En mi vida me he metido en muchos líos, he tenido deudas, he fracasado en negocios y me he creído alguien que no soy durante mucho tiempo, he sido ciego y me he creído el rey y solo él ha sabido decirme a la cara las cosas, me ha apoyado incluso cuando no sabía ni qué le estaba diciendo, pues la mejor amiga de mi padre es la lógica y con ella él es capaz de dominar el mundo.

Me desperté aliviado esa mañana, cuando uno no sabe qué hacer, pide ayuda. No sé cómo no lo había pensado antes, quizás porque no me podía imaginar en ningún escenario que viviría lo que estaba sucediendo. Me vestí, me arreglé y le escribí a primera hora de la mañana: “Hola, papá, paso a verte, ¿tomamos café?”. A los pocos minutos, me contestó: “ok”.

Cogí el coche y en mi mente empecé a recrear la conversación que tendría con él, aunque era mi padre, una parte de mí tenía la sensación de que lo que estaba haciendo estaba mal, que igual no lo entendería, así que simulé lo que él me podía decir para tener respuestas. Cuando uno entra en su mente, parece que el resto de cosas las hace en automático. Iba conduciendo, tenía la radio puesta y visualizaba lo que iba pasando con mi padre. El piloto automático me acercó a la empresa y, cuando estaba a menos de 300 metros de llegar, pasé de largo y me fui a trabajar. Me asusté, algo dentro de mí no frenó al pasar por la puerta y me fui a la oficina. Esta situación la repetí más de seis veces. La primera vez, como le había escrito, él me llamó para preguntarme por qué no había ido, le conté cualquier tontería y lo dejamos ahí; el resto de veces, no me atreví a escribirle, tenía claro que lo que debía hacer era frenar en el almacén y, cuando estuviera ahí, decirle que bajara. Solo una conseguí hacerlo, tomamos café, pero no hablamos de ese tema, le contaba cosas del trabajo y le preguntaba por cómo iba el suyo. Esos pequeños ratos me daban paz y empecé a ir cada día a tomar café con él. Era evidente que me pasaba algo, de verle una vez al mes, quería estar con él cada día, pero, al final, ni él me preguntaba por qué estaba yendo tanto a verle ni yo me atrevía a decirle nada. Hasta que, por fin, un día, sin más, reuní el valor.

Mi padre es un hombre formal, clásico, pero abierto de mente y me conocía mucho más de lo que podía imaginar. Llegué al trabajo donde estaba y le escribí para que bajara, tomamos café y, durante esos minutos, por primera vez en mucho tiempo, me sentí tranquilo. Estaba protegido, mi padre estaba allí conmigo y pasara lo que pasara, él seguiría ahí, eso me relajó. Hablamos de trabajo, de bicis, de tonterías varias. Me preguntó por Patri y los niños, que los quería ver esta semana y, cuando acabamos de tomar café, se despidió de mí. No tenía el valor para decirle a la cara lo que estaba haciendo, no sabía cómo se lo iba a tomar, quería decirle todo, quería ayuda, pero no podía permitirme que me juzgara, que le defraudara como “cabeza de familia”, ya que estaba siendo el primero en separarme y, más, largándome con otra. Me despedí y me subí al coche. Sentado desde el retrovisor, vi cómo entraba en la empresa. Estaba nervioso de nuevo, tenía que decírselo, necesitaba una opinión de alguien que no hubiera vivido nada, de alguien que opinara y que entendiera que quiero hacer las cosas bien dentro de todo lo mal que las estaba haciendo, así que me armé de valor, me bajé del coche y entré detrás para sentarme a su lado. Fui directo a su despacho, golpeé al cristal y entré.

- Dime, ¿te has dejado algo?
- No, no, papá, necesito hablar contigo.
- ¿Qué pasa?

- Estoy mal con Patri, papá, y me quiero separar.
- Eso no es ningún secreto, hace tiempo que no estáis bien.
- Pues eso, quiero hacerlo, pero nunca es el momento.
- ¿Hay algún motivo en especial?
- ¿Qué quieres decir?
- Que si hay otra mujer
- ¡NO HOMBRE, NO! - me hice el ofendido, cómo podía decirle a mi padre que estaba siendo infiel. En ese momento, no pensaba, actuaban mis instintos y lo primero que me salió fue mentir.
- Vale, vale, bueno, es tu vida hijo, yo siempre querré lo mejor para ti y, si no eres feliz con Patri ni ella contigo, deberías hacerlo.
- Ya, papá, pero cómo lo hago, mira las fechas que son.
- Pues espérate a que pasen.
- Pero es que no es justo, papá, no me siento bien.
- Pues hazlo ahora
- Ya, pero y las fechas qué, ¿no las paso en familia?
- Jaime, ya eres un hombre, tienes que ser consciente de lo que haces y de lo que dejas de hacer, pero atiende bien: haz lo que hagas, piénsalo bien porque una vez que se rompen las cosas es muy difícil volverlas a dejar como estaban antes.

Qué gran frase, qué gran ayuda, qué gran mentira le había dicho y qué gran problema seguía teniendo. Era evidente que, si no contaba la verdad, nadie podría entenderme o ayudarme. Durante la mañana, me quedé pensando en lo que me había dicho, en cómo me había mirado y el tono de voz que usó. Estaba muy tranquilo, como si me hubiera leído la mente y supiera qué estaba haciendo y pensando. ¿Tanto podía conocerme que me supo leer los sentimientos? ¿Tanto podía saber ese hombre como para descifrar mi secreto con solo tres minutos de charla? Me quedé muy pensativo y después de ver que no podía sostener esa situación por más tiempo, pasé al plan B: cónclave familiar.

Llegué a casa de mi madre. El cónclave estaba formado por mi hermana, mi cuñada, mi padre y mi madre, les había escrito por privado a todos y les había pedido vernos, les necesitaba y había acudido a ellos. En ese momento, no sabían nada y estaba tan nervioso por lo que iba a hacer que apenas pude reaccionar al principio. Mis padres viven en una casa muy grande y bonita. Recuerdo que les oía hablar, cómo se reían, no les entendía bien, pero les veía felices. Mi hermana hacía menos de un año que se había casado y estaba formando su familia. Eso es lo que al final soñamos todos, encontrar a alguien y vivir felices para siempre. El cónclave siempre había estado muy unido y la encargada de ello era mi madre. Si mi padre era mi ejemplo a seguir, la persona a la que quería superar, mi madre era la que más me había enseñado el significado de la palabra familia. Nos quería a todos y se desvivía por unirnos y, como pilar que era, nos apoyábamos siempre en ella. Recuerdo que al llegar todo fueron risas al principio, me preguntaron qué hacía ahí, por qué los había juntado, pero me lo decían medio en broma, no se esperaban lo que les iba a decir y, excepto mi padre que ya se oía algo, estaban como siempre. Me tomé un café y, después de un rato hablando, vi el reloj y entendí que si no los sentaba ya no sería capaz de hacerlo. Con mi mayor esfuerzo y mi gran capacidad para interpretar, les dije que fuéramos al comedor. Me senté en el sofá, estaba en el centro, y vi cómo se colocaban a mi alrededor. La mesa estaba servida y solo faltaba que sirviera el plato fuerte del día.

- Bueno, familia, os he pedido que vinierais porque me he metido en un buen lío y no sé salir. Necesito vuestra ayuda.

- ¿Qué has hecho, hermano? - mi hermana me miró seria.

- Pues liarla, Anna, liarla.

- Pero, ¿qué has hecho? Explica algo - mi cuñada era una mujer muy directa, eso lo me gustaba de ella y era de quien, en el fondo, más quería consejo.

- Pues que me quiero separar.

- ¿Otra vez, hijo? Es que siempre estáis igual...

- Mamá, esta vez es distinto.

- ¿Distinto por qué? Siempre dices lo mismo y al final estáis juntos.

- Te digo de verdad, mamá, que esta vez es distinto.

- Pues no lo entiendo, la verdad, ¿hay otra?

- ¡No, mamá, no hay nadie!

- Esta vez te veo más tranquilo, algo no nos estás contando.

- Joder... Bueno, sí, he conocido a alguien, pero no he hecho nada.

Las caras de todos fueron un cuadro, me hermana sonrió, pero una sonrisa de “qué cabrón”, mi cuñada se quedó seria y mi madre se medió descompuso, ella quería mucho a Patri y sobre todo pensaba siempre en los niños, era difícil para todos, pero en el fondo esa confesión que acaba de hacer hacía cómplice a toda la familia y a partir de ese día y hasta que me separara deberían de mirar a la cara a Patri sabiendo una verdad que no podían decirle.

- Joder hijo, es que no entiendo para qué volvisteis, tendríais que haberos separado.

- Lo se mamá, no me presiones por ahí, esto ha pasado sin más, yo no elijo de quién me enamoro.

- Eso es verdad, mamá - mi hermana me apoyo en eso, una parte de mí creo que es porque vivió algo similar con mi cuñada.

- ¿Y qué vas a hacer ahora?

- Exacto cuñado, ¿ahora qué?

- Pues no lo sé, por eso estáis todos aquí, necesito que alguien me diga que hacer porque todo lo que veo o pienso está mal siempre.

Se hizo un pequeño silencio que no duró más de unos segundos, empezaron a dar cada uno su opinión, al final era sencillo, todo se dividía en dos opciones, la primera opción, se lo decía ya, no perdía ni un minuto, iba a casa hoy mismo y me sinceraba, pues nadie debe de vivir engañado, la segunda opción me esperaba a después de fiestas, teníamos niños y una parte de todos se sensibilizaba con el impacto que podía tener en ellos que papá y mamá se separaran en fiestas. Dentro de esta ecuación había varias cosas que movían la decisión de un lado a otro. Este era el primer año que venía toda la familia de Patricia y encima venían a comer a casa. Entre familias se conocían y nos queríamos mucho. Quedaban muy pocos días para navidad y egoístamente nadie quería un drama antes de las fiestas. Con todos estos inputs la solución no era fácil.

- Se lo tienes que decir ahora mismo, hijo mío, ve y dile la verdad, ella no está bien contigo tampoco, eso se ve, algo en vosotros falla y lo que no entiendo por qué volvisteis si ahora estáis así otra vez.

- Coño, mamá, no me repitas más lo mismo, es distinto, he encontrado a alguien y ahora si es distinto.

- Hijo, pero así no se hacen las cosas, debes de ir y decirle la verdad.
- Mamá, no es tan así, piensa en los niños, y su familia y la navidad - Mi hermana se puso de pie para decirlo, nos estábamos alterando, ya que éramos conscientes que en los dos planes había daños colaterales asegurados.
- Pues yo creo que se lo debería de decir también, a mí me jodería que no me lo dijera, yo querría saberlo. - Mi cuñada estaba tensa, tenía mucha razón en lo que decía, pero hacerlo no era fácil.
- ¿Entonces qué hago? Es que no me imagino ahora mismo explicando esto a Patri.
- Ya, hijo, pero es lo que toca, para ti es fácil porque has conocido a otra, pero no sabes cómo tiene que estar Patri ahora.
- Ya lo sé, mamá, coño, para mí tampoco es fácil.
- Bueno hijo, distinto.
- Jaime, tienes que esperar, le vas a joder las navidades a ella y a su familia.
- ¿Y qué hago, sigo con mi doble vida?

Al pronunciar esas palabras de nuevo se hizo un pequeño silencio, era evidente que la estaba liando y que cuando decía eso en alto, en la mente de todos pasaba lo mismo, creían que me estaba “tirando” a una cualquiera porque me había calentado y ya está. Pensaban que estaba rompiendo mi familia por una cualquiera y en el fondo les entendía. En un momento mi madre me pregunto “cuánto hace que conoces a esa chica” y mi respuesta fue “1 mes aproximado”, cuando se lo dije, le sentó hasta mal, me puso cara despectiva y sin darse cuenta, como cuando comes algo que te da asco y por más cordial y formal que quieras aparentar la mueca se muestra en tu cara sin permiso. Yo también lo entendía, por eso no decía nada, siempre había juzgado a esos “enamorados de la vida” que en dos días se enamoraban y decían que era el amor de su vida, pero esta vez lo estaba viviendo, yo en mis propias carnes, no tenía ninguna duda, así que, aunque les entendiera estaba decidido a seguir hasta el final.

- No lo sé hijo, la verdad es difícil
- Pues sí... yo pienso como la mamá, es muy difícil.
- Cuñado, ¿ella no se lo imagina?
- Yo creo que sí, pero no lo sé, hace semanas que no nos acostamos, ni dormimos juntos, ni cenamos juntos, ni nada de nada.

Se miraron entre ellos, estaba claro que nadie veía futuro, lo único que esta vez había cambiado es que yo había dicho que tenía a otra y eso hacía que hubiera un culpable, un “malo” de la película y me había tocado ser a mí. Durante todo el rato que hablamos mi padre estuvo callado, él era así, escuchaba, callaba y analizaba para llegado el momento soltar lo que él veía y para no cambiar ese momento fue exactamente igual.

- Jaime, deberías decírselo, pero no dejarla, es decir, podrías llegar a algún tipo de acuerdo. - Nos quedamos todos mirándolo sin entender lo que decía, pero queriendo escuchar más.
- No te entiendo papá.
- Bueno, tu relación está rota, eso está claro y encima ya tienes a alguien, pero Patri es de la familia y no es justo que esté sola, ella siempre ha sido buena con todos.
- Hasta aquí estamos de acuerdo.
- Bueno, siéntate con ella y dile que la dejas, que esto no funciona, pero que vais a estar juntos hasta después de fin de año, a partir de ahí que te iras, que quieres estar bien con ella y le

deseas lo mejor, pero que ya no sientes lo mismo.

Me quedé pensando unos segundos. Vi como mi cuñada, mi hermana y mi madre se miraban entre ellas, aprobando el plan, que no parecía malo. El único problema es que podía pasar cualquier cosa, por ejemplo, que me enviara a la mierda, que no quisiera pasar ni medio segundo más conmigo, que se jodieran las navidades, no lo sé, podía explotar.

- Papá, ¿y si se enfada? ¿y se me envía a la mierda? ¿y si no quiere eso?
- ¿Qué? Total, ya te has separado, ¿no? Estás con otra.
- Ya, pero... y, ¿si se jode todo?
- Bueno, hijo, así es la vida, pero no puedes tenerla engañada, no se lo merece.
- ¿Vosotras qué pensáis?
- Podría funcionar - mi cuñada y mi hermana casi al unísono respondieron.
- ¿Mamá?
- No lo sé, hijo, no lo sé, pero me sabe muy mal todo.
- Ya lo sé, mamá, pero yo no soy feliz y ya no puedo más.
- Ya lo sé, hijo, ya lo sé... - me rompió el alma ver cómo a mi madre se le caían las lágrimas en silencio, siendo consciente en todo momento de que aquello que se entendía como familia feliz podía dejar de serlo en un instante.

Cogí el coche dispuesto a solucionar mi problema en casa. Ya había hablado con mi familia, no quería pensar más, siempre he creído que es extremadamente sencillo resolver los problemas de los demás porque cuando no hay sentimientos la lógica se encarga de casi todo, así que esta vez decidí confiar en el criterio de los míos. Llegué a casa, subí y me la encontré en la ducha.

- Hola, mi amor, ¿qué tal el día?
- Bien, duchándome, y poco más.
- Hoy acostamos a los niños y hablamos un rato, ¿te parece?
- ¿Otra vez? De qué quieres hablar otra vez.
- Joder, no podemos hablar, ¿o qué? Apenas nos vemos, solo faltaría que no pudiéramos ni hablar.
- Está bien, no te enfades que vienes cada día peor.

Ya está, lo había conseguido, tenía hora para hablar con ella y, aunque estaba el día feo, no había dormido, estaba muy nervioso y ella no de muy buen humor, era ahora o nunca. Hablé con Evelyn, le dije que estaría igual un par de días sin verla, que había hablado con la familia y lo que iba a hacer, que la entendía más de lo que ella podía esperar y que ahora era mi momento para intentar hacer las cosas bien. Ella me preguntó diez veces si estaba seguro, estaba preocupada por lo que podía pasar, pero, sin dudarlo, le dejé claro que sí y que la amaba. Ya estaba todo dispuesto y solo me faltaba empezar a mover las fichas de ese tablero.

- Patri, siéntate, ahora que los niños se han ido a dormir tenemos que hablar.
- Jaime, siempre con lo mismo, qué quieres, no podemos estar siempre así...
- Lo sé, Patri, por eso quiero que hablemos hoy tranquilos.
- Venga, dime.
- Mira, Patri, te quiero, te quiero muchísimo, has sido la persona más importante en mi vida, pero hemos vivido cosas que no podemos superar, yo no soy feliz y no te veo feliz a ti.

- Y tú qué sabes cómo estoy yo, mejor di cómo te sientes tú y no cómo me siento yo.
- Patri, de verdad, dime, ¿cuándo es la última vez que te hizo ilusión algo conmigo? ¿cuándo es la última vez que te has reído a carcajadas? ¿No lo ves...?
- Qué tengo que ver, estoy en un momento distinto de mi vida y ya está.
- No, lo siento, te dije que yo sería feliz, egoístamente te digo que quiero ser feliz y quiero que tú lo seas y no puedo seguir con esto.
- ¿Qué quieres decir?
- Que no puedo más, creo que lo mejor es que lo dejemos - de golpe, se le empezaron a caer las lágrimas, me miraba con pena, traicionada, impotente, no sabía en ese momento qué le iba a pasar, cómo iba a acabar y la tristeza se apoderó de ella.
- Entonces para qué me decías de volver cuando lo dejamos, para qué tanta insistencia.
- No sé, porque te quiero, porque por más que estamos mal, sí te quiero, no sé cómo decírtelo.
- Y ahora qué, ¿se acabó? ¿Ya está? ¿Cada uno por su lado? ¿Y todas las promesas que me hiciste cuando volvimos? ¿Y lo de que nos acabaríamos casando? ¿Y lo de la casa que nos íbamos a comprar? ¿Dónde quedan todos esos sueños?
- Patri, por favor, relájate - se me empezaron a caer las lágrimas a mí, sentía como una parte de mi corazón se estaba rompiendo y que, por primera vez en mi vida, era consciente de que no estaba dejando a mi mujer, estaba perdiendo a mi familia.
- No me relajo, Jaime, me siento engañada, enfadada, yo te lo he dado todo siempre, todo.
- Ya lo sé, no te digo nada, pero necesito algo que no puedes darme, aunque quieras, algo que se siente, necesito que me quieras, que me desees, y eso nace de uno, no se puede comprar, no lo puedo forzar.
- ¿Y ahora qué? ¿Te vas? ¿Y las navidades y la familia y todo? Qué se supone que vamos a hacer ahora.
- Patri, te quiero, de verdad, no te dejaré sola, no te faltará de nada, yo seguiré luchando igual. Solo tienes que entender que ya no puedo más, que no creo que sea justo ni para ti ni para mí.

Se sentó en el suelo, se abrazó las piernas y empezó a llorar. Notaba cómo se rompía, cómo su esperanza se esfumaba con esa ruptura; esta vez, ambos éramos conscientes de lo que estaba sucediendo y no había marcha atrás. Lloraba de pena, de rabia, de frustración, me dejé caer a su lado y la abracé. Estuvimos llorando durante muchos minutos, no sabría calcular cuántos. Era una despedida, nuestro último adiós y, por doloroso que fuera, por terribles que fueran las consecuencias, sabíamos que esto era un camino sin retorno y que todo había llegado a su fin. La levanté muy despacio, la abracé, le dije que la quería y nos fuimos los dos a la cama sin hablar absolutamente ni una palabra más. Nos tapamos, nos acostamos uno al lado del otro y durante unos instantes, por unos pocos segundos, ambos tuvimos nuestro primer momento de paz en muchos años.

Al día siguiente, cuando me desperté, me sentí como mareado, recordaba hasta el último detalle del día anterior, sin embargo, con la luz de la mañana entrando por la ventana, los niños gritando y Patri hablando con ellos, sentí que fue un sueño, pensaba que me esperaba una situación muy angustiosa nada más despertar y no fue así. Me levanté como cada día y me fui a tomar mi café, le di los buenos días y por, primera vez, en días ella me los devolvió con cara de tristeza, pero también de alivio. No estaba entendiendo qué pasaba, si era consciente de lo que ella sentía, pero de todas las situaciones que en mis planes mentales podían darse, esa opción

estaba lejos de poder ser alcanzada. De nuevo, el cónclave había dado con la solución y parecía que todo estaría bajo control. Ese día estuve tranquilo y no vi a Evelyn, le escribí para decirle que ya había hablado con mi mujer y que le explicaría la situación con detalle, pero que necesitaba un día más. No me escribió mucho, me dejó hacer, no sé si porque confiaba en mí o porque no tenía alternativa, puesto que mi relación con Evelyn estaba en un momento un poco delicado también. Nadie me entendía completamente y todo el mundo se veía capaz de juzgarme. Cuánto hubiese deseado que todos aquellos que vivieron esta película desde fuera hubieran sentido unos pocos minutos la angustia que viví durante meses.

Pasé el día como de costumbre en la oficina y, al llegar a casa de nuevo, me fui a hablar con Patri.

- ¿Cómo estás?

- Bien, bueno, más o menos.

- Yo quiero que estés bien, de verdad, tenemos dos hijos y de verdad que te quiero.

- Y yo a ti, pero necesito saber qué vamos a hacer.

- Bueno, referente a eso, tengo una propuesta que hacerte- ella me miró con cara sorprendida, no esperaba esa respuesta e iba a aplicar el plan que mi familia y yo habíamos hablado-: verás, Patri, no quiero que los niños estén mal y no quiero fastidiar las navidades a nadie, había pensado que podíamos estar juntos, normal, nos llevamos bien, podemos pasar las fiestas uno al lado del otro y, cuando todo pase, vemos qué hacer.

- ¿Y qué hacemos como si no pasara nada?

- Patri, es triste, pero llevamos mucho tiempo así sin darnos cuenta- ella no me contestó, se le cayeron las lágrimas.

- Ok.

- Bueno, no te agobies, te quiero, de verdad, pero esto se hace insostenible, teníamos que dar el paso y solo yo lo iba a dar.

- No quiero que hablemos más de esto - me lo dijo enfadada, triste.

- Ok, ok, lo siento. Bueno, ¿quieres cenar algo?

- Yo ya he cenado.

- Vale, pues voy a hacerme algo.

Ni me contestó, se giró y se fue con los niños. Ella actuaba con normalidad, una normalidad un tanto extraña, parecía que estuviese planeando algo, tenía una mirada demasiado natural y tranquila y eso, en el fondo, me preocupaba. Sí que entendía que no iba a estar rota de dolor y amor por la separación, puesto que ambos estábamos mal, pero en mi interior pesaba que había poco drama para lo que yo tenía en mente. Cené como cada noche y me fui a dormir. Ahora esa parte ya estaba lista y lo único que tenía que hacer era ir a ver a Evelyn y arreglarlo. Pan comido o eso pensaba.

Capítulo 9

Últimos días

«El valor de un sentimiento se mide por la cantidad de sacrificio que estás preparado a hacer por él».
John Galsworthy

El tiempo con ella siempre ha sido extraño, por alguna razón, cuando estaba con ella, los minutos volaban, las horas se pasaban en un suspiro entre risas y juegos, sentía en cada momento que tenía algo nuevo que contarle, que explicarle de mí y que Evelyn lo hiciera también, era una sensación única y, sin embargo, parecía que no iba a llegar nunca la oportunidad que esperábamos. Después de varias charlas y de exponerle todo lo que me había sucedido con Patri, se relajó. Estaba tomando la decisión de irme con ella pasara lo que pasara, la amaba, quería arriesgarme, siempre me lo había dado todo desde el primer momento.

Llegamos a un tipo de acuerdo: el día 8 de enero era la fecha límite, Eve tenía que tener paciencia y no podía dudar hasta que llegase ese día. Era, en realidad, muy sencillo porque nadie se enamora tan rápido, ni desea a alguien tanto como para no poder estar junto a él en tan poco tiempo, pero de nuevo, como en todo con ella esa lógica fallaba. Recuerdo que en menos de diez días la miré a los ojos y le dije que la quería. Se lo dije sin pensar, me nació, porque es lo que sentí en ese momento. Las piezas del puzzle se encajaban sin pensarlo, aparecían las situaciones, lo que tenía que suceder, sucedía, sin pensar en el tiempo, en las consecuencias, y ella siempre respondía con la misma sonrisa, la misma mirada, aceptándolo, dejándose llevar, demostrando que cuando llega esa persona, llega y ya está.

Los días pasaban rápido, pero, a la vez, muy lento. Por fin llegamos a la gran recta final, los últimos tres días para que acabara el año y por más que pensáramos que lo peor había pasado, en realidad no, lo peor estaba por llegar.

Por norma general, a las personas se las conoce despacio y poco a poco, te vas enamorando, es como una relación de tiempo y conocimiento muy sencilla, sin embargo, esta rompía la lógica, así que primero llegó el amor y luego nos fuimos conociendo, haciendo que cada instante nos fuéramos enamorando más y más, con las consecuencias que ello trae. Supongo que es evidente, cuanto más quieres a una persona, más te duele estar lejos de ella.

Llegó el día 30. Esa semana nos habíamos visto menos de lo normal, y digo menos, aunque, quizá, ahora que trabajábamos en el mismo lugar, pasábamos más horas que nunca juntos, aun así, como el tiempo también aceleró, siempre nos quedábamos con la sensación de que no habíamos pasado ni un minuto unidos.

Salía a vender por la mañana con uno de los comerciales de la distribuidora, aproveché para ver qué fallaba en el negocio y quedé con Evelyn en que llegaría sobre las 11:30 a la nave de nuevo. El plan era sencillo: llegaba, estaba trabajando con ella tranquilo y sobre las 14:00, podríamos irnos a comer y relajarnos un rato. De nuevo, me lie y volví a las 15:00 a la oficina. Desde hacía semana, la cuestión del tiempo había desaparecido para mí, muchas veces le decía de quedar a las 10:00 y me presentaba a las 11:00, otras, quedábamos a las 17:00 y aparecía a las 19:00. Le fastidiaba los planes, ya que me esperaba y, a su vez, me pedía que me organizara

mejor. Entendía que le sentara mal, pero, por más que quería, me era imposible planificar nada, durante muchas semanas actuaba sobre la marcha y decía horas, contando que no las iba a poder cumplir.

Al llegar, además de estar fuera de la hora acordada, estaba muy contento, ya que las ventas habían ido bien y creía haber encontrado el fallo que teníamos en la empresa. La llamé para que estuviera atenta al llegar y bajara al aparcamiento para besarnos en privado y decirle lo mucho que la quería, ya no podía dejar de hacerlo, quería estar con ella unos minutos antes de subir a hablar con Antonio. Aparqué y vi a Antonio que se encontraba allí, con Evelyn al lado.

- ¡Buenos días, sobrino! ¿Has visto qué guapa está? –rio.

- Buenos días, Antonio, sí que la veo, sí...

Antonio es de esas personas que siempre están ahí. Al verlo, entendí que mi momento supertierno había pasado, que me tocaba charla, ya que otra cosa no, pero hablar... Si te pillaba, tenías garantizada tu parloteo de diez minutos.

- ¿Cómo ha ido? ¿Has vendido mucho? ¿Has visto a mi sobrina, eh! Qué guapa es y cómo la quiero.

- Jajaja, claro que sí, Antonio, por cierto, qué guapo vas hoy también. Llevas dos días muy arreglado, ¿y ese cambio?

- Nada, es que hoy tenía que ir al banco, pero siempre voy así.

- Antonio, no te lo crees ni tú, jajaja, vas siempre con el chaleco y el gorro.

En algún momento que no soy capaz de recordar, después de que hiciera público que me había enamorado de Evelyn y que iba a empezar una vida nueva con ella, pasó de llamarme Jaime a sobrino. Ese hombre fue el primero que me aceptó, que no me juzgó, que entendía que las parejas tienen crisis y que, en los matrimonios, se acaba la magia, y lo sorprendente de todo es que él lleva con su mujer desde los doce años. No me sentí en ningún momento violento ante el uso del término “sobrino”, al contrario, estaba contento de que su familia me hubiera aceptado de esa manera. Sin darme cuenta, Antonio se había convertido en alguien especial, cuando le conocí, buscaba hacer negocio, dentro de la cordialidad y el “buen rollo” que se pretende cuando quieres formalizar un acuerdo con un socio, era como uno más, pero desde hacía días, empecé a preocuparme de verdad por él. Cuando queríamos hablar de cosas más privadas siempre se acercaba a mí y me decía: “Jaime, vamos a hacer la Castellana”, así le llamaba él a ir con alguien, a dar la vuelta al polígono, era una manera de hablar en confianza y, a la vez, andar para fluir mejor. Lo vi una tontería la primera ocasión, pero he de reconocer que entendí por qué lo hacía: realmente, me hacía estar más cómodo y, entre eso y su carácter, una conversación que puede llegar a ser violenta entre socios o un jefe y un empleado, aunque con él se convertía en un paseo entre amigos. Ahora ya tenía claro que Evelyn iba a ser mía y Antonio iba a ser familia de verdad, no podía permitir que ese hombre que tanto había luchado y sacrificado por tener algo cayera o le engañaran, así que, desde ese momento, me convertí en algo más para él, iba a ser su amigo, su socio y, por encima de todo ello, su familia y nadie iba a joderla.

- Bueno, ¡ya está! Me toca- me miró y me sonrió-. Hola, mi amor.

- Hola, cariño.

Ese momento es bonito, es tierno. Llevo esperándolo desde que abro los ojos cada día, el instante en que la veo, me sonrío y, por fin, puedo besarla. Antonio está de público y se alegra.

- Cariño, ya está, vamos para arriba que está tu tío aquí mirando.
- Joder con mi tío. Tira, tito, vamos para adentro ya.

De camino, la cogí de la mano, fuimos andando y Antonio la miraba con ternura, era como que la veía de otra manera y a mí me había dado su gran bendición. Era una situación divertida. De golpe, se abalanzó sobre ella, por detrás, la abrazó y le dio un beso.

- Cómo te quiero, *jodía*, y qué guapa estás, ¿has visto Jaime? ¡Está guapa, eh!
- Sí, Antonio, jajaja, superguapa.

La verdad, Antonio es de esas personas que no se sabe cómo, pero transmiten felicidad y ver a esos dos juntos, tío y sobrina, me hacía estar feliz. La vida no te deja elegir cómo va a ser tu niñez, las experiencias que te harán madurar y hacerte la persona que eres ahora. Hasta que no se toma consciencia, es muy difícil poder decidir por dónde tirar, sin embargo, Antonio quería a Evelyn de una manera tan pura, tan real, que, de verdad, se veía que estaba contento de que ella y yo nos hubiéramos encontrado, transmitía la sensación de que, sin haber escogido él nada, el destino nos había puesto en el momento preciso para que todo sucediera y nos eligiéramos el uno al otro.

Al entrar en la nave, cada uno se fue a su sitio. Me cité con Antonio, Alexander y José Luis para exponerles la situación en su despacho, que tenía las paredes de cristal, pegado al de Evelyn. Empezamos a hablar y les expuse cómo había ido la mañana, qué soluciones podíamos aplicar, la cantidad de cosas que nos faltaban aún por mejorar y empezamos a conversar los tres. Soy ese tipo de personas que al explicar algo, me concentro, me dejo llevar e intento exponer lo vivido con detalle y carácter para hacer que las personas que me escuchan puedan reproducir en sus mentes aquello que digo, pero, por alguna razón, cuando dejé de hablar, me descubrí mirándola a ella. Un día antes estuvimos charlando de su nuevo puesto, la habían ascendido a directora y confiaba en mí para que la ayudara a tomar el puesto.

Estaba en su ordenador, no sé qué estaría haciendo, pero lo que sí sé es que la veía seria, concentrada y, de nuevo, las sonrisas aparecían en mi cara. Ella aprendía demasiado rápido, así que cuando la vi con esa actitud, dirigiendo, organizando, tan guapa y formal frente al ordenador, perdí por completo la noción de la situación. Me despertó del sueño mi querido Antonio, diciéndome:

- ¿Verdad que sí, Jaime? Supongo que piensas como yo, ¿no?
- Eh... Sí, Antonio, claro que sí.

En ese momento, José Luis y Alexander se pusieron tensos y al unísono me dijeron:

- ¡Cómo que piensas como él! ¡Eso no tiene sentido, no estamos preparados para hacerlo aún!

Al parecer, Antonio había sacado como conclusión de mi charla que el director comercial actual era un inútil y que se le tenía que despedir de inmediato.

- ¡No, no, disculpad! Antonio, estas cosas hay que hacerlas bien, vamos a organizarnos y vemos qué hacemos. De momento, lo único que te digo es que la empresa sí puede ser muy rentable.

La reunión acabó bien, dentro de todo esos tres hacían un buen equipo, con sus rarezas, pero tenían confianza entre ellos y eso muchas veces es suficiente para llevar a cabo un plan de acción.

Salí del despacho y fui a buscarla al suyo. Teníamos como norma mostrar un lado profesional en el trabajo, la idea era que la intimidad es nuestra, pero en la nave no habría ningún tonto. Nada más acercarme a ella, la besé, me miró, sonrió y la volví a besar, no era capaz de cumplir mis propias normas, pues ya no me detenía nada y los momentos que no viviera en ese tiempo, no los iba a recuperar jamás.

- Vámonos, cariño, vamos a comer algo por ahí que hoy me tengo que ir pronto.
- Sí, yo ya estoy, ¿dónde quieres ir a comer?
- Podemos ir donde la chica de los ojos azules, ya sabes quién, ¿no?
- Es verdad, así la conozco. Vamos.

La chica de los ojos azules era una camarera del restaurante donde alguna vez había ido con Antonio. El chisme que tenía con Evelyn era que, con la máscara oscura y esos ojos azules, hacía reír como niños a Antonio, José Luis y Alexander. Nos divertíamos contando historias y habladurías de ese tipo. Cuando varios hombres se juntan sin mujeres, tendemos a fanfarronear, a sacar pecho y no soy menos cuando salgo, al final creo que es algo que inevitablemente nace de las personas, pero estaba en mi momento romántico y todos los presentes estaban al tanto de que me estaba separando y conociendo a Evelyn por lo que era inviable que no hiciera ningún tipo de comentario.

Salimos juntos de la nave, eran las 15:50 y, para variar, empezó el cronómetro a jugar su papel. Ya solo quedaban dos horas para irme y una para que ella sacara las cargas para el equipo de almacén. Una parte de mí quería olvidarse de la comida, quería olvidarse de todo, proponerle que nos fuéramos a su casa, que nada más llegar empezáramos a besarnos, que pudiera desnudarla rápido, arrancarle la ropa, morderla, lamerla y lanzarla a la cama, coger los móviles y apagarlos, tirar el reloj al suelo y pisarlo para que nada me sacara de mi momento. Quería hacerle el amor, follármela, metérsela en la boca, correrme de placer, disfrutar y que ella hiciera lo mismo. Quería acabar y que, sudados, mojados, nos riéramos de la vida y nos fumáramos un cigarro, mirándonos el uno al otro con esa satisfacción que da correrse y que te dé igual todo.

No pasó eso, mi mente vuela libre, la realidad siempre está ahí para recordarme que aún no ha llegado el día para poder hacer eso, aún era día 30.

Nos montamos en el coche y fuimos a comer. La notaba agobiada, no llevaba un buen día porque se había quedado sin coche y la presión del nuevo puesto le agobiaba, ya que todos le solicitaban cosas, por otro lado, yo había llegado tarde y no había podido estar con ella, y, encima, Yagger estaba malo.

- Cariño, ¿estás bien? Te noto más serio de lo normal.
- Bueno, tengo muchas cosas acumuladas.
- No te preocupes, vamos a comer y ya está. Piensa en que en breves ya podremos estar juntos y yo me encargaré de que no te estreses tanto. ¡Acuérdate de que tenemos un contrato, puedo hacerte masajes cuando yo quiera, eh!

La miré y le sonreí, buscaba con cada palabra entrar en su mente como ella hace conmigo para relajarla, pero no funcionó tan bien como esperaba.

Aún hay algo que no sé explicar, que no entiendo cómo lo hace: de las cosas que más me enamoraron de Evelyn fue su capacidad para hacerme olvidar los problemas, me curaba la obsesión del trabajo. Desde que emprendí mi aventura como empresario, no había sido capaz de desconectar ni un solo segundo, daba igual la situación, siempre una parte de mi mente estaba conectada. No me llevaba los problemas a casa todos los días, pero sí que no disfrutaba nunca al 100% nada de lo que hacía. Ella tenía ese talento, me miraba, me sonreía y me sacaba del bucle. Era increíble, necesitaba eso, no solo estaba a gusto con ella, sino que, además, podía apagar mi cabeza, podía volver a sentirme libre. Ese era su poder. Un beso, una sonrisa y, de golpe, dejaba de oír todo lo que ocurría a mi alrededor, dejaba de pensar y un gesto alegre aparecía en mi cara para disfrutar de cada segundo que estaba con Evelyn. Yo quería hacer lo mismo, pero no funcionaba igual, quería que saliera del bucle en el que se encontraba, que era ficticio, no debía dudar ni un minuto, pero fueron complicando las cosas cada vez más.

Llegamos al restaurante y aparcamos, todo el mundo la miraba, la verdad que es una chica que, se ponga lo que se ponga, destaca y, aunque eso lo sé desde el primer día, hoy, por primera vez, me molestó un poco que una mesa de *paletas* de al lado la mirara y sonriera, incluso delante de mí se giraron varias veces para mirarla. Ella tenía muchísimo más carácter que yo, estaba acostumbrada a esas situaciones, pero yo no lo estaba, sin embargo, sabía que, si eso me molestaba, ella se levantaría y, sin ningún tipo de problema, se les encararía. Me había contado muchísimas anécdotas de joven y en sus momentos de adolescencia fue una chica un tanto conflictiva.

La comida fue tranquila, pedimos vino blanco mientras nos traían unas ensaladas y disfrutamos. Hablamos de trabajo, de la reunión, de cosas triviales, pero el alcohol empezó a hacer efecto y todo se volvió más divertido.

- Mira, mi amor.
- ¿Qué?
- Mira esos dos señores que vienen, son iguales.
- Jajaja, es verdad, ¿de qué trabajarán?
- Esos seguro que son comerciales - lo dijo sonriendo y muy convencida.
- Qué va, amor, esos dos trabajan en un banco, ¿no los ves?

La escena la consistía en mirar a dos hombres de metro sesenta, gorditos, con el pelo blanco, con pantalones a juego, camisa y chaleco, acompañados de una corbata roja, como si fueran elegantes, pero eran raros, no sabía decidir si estaban ridículos.

- Amor, que te digo que trabajan en un banco, ¿no los ves?
- Que no, que son comerciales, ¿quieres que vaya y pregunte?
- Jajaja, no puede ser, déjalo, vamos bebidos...
- ¡Ahora vengo!

Ella es así, tiene ese sentido de la improvisación, de hacer lo que quiere, de no pensar en las consecuencias, de dejarse llevar. Precisamente, es lo que más loco me vuelve.

- ¡Toma ya! Qué te había dicho, son comerciales- aparecieron los dos señores en la mesa.
- Buenas, caballeros.
- Muy buenas - respondieron a la vez.
- Tienes pinta de trabajar en un banco.
- Pues no, somos comerciales de alarmas.
- Ah... - no sabía qué decirles, había bebido y ellos estaban frente a mí respondiendo lo que ella les había preguntado
- Bueno, señores, ya podéis iros - todo lo decía así y lo alucinante es que se fueron sonriendo
- ¡Ves, cariño! Tenía razón.
- No entiendo cómo lo haces, aunque no tenían pinta de comerciales.

A los pocos segundos empezamos a reír, iba bebido, no pillaba la broma, pero eso me resultó más gracioso todavía.

- Te lo has creído, jajaja.
- No te pillo.
- He entrado y les he dicho que dijeran que trabajan de eso.
- ¿Y te han hecho caso?
- Claro, me han dicho que dirían lo que quisiera excepto que son gigolós.
- ¡Eso es trampa!

Trampa o no, ella tenía ese poder, el de mirar a alguien y hacerle ser quien ella quería. Era tal su cuerpo, su seguridad, su sonrisa, que, si ella quería, sabía que cualquier hombre del mundo le reiría la gracia y la atendería sin dudarlo ni un momento.

Acabamos de comer y salimos despidiéndonos del personal y la clientela del restaurante, ya que eso también es una consecuencia del alcohol, bebes y todos son tus amigos. Antes de subir al coche, nos besamos. Era muy atrevida, me metía mano, me lamía y sabía cómo hacer, que, en diez segundos, se me pusiera dura. Sabía la vergüenza que sentía y sabía que nos podía ver la gente, pero eso la divertía y, no voy a engañaros, a mí me encantaba tener todas esas sensaciones. De camino a la nave, siguió metiéndome mano y sonriéndome con esa sonrisa del pecado en la que se recrea y juega buscando hacerte perder el control.

Llegamos y después de cuatro besos, me serené. Teníamos reunión de comerciales y estarían todos arriba, entraría primero y ella, después: el teórico socio y la nueva directora.

- ¡Buenas tardes!
- Buenas tardes - respondieron los comerciales-

Fuimos juntos a su despacho y empezó a preparar las cargas. Habíamos ido para cinco minutos, ya que queríamos mirar la manera de tener un rato a solas para nosotros, pero ya sabíamos que no iba a poder ser. Qué bonita es la esperanza. Justo cuando creíamos que podíamos irnos, apareció Montse, una comercial de unos cincuenta años que dejaba a nuestro querido Antonio como el enanito mudo de la película *Blancanieves*.

- Hola, guapa, pero qué guapa vas, ¿cómo estás? ¿Cómo va todo? Qué guapa estas, Evelyn. Y tú también, ¡eh! Eres como el muñeco ese, el Ken. Yo no sé de tecnología, pero, mira, la aplicación no funciona, si escribo "M&M's", al poner el palito ese me da error, ¡no puede ser, eh! Venga vamos a ver cómo lo arreglas que tengo prisa, ¡eh! ¡Tengo que trabajar!

- Buenas, Montse. Sí sí, cálmate –reí-, ahora miro lo de la comida- la comercial me miraba y se divertía, estaba convencida de que había encontrado un fallo en el sistema.

- Y tú, guapa, ve pasándome un pedido, es que lo busco y no me sale, ¿sabes? ¡Pero qué guapa estás, por dios! ¡Venga, pásalo, te lo canto!

- Vale, Montse, empieza - Evelyn tenía paciencia con esta mujer, de hecho, con poca gente la solía tener, pero con esta comercial sí, aún no sé muy bien por qué.

- Pues, mira, me pones tres de Toro loco, dos de Lacasitos, una de aceitunas y seis de Yatekomo. Linx no he vendido, no he vendido porque no les gustan, los paquistaníes son así, ¿sabes? Un día fui a uno y le dije... - en ese momento, Evelyn la cortó.

- Monste, que te desvías, dime qué más: Toro loco, tres ...

- No, no, guapa, te he dicho tres, ¿o te he dicho seis? No sé, ¿qué pone aquí? - Montse sacó un papel donde tenía todo escrito, no se entendía nada.

Ese momento fue divertido, pero entre que había bebido, que tenía que mantener la compostura, que su despacho era de cristal, que todo el mundo podía vernos y que estaba el departamento comercial cerca, no puede evitar acercarme a ella por detrás de su silla y empezar a masajear su cuello. Lo hice sin querer, me salió, me di cuenta enseguida y me aparté, pero, a los pocos segundos, de nuevo lo hice. Sabía que le gustaba que la tocara y, para mí tocarla ya era una necesidad, una costumbre, me salía natural. Acabamos relativamente rápido y bajamos a por el coche. Ahí nos dimos cuenta de algo: eran las 18:35 y me tenía que ir.

Entiendo que una parte de la gente comprenderá mi situación y otra parte, la de ella. Quien está casado y con hijos advierte que no hay nada peor que enfadar a una mamá con dos niños en plena separación y con dudas de que algo raro pasa. Quien está en el otro bando, imagina que, cuando una relación se acaba, como término lógico, acaba y se puede hacer una vida normal. En este caso, soy el casado y ella sabe que me voy a ir. Como empiezo a aceptar mi situación, aprovecho cada instante para estar con Evelyn.

La nave tenía con el portón abierto y estaba aparcada la furgoneta con la que ella ahora se desplazaba. Había tenido un accidente leve con el coche y, durante el tiempo que estaba en el taller, su tío le dejó uno de los vehículos de reparto, por lo que decidimos escondernos detrás de esta para aprovechar ese poco tiempo que nos quedaba. La besé, la toqué y le desabroché el pantalón, mis manos frías jugaban con ella y fui bajando hasta que me cortó. Ella lo hacía mejor, era más atrevida y sabía que si le decía de ir a más, si le decía de follar, con una sonrisa y cara de demonio, me diría que sí sin dudarlo. Estuvimos un buen rato jugando hasta que vio la hora y tuvo que tomar la decisión de aceptar que me tenía que ir o decirme que me quedara.

- ¿Qué vas a hacer? No me pongas a cien para nada.

- Cariño, hoy viene la madre de ella, ya lo sabes, me tengo que ir...

- Ya, claro, te tienes que ir. Venga, vete - su cara cambió, empezó a enfadarse.

- Amor, no te pongas así, ya lo sabes...

- No lo sé, ¡ya no! No lo entiendo, tú puedes elegir.

- No y lo sabes.

- Bueno, pues venga, va, vete, te acerco a tu coche.

En ese momento, su enfado era notable, era la primera vez desde que estábamos juntos que se enfadaba de verdad, lo que ella decía en parte era normal, ya estaba separado, aunque viviera con mi expareja, pero, aun así, quien está en mi situación sabe que es mejor hacer las cosas bien

a tres días de irme a vivir con mi nueva relación. La vi seria, le hablaba, la besaba y no me respondía como siempre. Otro nuevo sentimiento apareció ante mí, estaba enfadada y yo, feliz, cuando uno vive tanto tiempo en la monotonía, a veces se olvida que el enfado, el que no aprueben una decisión, no deja de ser un signo de amor, una manera de decirle a alguien que no está conforme con lo que estás haciendo. En mi relación pasada, en ocho años no había ocurrido algo así. Creo que me enamoré un poco más, estaba tan bonita que no puede evitar sonreír, buscar, besarla más y. cuanto más me alejaba, más se enfadaba, más especial me hacía sentir, más me estaba demostrando lo que le importaba. A mí me daba más fuerza para aguantar lo que viniera antes de que llegara el día en el que, por fin, podría estar con ella sin tener que preocuparme por nada, sin mirar el reloj, sin que el tiempo me importara.

Cogí el coche y, después de besarla con una gran sonrisa, me fui. Llegué a casa y me abrió la puerta Pilar, la madre de mi exmujer. Tiene sesenta y cinco años, pero tiene la actitud de alguien de treinta y cinco. Es una mujer delgada, con las facciones muy marcadas y el pelo corto. Fuma y bebe, le gusta hablar y siempre inicia las frases con un "Hooooola" muy largo y tierno que te hace ver que, aunque no te ve desde hace tiempo, se acuerda de ti. Al abrir, lo primero que hizo fue abrazarme, sonriendo, y, a los pocos segundos, vinieron los niños gritando y diciendo: "¡Hola, papi!", mientras me abrazaban y sonreían. Seré franco, no sentí la menor lástima en ese momento, quien pasa por un divorcio o se lo imagina en lo primero que piensa si hay niños es en cómo les sentará a ellos, en si como padre o madre les has fallado por ser tú quien toma la decisión de romper la relación y las consecuencias que puede tener el alejarse de ellos. Hoy, como padre separado, tengo claro que más vale ver a tus hijos sonreír mil veces en diez minutos que no cien veces en ocho horas porque la alegría y felicidad que uno desprende, se contagia.

Esa noche pasó rápido. Pilar, aun sabiendo lo que sucedía en aquella casa, no me dijo nada. La noté rara, pero, como era el primer día, omitimos la tensa conversación de "cómo está todo" para fumar en la terraza y hablar del viaje que había tenido para llegar.

El día 31 comenzó mejor de lo esperado. Patricia tenía que ir al banco y, antes de dormir la noche anterior, lo único que le pregunté es si su madre estaba al tanto de la situación, más que nada para saber a qué atenerme porque no dejaba de ser su madre y yo, el marido que dejaba a su hija. Me dijo que sí, que lo sabía, que lo habían hablado, pero que no le había dicho nada, sencillamente lo aceptó y ya está.

Al despertarme, Patricia se fue al banco y los niños aún estaban en la cama, llegó el gran momento, tenía que hablar con mi ex suegra y contarle mi versión, así que me levanté, le di los buenos días y, después de hacerme un café, me fui directo al comedor. Los dos estábamos en el sofá, con mi taza y ella mirando la tele apagada.

- Bueno, yerno y cuéntame, ¿cómo va todo?
- Mal, Pilar, ya lo sabes...
- Sí, bueno, algo me ha contado mi hija.
- Ya sabes, Pilar, no ha funcionado. Este verano nos separamos unos meses, volvimos a intentarlo, pero... no funciona.
- No lo acabo de entender, se os ve muy bien juntos, ¿me quieres contar qué ha pasado?
- Bueno, Pilar, verás, yo sé que es tu hija, pero nos conoces a los dos. Ella es la mamá perfecta, pero no es la mujer o yo no soy el hombre que ambos necesitamos en nuestras vidas. Quiero que entiendas algo, Pilar: como hombre, como marido, tengo mis necesidades. No se trata

de querer o no querer, se trata de cómo se quiere y sentirse querido.

- Jaime, ¡no dudes de que ella te quiere! - me miró con aire de enfado, ya que por cómo le explicaba, parecía que dudaba de su hija.

- No se trata de eso, Pilar. No necesito que me cuiden, necesito que me deseen, necesito que me quieran, reírme. La vida es muy sencilla y nosotros podríamos haberlo tenido todo- dejó de hablar.

La conversación duró unos minutos, no muchos, ya que al final no era una charla al uso donde dos personas hablan, ella solo quería oír, quería entender qué es lo que fallaba. Estuvimos hablando un buen rato, no fue una conversación al uso entre amigos o conocidos, ella quería saber, necesitaba oír qué era lo que no funcionaba, veía cómo todo se rompía y, como madre soltera que fue, estoy seguro de que no quería que su hija pasara por lo mismo.

¿Cuánto un hombre necesita de una mujer? Si esto lo está leyendo un hombre, supongo que entenderá muy fácil qué es lo que se puede llegar a sentir en ese tipo de relación donde la carencia es afectiva y emocional. Si esto lo está leyendo una mujer, que esté bien atenta, pues lo que expongo, lo que escribo, por más personas que conozco, se remonta a lo más básico y primario. El hombre, como tal, solo necesita una cosa: sentirse HOMBRE. Es muy básico, es muy sencillo. ¿Cómo hacer que un hombre se sienta un HOMBRE? Muy fácil, sintiéndose deseado. Hay personas que se desviven por hacer felices a otras, aprenden lo que necesita el de enfrente, lo cuidan, lo miman, cuidan a sus hijos y a sus familiares, buscan la manera de ser aceptadas y, en el fondo, la aprobación de la persona que tienes al lado. Por norma, el sexo o el deseo no es que pase a segundo plano, solo que se le da la importancia que uno cree. Es curioso, complacemos el 90% de las cosas del otro y dejamos solo un 10% por atender, siendo esa parte el deseo, el placer, y no acabamos de entender que ese porcentaje es el que lo fastidia todo. Cuando una persona no tiene algo en su casa, lo busca fuera, o eso es lo que dice todo el mundo, pero no es verdad. Si una persona no tiene algo en casa, le causa frustración, lo anula y duda de sí mismo, no entiende por qué en otro momento sí lo ha tenido o lo ha sentido y con su pareja, en ese momento, no lo tiene. Eso te destruye, es una sensación indescriptible, como un vacío, siempre vuelves a casa pensando lo mismo: ¿por qué fuera sí tengo la sensación de que otro u otra me desea y no soy capaz de obtenerlo en casa?

Este era mi caso, durante años siempre he buscado la manera de tenerlo todo, de poder desear y encontrar la manera de buscarlo, lucharlo y obtenerlo. He conseguido muchísimas cosas y, la verdad, no me ha sido muy difícil. En este camino solo he aprendido una cosa: el deseo no se compra con dinero.

Durante casi una hora y media, estuve hablando con Pilar, le conté cómo me sentía, le expliqué cómo un vacío y una frustración se apoderaba de mí, cómo había tirado la toalla y que eso me había quitado un peso de encima y cómo sentía que a su hija también le había pasado. Cuando terminé de explayarme, esperé su respuesta.

- Te entiendo, yerno, no tengo mucho que decir.

- Pilar, yo quiero a esta familia, no voy a hacer las cosas mal, pero entiende que esta vez sí debo dar el paso.

- Jaime, si te entiendo, lo único que quiero es que - en ese momento, se abrió la puerta, era Patri y Pilar cortó la frase. Nos quedamos los dos mudos, nos salvó la niña, que, al abrir la

puerta, se fue en busca de la madre.

- ¡Ya estoy aquí! ¿Cómo ha ido la mañana?
- Bien, hija, hemos estado hablando un rato y ya se va a trabajar.
- Sí... Hemos tomado café. Bueno, me voy a trabajar, luego hablamos.

Me levanté aliviado, le di un beso a los niños y me despedí de Pilar entre sonrisas cómplices de un secreto y un sentimiento mutuo de tranquilidad por conocer la opinión del otro.

Empieza el día 31

El día 24, Evelyn me hizo un regalo para Navidad que me dejó sin palabras. Apenas nos conocíamos, pero quiso montar algo especial y en una caja me puso un detalle por cada sentido: olor, tacto, gusto, oído y vista. Ese día por fin tocaba probar uno de los que me regaló.

Me subí en el coche y fui directo al trabajo, el día anterior ya le había dicho a Evelyn que estaría hasta medio día, ya que venía toda la familia de Patricia a cenar, así que solo tenía un rato. Mi ex también me preguntó a qué hora volvería y con las dos quedé en lo mismo: a las 16:00 estaría en casa y haríamos el papel de familia feliz.

Estaba super nervioso porque lo que me ofrecía Evelyn no era un regalo para mí, era un sueño hecho realidad. En el trabajo, teníamos que comportarnos, por lo que me iba a saltar una de nuestras reglas sagradas. Llegué al aparcamiento y le escribí como siempre. Esperaba mi beso, mi momento con ella, ese abrazo que deseas como un enamorado, que te da la energía y el amor que necesitas para empezar la mañana, pero la vi de lejos y sonrió, fue una sonrisa divertida, pícaro y, antes de llegar a mí, sacó del bolsillo un mando de color rosa.

- Mi amor, lo has traído.
- Sí, ya te lo dije, vamos a jugar.
- ¿Te lo pones ahora?
- No, claro que no, espera que voy al baño.

La besé y me dio el mando, no sabía bien cómo reaccionar. En mi pasado, en una ocasión me regalaron algo similar, es un juego divertido, se introduce un vibrador y manejo el control, en cualquier momento puedo activarlo y, claro, le vibra todo. La vez que lo probé fue mucho más simple, ya que estábamos juntos en mi anterior piso y, la verdad, no lo encontré muy divertido, sin embargo, ahora sí me iban a enseñar cómo se jugaba a esto de verdad. Llegamos a la nave y, en ese momento, sonriendo, me besó, y se fue para el baño.

Era viernes y el último día de trabajo del año, por lo que habíamos quedado todos para hacer un recuento de stock y ver la situación de pérdidas de la empresa, por lo que todos y cada uno de los trabajadores estaban ahí.

- ¡Buenos días, chicos!
- Buenos días, Jaime - era la última semana de Carlos, el jefe de almacén, él no lo sabía, pero yo sí, por lo que fingí lo mejor posible.
- ¿Cómo va el stock?
- Ya llevamos un pasillo.

- Perfecto, ahora me pongo con vosotros.

En ese momento, Evelyn salió del baño y, lo primero que se me pasó por la mente al verla, fue hacer la primera prueba de cómo funcionaba el juguete.

- Amor, ¿cómo funciona esto? - era evidente que sabía cómo lo hacía, pero estaba muy nervioso.

- Jajaja, es muy sencillo amor, tú dale cuando quieras.

- Vamos a hacer una prueba, aléjate- se alejó y le di al botón, pero no pasó nada.

- ¿No funciona?

- No... Vuélvele a dar.

- Ya - le estaba dando varias veces, pero parecía que no funcionaba.

- Qué raro, ¿no?

- Sí, no lo sé, a ver acércate.

Se acercó y, al estar como a unos dos metros, de golpe, se sobresaltó y sonrió, parecía finalmente que el juguete sí funcionaba. Empezaba la partida.

- Cariño, ¿qué tal, funciona?

- Sí, amor, acércate y toca.

- Vibras mucho, jajaja, ¿te gusta?

- Ya voy mojada...

- Vamos a divertirnos.

Subimos a la oficina por las escaleras. Cuando le daba al botón, le cambiaba la cara y se sobresaltaba, no se lo esperaba, era como si le diera una descarga y a mí me hacía sentir muy poderoso, me divertía. Hacía muchos años que no tenía ningún tipo de juego sexual y, además de ser el primero que hacía con ella, rompía la norma de no hacer nada en el trabajo. En el despacho, me encontré con los hijos de José Luis, eran dos chicos de trece y dieciséis años que ya medían 1,90 m., morenos, pelo rizado y los dos cristianos, dos angelitos que estaban a punto de ver y no entender lo que era que una mujer notara tan cerca lo que era la perversión y el juego.

- Buenos días, chicos.

- Muy buenas.

- José Luis, ¿estos son tus hijos?

- Sí, los dos, ¿has visto qué pedazo de tíos? - se le veía orgulloso de ellos, como padre los veía y sacaba pecho mientras me decía lo increíbles que eran- Han venido a ayudar hoy con el stock.

- Por fin me traes a gente competente, jajaja.

- Estos te van a dar caña - de nuevo, sacó pecho y ellos se sintieron protegidos por esas palabras.

- Muy bien, chicos, pues vamos allá, empezamos a contar el stock y nos vemos abajo. Tomad las listas.

Evelyn estaba a mi lado, así que empecé con la primera prueba, clic, de nuevo un sobresalto, un calambre, una vibración, una sonrisa y una cara lasciva, disfrutando del juego que, en ese momento, ella me estaba enseñando.

- Evelyn, vamos para abajo, ¿nos ayudas?
- Sí..., claro... - tenía un vibrador funcionando mientras hablábamos, por lo que sus respuestas eran directas, pero cortadas a su vez.
- Vamos, entonces.

Los niños bajaron y nosotros dos fuimos tras ellos, paré el vibrador y se rio, estaba siendo un momento único. Al principio, sentí un poco de vergüenza, hacía tanto que no jugaba con nadie que esa sensación nueva me dejó un poco descolocado, entiendo cómo funciona el juego, pero no sabía si iba a disfrutar de él por el efecto de hacer algo a lo que no estoy acostumbrado en el ambiente de trabajo. Pero sí, me estaba divirtiendo mucho, demasiado, así que, sin más, seguí jugando.

- Vale, vamos a dividirnos en equipos, hay cuatro pasillos, por lo que cada uno que se encargue de uno, cualquier duda me lo decís, ¿ok?
- Vale, nosotros cogemos los dos primeros - los hermanos veían el trabajo como un juego y eso a mí me beneficiaba, ya que me permitiría acabar antes la faena y poderme ir con ella.
- Cualquier duda me la comentáis, estaré con Evelyn y con Jose en el otro lado.
- OK.

Ese día dividimos la faena en grupos: Carlos y Sergio se encargarían de bajar los pallets que teníamos apilados y empezarían a contar los productos de estantería, también montaríamos equipos para contar los pasillos donde tenemos los productos individuales, de esta forma, calculé que en tres horas habríamos terminado la faena. Los dos niños se quedaron en los dos primeros pasillos y Jose, Evelyn y yo nos fuimos al otro lado. Una vez dada la orden y que todos hubieran entendido, apreté el botón, clic.

- Evelyn, mi amor, vamos.
- Sí..., ya voy...
- Qué te pasa, prima - Jose estaba a nuestro lado y, al verla reír y dar un salto, se sorprendió.
- Nada, nada, vamos a contar.
- Vale, amor, aceitunas Yoisol, 32 unidades.
- Sí..., apuntado...
- Yatekomo Curry, 132.
- Sí..., apuntado... Amor, para eso, por favor...

Lo hice, ahora había entendido la dinámica, el juego, lo divertido no era que estuviera encendido en cada momento, sino usarlo en el momento que le preguntaban algo y ella tuviera que responder o cuando yo estaba haciendo ver que estaba concentrado en algo y no se iba a esperar que apretara el botón.

- Jose, ¿tú qué cuentas? ¿Empiezas por la izquierda y yo por la derecha con Evelyn?
- Sí, me parece bien.
- Vale, perfecto.
- Evelyn, apunta, 60 de aceitunas picantes.
- Ok.
- 32 de aceitunas con hueso.
- Ok.
- 63 de aceitunas banderillas.

- Ok.
- 45 de aceitunas rellenas – clic.
- Ok...
- Prima, qué te pasa - Jose se acababa de percatar que ella, de golpe, se echó a reír.
- Nada..., jajaja..., ¿qué me pasa?
- Eso, Evelyn, qué te pasa - me estaba divirtiendo como nunca, ya que tenía el control del mando, y, mientras ella hablaba con la gente, solo tenía que darle al botón y ver cómo le afectaba esa situación.
- Nada, nada, que tengo mucho calor...
- ¡Estás rara, eh! - Jose la miraba extrañado, conocía muy bien a su prima y lo que estaba haciendo no era normal.
- ¡Tu prima está rara, eh, José!
- Sí, tío, no sé qué le pasa.
- ¡¡¡Que no me pasa nada!!! - Evelyn me miró y sonrió, de nuevo, apagué el juguete y seguimos trabajando.

Seguimos contando y, durante el proceso, tanto el primo, como Carlos y Sergio acercaban a nosotros para hablar, era divertido, mucho, cada vez que ella hablaba o respondía a alguien, le daba al botón, aprendí rápido cómo se iniciaba y cómo se paraba y, de vez en cuando, me aproximaba a ella y juntaba mi cuerpo con el suyo para notar la misma vibración que sentía. En varias ocasiones, se me puso dura y lo que más loco me volvía era cuando me decía lo mojada que estaba. Se acercó uno de los hermanos, hijos de José Luis.

- ¡Jaime, ya estamos!
- ¿Ya habéis acabado los dos pasillos?
- Sí, ya está todo.
- Muy bien, por fin gente eficiente - en ese momento bajó su padre de la oficina a la nave y se acercó a nosotros.
- Jaime, dile a mis hijos todo lo que trabajo, en casa no paran de decirme que no hago nada.
- ¡Chicos, vuestro padre trabaja muchísimo! Hay días que incluso trabaja cuatro horas - los dos niños se rieron.
- ¡Qué cabrón que eres! –rio.
- Bueno, no es verdad, hay días que trabaja hasta las seis.

Los niños se echaron a reír y José Luis les acompañó, fue una escena tierna, ya que los tres estaban muy unidos. Por un lado, al padre le gustaba alardear del puesto y el poder que había adquirido en esa empresa y los niños lo veían como en otro nivel, podían compararlo con el resto de los que estábamos ahí y ver como él, a su manera, estaba por encima de todos. En ese momento, apareció Evelyn.

- Ya han acabado, por fin alguien que lo hace bien.
- Sí, cariño, precisamente les estaba diciendo eso.
- Bueno, pues si ya han acabado, que nos ayuden, ¿no?
- Sí, eso les iba a proponer, a ver uno de los dos que se ponga con nosotros, yo cuento, tú saca la calculadora y Evelyn lo pasa a limpio, ¿ok?
- Vale.
- Empiezo: Linx, 32 paquetes de 12 unidades.

- 384, Evelyn, apunta - clic.
- Sí..., apuntado... - de nuevo, el calambre.
- Linx de mango..., 11 paquetes de 12 unidades.
- 132, Evelyn, apunta.
- Sí..., apuntado - esta vez no había ni parado el juguete.
- Linx sabor coco, 23 paquetes de 12 unidades.
- 276, Evelyn, apunta - clic, y, en ese momento, paró el juguete.
- Apuntado.
- Evelyn, ¿estás bien? Te noto rara- me lo estaba pasando en grande, podía vacilarle, jugar, sabía que en mi bolsillo estaba el detonante, así que decidí seguir- ¿Tú no lo notas? ¡Actúa rara!
- Bueno, no sé, la veo normal, ¿no?
- Evelyn, mi amor, di algo – sonrió, fue una sonrisa profunda, perversa, divertida, como si tuviera un vibrador metido y estuviera esperando a que apretara el botón.
- Sí, cariño, estoy... - clic - bien...

Esta vez sí fue más intenso, a mí se me puso dura al verle la cara, al ver cómo podía solo con un clic hacerla mojar, saber que ella no podía hacer nada más que esperar el momento, también la situación de dominarla no hacía más que darme ganas de seguir. El niño se quedó a cuadros.

- Pues yo te veo rara - se lo dije sonriendo, dominante, perverso.
- No, cariño, estoy muy bien, seguimos...

El juego duró hasta que acabamos la faena, tardamos como dos horas en total y subimos a la oficina. Arriba estábamos todos, pero ella ya había ido al baño y se lo había quitado. ¡Qué increíble experiencia! Con ella todo era diversión, la sensación de poder jugar, sentirme vivo de nuevo, me hacían estar ciego ante cualquier situación y solo sentir el momento estando a su lado. El día estaba llegando a su fin, nos fuimos a comer como si no fuera a acabar nunca, aunque siendo conscientes de que ahora tocaba celebrar el fin de año, un día especial, un día para compartir, para soñar, ese día después de vernos todos los demás desde el primer beso, después de habernos enamorado en tan poco tiempo, de tomar la decisión de abandonarlo todo por estar juntos.

Capítulo 10

Despedida

*«El buen juicio viene de la experiencia
y la experiencia viene del mal juicio».*
Will Rogers

Era el último momento del año, el último día que tenía que fingir y, aunque habíamos quedado en que hasta el 8 de enero no me iría para iniciar con Evelyn una nueva vida, ambos sabíamos que sería difícil.

Decidimos ir a brindar a su casa, no era el plan soñado, pero así podíamos tener un poco de intimidad. Cada uno cogió su coche, ya eran las 15:00 y tenía aproximadamente una hora para llegar a casa. Tenía muy poco tiempo, pero quería aprovecharlo. La situación era difícil, ya que ambos estábamos un poco tristes, queríamos estar juntos y le había dicho infinidad de veces cuál era mi situación, que ella estuviera bien era lo que me daba fuerzas para seguir y verla así me desanimaba bastante. Cuando llegamos a su casa, en menos de quince minutos, entramos y nos pusimos algo de música mientras nos abrazamos en el sofá.

- Bueno, mi amor, ya ha llegado el día, ahora sí queda poco, pasan las fiestas y ya estaremos juntos para siempre, de verdad.

- Sí, por fin...

- Amor, ¿qué pasa? Te veo triste y necesito que estemos bien.

- Es que tú te vas ahora, por mal que estés, y vas a celebrar fin de año con toda la familia de Patri, con los niños, con todos... Yo estaré sola aquí.

- No tiene por qué ser así, amor, tu madre estará en casa, tus tíos también, vives a cinco minutos de los dos, al menos ve y cómete las uvas con ellos.

- No me apetece, la verdad, cuando te vayas esperaré un rato y me iré a dormir...

- Joder, no me lo pones nada fácil, para mí también es difícil y lo sabes.

- Ya me lo has contado varias veces. Qué quieres que te diga, no puedo fingir que estoy bien si no lo estoy.

- Ya lo sé, amor, pero tenemos un trato, no puedes desconfiar ni estar mal, de verdad, te entiendo, lo hago, me jode porque hay una parte de ti que no me entiende a mí.

- ¿Que no te entiendo? Lo he aguantado todo, ¡todo! Que te fueras de golpe, que te separaras y siguieras con ella, que no nos acostáramos, que en mitad de la nada te cambiara el carácter, todo, todo de todo por querer estar contigo, sí que te entiendo.

- No sé qué decir...

- No hace falta que digas nada, en breve te tendrás que ir y ya está.

- Bueno, pues el rato que esté, vamos a intentar estar bien.

- Vale.

Nos quedamos los dos callados, yo estaba en el sofá y tenía su cabeza encima de mí, no le veía la cara, no le veía la expresión, solo le acariciaba el pelo mientras intentaba pensar en cómo poder salir de ese bucle, en cómo podría hacer para que las últimas horas que estuviéramos juntos fuesen como siempre, unidos, conectados. No se me ocurría nada, una parte de mí estaba pensando todo el rato en que me tenía que ir, la familia de Patri estaría llegando y ella estaba

preparando todo, la cena, la bebida, él pica-pica. Éramos veinte personas en mi casa y yo estaba con Evelyn. Paré de acariciarla y le di la vuelta, quería besarla y, al hacerlo, la vi por primera vez llorar.

- Amor..., no te entiendo, ¿por qué estás así?
- Porque quiero que estemos juntos hoy, porque me da igual que parezca egoísta, te quiero, quiero estar contigo y no quiero que te vayas.
- Amor, no me hagas elegir, por favor.
- Qué más da, sé que vas a elegir, siempre, desde que empezamos, soy la última en la que piensas, si me puede doler más o menos, me tengo que comer lo que hay y lo sé, pero hoy estoy peor que nunca. Tengo un nudo en el estómago y me siento triste.
- No es así, no eres la última en quien pienso, de verdad que me gustaría poder explicarte cómo me siento, cómo estoy viviendo todo. Tú crees que estoy contigo un rato para irme a mi casa y estar feliz, también estoy sacrificando mucho.
- Lo sé, te entiendo, pero, al final, cuando piensas en cómo pueden repercutir tus actos siempre es más fácil dejarme dolida a mí, siempre me repites que te compré así, que como te conocí así y lo tengo que aceptar.
- No quiero que el último día del año sea la primera vez que discutimos, de verdad, no quiero eso, por favor.
- Yo tampoco, pero es la verdad.

Se hizo el silencio. Empecé a enfadarme por primera vez, no me podía creer que todo fuera acabar así, que mi despedida con ella fuera así. Sí la entendía, una parte de mí sí, pero otra parte no dejaba de pensar en lo mismo. Ya le había expuesto la situación el primer día, ya le había dicho cómo quería hacer las cosas porque habíamos vivido vidas distintas y su forma de pensar y la mía no se parecían en nada, no podía liarla el último día, no podía hacer ese feo tan grande a Patri, no porque la quisiera, era por respeto. Una parte de mí quería discutir, quería decirle a Evelyn que se equivocaba en todo, que yo también había vivido infinidad de cosas para estar con ella, que había sacrificado mi vida, mi piso, mi familia, hasta mi negocio, todo por ella. ¿Por qué no podía entenderlo? Pero cuando me ponía en su piel, una pequeña parte de mí pensaba en cómo hubiera sido si la situación hubiera sido a la inversa. Si yo hubiera conocido a una mujer casada, con dos niños, con hipoteca, su negocio y fuera más joven, más libre y sin ataduras, probablemente ni me hubiera fijado en una mujer así. Ella me quería con todo, lo bueno y lo malo, y eso hacía que, cuando me entraba la ira, se suavizara muy rápido. Lo único que tenía claro es que la quería, pero que me tendría que ir.

- Me voy a la cama, no me encuentro muy bien y así a ver si me relajo un poco.
- Vale, amor, ¿te hago un masaje? El último del año, jejeje.
- Como quieras.
- Pon algo de música, relájate y vamos a estar bien.
- ¿A qué hora te vas?
- Pues tendría que estar sobre las 16:00 en casa, máximo las 16:30.
- ¿Qué hora es?
- No lo sé, míralo en el móvil.
- Las 16:10...

Me dijo la hora y se me congeló todo otra vez, no sabía qué hacer, no podía irme con ella

así, era de locos, me acaba de separar de mi mujer y, por primera vez, había visto a una Evelyn capaz de cualquier cosa, dolida de verdad, hasta un punto que me hizo pensar que igual ella reflexionaba y no aguantaba la situación. Me veía arruinado y, en este punto, era solo ella, ya tenía claro que no quería estar con Patri.

- Vamos a hacer una cosa, espera.
- ¿El qué?
- Confía en mí, vamos a estar bien hoy como sea.

Fui a buscar el móvil a la chaqueta y estuve varios minutos pensando porque tenía que escribir algo que convenciera a Patri de que no tenía que preocuparse, pero que a la vez me hiciera ganar tiempo. Le escribí: “Patri, buenas, estamos acabando el stock y debo de cuadrar el año, pensaba que estaría ya, pero al final nos ha fallado una persona y se nos ha alargado un poco la faena. Llegaré sobre las 19 como mucho, lo siento”. Ahora solo tocaba esperar, dejé el móvil sobre la mesa y me fui a hablar con Evelyn. Antes de llegar a la cama, escuché el pitido del móvil, me había contestado: “Ok, pero, por favor, no llegues más tarde, mi familia llega en media hora y no quiero que estén solos”. Lo tenía, ahora sí, tenía dos horas más, dos horas para intentar arreglar la situación, llegar a casa, cenar, brindar e irme a dormir. Al día siguiente ya habrían pasado las fiestas y solo quedarían ocho días más, ocho días en los que volvería todo a la normalidad y podría empezar mi nueva vida. Me acerqué a Evelyn, que estaba estirada en la cama boca abajo, y, muy despacio, la empecé a besar, primero la espalda, luego los hombros, la giré muy despacio y la besé en los labios.

- Mi amor, te quiero muchísimo, he ganado algo de tiempo, vamos a disfrutarlo.
- ¿Qué has hecho?
- Le he dicho a Patri que tardaría un poco más, que hemos tenido un problema y que no llegó hasta las 19:00.
- Genial.
- Bueno, pues ahora sí, amor, estírate y disfruta.

Se tranquilizó un poco, tenía el rímel corrido en los ojos por las lágrimas, no la veía como siempre, pero la entendía. Por más que quisiera, ese día no podía ser salvado para nada: si tomaba la decisión de dejar plantada a Patri y su familia, la separación sería un infierno, sin contar que mi familia también me tacharía de loco, no por Patri, sino por los niños; si tomaba la decisión de irme, Evelyn se quedaría sola en casa, no se comería las uvas y estaría mal, pensando en si valía tanto la pena como ella pensaba. Esto es lo que tienen las separaciones que, por más bien que quieras hacerlo, por más bien que lo cuadres en tu mente, en el momento en que juegan varias personas y que hay sentimientos de por medio nunca sabes qué puede pasar.

Empecé a desnudarla muy poco a poco, quería que sintiera cuánto la deseaba y cuánto la amaba, que viera que no la estaba dejando sola, que, en el fondo, lo que estaba haciendo era separarme bien para poder disfrutar con ella tranquilo el resto de mi vida. Cogí crema hidratante, me froté las manos durante unos segundos para que no tuviera la sensación de frío, la besé una última vez en la espalda y empecé a darle un masaje. Comencé por abajo, por los gemelos, la tocaba y la apretaba de la forma en la que creía que más podía hacerle sentir mi amor y deseo hacía ella, fui subiendo por los muslos, poco a poco, le fui abriendo las piernas y subí hasta la ingle, su sexo quedó al descubierto y me dieron ganas de lamerla, pero me contuve, la acaricié

durante varios minutos sin llegar a tocarla directamente, mis manos se abrían paso entre los muslos y, desde la parte superior de su ingle hasta casi los gemelos, fui subiendo y bajando, apretando su piel, marcando mis dedos con deseo, sintiendo en cada momento cómo cuando apretaba se le erizaba la piel. Me volví a poner crema en las manos y, esta vez, busqué esa sensación de frío, fui directamente a sus nalgas, se las agarré, las apreté, se las abría y cerraba de manera muy sensual, delicada y lenta, pero a la vez intensa, empecé a notar cómo se mojaba, cómo sus fluidos iban empapando su sexo y, sin querer, me causó una erección. Su olor me excitaba, su tacto me volvía loco, no había hecho aún nada de lo que quería, pero el deseo que sentía no podía ni describirlo. Fui subiendo por la espalda, desde su inicio hasta los hombros, esta vez más fuerte, mucho más, llegué al cuello, bajé la intensidad, la acaricié y, después de unos minutos, la giré. Estaba a mil, quería comérmela, quería disfrutar de ella, quería hacer el amor de la manera más bonita del mundo por primera vez con Evelyn y, a la vez, poder liberarme y follármela como nunca he follado con nadie; quería todo y, al girarla para besarla de nuevo, me la encontré sin poder controlar sus lágrimas.

- Mi amor, por favor, no entiendo qué te pasa, he conseguido ganar tiempo, te quiero, te deseo, pero no puedes estar así.

- Estoy como quiero, no puedo elegir eso.

Estaba enfadada, esas lágrimas ya no eran de tristeza, al menos no de una tristeza al uso, se mezclaba con la rabia. Por más que me lo decía, no entendía lo que estaba eligiendo y tenía clara cuál iba a ser mi decisión.

- Amor, de verdad que no lo veo justo.

- Ni yo, pero es así, al final me quedo sola. Vete con tu familia a brindar y reír.

- Oye, no me jodas, esto empieza ya a molestarme. ¿De verdad crees que es así? Sonríe para que estemos bien, no porque me apetezca, ya te he dicho que quiero estar contigo, que haría lo que fuera por estar hoy aquí.

- Entonces quédate, es muy fácil, si me quieres tanto, si harías cualquier cosa, hazlo.

- No puedo, ojalá algún día llegues a sentir lo que siento, ojalá algún día pueda hacerte entender todo lo que he vivido, cómo me he sentido durante todo este tiempo, joder, te aseguro que te arrepentirías de esto que me estás diciendo.

- Pues puede ser, pero como eso no es posible, lo que siento ahora es esto.

- Por favor, vístete, vete a casa de tu madre o de tus tíos, cena y mañana será otro día.

- No lo voy a hacer, no me apetece- esto me lo decía con lágrimas en los ojos, estaba rota y podía entender qué había pasado ese día para que todo explotara así.

- Coño, amor, es que lo pones difícil tú también.

- Difícil no, es todo muy fácil, te has separado, me dices que me quieres, que nos vamos a ir juntos, pero la realidad es que me dices eso desde hace mucho tiempo y no pasa, al revés, me dices que te has separado, pero que vives con ella en principio hasta el día ocho, me dices que me amas, pero que me tienes que dejar sola y te tienes que ir. Dime qué quieres que piense.

No le contesté, no sabía qué contestarle ya, lo había probado todo y sabía que las palabras ya no eran suficiente. Llevábamos dos meses hablando, cada día más intenso, más bonito, con más promesas y viendo más cerca nuestro futuro, pero había algo cierto: cada día acababa durmiendo en casa con mi mujer y ella, sola, confiando en mis palabras. Me necesitaba, la presión le había ganado y tenía que demostrarle que sí podía confiar en mí, que había tomado la mejor decisión que podía tomar al escoger, aguantar y estar conmigo, que la iba a hacer feliz.

- ¿Has visto la hora? Te tienes que ir.
- No la he visto, ¿qué hora es?
- Las 18:00, le has dicho a Patri que estarías como tarde a las 19:00.
- Joder, Evelyn, lo siento - cada vez lloraba más, de rabia, de pena.
- ¿De verdad me vas a dejar sola, no?
- De verdad que lo siento, algún día sabré hacerte entender todo.
- No me lo puedo creer, Feliz Año Nuevo, pásatelo bien – en aquel instante comenzó a llorar de verdad.
- Cariño, por favor, te quiero, no me puedo ir así, por favor.
- Vete, qué más da, ¿qué te vas a quedar cinco minutos más? Para qué. Mañana ya se me habrá pasado, es solo un día, no pasa nada.
- Lo siento, de verdad, lo siento.

Me levanté, la vi en la cama tirada, hecha un ovillo, llorando, rota, triste, pidiéndome que me quedara, diciéndome que me quería, pidiéndome una muestra de amor, una muestra de si lo dejaría todo por ella y con lo único que pude responder fue con un “lo siento”. Me puse el jersey, me acerqué y, sin que nos miráramos a la cara, le di un beso en la cabeza y me fui. En ese momento, se apoderó de mí la ansiedad, pensaba que, si arrancaba el coche y me iba, la perdería para siempre, que rompería la confianza, la esperanza, todo el amor que nos teníamos, lo luchado dejaría de tener sentido, pero si dejaba a Patri con su familia perdería los valores que me habían inculcado, rompería a esa persona que se había visto inmersa, sin pedirlo, en esta aventura, que mis hijos también sufrirían de alguna manera las consecuencias. Me senté, agarré el volante, encendí un cigarro y arranqué para irme a casa. Había pasado la peor tarde de mi vida y ahora me tocaba ponerme una máscara y fingir ante toda la familia de mi ex que éramos una feliz y celebrar entre brindis y bonitas dedicatorias familiares el inicio de un año nuevo.

Llegué a casa y toqué el timbre, no quería usar las llaves, necesitaba que Patri me abriera la puerta y ver su expresión antes de entrar, tenía pocos segundos, pero con una mirada sabría cómo estaba el ambiente. Me abrió con su mayor sonrisa, hacía meses que no la veía así. Entré y ya había llegado todo el mundo: sus primas gemelas, su otro primo con la mujer, otro primo y sus tíos, también estaba Pilar que, nada más verme, sonriendo, se acercó a abrazarme. Patri me dio un beso delante de todos y me dejó un poco sorprendido porque hacía semanas que no nos besábamos y, aunque fue un simple beso en los labios, me descolocó. Ese beso me dijo que nadie de su familia sabía nada, que quería una tregua real para las fiestas y disfrutar de la cena de esa noche como se merecía. Los saludé uno a uno, estaban en pequeños grupos y aproveché para ir a la cocina, quería tomarme una copa de vino, mejor dicho, necesitaba tomarme una copa de vino, así que fui directo y, al abrir la botella, Pilar y su hermano entraron a servirse sus copas.

- Bueno, yerno, ¿has visto qué hermano tengo?
- Sí, suegrita, qué tal les ha ido el viaje.
- Uff, Jaime, muy cansado, han sido como trece horas desde Venezuela y se ha hecho pesado.
- Sí, son muchas horas, sí, ¿cómo está aquello, seguís en guerra?
- Coño, chamo, peor que nunca, ese país está jodido y mientras siga Maduro en el poder eso no va a cambiar.
- Ya imagino, ya, yo tengo a los programadores de allí que me dicen lo mismo.
- Es que sí que la cosa está dura. Y tú, ¿qué tal por España? ¿Cómo van los negocios? - Pilar interrumpió, estaba orgullosa de mí, siempre me había querido mucho y, cuando tenía la ocasión,

lo demostraba.

- Mi yerno es el mejor, trabaja mucho, hermano, para mantener a su familia.

- Bueno, Pilar, tampoco tanto, jejeje.

- Sí, sí, y ahora está, además de en su empresa, con otra, hay días que ni duerme el pobre, se queda hasta las cuatro o las cinco de la mañana y se despierta a las tres horas para volver a empezar.

Oírla hablar me hacía sentir mal, me quería, en el fondo de su corazón albergaba la esperanza de que esta era una crisis pasajera y que íbamos a seguir juntos. Pilar había sido madre soltera, cuando se quedó embarazada de Patri, su marido la abandonó, estuvo varios años sola, luchando por criarla y conoció a otro hombre. Al tiempo, cuando ese hombre había acogido a Patricia como hija, tuvieron una bebé, así mi ex tuvo a su hermanita, pero, a los pocos años, ese hombre también engañó y dejó a Pilar, ella sabía lo que era que te engañaran, por culpa de eso y de lo dura que es la vida en su país, empezó a beber, lo que causó gran rechazo a sus hijas, que eran unas niñas que no podían entender el sufrimiento de una mujer y que lo único que veían era a una madre ebria, tirada en el sofá, luchando por mantenerlas y, a su vez, tratando de superar el día a día de esa frustración sentimental que había tenido en la vida. No quería ver a su hija repetir sus pasos. Patri era una mujer divorciada, se había casado y separado y ya tenía una hipoteca con su exmarido, también había tenido dos hijos conmigo y, de nuevo, se estaba separando, era como que, de alguna forma, estaba siguiendo los pasos de Pilar solo que, en este caso, había una diferencia: yo sí quería a Patri, pero no como mi mujer, sino como la madre de mis hijos y, por mucho que amara a Evelyn, una parte de mí iba a seguir cuidando a mi ex pasara lo que pasara.

La noche fue avanzando y sacaron algo para picar, yo ya había bebido un par de vasos de vino y, aunque estaba sonriendo y hablando con todos, por dentro estaba roto, solo la tenía a ella en la cabeza, mi amor, mi vida, que estaba sola. La había dejado llorando, me había despedido con un beso. Mientras estaba brindando y riendo, ella estaría triste. Necesitaba hablar con Evelyn, sentir que estaba más tranquila, así que sin pensarlo cogí el móvil y me fui al baño. No quería escribirle, quería oír su voz.

- Hola, mi amor, ¿cómo estás? -hablaba muy bajito, no quería que nadie me escuchara.

- Bueno, ya estoy mejor, ¿cómo va por ahí? - tenía la voz rota, había estado llorando desde que me fui y por cada palabra que me decía, me rompía un poco más el alma.

- Con la familia de Patri, en breves supongo que vamos a cenar, no tengo mucho tiempo, solo te llamaba para decirte que te quiero.

- No te preocupes, de verdad, que estaré bien, desconecta y estate por ellos. Un beso, te quiero.

- Y yo a ti.

Me quedé con peor sensación que antes de llamarla, era evidente que estaba muy mal. Sus palabras y el tono que empleaba hacía pensar que estaba hablando con otra persona, no podía permitirme el lujo de perderla, que se rompiera esa magia que existía entre ambos. Me fui a la terraza donde tenía el tabaco y sin que nadie me viera, lo lancé lo más lejos que pude. Necesitaba una excusa para irme unos minutos y llamarla.

- Patri, disculpa - estaba hablando con sus primos y la interrumpí-, me voy a comprar tabaco que no tengo.

- Mi madre tiene, pídele a ella.

- Ya, pero es tabaco de ese raro, no me gusta mucho, salgo un momento que no tardo nada.
- ¿Pero no habías dejado de fumar? - su prima me lo dijo sin saber nada desde la última vez que nos vimos.

- No, prima, qué va, he vuelto, pero me fumo solo dos o tres al día. Hoy es un momento especial y si voy a beber, al menos que tenga para fumar.

- No tardes que voy a sacar la cena en breves.

- Sí, no te preocupes, voy directo.

Cogí cinco euros en efectivo, las llaves de casa y del coche y nada más salir, la volví a llamar.

- Mi amor, ya estoy contigo.

- Qué haces, cómo que me llamas.

- Me he escapado, he dicho que iba a por tabaco.

- No vas a encontrar nada abierto ahora, es fin de año.

- Bueno, ahora miro en cualquier gasolinera, pero así tengo un rato para que hablemos.

- Vale.

- Amor, de verdad, necesito que estemos bien, no puedo estar así contigo.

- Yo también quiero estar bien, pero no puedo, qué quieres que haga.

- Joder, no lo sé, amor, quedamos en una fecha, en tener paciencia, aún es pronto, ¿por qué no vas con tu familia?

- Ya te he dicho que no me apetece, que voy con la cara de haber llorado durante horas, para que encima me pregunten... De verdad que no quiero salir.

- Amor, ¿y alguna amiga?

- ¿Crees que no tienen planes o que la gente este día está con la familia o su pareja? - me la lanzó directa al corazón, estaba enfadada y lo que para mí estaba siendo una odisea para poder hablar con ella parecía que estaba causando un efecto contrario al que esperaba.

- Bueno, amor, ya queda poco, en menos de tres horas ya ha acabado el día y mañana te veo.

- Está bien, amor.

Estuvimos hablando más de veinte minutos, no encontraba tabaco por ningún sitio y Patri me iba escribiendo por *Whatsapp* que cuánto me faltaba, querían poner la cena y yo estaba en la calle. Tenía a mi ex enfadada porque estaba fuera y no podían cenar, también a Evelyn porque la había dejado sola y yo estaba en el coche muerto de frío, buscando cómo solucionar las cosas y no podía hacer nada. En la conversación que tuvimos, repetimos las mismas frases de distinta manera, le intentaba hacer ver que tenía que disfrutar del día con su familia y que era un día más, pero ella, cada vez más directa y con menos palabras, me decía que no. No había mucho más que hablar. Al final, encontré un bar y compré tabaco, de camino a casa tuvimos varios minutos de silencio en los que no sabíamos ya qué decir, lo único que podía salvar todo es que fuera a verla, que apareciera ahí y le dijera que la amaba, que me quedaba con ella y que empezábamos nuestra vida en ese momento, pero eso no iba a pasar, ella lo sabía y yo también.

Llegué a casa de nuevo y me despedí de la mejor forma posible, su respuesta fue igual que las anteriores “ok, pásalo bien, mañana hablamos”. Subí y abrí directa la puerta de casa, ya estaban todos sentados con la comida servida, habían empezado a comer.

- Aish, el vicio, ¡que te pierdes la cena, primo!

- Lo sé, lo sé, es que no hay nada abierto a estas horas- Patri me echó una mirada rápida en la

que me dijo de todo menos bonito.

- Pues a cenar, ¡qué aproveche!

La noche pasó rápido, fue divertida, aunque pensé todo el tiempo en Evelyn, había buena comida, buen vino, muchísimas anécdotas y pasó muy rápida. Sonaron las campanadas y nos comimos las uvas, yo tenía preparado un super mensaje ya para enviarle a las doce y justo después de brindar, pero no pude ver si me contestaba o no. El tío de Patri, que iba bastante bebido, se levantó para hacer un brindis.

- Bueno, familia, en primer lugar, me gustaría agradecer a Patricia y Jaime el que nos hayan abierto las puertas de su casa.

- Eso, muchísimas gracias - el primo iba también contento y coreaba a su padre al hablar.

- En nuestra familia hemos pasado muchas dificultades, Dios sabe que sí, hemos vivido enfermedades que se han llevado a seres queridos, hemos luchado contra la pobreza para seguir adelante en un país de mierda, pero aquí estamos todos juntos.

- Así es, padre, bien dicho.

- Así que me gustaría que todos os pusierais de pie para hacer un brindis, por favor, levantaros - nos pusimos todos de pie.

- Hermano, que te emocionas - no había empezado y ya se le había llenado los ojos de lágrimas.

- Este año es el primero en más de diez que no estamos la familia entera juntos. Por primera vez en mucho tiempo nos hemos podido juntar muchos y, en parte, es gracias a Patricia y Jaime. Me gustaría daros las gracias de corazón, deciros que os quiero, que la familia es lo más importante que hay y que, aunque a veces hay momentos difíciles, hay que saber valorar lo bueno de las personas. Jaime, sabemos que trabajas muy duro y luchas para que no le falte de nada a tu familia y Patri eres una madre excepcional, gracias de verdad por todo lo que nos habéis dado. Os quiero.

Todos se pusieron de pie con los ojos lagrimosos, Patri estaba a mi lado y la abracé, no fue un abrazo de amor, ni de tristeza, la cogí por la cintura y me la acerqué en un gesto de complicidad, de valorar que sí era cierto lo que había dicho ese hombre, pero también que el amor se va, que duele ser consciente de ello, pero que no tiene sentido luchar por querer a alguien, que es lo único por lo que no se debería luchar. Los demás invitados soltaron lágrimas y la noche avanzó rápido entre brindis, chupitos y música de fondo. No duramos mucho más, los niños ya estaban dormidos y ellos habían estado muchísimas horas de viaje para llegar a España y estar unidos, así que antes de las tres de la mañana ya no quedaba nadie. Recogimos, nos cambiamos y, antes de irme a la cama, fui al baño para ver si me había contestado. Tenía un solo mensaje: “Feliz Año a ti también, te quiero, mañana será otro día”. Sentí que la había perdido, estaba convencido de que no aguantaría más tiempo así, ni yo tampoco, ya no era justo para nadie, pero no sabía qué hacer. Bebido, me metí en la cama, me tapé hasta el cuello y me dormí en pocos minutos.

Capítulo 11

Nada acaba, todo empieza

«Que tus decisiones reflejen tus esperanzas, no tus miedos».
Nelson Mandela

Amanecí con la mente clara, como si esa noche hubiera tenido una revelación espiritual. Lo ocurrido me había marcado, me había hecho sentir demasiadas emociones. Por una parte, ver a la familia de Patricia junta, brindando y hablando de la importancia de esta, me hizo comprender que no hay nada más bonito que luchar y cuidar de aquello que atesoras, lo que sientes tuyo y quieres mantener; por otro lado, había sentido por primera vez rabia, dolor e impotencia por la situación que se dio con Evelyn, no quería perderla, algo dentro de mí gritaba constantemente que saliera corriendo, que le demostrara, esta vez no con palabras, que todo lo que le había dicho era cierto. Tenía que actuar, tenía que pensar en la manera de demostrarle que sí la amaba, que sí apostaría lo que fuera por estar con ella. Me levanté, aunque tenía la mente lúcida, mi cuerpo no respondía del todo bien, tenía resaca y, al ponerme de pie, sentí un dolor de cabeza que me martirizaba, fui al baño y me tomé un ibuprofeno, me puse una camiseta y salí a por mi café. Los niños ya estaban despiertos viendo los dibujos en el sofá, al lado estaban Patri y Pilar sentadas, tenían una expresión un tanto tensa, seguro que habían hablado de todo y, por alguna razón, no había ido la conversación como esperaban.

- Buenos días a todos.
- Buenos días, yerno.
- ¡¡¡Papi!!! - los niños salieron corriendo y me abrazaron, les di un beso y me fui a hacer un café.

1 de enero de 2022, había pasado el año volando y ese día caía en sábado. No teníamos ningún plan, de hecho, no sabía cómo me iba a escapar para estar con Evelyn. Todos los sábados con la excusa de que me iba al gimnasio o a la oficina a adelantar faena estaba un rato con ella, pero ese día iba a ser distinto, no quería ir a besarla corriendo y volver, necesitaba hablar con ella, decirle que tuviera paciencia y que valdría la pena. Me tomé el café y le escribí “Buenos días, amor, ¿cómo estás?”. No estaba en línea, así que aproveche para salir a fumar. A los pocos minutos, apareció Pilar.

- Yerno, ¿qué tal has dormido?
- Muy bien, la verdad, anoche estuvimos muy a gusto.
- Sí, fue muy bonito y el discurso de mi hermano me llegó al corazón.
- Se le ve que os quiere mucho- en ese momento, Patri abrió la puerta de la terraza.
- Me voy a dar una vuelta y a comprar unas cosas.
- Vale, cariño, pero, ¿cuánto tardas?
- No lo sé.
- Vale, avísame cuando vengas.
- Ok - cerró la puerta y se marchó.
- No me gusta veros así, ¿seguro que no hay nada que se pueda hacer?
- Ya te lo he dicho Pilar, es delicado.

- Ya, pero, se os ve tan bien... Anoche parecía que no había ningún problema.
- Claro, porque no lo tenemos, entiende que ese es el problema, que lo único que no se puede arreglar es el desear o querer a alguien.
- Ya lo sé... Aun así, ¿estás seguro de que Patri no está mal, que no le pasa algo? La noto rara.
- Pilar, aunque no lo veas ahora, el problema de Patri soy yo.
- No digas tonterías, cómo vas a ser tú.
- Pues te lo garantizo, la he machacado mucho, le he pedido hablar mil veces y se ha bloqueado. Necesita otra persona en su vida y ya verás, cuando eso pase, cambiará.
- Creo que te equivocas.
- Bueno, el tiempo lo dirá.
- ¿Qué vais a hacer hoy?
- Pues no lo sé, tu hija se acaba de ir, así que supongo que esperar. Luego igual hablo otra vez con ella, aunque no está mucho por la labor.
- Ten paciencia, ella es buena, seguro que hablando solucionaréis las cosas.

Pilar no acaba de entender que nos habíamos separado, ella me entendía y a la vez entendía a su hija. A su manera, luchaba por mantenernos juntos, pero la situación ya era insostenible. Estuvimos varias horas de charla, hablamos de todo, de su país, de familias, de su otra hija, de qué le gustaría hacer nada más llegar a Venezuela otra vez. Mientras, fuimos fumando y hablando. Pasaron dos horas cuando apareció Patri.

- Ya estoy aquí, ya he llegado.
- Hola, Patri.
- ¿Seguís aquí fumando? Todo el día con lo mismo...
- Ay, hija, de algo tenemos que morir - Pilar y yo nos echamos a reír, Patri, en cambio, cerró la puerta y nos echó una mirada fulminante.
- ¡Se ha arrechado tu, hija, eh! -reí.
- Bueno, déjala, ya se le pasará.
- Pues sí.

En varias ocasiones, me acerqué a ella, quería que nos apartáramos del grupo y poder hablar un poco más, necesitaba decirle algo, aunque aún no sabía el qué. Insistí repetidas veces, pero me contestaba con cosas como “ahora no”, “de qué quieres hablar otra vez”, “a mí ya me quedó claro” ... Lo que no estaba entendiendo es que no quería decirle eso, quería decirle que necesitaba irme ya, organizarme, así que a la cuarta fue la vencida. Vi que se encerró en el baño para ducharse y que se metió con la ropa dentro, esperé a dejar de oír la ducha y aproveché el momento.

- Patri, necesito que me escuches, por favor.
- Aish, coño, dime qué quieres ya, pesado - estaba enfadada, mi presencia ahora le molestaba y no entendía por qué no quería hablar nada conmigo.
- No te pongas así y habla bien, llevo varios momentos queriendo hablar y me das largas, por eso vengo.
- Bueno, ok, dime qué es lo que quieres.
- Patri, no sé cómo decirte esto, así que te lo diré de golpe: me voy de casa.
- Eso ya me lo dijiste, que buscarías algo y te marcharías.
- No, me voy hoy de casa, me voy a preparar una maleta y me marchó, no puedo seguir así y

desde que hablamos se está torciendo un poco más.

Estaba congelado de miedo, no era yo quien hablaba, no tenía los huevos para hacer lo que estaba haciendo, estaba hablando mi miedo a perder a Evelyn, la parte de mí que no pensaba con claridad, que no usaba la lógica, mi corazón que ahora tenía una nueva dueña.

- ¿Y a dónde vas a ir?
- Pues supongo que a casa de mis padres, estaré ahí unos días mientras acabo de mirar algo.
- Ok, haz lo que quieras.
- Me llevo lo justo e iré viniendo, ¿vale? Así doy tiempo a que organicemos las cosas poco a poco.
- Ok.
- Oye, quiero que estemos bien, entiendo que ahora es un mal momento, pero quiero que acabemos bien, por los niños y por nosotros.
- Los niños son lo primero, eso lo tengo claro- se le empezaron a caer las lágrimas.
- Patri, por favor, no quiero que estés mal.
- No estoy mal, vete, haz lo que tengas que hacer.
- Ok, Patri, ¿me dejas darte un abrazo? -se acercó y se medio dejó caer como un plomo, no quería hacerlo, no me abrazó, no se acercó, su enfado estaba aumentando.

Me fui del baño y cogí una maleta, metí lo necesario, quería estar el mínimo tiempo posible haciendo eso para marcharme, para poder salir. La situación estaba muy tensa, había tomado una decisión que lo iba a cambiar todo, dejaba ahí mi vida entera, no habíamos hablado de los niños, no sabía nada de nada, lo único que sabía es que podía solucionar las cosas con Evelyn. Preparé mis cosas, cerré la maleta y salí de la habitación, estaba toda la familia en el comedor y se me quedaron mirando, Pilar y Patri con lágrimas en los ojos.

- Bueno, familia, me voy, iré viniendo cada día para ir llevándome cosas y ver a los niños. Creo que es lo mejor, que nos demos ahora un espacio y tiempo para reflexionar.
- Bueno, Jaime, es tu decisión, esta es tu casa - Pilar contestó como pudo, Patri ni siquiera me miró.
- Hijos míos, me voy un ratito, hoy el papá duerme fuera, pero mañana os vengo a ver, ¿vale?

Ellos se reían, estaban viendo una peli y no entendían nada de nada, no me dijeron ni adiós, me acerqué, les di un beso, me acerqué a la puerta y, después de echar una última mirada atrás, abrí la puerta y me fui.

Cogí el ascensor como un zombi, acababa de irme de mi casa, llevaba una sola maleta y había decidido que ya, que me iba, que se acabó. No sabía ni qué le diría a mi familia, ni a mis amigos, ni en el trabajo, nada, lo único que sabía es que iba a ir directo a ver a Evelyn. De camino, llamé a mi madre, quería que estuviera al tanto de la situación.

- Mamá, ¿puedes hablar?
- Sí, dime, ¿ha pasado algo?
- Bueno, más o menos.
- ¿Qué pasa?
- Me acabo de ir de casa, le he dicho a Patri que me voy a tu casa, pero me voy a casa de Vicenç.

- ¿Y eso? - me lo preguntó con voz muy suave y alargando las palabras, una parte de ella temía lo peor y no quería escuchar la respuesta.

- Nada, mamá, estamos mal, no nos hablamos, hay una tensión en el aire muy grande y no puedo más, ya no.

- Bueno, hijo, si necesitas algo, me avisas.

- Necesito que, si Patri te dice algo, le digas que estoy ahí.

- Yo no me quiero meter, no quiero mentir a Patri por si luego se enfada conmigo.

- Mamá, te necesito, soy tu hijo, ayúdame.

- Lo intentaré. Pero por qué no te vienes de verdad...

- Ya estuve un tiempo ahí, sabes que acabaremos enfadados.

- Bueno, hijo, tú verás.

Ya tenía medio plan rodado, ahora a por el paso final: recuperar a Evelyn. Como ella vivía a treinta y cinco minutos de mi casa, me daba tiempo a poner música, hacer llamadas u organizarme mentalmente. El viaje se me pasó volando y en un parpadeo ya estaba en su puerta. Me bajé, aun con dudas de lo que estaba haciendo, bajé la maleta y me presenté en su puerta, piqué y salió a abrirme.

- ¿Mi amor? ¿Se puede saber qué haces aquí?

- ¿De verdad no lo sabes? Mira.

- ¿Qué ha pasado? No entiendo nada.

- Me he ido de casa, me quedo contigo - su cara se sonrojó, se le escapó una sonrisa y su felicidad se me impregnó.

- ¿En serio?

- Si tú quieres, sí, la otra opción es irme a casa de mi madre.

- No, mi amor, claro que no, entra y me cuentas, aun no entiendo bien.

Nos sentamos en el sofá y se lo expliqué todo, cómo había ido el día, que había hablado con Patri y que habíamos quedado para los próximos días.

- ¿Y cómo estás ahora? Siento por como estuve ayer, me sentí sola y me enfadé, pero no pasará más.

- Claro que no pasará más.

- Te lo digo en serio, no actuaré más así.

- Yo también te lo digo en serio, porque no volveremos a separarnos a partir de este momento nunca más.

Ella, la mujer de mi vida, con esa frase, con ese acto, en menos de unos segundos recuperó de golpe toda la esencia, estaba de vuelta para mí, otra vez me miraba con esa mirada inocente y pícara al mismo tiempo. Sentí un alivio enorme y la abracé.

- Cariño, quiero que sepas que si he tomado esta decisión es porque te entiendo, ayer te vi muy mal y me rompiste el corazón, te adoro y te amo y soy consciente que igual te pedí un imposible cuando te dije que esperáramos.

- Bueno, no es eso solo, es que ayer estaba muy tierna, era un día especial, quería estar contigo, que brindaremos juntos y soñar con lo que haríamos este año, pero, al ver que te ibas, me invadió la tristeza.

- Pues ya estoy aquí, así que lo primero de todo, amor mío, ¿dónde dejo mis cosas?
- En esta habitación.
- ¿Te parece que cenemos algo por ahí o nos quedamos en casa?
- Lo que tú quieras, amor.
- Pues hoy nos quedamos aquí, he traído el iPad así que podremos ver alguna película o alguna serie.
- Vale, genial, mi vida.

Me ayudó a colocar todas mis cosas, ya había llegado el momento, ya me daba igual la hora, me daba igual el tiempo, por fin, por primera vez desde que la conocía, no tenía que estar pendiente de nada, era mía y yo suyo y nada nos podía parar. Cenamos tranquilos con una copa de vino blanco, estuvimos hablando durante horas, no vimos ninguna serie, solo queríamos charlar y seguir conociéndonos más: qué manías tenía en casa, si le gustaba cocinar, cómo nos organizaríamos y mi situación con los niños porque esto debía ser algo temporal, teníamos que montar un plan de acción. Bebimos y hablamos durante tanto tiempo que, sin darnos cuenta, nos dieron las diez de la noche y, por fin, cuando tomé consciencia de dónde estaba y la hora que era, me di cuenta de la realidad que había elegido, esta iba a ser mi nueva vida.

Recogimos, nos duchamos y nos metimos en la cama. Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada, estábamos uno al lado del otro, abrazados, cuántas veces habíamos hablado de ese momento, cuántas veces había soñado que llegaría el día de acostarme y despertarme viéndola a ella. Por fin, había llegado. Me giré en la cama, la miré fijamente y la besé. Estaba enamorado, estaba con ella y, por primera vez, podía demostrarle cuánto la amaba sin estar pendiente de otras cosas y sin pensar que estaba engañando a nadie. La abracé y esa noche hicimos el amor, sin tiempo que nos ahogara, sin alarmas que nos agobiaran, sintiéndonos el uno al otro, entendiendo que este iba a ser el primer día de una vida conjunta, de un sueño hecho realidad. Esa noche no dormimos mucho, aprovechamos cada instante que se nos estaba regalando para unirnos y no solo en cuerpo, sino también en pensamientos: estábamos aterrados por pensar que ahora que había llegado el día, ahora que todo era tan perfecto, algo pudiera estropearlo. Pero las cosas sí habían acabado bien, nada se torció. La miré, le dije que la amaba y nos besamos, ella se giró, la abracé y, en pocos minutos, los dos nos quedamos dormidos.

Capítulo 12

Un año después

«No escribo sobre mis experiencias, sino desde fuera de ellas».
John Ashbery

Me desperté una mañana absorto en mis propios pensamientos, estaba solo en la cama, había sonado el despertador, tenía puesto *Spotify* de melodía y ese día sonó Rochy de fondo; durante unos segundos, me quedé estirado, escuchando la música y sonriendo, ya que precisamente la canción para despertarme hizo que me acordara de cuando estuve viviendo unos meses en Lliça junto a Evelyn y bajaba al trabajo con esas canciones de camino al trabajo.

El tiempo pasa rápido, tanto que a veces no somos conscientes de ello, pero lo que sí aprendí desde que la conocí es que hay que vivir cada momento, sentirlo y disfrutarlo como si fuera el último, porque con lo único que te quedas cuando se termina todo es con esos detalles que te han dado alegría en tu vida.

Había pasado un año entero, estábamos viviendo en Viladecans, de donde yo era, y nuestra vida había cambiado por completo. Fue un periodo muy complicado, nuestra relación evolucionó muchísimo, ambos nos cambiamos el uno al otro y nos aportamos una parte necesaria para que, como si se pudiera más aún, fuera todo perfecto. Pasaron dos hechos importantes que hicieron que todo se transformara:

- 1- La distribuidora entró en quiebra, por lo que se cerró y el proyecto se dio por perdido.
- 2- Fui padre por primera vez. Mejor dicho, ejercí como tal junto a Evelyn.

La distribuidora al final no arrancó como esperábamos. Cuando me mudé a vivir con Evelyn parecía una película maravillosa, pero seguía teniendo dos caras, que me hubiera separado para ya no tener que fingir, porque aún no todo el mundo conocía mi nueva situación, a los ojos de gran parte de mi familia y amigos no me había ido a vivir con otra mujer y tenía que seguir “oculto” hasta que pasara el tiempo que la sociedad te enseña como prudencial antes de dar el paso de dar explicaciones, eso sin contar que Antonio formaba parte de mi presente y mi futuro, por lo que más que nunca debía de ver la viabilidad del negocio y apoyar la decisión más inteligente para no acabar peor de lo que ya estábamos empresarialmente.

Viviendo a casi una hora de mi trabajo y de mis hijos, consciente en todo momento de la situación actual, tenía que pensar una solución. Hacía mucho tiempo que habíamos contratado nuevos comerciales para la distribuidora, nuevos encargados en el almacén, pero entendimos que algo más fallaba. Las cuentas no cuadraban y salió a la luz que José Luis, el socio de Antonio, no solo era un mentiroso, sino que también se encargó de desviar dinero hacia otros lados con tal de hacerlo desaparecer. Ante esa situación y viendo el futuro de la familia de Evelyn como el mío propio, después de varias reuniones, optamos por cerrar la empresa y tratar de recuperar como fuera el dinero perdido, al menos el que había que cobrar en facturas pendientes. Esa empresa estaba siendo sostenida por otra de propiedad de Antonio, por lo que, en el peor de los casos, tendría que asumir que había perdido todo el beneficio obtenido en una inversión desastrosa.

Estuve viviendo en casa de Evelyn tres meses, durante ese tiempo estuve a solo dos calles de Antonio por lo que cada día, al final, hablábamos. Yo llegaba bastante tarde a casa y él por las noches salía a caminar con su mujer, acababa pasando por la puerta y hablábamos de la situación en general. Siempre recordaré cuando se decidió todo. Acabé de trabajar y, como cada día al salir camino a mi nuevo hogar, llamé a Evelyn:

- Amor, estoy de camino a casa, llego un poco tarde porque he tenido una reunión, pero estoy de camino.
- Hola, cariño, no te preocupes, yo hace un rato que he acabado, ¿cuánto tardas?
- Unos veinte minutos, cenamos algo rápido y a ver si nos da tiempo a ver un capítulo de alguna serie.
- Vale, cariño, voy a ir preparando algo para cenar, te quiero.
- ¡Yo más!

Iba conduciendo, habían pasado ya unas semanas desde que vivía con ella y, día a día, subía nuestra complicidad. Evelyn seguía en la distribuidora, pero ambos éramos conscientes de su futuro, su tío estaba perdiendo demasiado dinero y cada vez estaba más claro que su socio le estaba jodiendo, no solo en esa operación sino en varias, y teníamos que tomar una decisión. Llegué y aparqué el coche, ya tenía el camino en mi cabeza e incluso estacionaba siempre en el mismo lugar. Abrí la puerta de casa y, al verla, se me iluminó la noche. Por más días que pasaran, por más que intentara asimilarlo, aún me entusiasmaba llegar a casa después de un día largo de trabajo y encontrarla siempre con una sonrisa, esperándome para, nada más verme, venir corriendo a darme un beso y a decirme que me amaba.

- ¡Amor mío! Ya estás aquí, mira lo que he preparado de cena.
- Eres una super cocinera, jajaja, aun no entiendo cómo puede ser que cuando llegué la primera vez a tu casa solo, tuvieras en la nevera vodka, mayonesa y olivas - ambos nos reímos.
- ¿Cómo ha ido el día?
- Bien, tengo que retomarlo todo porque he estado demasiado metido con la distribuidora y ahora me toca remontar en mi negocio. ¿Has hablado con tu tío hoy?
- Sí, ¿por qué?
- Tenemos que plantearnos qué hacer ahora que va a cerrar la empresa, bueno, tenemos que replantearnos qué hacer en general. Hace dos meses que estamos viviendo aquí y tenemos que hacer algo con nuestra vida. ¿Por qué no nos vamos a mi zona a vivir?
- ¿En serio? Por mí no hay ningún problema, pero hay que buscar un piso y todo.
- No hay problema, amor, pero ahora con los niños es un problema.
- Lo sé. Bueno, vamos a mirar pisos y decidimos qué hacer.

Como siempre ella se adaptó a mí, nunca le veía el lado malo a ninguna situación, la fuerza y el ánimo que me daba, una vez separado, me hacía entender que nada era imposible, como mucho difícil.

Después de la separación con Patri, decidimos buscar un abogado de mutuo acuerdo. Como fui yo quien se fue, le dejé todo. El piso, su coche, la tarjeta de la gasolina, su puesto de trabajo a media jornada conmigo, con horario abierto, cobrando como jornada completa y, en parte, la custodia de los niños. Quedamos en que durante dos días a la semana yo tendría a los niños tres horas, además de un fin de semana sí y uno no. Le pasaba una pensión de 800 euros y

así todos estábamos tranquilos. Al quitarme tanta parte de mi sueldo, pasamos de ir bien a ir muy justos. A mis hijos empecé a verlos mucho menos y el poco tiempo que les veía no me los podía llevar con Evelyn, ya que la distancia de donde vivíamos hasta la casa de Patricia era de una hora. Todo era difícil, sin embargo, estaba viviendo el mejor momento de mi vida.

- Deberíamos buscar un piso cerca de Viladecans porque si nos dan custodia compartida y los tenemos la mitad del tiempo, entre que los llevamos al colegio y los atendemos será todo más fácil.

- Pues empezamos a buscar piso mañana mismo, no te preocupes, amor, ya verás que lo conseguiremos rápido. Por mi trabajo no hay problema, tú estás bajando cada día, puedo hacer lo mismo.

La abracé y la besé, no necesitaba decirle nada más, con mis besos, con mis caricias, con cada gesto y expresión le estaba dando las gracias. No solo me amaba incondicionalmente a mí, aceptaba a mis hijos, mi situación y mi estado anímico como si fuera algo suyo, como si siempre hubiera sido así, como si no necesitara adaptarse a ningún cambio.

- Amor, pues vamos a cenar, que he puesto la cena en la mesa ya.

- Claro, cariño, qué buena pinta tiene todo - en ese momento, sonó su teléfono-. Creo que te están llamando.

- Mi tío..., ¡qué pesado!

- Jajaja, cógelo.

- Voy... Dime, tito, qué quieres... Sí... Tito, que vamos a cenar... Joder, ¿en serio?... No mejor que no....

Sonó el timbre de la casa y se oyó un “ábreme, *jodía*, que soy tu tío”. Ese hombre me hacía reír en todo momento, era como mi suegro y amaba a Evelyn como si fuera su hija. Ahora no solo trabajamos juntos, sino que éramos vecinos. Me levanté y abrí la puerta.

- ¡Hombre, sobrino! ¿Ya estás en casa?

- Qué pasa Antonio, qué te cuentas.

- Aquí con la Yoli, que hemos venido andando y hemos pasado por delante.

- ¡Joder, tito! - Evelyn salió con el móvil en la mano, estaban hablando y se lo acababa de encontrar en la puerta. Lo que le estaba diciendo es que no viniera, pero su tío ya estaba por la zona y se adelantó.

- Qué quieres, Eve, que he venido a ver a Jaime, no a ti.

- En serio, tito, vamos a cenar.

- Amor, déjame hablar un rato con él, que hoy casi no hemos hablado.

- Si estáis todo el día hablando.

- Dos minutos, no tardó más.

- Haced lo que queráis - ella se giró y entró, vi cómo se estiraba en el sofá y se puso con el móvil.

- Qué carácter tiene la *jodía*, mira que la quiero, ¡pero la que te ha caído, Jaime!

- Jajaja, se le quita muy rápido.

- Ya lo sé, si es muy buena.

- Qué te cuentas, qué vienes de andar.

- Sí, últimamente, lo necesito, estoy con un estrés del demonio, ya no sé qué hacer con la

empresa.

- Antonio, hay que tomar una decisión, no queda de otra, si vamos, hay que ir con todo, si cerramos, hay que hacerlo ya, pero esta situación es muy complicada.

- Lo sé, sobrino, tienes razón, pero es que no quiero invertir más.

- Pues entonces ya sabes lo que hay que hacer.

- ¿Y mi sobrina de qué va a trabajar ahora?

- Eso no debe preocuparte, ya nos buscaremos la vida, es lista y aprende rápido, no creo que sea un problema, además yo no gano mal, podríamos tirar con mi sueldo.

- Es que, de verdad, no puedo más, he perdido muchísimo dinero y ahora con lo del hijo de puta del José Luis, que me ha robado, la deuda es enorme.

- Antonio, ya sabes que yo te apoyo, lo único que sí tengo claro es que hay que tomar una decisión ya.

- Yo lo tengo ya medio claro: cerramos.

- Estás seguro, Antonio, hay mucho dinero en material.

- Eso lo saco, aunque sea a precio de coste y así no perdamos dinero.

- Si tú lo tienes claro, dímelo y me encargo de reunir a toda la empresa. No hay más.

- Pues sí, vamos a hacerlo.

- Está bien, déjame que me organice y a final de semana damos el paso.

- Quedamos así, sobrino. Te dejo que me enfrió... ¡Bueno, sobrino y vecino!

- Buenas noches, tito, que descanses.

- Igualmente, disfruto con mi sobrina.

En alguna ocasión, le llamaba tito imitando a cómo lo llamaba Evelyn. Desde el primer día teníamos mucha confianza, pero en el momento que formalicé mi relación, daba la sensación de que nos conocíamos de toda la vida. Después de hablar con él, cenando, le conté la situación a Evelyn de cómo estaba todo. No había muchas sorpresas, ella era consciente y, en el fondo, estaba esperando la fecha para saber qué hacer.

- ¿Y qué haremos ahora?

- Nada, amor, seguir, puedes coger el paro mientras buscas trabajo.

- Ya lo sé, pero de qué me busco, ¿de administrativa?, ¿de peluquera?

- O eso o cambias tu vida radicalmente. Te vas a mudar a una nueva zona, ¿no has pensado en trabajar de otra cosa?

- Sí lo he pensado varias veces, pero no tengo estudios, de qué se supone que voy a trabajar.

- ¿Qué es lo que te gusta? ¿Qué se te da bien?

- Pues no sé, amor... ¿El *Insta*?

- Pues a ser *community manager*, jajaja.

- No te entiendo - me miró con cara de “me estás vacilando”, ella nunca había escuchado esa palabra, le expliqué que había un oficio destinado a llevar redes sociales de manera profesional que ganaban mucho dinero y se quedó de piedra.

- Ser *community* no es solo *Insta*, pero, si lo que te gusta son las redes sociales, podríamos aprovechar el cambio de piso para iniciar un cambio en tu vida.

- Amor, pero es que yo, de verdad, no sé nada de eso.

- Bueno, pero me tienes a mí, te ayudo.

- Podríamos probar, no te digo que no y si sale mal, me buscaré trabajo de otra cosa.

- Claro, amor, no te preocupes.

Estuvimos cenando y hablando del mundo que hay detrás de las empresas tecnológicas, de

cómo se hacen webs, que se usaban como representación de la empresa, de qué era Google y sus campañas de publicidad, de diseño, de programación, un poco de todo lo que podía llegar a hacer desde casa con un ordenador. La amaba, ella era mucho más inteligente que yo y lo único que le faltaba era un empujón, la situación con la distribuidora, nuestra economía y la decisión de cambiarnos de casa fueron los cambios perfectos para empezar a trabajar en lo que nos íbamos a convertir, estábamos dispuestos a hacerlo y sin necesidad de ver qué había más allá, solo el uno al otro, cogidos de la mano para comenzar aquello que parecía imposible y que se empezaba a convertir en nuestra realidad.

En febrero, un mes después, nos mudamos a un piso precioso en Viladecans, estábamos por fin en mi zona de confort, tenía a mi familia a menos de diez minutos, el trabajo a cinco y el colegio de los niños a cuatro calles. Era el sitio idóneo, teníamos un piso de 80 metros cuadrados al que llamamos por primera vez hogar. Ya no nos perseguía nada, la historia que empezó en un pueblo pasó a ser nuestro cuento perfecto, habíamos elegido un sitio en el que podíamos arrancar desde cero, aunque las cosas en la distribuidora estuvieran llegando a su fin. Nosotros habíamos dado un gran paso, ahora me encontraba en mi sitio y solo me quedaba iniciar mi nueva vida con ella.

A finales de mayo cerró la distribuidora, nadie creyó que aguantaría tanto, pero Antonio luchó hasta el final por mantenerla viva. Ahora, Evelyn acababa de ser indemnizada y pasaría a cobrar el paro.

Desde la noche en la que hablamos de su cambio profesional, habíamos planteado el hecho de que esta situación pudiera darse y, finalmente, llegó, por lo que, nada más despedirla, iniciamos nuestro plan de acción: ella se empezaría a formar y probaría un nuevo empleo, mejor dicho, entraría en un nuevo entorno laboral y social. El peor escenario que nos planteamos es que no se le diera bien, aunque en ese caso siempre podría volver a trabajar de administrativa o peluquera. Compramos varios cursos de marketing, se formaba y me echaba una mano en mi negocio con lo que iba aprendiendo. Llegó el verano.

¿Qué es ser buen padre? No existe un manual que te indique cómo serlo, ni siquiera hay una definición exacta. Se entiende que lo que uno ve es lo que se toma como ejemplo. En mi casa, mi padre siempre ha trabajado mucho, su objetivo siempre ha sido luchar y ganar para que a nadie le faltara de nada. Mi madre siempre ha sido quien se ha encargado de los médicos, de las actividades extraescolares y de ayudarnos a hacer los deberes y mis abuelos son quienes me cuidaban muchos fines de semana y me enseñaban a jugar a los cromos, a hacer arcos con cañas de bambú y a divertirme sin que mis padres me controlaran. Esa escena, esa estampa, a mí me hizo feliz, no tengo mal recuerdo de mi infancia y, contrario a lo que se pueda pensar, no solo lo idealizo, sino que lo veo lógico. En mi relación anterior con Patricia, lo imité, entendía que ser buen padre era eso y ahora que estaba separado tampoco tenía la sensación que lo estuviera haciendo tan mal. Mi ex se había quedado todo, seguía manteniéndola y veía a los niños más que antes, siempre siguiendo nuestro acuerdo. Sin embargo, con el verano y el acuerdo que tenía firmado con Patricia llegaron las famosas vacaciones y, con ello, mi primera vez en la vida con mis hijos quince días para mí.

- Amor, ya queda nada para que nos estemos con los niños.
- Ya lo sé, no sé qué haremos, la verdad, yo trabajo y tú estás con tu formación.
- Bueno, estaremos con ellos, podemos hacer muchas cosas: ir a la playa, a la piscina, quedar

con amigos, lo que sea, además, me puedo quedar bastante con ellos.

- Ya lo sé, amor, pero son muchísimas horas, de verdad, me tiene un poco agobiado el tema.
- No entiendo por qué, amor, se portan super bien.
- Ya, ya, pero, amor, ya te lo he contado muchas veces, nunca he sido padre del todo, son muchas horas y Jaume tiene crisis, cuando lo veas, lo entenderás.
- ¿Tus padres no te dejaban el piso en la playa este año?
- Sí, podemos irnos una semanita ahí y la otra organizarnos para escaparnos a la piscina o donde sea.
- Claro, ya lo verás, va a ser genial.
- Suerte que estamos juntos porque aún no lo veo del todo.
- Que sí, amor, tengo muchísimas ganas.

Parecía que era el que había aparecido ahí de segundas y que Evelyn era la mamá. Una parte de mí estaba confundida, claro que amaba a mis hijos, mi vida sin ellos no tendría sentido, pero una cosa es querer y la otra es cuidar. No los había llevado al médico, no preparaba sus cosas y me venían quince días en los que los tendría veinticuatro horas. Evelyn, desde el primer minuto que los vio, los amó y los hizo suyos, los niños reaccionaron igual, la amaban. Con la separación y mi pareja como nuevas situaciones en sus vidas, los niños estaban mucho más felices y ahora que llegaba el momento de tenerlos. Parecía que ella estaba lista y con ganas y yo no del todo.

Llegó el 15 de agosto y quedamos con Patri, la relación entre ellas era sorprendentemente buena. Mi ex había rehecho su vida y aceptaba y quería a Evelyn, pero no porque estuviera conmigo, sino porque entendía que los niños la amaban y viceversa; al final, cuando dos personas se separan con niños, lo primero que uno quiere es que sus hijos estén bien y tener la tranquilidad de que están bien cuidados. Le explicamos el plan: estaríamos una semana en un piso en la playa para desconectar, bañarnos mucho y salir a comer helados, la siguiente semana estaríamos en un entorno más familiar, Antonio tenía una casa con piscina y mis abuelos también, por lo que podríamos pasar muchos días en familia y los niños se lo pasarían genial. Tomamos café y, a los pocos minutos, se despidieron, había llegado el momento que tanto había esperado y temido, esta vez mis hijos y Evelyn iban a estar juntos todo el tiempo y, en parte, el miedo se apoderó de mí, tenía que ser todo perfecto. Nos despedimos, cogimos a los niños, subimos al ascensor para empezar nuestros quince días y, sin esperarmelo, absorto en mis pensamientos y mis miedos, Evelyn me abrazó, me besó y, sin decirme nada, con una gran sonrisa, se agachó, cogió a los niños y les dijo con la voz más dulce y buena que recordaré jamás: “Empezamos nuestras vacaciones”. En ese momento, mi burbuja de miedo e inseguridad explotó y me miré al espejo del ascensor aun sin ser consciente de la suerte que había tenido en mi vida por encontrarla.

Capítulo 13

Papi y mimi

«Ser madre no significa estar ligado por la sangre, el amor y el sacrificio unen más que cualquier cosa».

J.R

Toda una vida soñando y teniendo claro cómo funcionaba el mundo desde que monté mi primer proyecto. Siempre tuve claro qué quería en la vida, veía a mi alrededor dos tipos de personas: aquellas que estaban por la calle, la gente ordinaria, que toma café, charla de cosas triviales, van con sus hijos a jugar al parque y se ríen cuando alguno hace algún descubrimiento obvio como que el agua moja o que si te caes a un charco con barro te vas a ensuciar. Veía a la gente hablar de familias, de sueños, comentaban qué harían si les tocara la lotería, deseos que tenían y que sabían que solo eran eso, simples deseos, ya que no los iban a conseguir. Constantemente escuchaba cómo se ponían metas imposibles para ellos y se resignaban a decir que lo más bonito, más incluso que cumplir esos deseos o esos objetivos, era tener hijos. Cuando veía a las familias con sus niños, incluso teniendo a los míos, no era capaz de comprender qué era eso que tanto les fascinaba. Tener hijos es maravilloso, pero, a su vez, es una carga enorme, así lo veía yo. Había sido padre dos veces, sin embargo, no podía atenderles como quería, una parte de la verdad era que trabajaba mucho y tenía poco tiempo, otra es que pensaba que me encontraba en el momento de mi vida para hacer negocios, no para perderlo haciendo cosas básicas como pintar o jugar. Extraño, ¿para qué tener hijos entonces? Pues muchísima gente los tiene porque sí, porque tocan, porque es lo normal.

Llegaba a casa la gran mayoría de veces y les veía, preguntaba qué tal el día y la respuesta era casi siempre las mismas: “Muy bien, ya se han bañado”, “hoy han cenado macarrones y se han manchado”, “hoy han hecho un dibujo”, y, por desalmado que suene, siempre pensaba lo mismo, que no les faltara de nada y mi misión estaría completa. Los amo, pero no puedo estar jugando a eso mientras puedo estar montando un negocio que me permita seguir creciendo. Mi exmujer más de una vez me reclamó atención, hablábamos del tema, pero ni yo la entendía a ella ni al revés tampoco. Entre eso y la desidia creada entre ambos tampoco descubrí nada nuevo. Me había separado y, aunque me sentía más padre que nunca, por primera vez iba a caer sobre mí la responsabilidad de tenerlos. Por suerte, en agosto no tengo mucha faena, la gran mayoría de empresas trabajan con menos personal, así que me permití coger unos días con Evelyn y los niños.

Vivía mi amor con ella de forma magnífica, teníamos intimidad, disfrutábamos de nosotros cuando queríamos y las pocas horas que teníamos a los niños entre semana, íbamos al parque o jugábamos con ellos, el fin de semana que nos tocaba siempre era familia.

Nada más llegar a casa con los niños, empezamos a preparar las maletas para irnos, pensábamos pasar unos días a un apartamento alejado y con la playa justo enfrente. La niña amaba a Evelyn, estaban siempre pegadas y mi hijo era como mi monito, siempre estaba colgado de mí, además, le encantaba el agua y, aunque tuviera autismo y de vez en cuando le entrara alguna crisis, esta vez estaríamos para disfrutar. Seguro saldría todo bien.

- Amor, ¿lo tienes todo listo? Deberíamos hacer un repaso porque nos vamos varios días, que

no falte nada.

- Jajaja, parece que sea la primera vez que te vas de excursión, “papi”.

- No es eso, quiero que estemos listos, llevo ropa de sobra para ellos y para nosotros. He cogido medicamentos, ¿qué más falta?

- Cariño, nos vamos a dos horas de casa, si pasa cualquier cosa nos podemos volver, estate tranquilo.

- Sí, es verdad. Bueno, espero que no sea el caso.

- Va a ser genial, ya lo verás. ¡Niños! ¿Nos vamos a la playa?

- ¡¡¡¡Sí!!!! - la niña grito emocionada, el niño empezó a saltar. Tenía todo bajo control y parecía que iba a salir perfecto.

- Pues vámonos entonces.

- ¡¡¡Fiesta!!!

Abracé a los niños, cogí la maleta y empezamos a cargar el ascensor. Nos esperaban dos horas de coche, así que nos organizamos para hacer alguna parada y estirar las piernas antes de llegar. El viaje fue muy divertido, pusimos música Disney, canciones de *El rey león*, *Mulán*, *La sirenita*, que, cuando sonaban, las cantábamos para ellos. La melancolía se apoderó de mí, no recordaba cuántos años hacía que no escuchaba esas canciones, pero ahora que las cantaba y les veía a ellos disfrutar tanto, empezaron a gustarme y a hacerme sonreír.

Llegamos al apartamento, era precioso, desde la ventana se oía el mar y, al asomarnos, el niño, con una sonrisa gigante, empezó a decir “agua”, “agua”, quería bañarse, pero se había hecho tarde, por lo que preparamos la cena y organizamos las camas para irnos a dormir. Había pasado el primer día y por primera vez en mucho tiempo pude mirar el móvil para ver cómo iba el trabajo. Había estado tranquilo, cantando, con mi nueva familia y el recuerdo de cuando conocí a Evelyn me invadió por unos segundos, era la segunda vez en muchísimos años que el tiempo perdía el sentido y, esta vez, había sido de la manera más curiosa posible para mí: había estado disfrutando de mis hijos.

Al día siguiente, nos levantamos, desayunamos y lo primero que hicimos fue bajar a la playa. Hacía un día increíble, estábamos a unos 30 grados y el agua estaba cristalina. Evelyn estiró las toallas, dejó los flotadores sobre ellas y, mientras le ponía crema a la niña, el niño salió directo al agua.

- ¡¡¡Jaumito, dónde vas!!! - no respondía, pero sabía que le hablaba a él, me miró y, con una sonrisa pícaro, empezó a correr de nuevo hacia la orilla.

- Mira cómo corre, amor, ve con él, ahora vamos nosotras.

- El agua estará fría, seguro que muy muy fría.

- Pues el niño ya se ha metido, así que no creo que esté tanto.

- Ahora te cuento.

Fui andando hacia él, lo hacía despacio, me gustaba ver de lejos cómo se bañaba, disfrutaba con la arena mientras las olas lo arrojaban en la orilla. Él se reía, había muchísimos niños por allí jugando, muchas familias riendo y disfrutando. Cuando me acerqué a él, vino corriendo y se me lanzó encima.

- ¡¡¡¡NO, QUE ESTÁ SUPER FRÍA!!!!

- Jajaja.
- ¡ENSERIO, JAUMITO! ¡PARAAA!

El niño empezó a reír y a darme besos, me abrazó y, cuanto más me lo quería quitar de encima, más se agarraba a mí, ese “mono” se había colgado sobre mí y, al final, estaba pasando más frío fuera que dentro del agua, así que, con él cogido, me sumergí. Entramos los dos a la vez, seguía abrazado, a los pocos segundos de estar dentro del agua se fue la sensación gélida, así que empecé a nadar con él agarrado a mi espalda y me di cuenta de que Evelyn venía con la niña a meterse con nosotros.

- Mi amor, ¿está fría el agua?
- No, qué va, está buenísima.
- ¿Seguro, eh? No me engañes.
- Que no, ya verás, ven.

Iba con la niña de la mano, las dos se acercaron a la orilla muy despacio y vi cómo se les erizaba la piel al tocar el agua. Levantó la mirada para decirme algo, pero antes de que pudiera decir nada, abrí los brazos, los puse a la altura de la superficie del mar y los cerré. ¡ZAS!, un montón de agua salió disparada hacia ellas.

- ¡¡¡¡¡AAAAAAHHHHH!!!! - gritaron a la vez.
- ¡¡¡Papáaaaa, muy mal!!!
- Joder, cariño, ¡¡ te has pasado!!

No podía parar de reír, con mi hijo colgado, empezamos a huir hacia la profundidad, cuando paramos y nos giramos, ellas ya habían llegado y las teníamos en la espalda.

- ¿Ahora qué?
- ¡Mi amor, que ha sido una broma!
- Una broma, ¿no?, ¡prepárate!

Empezó a ahogarme entre risas de los niños, la agarré a ella también y la sumergí, nos miraban mientras nosotros luchábamos, ellos nos tiraban agua. Estuvimos así poco rato, en nada empezamos a jugar a buscar piedras del fondo, luego jugamos en la orilla con la tierra y, sin darnos cuenta, nos dieron las cuatro de la tarde y no habíamos ni comido. Había pasado la mañana super rápido. Entre risas, salimos del agua a secarnos y subir a comer algo para seguir disfrutando de la tarde.

Ese día termino rápido, comimos, dormimos y, al despertar, salimos a por un helado. Qué sensación más extraña, estaba en un tiempo muerto, no productivo, tranquilo. Había momentos que me los quedaba mirando y les descubría su esencia, como dos personitas, cada una tan distinta a la otra y tan distintas a mí, que no solo estaban disfrutando, sino que me estaban haciendo disfrutar a mí. En todo momento, esa estampa que inmortalicé para siempre en mi cabeza: los cuatro andando de la mano en mitad de un paseo, con el mar de fondo, como una familia.

Pasamos los dos siguientes días de forma muy similar, nos levantábamos con música, desayunábamos, nos poníamos el bañador e íbamos a jugar. Hacíamos castillos, compramos una barca hinchable y nos fuimos a navegar, aunque muy cerca de la orilla porque hasta mí me daba

respeto meterme para adentro, pasamos muchísimas horas hablando de nuestros sueños, de su nueva vida, de la mía, de los niños. Ellos nos compartían también a nosotros sus curiosidades, pero en el momento en el que todo parecía perfecto a mi hijo le entró su primera crisis con nosotros.

Tener un niño con autismo no es fácil, a simple vista no se les ve una discapacidad. Los niños autistas que tienen menos de siete años son muy difíciles de diagnosticar, ya que se comportan correspondientes a su edad, ves que juegan, que ríen y que se lo pasan bien, lo que no se ve es que no pueden comunicarse como los demás. No pueden expresar cuando están cansados, cuando tienen miedo, sueño o hambre. Cuando lo hacen es con ayuda, con dificultad y el hecho de no haber vivido más con mi hijo me enseñó a detectar una crisis, pero no a controlarla. Noté cómo, poco a poco, dejó de sonreír, estaba como cansado, le veía que se bañaba, pero cuando me acercaba a él para jugar me decía “NO”, indicándome que no quería que me acercara. Se había hecho tarde y nos teníamos que ir. La playa es un sitio lleno de gente y sabía cómo eran las crisis de mi hijo: si explotaba, iba a empezar a gritar y patalear y la única forma de calmarlo y llevármelo era acercándome, dejando que “estallara” y calmarlo poco a poco, pero cuando vi lo que iba a pasar, opté por el plan B, llevármelo a la fuerza lo más rápido posible.

- Amor, Jaume va a tener una crisis, ve recogiendo las cosas.
- ¿Qué quieres decir?
- ¿Te acuerdas el día que estábamos jugando en el parque y se enfadó tanto? Pues con suerte será igual, pero creo que esta vez será mucho peor.
- ¿Y qué hago?
- Coge a la niña y súbela para arriba con todas las cosas, lo agarraré y lo subo. Va a gritar y patalear, así que no pares, recógelo todo y nos vamos.
- ¿Y si esperamos un poco más?
- No, nos vamos.

No sé por qué me molestó un poco lo que me dijo, sabía lo que iba a pasar en ese momento, que cogería a Jaume y detonaría, que todo nuestro alrededor se quedaría en shock. No quería vivirlo, pero sabía que sería así. Esperé unos minutos, cuando Evelyn tenía todo listo y empezó a andar, me acerqué, lo cogí en brazos y me lo llevé. Empezó a gritar, muchísimo, empezó a patalear y gritar “NOOO, NOOO”. Todo el mundo estaba atento a nosotros, el niño estaba histérico, parecía que estaba secuestrando a mi propio hijo, la gente miraba y no entendía por qué hacía unos pocos minutos estaba jugando y, de golpe, había detonado. Me pegaba patadas y manotazos, pero lo llevaba bien cogido, así que, con la mirada puesta en la puerta y dando gracias por tener el apartamento tan cerca de la playa, crucé entre todos los espectadores y fui directo al piso. La rabia me invadía, en momentos como esos es cuando uno se acuerda de que su hijo tiene autismo y que eso no se cura, es cuando no quieres escuchar a nadie, cuando sufres, cuando entiendes que no puede hacer nada más que aprender a vivir con ello e, incluso, en esos momentos es cuando a uno le pasa por la cabeza el “por qué a mí”. Jaume estaba muy enfadado, hacía muchos meses que no lo veía en una crisis así y cuando llegamos al piso, lo primero que hice fue llevarlo a la ducha, limpiarlo y enjabonarlo entre gritos y patadas, finalmente, lo dejé en la habitación para ver si se relajaba. Evelyn había hecho lo mismo con la niña y la había puesto a dormir. Me fui a la terraza y me encendí un cigarro.

- ¿Cómo estás, amor?
- Mal, ¿no lo ves? Cómo quieres que este.
- Tranquilo, se le pasará, déjalo que descanse.
- Evelyn, no se le quitará nada, él es así.
- Bueno, pero hemos estado muy bien estos días, por un día no pasa nada, luego miramos para hacer algo.
- Luego no quiero hacer nada, vamos a ver cómo está Jaume luego y ya veremos.

Le hablaba con frialdad por primera vez, quería alejarla, claro que la amaba, pero era joven, guapa, lista, no tenía hijos y yo tenía un niño con autismo. Era mi hijo, lo amaba, daría mi vida sin pestañear por él, pero ella no tenía por qué vivir eso. Así me sentía cada vez que ella intentaba suavizar las cosas. Ese día la vi triste, desde que la conocí nunca la había visto así, me encargué de que se sintiera desplazada, la quise hacer ver que esos niños no eran su responsabilidad y, como consecuencia de ello, cada vez estaba más triste. Empecé a sentir un vacío en mí que no había sentido nunca.

El cuento bonito pasó a ser un cuento de miedo, los siguientes tres días, Jaume tuvo muchísimas crisis, lloraba y gritaba tanto si íbamos a la playa como si no, me hundí, me quería ir, llamar a Patricia y decirle que fuera a buscar a los niños. Cada vez me distanciaba más de Evelyn, ¿por qué no salía corriendo? En vez de eso, en muchas ocasiones, me quedaba en casa con el niño viendo la tele en la cama mientras ella se llevaba a la niña a jugar, a pasear o a comprar cualquier cosa, no quería desprenderse de ella. Mi cara de amargura cada vez más se fue incrementando, busqué cualquier excusa para enfadarme, todo valía, desde que algo no estuviera en su sitio hasta que se cayera algo al suelo. En todas las ocasiones, Evelyn, frustrada por mi carácter, se iba entristeciendo más y yo, cuanto más la veía así peor me ponía. Hasta que, al cuarto día, sin más, solo porque en el comedor pusieron la tele más alta de la cuenta, estallé.

- ¿Puedes bajar la puta tele o qué te pasa? ¿No ves que estoy intentando dormir al niño?
- No me hables así, no es justo, no me lo merezco.
- Joder, ¿es que no ves que el niño está intentando dormir? ¿Que no puedo más, que ya no puedo con más gritos ni más crisis ni nada, que estoy harto? ¿Y encima pones la tele a ese volumen?
- Por favor cálmate, no es justo que me hables así, estoy intentando ayudar.
- ¿Ayudarme en qué? Ellos son mi responsabilidad, no la tuya.
- Cariño, tranquilízate, entiendo que estés... -
- Tú que vas a entender, no tienes ni idea de lo que es esto joder - la corté.

Cerré la puerta y la dejé fuera. Me rompí, había herido adrede a la única persona en mi vida que me había llenado el corazón, quería que se fuera de mi vida, quería que huyera ahora, que aún no era tarde o toda la vida estaría viviendo y sufriendo algo que cargaba. No era justo para ella, la amaba más que a nada, amaba a mis hijos más que a mi vida, ellos tres eran todo lo que necesitaba y, sin embargo, parecía que fuesen incompatibles. No quería que Evelyn viviera algo que me había tocado a mí y mi única solución fue buscar alejarla. Se me caían las lágrimas abrazando a mi hijo, lo besé en la cabeza mientras él rechistaba, quería entender qué estaba pasando, ¿tan mal padre era yo que al estar conmigo le daban esas crisis? ¿Tan difícil iba a ser mi vida ahora que por fin lo tenía todo? Y al abrazarle, al cogerlo contra mi pecho, me di cuenta de algo que no había notado hasta entonces: estaba ardiendo, algo no estaba bien, tenía una

temperatura demasiado alta. Salí de la habitación, miré a Evelyn, destrozada en el sofá, atendiendo a la niña y le pregunté si habíamos traído algún termómetro.

- En la mochila de los niños hay uno digital, ¿pasa algo?
- Jaume está supercaliente, creo que está malo.

Cogí el termómetro, me acerqué a él y disparé con la pistola de temperatura. Me asusté al ver que indicaba 40 grados de fiebre. Estaba agotado de quejarse y llorar, fui a buscar la medicación y le llenamos la bañera, lo dejamos ahí unos cuantos minutos y, al sacarlo, nada más llevarlo a la cama, se durmió. No había sido capaz de ver nada, mi inexperiencia como padre, el querer alejar a Evelyn de la situación de los niños y ser tan idiota, no me dejó ver que mi hijo llevaba tres días con fiebre, que no era a causa del autismo ni de ninguna crisis, solo estaba enfermo, se quejaba para hacerme ver que se encontraba mal y no supe entenderlo. Era frustrante, me sentí el peor padre del mundo, la peor pareja y el ser más irracional del planeta. Quería ir a disculparme con ella, decirle todo lo que sentía, explicarle la verdad, que la amaba y que a mi manera no quería que ella viviera lo que me tocaba a mí, pero sabía cuál sería su respuesta, en el fondo, al niño no le pasaba nada, estaba malito, cualquier niño enferma y si tienes una familia unida, si formamos un círculo perfecto, nos hubiéramos dado cuenta en seguida. Ella siempre me lo ha dado todo de manera incondicional, sin pedir nada, hizo suyos a mis hijos, que ahora son sus hijos, y ha habido sufrido el doble, por ellos y por lo que le había hecho y, aun así, seguía ahí. Nos acostamos muy rápido ese día, ella durmió en el sofá y yo con los dos niños en la cama. Era injusto, yo era consciente, pero eso fue exactamente lo que pasó.

Jaume tuvo tres días más fiebre, estaba casi todos los días en cama y Evelyn me ayudaba a cuidarlo, nos poníamos las alarmas para ir dándole la medicación, le bajábamos la fiebre y mientras me quedaba con él, ella se llevaba a la niña a la calle. Solo 3 años, pero habían creado un vínculo tan grande que no querían separarse ni medio minuto. Cocinábamos y veíamos alguna película, pero no podía despegarme de mi hijo, me sentía mal por todo lo que había pasado y peor por cómo había tratado a Evelyn, pero estaba aprendiendo, por primera vez mi hijo había estado enfermo de verdad y era yo quien estaba a su lado. Controlamos la fiebre y el último día de estar allí, se le quitó. Bajamos a la playa una última vez y mientras estábamos en las toallas, vimos a los niños jugar en la orilla. Después de una semana, nos quedamos un rato solos. No sabía qué decir, nos quedamos los dos mirando a los niños con los ojos entrecerrados, brillaba el sol. Se movían de un lado a otro, hacía viento, un viento agradable, escuchábamos el ruido de las olas y vigilábamos a los niños, disfrutando de unos segundos de paz antes de que se acabaran las vacaciones.

Todos guardamos en nuestro interior miles de frases no dichas, miles de respuestas calladas, miles de sensaciones que no hemos querido expresar y, precisamente, esas son las que nos persiguen toda la vida. Nunca entenderé por qué ese día no hablé con ella, por qué no le dije cómo me sentía, por qué no le pedí perdón. Tenía la oportunidad de cogerla de la mano, mirarla y, con voz suave, tranquilo, explicarle cuál era mi mayor miedo, qué sensaciones había vivido, por qué la intenté alejar. Hoy escribo y no olvido eso que le hice pasar, son cicatrices que se nos graban en el corazón, que podemos superarlas pagando con buenos actos, intentar repararlas con mil afectos, pero que no seremos capaces de olvidar, ya que la herida se cura, pero la cicatriz es para siempre.

Supongo que por eso aprendemos, por eso hay errores que solo se cometen una vez. Evelyn no vivió la primera crisis de mi hijo, vivió su primera decepción

conmigo y tardé demasiado tiempo en darme cuenta de ello. Ese día comprendí algo, no hay crisis en una familia, no hay problemas sin solución, no hay nada que no se pueda superar si tienes a la persona indicada, pero, a cambio, debes de hacer partícipe al 100% a quien tienes al lado y no atreverte a juzgar ni determinar qué piensa ni qué siente. Cada uno es libre de elegir lo que quiere y ella me había elegido a mí con todo lo que eso conllevaba, de nuevo me había dado una lección y me había hecho entender cuánto me quedaba por aprender de este llamado amor.

Al volver a casa, algo en mí había cambiado, era una sensación nueva, me sentía responsable de algo que no sabía qué era, entendía que me estaba haciendo cargo de los niños, pero empecé a sentir que no estaba solo en este aprendizaje, Evelyn estaba a mi lado y estaba viviendo la misma experiencia. Eran nuestros hijos, así lo veía yo, los trataba como si fueran suyos y me hacía crecer a mí que, cuando no sabíamos hacer algo, aprendíamos juntos. Descubrí que el Apiretal quita la fiebre, que cuando el niño estaba inquieto era porque se encontraba mal, que cuando lloraba más de la cuenta era porque tenía sueño. Cada cosa que aprendía lo hacía con ella, veíamos todo tipo de comportamientos nuevos y siempre acabábamos igual, mirándonos a los ojos, como si pudiéramos hablar con las miradas, buscando la solución. Todo empezaba a ser perfecto y, sin darnos cuenta, llegó el día en el que debíamos devolver a los niños a Patri.

- Mi amor, mañana se llevan a los niños.
- Lo sé, estoy bastante triste, la casa va a quedar vacía sin ellos.
- Y sí...
- ¿Y si no los quedamos?
- Me lees la mente todo el rato.
- Es que no puedo parar de pensar en esto, podemos organizarnos el trabajo como sea, no me preocupa, no quiero perder esto que estamos creando.
- Ya no me imagino sin estar con ellos.
- Yo tampoco.
- Bueno, pues déjame que hable con Patri, al final será bueno para ella también.
- Seguro que nos dirá que sí, no hay ningún problema.

Había llegado el momento, queríamos la custodia compartida, quería seguir siendo padre, me encantaba esa sensación, y no solo por el hecho de estar con mis hijos, estaba creando mi propia familia, una familia maravillosa donde todos aprendíamos juntos, donde todos seríamos partícipes de la evolución y donde, pasara lo que pasara, debíamos de estar unidos. Evelyn me comprendía, me daba fuerzas y me hacía sentir el mejor padre del mundo. La amaba, más que a nada, pero más me enamoré cuando empecé a ver cómo mis hijos, poco a poco, empezaron a ser suyos también. Lena no dejaba de fijarse en todo lo que ella hacía, le encantaba peinarse con ella, pintarse los labios, probarse ropa, todo era nuevo para mi hija y me sentía increíble al ver a mi hijo reír, escuchando cómo me llamaba, cómo cada día crecía y quería estar conmigo. Patri accedió, al principio un poco reticente al cambio, le propuse poder probarlo un tiempo, si todo salía bien, nos quedábamos así. Ella también tendría más tiempo para sí misma y, después de varias semanas, los niños no solo se adaptaron, sino que mejoraron. Eran felices, nos reíamos, salíamos con amigos e íbamos creando un entorno maravilloso, donde ya no éramos una familia de cuatro, sino que nuestro círculo social empezó a crecer en familias con niños. Por fin estaba entendiendo qué era ser padre, quería que llegara la semana que teníamos a los niños, salir de trabajar para ir a comprar con ellos, para saber cómo estaban, dibujar, enseñarles, ir al parque... Cada minuto que estábamos juntos se convertía en momento único, cada minuto que pasaba

creciendo y enamorándome más de esa vida que estaba creando, más sentía que me enamoraba de ella, Evelyn, quien fue capaz de hacerme ser padre.

- Mi amor, ¿qué hacéis tú y Lena?
- Nos vamos a la ducha.
- ¡Lena, estás todo el día pegada a ella, eh!
- ¡Es que la quiero mucho!
- Ya lo sé, ¡pero es mía, eh!
- No, papi, la *Velyn* es mía - aún no pronunciaba bien su nombre, aunque lo decía más de treinta veces al día.
- No, mi amor, ¡es mía!
- ¡QUE NOOOO!
- Jajaja, tranquilos, no os enfadéis, soy de los dos.
- Anda, acabad de ducharos que me voy con el niño a tender la ropa.
- Vale, amor.

Estaba en el tendedero, colgando la ropa con mi hijo, hacía bastante calor aún, era septiembre, pero el sol calentaba como si fuera agosto. Mis momentos para pensar, los instantes vacíos en las que haces cualquier tarea automatizada, habían pasado de repasar el trabajo a ser momentos en los que revivir situaciones con mi familia. Recordaba momentos con los niños, con Evelyn, cosas que habíamos hecho o que queríamos hacer. En mitad de uno de ellos, recaí en la frialdad del uso del nombre propio para referirse a un ser querido. Pocas personas llaman a su padre o su madre por su nombre, normalmente desde que nacemos se les pone un apelativo cariñoso: “papi”, “mami”, igual pasa con los hermanos, “tete”, “tata”; con las parejas es más zalamero el término: “mi amor”, “cariño”, y cuando hablamos de cosas más serias o entramos en discusión, es cuando usamos el nombre real. Cuando se tiene un apelativo para interactuar con alguien, mostramos que, indistintamente a la situación, sigue esa ternura o ese afecto lo suficientemente fuerte como para seguir usándolo, sin embargo, cuando nos enfadamos, cuando algo nos molesta más de la cuenta, es cuando usamos el nombre. Sin ir más lejos, con Evelyn usaba continuamente todo tipo de apelativos: “mi amor”, “mi vida”, “cariño”, “cielo”, sin embargo, cuando algo no nos sentaba bien o cuando iba a ponerse tensa la situación, nos llamábamos por nuestro nombre. Pero a una madrastra, ¿cómo se la llama? Pensé en todas las personas que conocía que estuvieran en mi situación y no me vino a la mente ninguna que no la llamaran por su nombre. Me había hecho ser padre, por lo que no quería que los niños la llamaran por su nombre, tenía que buscar un apelativo y tenía que ser ya porque Evelyn tenía que ser alguien tan clave como yo mismo o su propia madre en la vida de esos niños y tenía claro que alguien así tenía que ser bautizada con el apodo más cariñoso e identificativo del mundo.

- ¿Ya habéis bajado? Habréis colocado toda la ropa, ¿no?
- Claro que sí, mi amor, Jaume me ayuda mucho. ¿Ya estáis limpias las dos?
- ¡Papi, no digas eso, eh! Que sí somos limpias.
- Eso, tú eres el que tiene que ducharse.
- Jajaja, qué enfadosas sois, ahora me ducho yo.
- ¡Venga, papi!
- Ya va, Lena, ya va, un momento que el papá quiere hablar con la Evelyn - me miró medio preocupada, no se esperaba esa respuesta.
- ¿Qué quieres hablar?

- Mmmm, te voy a hacer un resumen de todo lo que he pensado: no quiero que los niños te llamen Evelyn.

Ella se quedó con la sonrisa en la cara, pero de no entender bien a qué me refería.

- No entiendo muy bien qué quieres decir.
- Pues que no quiero que te llamen Evelyn, quiero que te llamen de otra forma.
- ¿Y cómo quieres que me llamen?
- Pues no lo sé, ¿alguna preferencia?
- Pues nunca había pensado en cómo me llamaría si no fuera Evelyn.
- Bueno, amor, es fácil, está “papá”, ese soy yo, está “mamá”, esa es Patricia, y estás tú, que compartes exactamente el mismo tiempo y vivencias que papá y mamá. O te buscas tú un nombre o lo busco yo, pero no quiero que te llamen Evelyn.

Se quedó sorprendida, no se esperaba ese tipo de charla, pero le expliqué el motivo que tenía. Ella, en el fondo, iba a estar el mismo tiempo que sus padres, iba a criar a esos niños, iba a verlos crecer, trataría sus primeros problemas, les cuidaría, les enseñaría, y quería que la persona que estuviera en esa tesitura tuviera un apelativo cariñoso. Pasamos varias horas mirando nombres, buscando por internet, hasta que lo vi claro: “mimi”, lo leí entre otros muchos, pero me gustaba, era sencillo, parecido a mami, así que, oficialmente, ese día la bauticé.

- Amor, ¿y cómo se supone que vamos a hacer esto ahora? ¿Qué se supone que de repente los niños me van a llamar así?
- Pues sí, no lo sé.
- No es tan fácil.
- Mira y aprende - me salió la sonrisa pícaro, me puse de pie, le di un beso en los labios y llamé a la niña-: ¡¡¡Lena!!!! Ven que te cuento una cosa.

La niña salió de la habitación corriendo, se acercó a nosotros y, directamente, se abalanzó sobre Evelyn.

- Dime, papi.
- Cariño, tengo una noticia que darte: Evelyn ya no se llama Evelyn, ahora la llamaremos mimi, ¿te gusta?
- Sí, sí, sí, sí, ¡Mimi mimi mimi!
- ¿Ves que fácil?
- Jajaja, no va a ser así.
- Ya lo verás.
- Lena, mi amor, ¡sobretudo, eh, ahora siempre mimi.
- Vale, papi, vale, mimi.

La niña se levantó y se fue. Por increíble que parezca, Lena solo tardó una semana en no volver a decir Evelyn, asoció mimi como si estuviera destinada a llamarse así, ya no era Evelyn, ahora era su mimi, y lo decía con propiedad, se la había hecho suya, interiorizó que tenía a su papá, a su mamá y a su mimi. El niño tardó un poco más, él no había llegado a decir nunca Evelyn, pero, con el tiempo y con amor día a día, se fue enamorando como todos de ella. Ya todos la llamaban así.

Mi vida se estaba convirtiendo en dos mundos totalmente opuestos que se complementaban a la perfección. Un mundo éramos Jaime y Evelyn, dos personas apasionadas, que se amaban, que querían crecer juntos laboralmente, que querían soñar, disfrutar, dar la vuelta al mundo, emborracharse y salir a bailar. Por otro lado, éramos mimi y papi, dos papás ordenados y primerizos que querían disfrutar cada instante con los niños, curarlos cuando estaban enfermos, quedar con más amigos para ir al parque, disfrutar de ver cómo crecían, ponerles el pañal antes de dormir, ayudarles a lavarse los dientes e ir a llevarlos y recogerlos al colegio. Mis mundos crecían sin cesar, sin embargo, en direcciones opuestas, por un lado, tenía la libertad del noviazgo, la no esclavitud, libertad, pasión, todo lo que hubiera tenido si nunca hubiera tenido hijos; por otro lado, tenía paz, tenía amor y la familia de mis sueños, a mis hijos enseñándome lo que era ser padre. Verlos crecer me ilusionaba y me hacía responsable, así que la combinación de ambos me había creado una vida de ensueño y todo lo que había deseado que podría tener, empecé a poseerlo.

Capítulo 14

Bonsái

«No cambié, sólo aprendí, y aprender no es cambiar, es crecer».

J.R

Cuánto dura el amor inicial y qué efecto causa es algo que siempre me ha fascinado. Todo el mundo idealiza lo que para alguien es su perfección y sobre eso, los criterios son infinitos. Siempre he creído en que mi mujer perfecta es aquella que es inteligente, independiente, culta, empoderada y con mucha personalidad. El físico es super importante, me gusta que tengan buen culo, buen pecho, una cara preciosa, angelical y una voz dulce. Que sea una loba en la cama, que quiera experimentar todo tipo de cosas y que sea ambiciosa. La mujer perfecta, supongo, como concepto en la sociedad y bajo mi propio concepto. Sin embargo, cuando conoces a alguien, cuando empiezas con una persona, suele cumplir muy pocas de las cosas que buscabas. Cuando empieza el juego del amor, el de la conquista, es como que todos los defectos que tiene se vuelven invisibles, lo bueno se multiplica a un nivel tan alto que nos hace fascinarnos. En esas primeras citas, esas primeras semanas, todo parece que es perfecto, ves a esa persona más atractiva, más culta, más de lo que en realidad es, pero cuando pasa el tiempo, conforme pasan las semanas, meses y años, nos damos cuenta de que lo que veíamos al inicio se aleja radicalmente de la objetividad.

Después de pensar mucho, siempre acabo con la misma pregunta: ¿por qué, si esa persona no es realmente como la veías al principio, la eliges? ¿Por qué, si no es tan brillante, si esa luz ya se ha apagado, sigues con ella? Bueno, supongo que la respuesta es fácil: la perfección que uno busca en la otra persona no existe, precisamente por eso nos enamoramos de casos opuestos sobre nuestros criterios de perfección, porque nos fascina encontrar cosas opuestas. ¿Por qué cuando deja de brillar la persona que tienes enfrente no la dejas y vas a buscar otra? ¿Por qué no disfrutas solo de ese lapso de tiempo donde todo brilla? En este punto, he llegado a dos conclusiones: para la primera pregunta, por experiencia, la situación se suele repetir desde los primeros amores, te fascinas, brillan y luego se apagan, conoces a otra persona, brilla y de nuevo se apaga, y acabamos entendiendo que esa perfección que uno busca no solo no existe, sino que podemos “taparla” con pequeños parches, por ejemplo, está muy buena, pero no gana dinero, en ese caso, buscamos ganarlo por nosotros mismos, asumiendo que esa persona no lo hará. Buscas probar cosas nuevas en la cama y la persona no responde, en ese caso, consumimos todo tipo de contenido para saciarnos. No nos da deseo o pasión, recurrimos a otras personas y somos infieles. Para todo siempre hay un parche, cada pareja que comienza siendo perfecta y acaba apagándose, suple su necesidad con el resto de opciones que este basto mundo ofrece. A la segunda respondo que es porque te ves con la creencia y capacidad de que puedes orientar a esa persona para que acabe siendo como a ti te gusta.

Me enamoré perdidamente de Evelyn en muy poco tiempo, tenía claro que me llamaba, era una mujer atrevida, divertida y guapísima. Cuando estábamos juntos, el tiempo perdía la razón y acogió a los niños como si fueran suyos, tenía todo lo que había pedido en una mujer, sin embargo, con el tiempo empecé a ver cosas que no me gustaban. Desde el primer momento que empecé con ella o, mejor dicho, desde el momento en que me separé, decidí no volver a callar nada: si Evelyn y yo íbamos a estar toda la vida juntos, necesitaba poder ser libre en todo

momento de decir lo que sentía y, aunque desde el principio ambos nos decíamos en alto lo que queríamos, había una serie de cosas que no veíamos igual.

- Amor, quiero que nos sentemos a hablar un rato.
- Claro, ¿quieres que nos vayamos a la terraza y así estamos un rato tranquilos?
- Sí, mejor, así podemos fumar y tomar algo mientras charlamos.

Preparamos dos copas, eran las siete de la tarde y hacía muy buen tiempo, estábamos en septiembre, pero hacía aún mucho calor así que aún teníamos luz y el clima era muy bueno.

- Bueno, cuéntame, de qué quieres hablar.
- Ya sabes que prefiero ir directo, así que ir al grano, ¿qué se supone que vas a hacer con tu vida?
- ¿A qué te refieres con eso? A lo laboral, ¿no?
- Sí, exacto, estás cobrando el paro porque ha cerrado la distribuidora y me has contado varias veces sobre tu pasado laboral, pero me gustaría saber cuál es tu plan.
- Bueno, amor, ya hablamos de eso, me gustan las redes sociales y me quiero dedicar a eso. Ahora estoy haciendo los cursos que me enseñaste para ir formándome.
- Y cuando acabes los cursos, ¿cuál es el plan?
- Pues no lo sé, supongo que buscar trabajo de eso.

La respuesta no me gustó nada, Evelyn era perfecta en todo lo que me había faltado siempre en mi vida, en lo que no había tenido en mis anteriores relaciones, pero había algo que me faltaba. No quería a una ama de casa, a una mujer que se viera a sí misma como dependiente de mi economía. Soñar es gratis, decir en alto que quieres una casa o un buen coche es fácil, pero hay que ser consciente de qué se tiene que hacer para conseguirlo. Evelyn llevaba ya bastante tiempo en un plan muy light y llegar de trabajar y encontrarla tirada en el sofá no me gustaba nada. Fumamos el cigarro en silencio, reflexionando lo que nos habíamos dicho y siendo conscientes que la conversación no había acabado.

- ¿Por qué me lo preguntas?
- Amor, siento decírtelo así, no quiero una esclava que me limpie y me folle, necesito a alguien a mi lado empoderada e independiente, yo doy el 100% de mí y no lo hago por ti, lo hago por mí mismo.
- No estoy todo el día en el sofá, hoy he estado haciendo el curso.
- Evelyn, no quiero que haya malos rollos, pero quiero las cosas claras: si vas a trabajar en algo, quiero que seas la mejor, idolatrarte, quiero decir en alto que mi mujer es la mejor, para mí esa parte es clave en la relación.
- ¿Que quieres decir que sin eso me ves peor o qué?
- Sí, te veo menos.
- Menos que quién.
- Menos que yo.

Otra vez el silencio, cada vez se estaba tensionando más la situación, pero lo que ambos decíamos era cierto. No iba a mentirle, no iba a callarme nada, quería estar toda mi vida con ella y quería saber que estábamos en el mismo punto.

- Tú, eres muy bueno en lo tuyo, pero también llevas muchos años, además no tengo formación, estoy ahora en ello y no es tan fácil.
- No me vengas con esas, a mí eso no me sirve, me suena a excusa.
- Pues no lo es.
- Creo que sabes de dónde vengo, yo repartía en un camión.
- Ya, bueno, pero tenías claro qué querías hacer.
- Mentira, no tenía ni idea y tuve que equivocarme mil veces antes de saber qué hacer, lo único que tenía claro es que quería ser alguien.
- Bueno...
- Bueno, no, quiero que te tomes esta charla como lo que es.
- ¿Y qué es?
- Te estoy pidiendo que me digas cuál es tu plan.
- Ya te lo he dicho: me estoy formando, me pusiste una serie de cursos y me has enseñado cómo funciona, pero necesito tiempo.
- ¿Cuánto tiempo?
- No lo sé, lo tendrías que saber más tú, ¿no?
- Si fuera yo quien tiene que hacerlo en tres meses, estaría trabajando sin problemas.
- Pues igual tardo eso.
- Puff... - me estaba enfadando, hacía ya un par de meses que estaba cambiando, se estaba adaptando a mí, estaba intentando darme lo que quería y se estaba olvidando de quien era ella. Eso me ponía enfermo.
- Amor, te lo digo en serio, que lo estoy intentando.
- Bueno, ok, pues sigue así.

El ambiente se notaba tenso, me había enfadado y ella no entendía qué estaba pasando. Estuvimos unas cuantas semanas de ese modo, ella estaba triste, hacía lo que le decía, cuidaba por tener la casa limpia, todo recogido, atender a los niños. Mi vida estaba volviendo a ser lo que era. En muchas ocasiones, habíamos hablado precisamente de eso, de que sin querer yo hacía que las personas que tenía a mi lado se adaptaran de tal manera a mí que perdían su esencia, y la consecuencia de ello es que la luz que brillaba se fuera apagando.

A la semana siguiente, volvimos a tener la misma charla. Esta vez busqué que tirara la toalla, quería que se diera cuenta de que no lo iba a conseguir, por más que le dijera, por más que ella intentara, mientras siguiera haciendo las cosas por complacerme o demostrármelo. Los que verdaderamente se consiguen son las que uno lucha por sí mismo y si Evelyn no lo veía, mi burbuja, todo lo que había soñado, podía perderse.

- ¿Hablamos otro rato o qué?
- Claro, amor, cuando quieras.
- ¿Cómo va el marketing, avanzas o qué?
- Sí, bastante, he aprendido un montón de cosas.
- ¿Como cuáles?
- Ya sé a qué se refiere casi toda la terminología que se usa en marketing y me queda muy poco para acabar los cursos.
- ¿Y ahora qué?
- ¿Otra vez esa pregunta? Ya te lo he dicho, pues me pondré a buscar trabajo.
- ¿Que vas a ser una currita? ¿Empezarás desde abajo para ir subiendo?
- Sí, ¿no?

- No lo sé, dímelo tú, ¿te has planteado volver a la peluquería o ser administrativa?
- ¿Por qué me dices eso? No lo entiendo.
- Te lo estoy preguntando, no es fácil lo que vas a hacer y, sinceramente, no te veo ni preparada ni motivada.
- Es que me esfuerzo muchísimo, aunque tú no lo veas. Vengo de la nada, estoy todo el día luchando por ello y no siento en ningún momento apoyo.
- Dime, ¿quieres que te apoye? ¿Me has preguntado algo y no te he respondido?
- No, no es eso...
- Entonces, ¿por qué te ofende mi pregunta?
- Es que no ves cómo me hablas, cómo me miras, parece que me desprecies, que me veas inferior.
- Tú te pones en ese nivel, no yo.
- Enserio que no lo veo justo, creo que te lo doy todo para que ahora estés tú así conmigo.
- Yo no te he pedido que me des nada, te doy lo que quiero en todo momento, lo que siento y tú deberías ser igual. Primero, estoy yo bien, realizado, y luego puedo permitirme darte todo con la mayor seguridad del mundo.
- Ya, pero yo no soy así.
- Mentira, cuando te conocí quién babeaba por quién, quién temblaba de miedo solo por acariciarte, quién no podía mantener la mirada dos segundos seguidos porque te veía tan grande que me daba vértigo.
- Eso no ha cambiado, de hecho, te quiero mucho más cada día.
- Y yo a ti, no estamos hablando de amor, necesito admirarte, necesito saber que quien tengo al lado hace las cosas por ella misma: si quieres ser peluquera, hazlo, pero cuando te pregunte “qué tal el día” espero que me respondas que genial.
- No entiendo qué me quieres decir, ya no sé qué más hacer.
- Es una pena, con esa respuesta me demuestras que realmente no tienes ni idea.

De nuevo, cerramos la conversación, Evelyn estaba cada vez más triste y frustrada y yo más enfadado y decepcionado. Que era una mujer inteligente, lo supe desde el primer día que la vi, su capacidad de aprendizaje y razonamiento eran increíbles, sencillamente no había tenido una vida en la cual se hubiera formado, no había tenido al lado referentes que le enseñaran hasta dónde podía llegar, pero, si ella no era capaz de darse cuenta de esto, no podía hacer nada. Ya había vivido la situación de tener a alguien al lado frustrado y no podría volver a pasar por lo mismo.

Nos metimos en proyectos de *e-commerce*, le dimos algunos a Evelyn para que los gestionara, pero, al parecer, las tiendas eran un poco raras y se acabaron cerrando, por lo que poco pudo hacer con ellas. Su frustración fue creciendo y, sin darme cuenta, en cada conversación que teníamos más pequeña la hacía y yo más grande. No entendía qué estaba pasando, pero esta vez sí tenía claro que no podía repetir las mismas situaciones. Recuerdo un día que vino una amiga a casa y estuvimos hablando de cómo nos iba la vida, empezamos a charlar y todo iba bien hasta que salió el tema del trabajo.

- ¿Y a ti que tal te va con el marketing, Eve?
- Bien, he aprendido muchísimo.
- Muy bien, me alegro, ¿y ahora qué?
- Ahora a esperar que la contraten en alguna empresa - respondí, no la dejé que hablara, además, usé un tono soberbio, casi despectivo.
- Sí, bueno, en eso estoy.

- Jaime, pero déjala hablar. No sé cómo lo aguantas.
- Porque le quiero mucho.
- Aish, Jaime, el día que se canse te va pegar una patada en el culo, luego vas a llorar y a ver dónde encuentras tú a otra Evelyn.

Con esa expresión me tocó el ego, me destruyó el orgullo, llevaba muchas semanas frustrado, machacándola para que intentara posicionarse, para que fuera alguien, no quería a nadie a mi lado que estuviera soñando y dando pena. Después de escuchar ese comentario, ella sonrió. No dejé ni que empezara a hablar.

- Mira, Conchi, Evelyn hay mil en el mundo y créeme que las puedo conseguir cuando quiera, pero Jaime solo hay uno.
- Tío, pero de qué vas, cómo dices eso- se molestó más que Evelyn por el comentario.
- Te lo digo en serio, mira, no dice nada.
- No es que no diga nada, creo que te equivocas y ya está.
- Bueno, yo creo que no.

Me levanté y me fui al ordenador, no quería seguir hablando, había faltado al respeto a Evelyn y ella ni siquiera se había enfadado. Estaba en una deriva extraña y quería ahogar mis horas trabajando, todas las alertas de mi cuerpo se activaron y la frialdad me invadió.

Eve se quedó hablando un buen rato con Conchi, se despidieron y el día acabó sin que intercambiáramos palabra mucho más. ¿Por qué otra vez estaba viviendo esto? Lo tenía todo, no me fallaba nada, ya había pasado el tiempo suficiente para que nos conociéramos y había aceptado la situación, ¿por qué ahora, de golpe, quería más? Ella era más lista que yo, lo repetía demasiadas veces y buscaba los ejemplos que me llevaran a complacerme, a darme la razón. Cada recuerdo de cómo aprendía, de cómo evolucionaba como profesional, me hacían ver y entender que era un diamante en bruto, sin embargo, por alguna razón, no evolucionaba. Se había bloqueado y no iba a sacarla de ese bucle.

Me desperté sudando, no sé si había tenido una pesadilla o los propios nervios de lo que estaba viviendo me hacían estar así, debía que hacer algo, la amaba, estaba convencido de que era la mejor, que podría brillar, pero no para mí, sino para ella, podía llegar donde quisiera, de eso estaba seguro, y necesitaba que lo viera por lo que jugué la última carta que me quedaba.

Llegué a la oficina y hablé con Agustín, el CEO de una empresa con la que colaboraba directamente. Nos llevábamos tan bien que era total conocedor de lo que estaban buscando: mejorar el marketing. Para ello, habían contratado una de las agencias más buenas de Barcelona. Le dije cómo era la situación de Evelyn a nivel formativo y que necesitaba una oportunidad, accedió encantado, así que esta nueva posibilidad serviría para que Evelyn empezara a trabajar de forma tutelada y, a su vez, con poca responsabilidad para que pudiera aprender en una de las mejores empresas que existían en la actualidad. Mataba dos pájaros de un tiro porque si funcionaba, aprendería y se empoderaría, ya no llegaría a casa y la vería tirada en el sofá. Le expuse muy claras las condiciones a Agustín: si no realizaba correctamente sus cometidos, la quería fuera. Su puesto sería de becario, no quería que le dieran responsabilidades de ningún tipo hasta que demostrara su valía.

Aquel día apenas trabajé, tenía en la cabeza únicamente una cosa: ¿me estaba equivocando

con ella? ¿Estaba forzando su camino y no me estaba dando cuenta? Yo fui quien le propuso el cambio de ámbito laboral, cambiar para encontrar una oportunidad mejor pagada, más profesional, e igual no me había parado a pensar en su capacidad, en el tiempo que conllevaba la formación para algo nuevo y la presión que ejercía, si quedaba mal en la empresa donde entraba sabía que acabaría frustrada del todo y, sinceramente, no tenía claro cómo iba a afectar eso a nuestra relación. Procuré acabar la jornada rápido para ir a casa y poder hablar tranquilamente con ella.

- Mi amor, ¿qué tal el día?
- Muy bien, aquí esperándote, ¿tú qué tal?
- Bien, con novedades, ¿nos vamos a la terraza?

Ese lugar de la casa se había convertido en nuestra zona de charlas, cuando queríamos hablar de algo nos íbamos fuera y, mientras tomábamos algo, nos pasábamos horas y horas hablando.

- Claro
- Bueno, como siempre voy a ir directo: he hablado con Agustín.
- ¿Para qué? ¿Para trabajar ahí?
- Más o menos, para que entres como aprendiz, te pagaría yo y él me abonaría una parte como junior.
- Y qué tendría que hacer.
- Ellos han contratado una empresa de marketing que les lleva todo, se han gastado 36 mil euros y pagan 5 mil mensuales, lo que tienes que hacer es aprender y sustituirlo, además, creo que nos irá bien porque ya no trabajarás más conmigo.
- ¿Y trabajaría para Agustín aunque me pagaras tu?
- Más o menos.
- ¿Qué es más o menos?
- Pues que tendrás la oportunidad de aprender y ponerlo en práctica, no sé de marketing, sé más que tú porque no sabes casi nada, pero esto es una super agencia, empápate, mira e investiga todo lo que hacen y después de eso, piensa qué vas a hacer con tu futuro, es una buena oportunidad y solo dependerá de ti.
- Vale, me parece bien.

La cara de Evelyn chillaba socorro, no me podía decir que no, se sentía obligada a trabajar en lo que yo le dijera y, con toda la presión y el machaque ejercido por mí, no se sentía ni profesional ni preparada. Empezó el lunes y le perdí la pista las siguientes tres semanas. No quería saber nada de lo que hacía, ni de sus dudas, ni de sus miedos, había decidido dejarla libre y ella tendría que sobrevivir en caso de que no estuviera lo suficientemente preparada.

Recuerdo cuando trabajaba para mi padre, en su empresa había muchísimos trabajadores, empecé desde abajo, trabajando, ya que no estudié, muchísimas horas. Era un trabajo físico, no me pagaban por pensar, sino por ejecutar y con los años fui escalando, poco a poco, hasta llegar a ser encargado en el turno de noche. De esa experiencia, me llevé muchas cosas, pero hay varias que se me quedaron grabadas: nunca éramos lo suficientemente buenos para él, cuando creíamos que habíamos logrado algo, aparecía y nos desmontaba con los detalles de mil cosas que estaban mal. Es una relación muy loca, de cada 999 bien, 1 mal. Recuerdo la sensación de fracaso que

eso me hacía sentir, por qué no veía lo que estaba correcto, por qué, de entre todo solo, podía ver la que estaba mal. Su justificación siempre era la misma: critico lo que está mal, lo que está bien te lo hago saber pagándote el sueldo. Odié esa frase hasta la saciedad, había días que, antes de dormir, me hundía en mi propia frustración y lloraba de impotencia. Cómo no podía valorar mi esfuerzo, trabajaba doce horas sin problemas, me desvivía sin pensar en nada que no fuera reconocimiento, ni siquiera era dinero y, sin embargo, no lo obtuve jamás, de su boca nunca salió una frase como “eres el mejor”, “lo haces super bien”, “confío en ti” ... Siempre quería revisarlo todo, no había operación que pudiera efectuarse sin que él la validara, hasta que un día detoné. No se puede vivir a la sombra de una montaña infinita, hay una diferencia entre tener un objetivo alto y uno sin fin, así que decidí emprender y ver qué podía conseguir solo. Cuando visitaba a los clientes, cuando veía cómo el resto de empresas trabajaban, me venía a la cabeza cómo lo hacía mi padre y me fascinaba darme cuenta de que podía entender qué hacían mal en pocos segundos, podía hacer una consultoría y proponer todas las soluciones solo viéndoles trabajar unos minutos. Eso fue gracias a la experiencia obtenida de trabajar con él. Juré nunca ser como mi padre, juré ser alguien que confiara en los demás. Tenía un equipo al cual le daba lo mejor de mí, los trataba como me hubiera gustado que me trataran a mí, sin embargo, con Evelyn no me estaba comportando de esta manera, la machacaba porque algo dentro de mí quería que fuera la mejor, confiaba en que realmente tenía mucha más capacidad que yo y por eso la traté como me trataron a mí, sin compasión, sin amor, sin paciencia, solo quería resultados y debían ser perfectos.

Compartimos oficina los dos proyectos, por lo que veía a Evelyn trabajar, no la escuchaba y no estaba atento a lo que hacía, pero sí que la notaba implicada. En muy poco tiempo obtuvo muchísima afinidad con el equipo de Agustín y empezó a evolucionar. Fue algo increíble, en nada de tiempo cogió el control de la situación, esta vez era ella quien, al llegar a casa, hablaba por teléfono, presentaba informes de evolución cada viernes a su jefe, exponía estrategias y todas las personas con las que trabajaba acababan preguntándole a ella. La velocidad de lo que estaba sucediendo era tan grande que no me estaba dando cuenta.

Nos pusimos como norma al llegar a casa no hablar del trabajo un tiempo, quería recuperar la magia que tenía con ella y, sin darme cuenta ella, empezó de nuevo a cambiar. Ya no se callaba nada, empecé a cocinarle, a limpiar la casa, a planchar la ropa, la veía trabajar fuera de hora y el orgullo me rebosaba por todo el cuerpo, no podía permitir que rompiera ese nuevo ritmo haciendo cosas tan básicas como las tareas del hogar. Se había empoderado y, poco a poco, aquella mujer que ya no veía tan grande ni tan fuerte, de repente creció de tal manera que su volvió a imponerme respeto.

Tardó solo dos semanas en que le pagaran el sueldo completo y en otras dos, al cumplir el mes, el propio Agustín se reunió conmigo para decirme que quería contratarla directamente. Ya no me pertenecía, no dependía de mí, ahora la estaban buscando y no era yo quien tenía que llevarla de la mano, me había soltado para ir libre.

Capítulo 15

Miedo

«El miedo es un proceso, no un estado».
J.R

¿Qué pasaría si realmente se encontrara la perfección? Y no la perfección de uno mismo, si no la soñada. Simple, la necesidad de atesorar a ese ser se convertiría en obsesión e inseguridad, cualquier fallo se quedaría guardado, sabiendo el coste de lo que ello supone. Como en una partida de ajedrez, un mal movimiento te hace perder la partida, por lo tanto, cada jugada desde el comienzo es clave y una mala decisión nada más empezar puede suponer perderlo.

Ya no había ningún tipo de discusión, miraba a Evelyn y su luz me cegaba cada instante, cada beso, cada abrazo, cada te quiero, me hacía sentir único y me aterraba, ahora tenía la perfección a mi lado, mi perfección y, por primera vez en mi vida, no solo me sentí inferior si no que tuve la sensación de que no podría volver a encontrar a alguien así.

No era la misma Evelyn que conocí, esta nueva versión era distinta. No usaba el mismo lenguaje en el trabajo, todo mi entorno la quería y la respetaba, me compraba la ropa a mí y yo a ella, vestía mucho más desenfadado y ella llevaba un estilo mucho más formal, aunque seguía siendo atrevido. Recibía felicitaciones constantes de la gente con la que trabajaba, más de un cliente quería reclutarla y el propio Agustín la hizo una pieza clave en su negocio. Cuando la veía, no podía evitar decirle que estaba preciosa, quería en todo momento decirle que la amaba y no podía sacarme de la cabeza todo el tiempo que estuve machacándola. Una parte de mí lo hizo buscando esta consecuencia, quería tener al lado mi perfección, alguien que estuviera conmigo pudiendo tener a cualquiera y que, sin embargo, me eligiera a mí, pero, una vez lo obtuve, no supe entenderlo.

El tiempo jugaba a su favor, día a día crecía, ya no era la chica insegura que quería justificarme las cosas, tenía claro que lo hacía bien, que era buena y no paró de aprender hasta llegar el momento en que sustituyó a la empresa de marketing contratada para ofrecer los mismos servicios, mejorando enormemente los resultados. Quedé tan impactado que le preguntaba cómo lo hacía, quería que trabajara conmigo, sabía que lo que vivió fue necesario para alcanzar el nivel que tenía, pero estaba arrepentido, ya no controlaba nada, ahora ella podía decidir y cualquier cosa que eligiera sería por su propia voluntad. El descontrol se apoderó de mí. Ella, Evelyn, acaba de nacer de nuevo y, esta vez, era yo quien no se sentía a la altura.

Somos tan idiotas, tan ególatras, que no sabemos parar de pedir aquello que creemos que por derecho nos pertenece. Creí que era de mi propiedad, era mi perfección, no pensé cómo podía afectar llegar a ese punto y, ahora que lo había alcanzado, en mi mente no paraban de repetirse situaciones pasadas en las que decía estupideces, en la que la menospreciaba, en especial la frase de “hay mil Evelyn's y un solo Jaime”. No podía olvidar esa gran falta de respeto, ahora sentía que había una Evelyn y que el mundo entero era mejor que yo, ni siquiera me sentía entre los mil primeros que podía encontrar. El pánico se apoderó de mí y, aunque la quería, la amaba, me sentía la persona más orgullosa y afortunada del mundo, no era capaz de disipar las dudas del día a día que esa situación me generaba. Y como si el destino estuviera escrito, como si el karma realmente existiera, una tarde cualquiera, en un momento inesperado, esta vez fue ella quien me dijo “vamos a hablar un rato”.

- Mi amor, ¿por qué no vamos a la terraza y nos tomamos algo?
- Claro, ¿todo bien?
- Sí, sí, solo quiero que nos sentemos.

El corazón se me aceleró bastante, estaba seguro de que estábamos bien, hablábamos de muchas cosas durante el día ya que trabajábamos juntos. Nuestra relación cada día iba mejor y, al no entrometerme mucho en su trabajo, ya no teníamos casi discusiones.

- Bueno, dime.
- Nada, solo quería que estuviéramos un rato aquí, hablando.
- Amor, me tienes un poco preocupado, ¿de qué quieres hablar?
- Pues quería darte las gracias, me siento superbien en el trabajo, entiendo todo lo que me dicen y me siento realizada. Creo que he encontrado mi lugar y solo quería agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Qué estúpida es la mente, por algún motivo irracional relacionamos aquello que nosotros hacemos y pensamos con lo que piensan los demás. Cada vez que le había dicho esa famosa frase había sido para machacarla, por lo que esperaba lo mismo, y nada más lejos de la realidad, lo que me encontré fue a Evelyn agradeciéndome y haciéndome participe de sus logros. Me invadió la paz, sentado frente a ella no solo la veía brillar, la veía perfecta, pasaba el tiempo y me iba enseñando con su forma de ser, con su forma de hablar, me hacía ser mejor persona, más humano, hacía que nuestra burbuja fuera más hermética, más nuestra, y no pude hacer otra cosa que mirarla y sonreír.

- ¿De qué te ríes? Te lo digo en serio.
- Amor, me esperaba otra cosa, no sé.
- ¿Otra cosa como qué?
- Pues esperaba que me dijeras algo malo, como cada vez que te he dicho de hablar ha sido para darte caña y es la primera vez que me lo dices tú a mí...
- Qué tonto eres.
- Te lo digo en serio
- Sé que lo que has hecho ha sido por mí, de verdad, te quiero y agradezco la oportunidad que me has dado.
- No he hecho nada, desde que te conozco, te digo que eres más lista que yo, sencillamente no has tenido a alguien que te enseñe que hay más caminos a parte del que llevabas.
- Pues por eso quería agradecerte.
- ¿Sabes? Ya que estamos sincerándonos, y esto no te lo digo mucho, ahora mi mente se ha partido en dos.
- ¿A qué te refieres?
- Una parte de mí está que no cabe en sí, cada vez que alguien me habla de ti, que te felicitan, que veo dónde estás llegando, me siento el hombre más orgulloso del mundo. Pero me da pánico, no me quito de la cabeza cosas que te he dicho de las que me arrepiento, que están ahí, y ahora te veo tan grande, tan perfecta que estoy celoso del mundo.
- Jajaja, ¿me lo dices en serio? ¿Celoso tú?
- Te lo digo muy en serio, ¿no te has fijado que cada día te digo lo guapa que estás? No sabes cómo te miro, cómo te necesito tocar a cada momento. Hay veces que no me creo que seas mía.

- Mi amor, soy tuya para siempre.

- Y yo tuyo, solo que no me lo creo, al principio te veía única, el tiempo contigo no pasaba y pensaba que la primera parte del amor, los primeros meses, eran perfectos por ser el comienzo, que luego todo se iba a suavizar y nos quedaría algo normal, una monotonía humana, pero contigo es al revés, cada día me gustas más, cada día te deseo más, siento más complicidad, más amor, sin embargo, esto me está empezando a causar inseguridad. Ahora no sé qué haría en mi vida sin ti.

- Jo, amor, qué bonito, soy tuya para siempre.

- De verdad que quiero eso- una lágrima salió sin mi permiso hasta caer al labio, me estaba derrumbando, no llevaba una buena racha en el trabajo ni familiarmente y, aun así, ella siempre estaba dándome el 100%.

- Además, no se te olvide, al final nos vamos a casar, te acuerdas, ¿no?

- Claro que sí, toda la vida juntos.

- Pues, amor, no le des más vueltas, quiero seguir aprendiendo y creciendo y quiero que me sigas machacando, que estés orgulloso de mi, aunque igual un poco más suave.

- De verdad, siento haber sido tan duro, no te lo mereces.

- Dejémoslo aquí, amor, vamos a preparar la cena y a desconectar.

Se levantó de la silla y, con una sonrisa dulce pintada en su cara, se acercó a mí para abrazarme, las lágrimas me volvieron a caer, era mía, yo suyo y no iba a permitir que nada estropeará esa situación.

Después de esa conversación, todo empezó a ir aún mejor, tenía que creer en sus palabras, no dudar, había pasado conmigo distinto tipo de situaciones y cuando ella tenía miedo, le respondía lo mismo: “tienes que confiar en mí”, no había otra, esa era mi frase y la asumía con total claridad, la devolvía a nuestra realidad y se le quitaban las incertidumbres. Ahora era yo quien tenía que hacerlo, confiar en su palabra, en su amor y dejarme llevar. No fue una tarea sencilla, no podía evitar decirle lo guapa que era diez veces al día, querer besarla a todas horas. Tras de varios días dando vueltas, pensé que había llegado el momento de que Evelyn fuera mía de verdad.

La primera imagen que tengo guardada en mi cabeza de una boda es en una iglesia antigua. Hay un portón enorme con unas escaleras muy amplias en modo de abanico inverso con la parte estrecha en la zona superior. Muchísima gente a los lados, formando un pasillo. Va elegantemente vestidos. Todos los que están ahí tienen en común las manos llenas de arroz. Niños, abuelos, familiares, amigos están esperando el momento oportuno y, de golpe, se abren las puertas de la iglesia y aparecen los novios con los ojos entrecerrados por el cambio de luz, van cogidos del brazo y, con pasos muy cortos, se acercan al inicio de la escalera. Se hace un silencio enorme y suena una voz: “¡VIVAN LOS NOVIO!”; a lo que acompaña un coro: “¡VIVAN!”; mientras, los ojos de los novios acaban de adaptarse al cambio, decenas de personas lanzan el arroz por los aires, creando una lluvia de granos que cae sobre los novios, se oyen silbidos, gritos y risas de los allí presentes. La novia se tapa con el ramo, el novio se protege con la mano y, al llegar al final de la escalera, empiezan a abrazarse con los que están allí. Es un momento mágico, en ese instante no existe el lujo ni el tiempo, solo son dos personas agradeciendo a las demás compartir ese momento. Es todo mágico, un momento único. Se abrazan y lloran, se ríen, los niños corretean alborotados, vestidos como adultos y todo el mundo está feliz.

Nunca me he imaginado así con nadie, desde que tengo uso de razón siempre había pensado que esos momentos eran películas inventadas, situaciones creadas por cultura, no por iniciativa propia, que estamos tan predestinados a seguir el camino del mundo que no nos paramos a pensar en qué simboliza ese momento o cuán importante es. Hacía demasiado tiempo que soñaba con eso, que me veía a su lado, no me atrevía a decírselo porque desde que la conocí, le dije que a mí no me hacía ilusión; en el fondo, estaba convencido de que era un trámite absurdo, nunca me había nacido ese tipo de instinto, pero después de que pasara el verano, de ver en lo que se había convertido, de cómo me había hecho padre y había creado conmigo mi nueva familia, de sentir esa necesidad de estar con ella el resto de mi vida, me empezó a nacer ese sentimiento. Quería gritar al mundo que la amaba, que era mía, quería ser el protagonista de esa escena y guardar ese recuerdo en mi corazón para siempre. Había llegado el momento de lo que hablamos en nuestra tercera cita, de lo que sería casarnos. Ya tenía un plan, tenía claro cómo se lo pediría y lo único que tenía que hacer era ponerlo en marcha.

Tenía que demostrarle lo que sentía por ella de una forma única, las palabras no pueden siempre expresar lo que uno siente, debía hacer algo diferente, original, tenía que poder transmitirle lo que experimentaba, para esto que cree un juego. Dos meses antes de pedirle mano, el 29 de noviembre, haríamos de manera oficial, un año desde que nos vimos por primera vez, era nuestra fecha ya que ese día, el que la conocí, algo se despertó en mí y no paró de crecer. Desde ese instante, aprendimos mucho el uno del otro, pero había tres cosas que no me podía quitar de la cabeza:

- Evelyn tenía queloides y no le gustaban, siempre me dijo que fue su único complejo y, desde que la conocí, a mí me fascinaba. Tenía justo en la parte central del pecho una cicatriz de unos 7 cm. que parecía que la habían operado, que le habían extirpado una parte de ella y lo hubieran cosido.

- Estuvo toda la relación sorprendiéndome, tenía miles de detalles, había días que llegaba y tenía una cena preciosa con una carta de amor, otros en los que me sorprendía con fotos colgadas de globos con momentos vividos. Se encargaba de que cada momento fuera único y de que agradeciera hasta el último segundo por nuestra relación.

- Quería casarse y me lo dejó claro desde el primer momento en que la vi, además, había algo muy especial: quería que su abuela estuviera presente y consciente para poder celebrar ese día tan especial con ella.

Por fin podría demostrarle que era su mejor elección, quería marcar un momento imborrable en su vida, incapaz de olvidarlo, quería crear un pilar en nuestra relación, un momento tan único, tan especial, que todo lo vivido hasta ese momento pasara a un segundo plano. Ideé, entonces, el que llamé “El juego del amor”. Era sencillo: durante dos meses le iría dando pistas, le dije que para la celebración de nuestro aniversario había preparado una serie de sorpresas que tendría que ir resolviendo y constaba de tres partes. Lo que sucediera estaría relacionado con ella, porque ella era la protagonista. Podía llegar hasta la última fase o no, dependiendo de sus decisiones.

Consistiría en tres maneras de demostrarle cuánto la amaba, tres maneras de decirle que nunca había querido a nadie así y tres maneras de demostrarle que estaría toda la vida con ella. La primera pista sería una carta en la que indicaría que tenía que hacerme daño de alguna manera. Era la primera prueba de amor. Una vez hubiera conseguido el reto propuesto, tendría

que seleccionar entre dos cajas exactamente iguales y, si se equivocaba, el juego terminaría revelando el final. Si no lo hacía, si escogí la correcta, se pasaría a la segunda prueba, que daría pie a una tercera a partir de una palabra clave que tendría que descifrar.

La segunda prueba estaba compuesta de ocho pistas que solo ella podría adivinar. Se las había dejado escondidas y si las adivinaba, descubriría el final del juego, como ocurría con la primera, pero si ganaba yo adivinando fecha y hora, se pondría en marcha la tercera fase del juego y Evelyn tendría que decidir, dependiendo de lo que concluyera, si comenzaríamos con la tercera prueba. Si escogía empezar la tercera fase, le dije que lo que iba a entregarle tenía dos peculiaridades: que sería eterno, que no se podría perder ni olvidar y que era infinito; la otra era que podría hacerlo tan grande como ella quisiera o mantenerlo tan pequeño como yo se lo entregaba.

La experiencia fue única, durante los dos meses que estaba preparando el juego, ella no paraba de decirme que creía saber qué era, pero no se lo podía esperar, así que muchas noches nos poníamos a jugar a las adivinanzas.

- Va, mi amor, dame una pista.
- Qué pista quieres que te dé.
- No lo sé, una más, no entiendo que te quiera hacer daño por curiosidad.
- Jajaja, pues así será.
- Es que no lo entiendo, ¿y si no te hago daño no avanza el juego?
- Exacto.
- Es que no lo entiendo, yo nunca querría hacerte daño.
- Pues me lo harás.
- Bueno, pues dime sobre la segunda, no entiendo, ¿qué vas a adivinar?
- Mira, creo que te conozco tan bien, tan bien, tan bien que sé leer tu mente y adivinar qué vas a decir, hacer y pensar.
- ¿Y si te equivocas?
- No pasará nada, eso querrá decir que no te conozco tanto como creo.
- Es que no entiendo a qué juegas, esto no tiene gracia.
- Para mí sí.
- Pues no lo entiendo.

Pasábamos horas y horas con los mismos juegos, estaba super ilusionado, era mi momento de prepararle una sorpresa, la primera que le hacía a alguien en mi vida, esta vez no se trataba de dinero, era mi forma de demostrarle amor y mi cabeza solo estaba pensando en cómo ejecutar el plan sin que hubiera el más mínimo fallo.

- ¿Y si escojo cuando empieza el juego la caja que no es?
- Pues descubrirás el final.
- ¿Y se acaba el juego?
- Exacto.
- Joder, amor, no quiero jugar a esto, es muy loco.
- Mira, te voy a dar la última pista.
- Pero que sea buena.
- Durante este año no has parado de sorprenderme, has cambiado tu vida entera por mí, me has hecho padre, me has hecho vivir de nuevo y no has parado de quererme, de hacerme todo

tipo de detalles, me he sentido el hombre más querido y afortunado del mundo y, aunque no haga muchas cosas, esta vez quiero hacer una que valga por las que no he hecho durante este tiempo, así que lo que he buscado son tres maneras de demostrarte cuánto te quiero.

- Pero cómo tres maneras distintas, sigo sin entender.

- Te voy a demostrar que nadie te va a querer como yo, que nunca te voy a olvidar ni tu a mí y que, de verdad, vamos a estar siempre juntos.

- Qué bonito, amor, de verdad, mucho, pero yo ya pienso eso.

- Jajaja, ¿sabes la frase que me dices cada día? ¿La que yo te arrebato cada vez que me la dices?

- ¿Que yo te quiero más?

- Exacto.

- Es que yo te quiero más.

- Jajaja, pues después de esto te voy a dejar claro que no es así.

- Imposible

- Ya lo verás.

Tres maneras de demostrar todo mi amor. Llevaba desde que la conocí pensando, cuanto más me enamoraba de ella, cuanto más nos conocíamos, más claro tenía cómo tenía que ser todo.

Capítulo 16

Un juego

«La vida no se mide por la cantidad de aire que respiraste, sino por los momentos que tu corazón palpita con más fuerza».
Pablo Picasso

Hay muchas formas de decir te quiero, de demostrar lo importante que es alguien para ti, pero hay amores que se te quedan para toda la vida, hay momentos y situaciones que no puedes olvidar, que se almacenan como un recuerdo en tu memoria y los atesoras por siempre. Hay recuerdos que no se comparten, que nos los quedamos para nosotros, somos egoístas con esos sentimientos y no queremos repartirlos. Esos momentos únicos no siempre vienen dados por la persona con la que acabas el resto de tu vida, pero la creatividad para demostrar lo enamorado que te sientes va ligado a instantes, a situaciones que te hace vivir esa persona y quería marcar el momento más imprescindible en la vida de ambos.

Que lo que uno repudia a otro le fascina, desde mi punto de vista, va ligado al significado. Evelyn odiaba los queloides porque era algo que había tenido que sufrir sin elección, sin embargo, esa cicatriz en su pecho no solo me gustaba, si no que daba rienda suelta a mi imaginación desde el primer momento en que la vi. Parecía creada por haber entregado su alma, su corazón, así que la primera parte del juego, y mi primera muestra de amor, sería precisamente compartirla. Busqué a una tatuadora especialista en reconstrucción de pechos y le pedí que me hiciera exactamente la misma cicatriz en el mismo lugar. Debía ser así, como yo lo veía, porque esa cicatriz, la que acabaríamos llevando ambos, debía significar la entrega de nuestras almas y corazones, esa era la marca de que no solo le entregaba mi amor, le daba mi corazón físico. Quería entregárselo todo y como no podía hacerlo de manera literal, quería tener exactamente lo mismo que ella. Compré dos cajas iguales, en cada una puse un libro y un sobre, le haría entender que eran distintas, una contendría el final del juego y la otra no. La que que no fuera seleccionada estaría a su vista todo el tiempo para, llegado el momento, que pasara algo. Podía aprovechar en cualquier rato para meter dentro de la caja lo que faltaba, la última parte de la fase dos.

La segunda era más compleja. Cuando nos conocimos, le escribía pequeñas notas de cómo me sentía, siempre le había dicho que no podía decirle lo que experimentaba con ella, que algún día se lo haría entender, aunque no supiera cómo. Lo que ella no sabía era que estaba escribiendo un libro, este libro, y que iba por el capítulo 12, lo que ahora lees para poder saber que sentí y como viví mi aventura al conocerla, el mismo libro que le puse en las cajas que abriría en la primera fase del juego. Quería immortalizar mi historia con Evelyn, quería que entendiera todo lo que viví, que viera realmente cuánto la amo. Una vez lo acabara, adivinaría el día y la hora en que se lo acabaría de leer y le pediría matrimonio de una manera distinta. Podía distraerla para que leyera más rápido o más despacio y conté que se lo acabaría en unos tres o cuatro días, por lo que iba a preparar a la familia para que ese mismo sábado comiéramos juntos. Al libro le faltaban ocho momentos por escribir en los que nuestros familiares fueron partícipes de nuestra historia, si ella se daba cuenta, entendería que había algo raro, si no se daba cuenta, el día y la hora sería ese mismo sábado y le pediría matrimonio, haciendo que cada familiar leyera el trozo

que faltaba. En ese momento, aparecería la caja que le puse al principio, supuestamente igual que la otra, y durante el proceso le añadiría la otra hoja para que pareciera que había estado ahí desde el principio. Su abuela sería quien leyera la página final. Una vez acabara, me miraría y, de rodillas, le pediría matrimonio.

La tercera parte era la que cerraba la experiencia: su cambio laboral fue enfocado al marketing y siempre fantaseábamos con “imagina que con nuestra historia de amor hicieran una serie o escribieran un libro y ganáramos dinero con ello, podríamos hacer una super boda”. Registré a Evelyn como escritora en Amazon, yo era consumidor de *Kindle*, por lo que sabía cómo funcionaba. Publicaría el libro y de ella dependería que fuese privado o hacer que el mundo entero supiera qué hemos vivido y con ello hacer la boda de nuestros sueños.

Llego el día, era 29 de noviembre, estaba super nervioso y ella, como siempre, me tenía sus cosas preparadas. Como quería que fuera especial, me esperé a que empezara. Fue alucinante, me había preparado todo tipo de cosas: un vídeo-resumen de nuestro año, los niños, los viajes, nuestras vivencias... Me dejó el corazón blandito y, sin poder evitarlo, lloré como hacía tiempo que no lloraba. Esa mujer no dejaba de sorprenderme y, entre los nervios que llevaba y lo que ella me preparó, no pude evitar sentirme el hombre más afortunado del mundo, aunque exteriorizaba el llanto de un bebe. Me repuse un rato y, cuando por fin llego mi momento, empezó el juego.

- Bueno, mi amor, por fin ha llegado el día.
- Estoy supernerviosa.
- Tranquila, amor, yo también. Voy a hacerlo lo mejor que pueda, ¿estás lista?
- Sí, por favor.
- Ok, voy a poner el móvil a grabar, quiero guardar este momento para siempre.

Apoyé el móvil en un mueble, le pedí que se sentara en la mesa y coloqué las dos cajas idénticas una al lado de la otra.

- Te dije que este juego va sobre ti y dependerá de las decisiones que tomes, yo, que creo que te conozco más que a nadie, adivinaré cada una de las cosas que van a pasar a partir de ahora, ¿estás lista?

- Sí, mi amor- estábamos tan nerviosos que incluso nos temblaban la voz y las manos.
- Bueno, amor, como llevo diciendo desde hace días, aquí tienes dos cajas: una de ellas inicia el juego y la otra te lleva al final directamente. Solo puedes abrir una, no puedes levantarlas ni tocarlas, solo señalarla y, una vez lo hagas, la otra me la llevaré yo y la guardaré hasta que llegue el momento.
- ¿Y si me equivoco?
- No lo harás, confía en mí.

Se puso las manos en la cara, estaba super nerviosa, yo estaba tranquilo, ya que ambas cajas eran idénticas, no podía fallar, pero un juego es un juego, así que la dejé pensar unos segundos hasta que escogió una de ellas.

- Esta.
- ¿Estás segura?

- Sí.
- Ok, ábrela.

La caja era pequeña y tenía un lazo que la envolvía, de manera muy delicada, quitó la tapa, encontró un sobre y debajo un libro.

- Lee primero el sobre, pero en voz alta.

CORAZÓN Y ALMA

Desde que te vi la primera vez, hubo algo que me llamó la atención, te vi esa forma encima del pecho con forma de cicatriz que me obligaba a mirar. Al principio, pensé que esa marca podría ser debido a una operación, a algún tipo de problema, hasta que un día no pude evitar preguntar. Necesitaba saber qué te había pasado y lo último que esperé fue tu respuesta, era un queloide, una forma de tejido que se crea de forma natural en el cuerpo y que no se puede quitar. Nunca había visto nada parecido, nunca había escuchado esa palabra y, aunque me habías dicho que no te gustaba, que te la querías quitar, a mí me fascinaba. Era como si de tu pecho hubiera salido algo, como si esa cicatriz en esa zona se hubiera formado al desprenderse alguna parte de ti. Eres tan especial que hasta eso es único en ti.

Mi imaginación vuela libre y tengo el atrevimiento desde el día en que te conocí de decirte que eres mía, que tú, me perteneces, que tu corazón y tu alma son míos y, aunque no tenga el poder de entregarte mi corazón físicamente, sí quiero dejar una marca idéntica a la tuya para que a partir de ahora cuando la veas, entiendas que esa cicatriz para mí tiene el mismo sentido que para ti la mía, es la entrega mutua de nuestro amor. Esa marca, ese símbolo, va a ser la prueba que demuestre que eso es cierto.

Ahora te toca a ti ver el resultado de entregarte mi alma y mi corazón.

Mientras lo leía, le temblaba la voz, se le caían las lágrimas y a mí también, se quedó en shock, no entendía, se emocionó tanto que lo único que podía hacer era mirarme a los ojos, nada más hasta que, después de unos segundos, me abrí un poco la camisa y le dejé ver que en mi pecho había un esparadrapo en el mismo lugar que ella tenía su cicatriz.

- Amor, es el momento: por curiosidad, tendrás que hacerme daño.

Se quedó aún más en shock, se acercó, extendió su mano y me pegó un tirón. Estaba un poco rojo, pero pudo ver que ahora en mi pecho, en el mismo lugar que ella, tenía la misma marca, ambos teníamos la misma cicatriz y, esta vez, tenía un significado compartido.

- No sé qué decir...- las lágrimas se le caían sin control, estaba absorta en mi cicatriz mientras sostenía la carta.

- Esta es mi primera manera de demostrarte que te amo.

Ya no contesto más, empezó a llorar y me abrazó, fue una sensación que atesoro en mi corazón, ese abrazo, ese beso, ambos llorando y nuestros pechos juntos. Realmente, parecía que nos habían separado al nacer y que estábamos predestinados a encontrarnos y estar juntos.

- Te quiero muchísimo, mi amor, para siempre.
- Y yo a ti, de verdad... - apenas podía hablar.
- Bueno, ahora llega la segunda parte, no podemos parar aquí.
- ¿Aún hay más? De verdad, amor, que no puedo...
- Tranquila, vida, mira- le señale la caja.
- ¿Qué?
- ¿No te has fijado en que la caja pesa mucho? Mira dentro mejor- había puesto un doble fondo para que el libro no fuera lo primero que viera al abrir la caja.
- ¿Qué es esto?
- Mira bien
- ¿Un libro?
- Más o menos, míralo bien.

No se lo podía creer, el libro se llamaba *Despertar* y la portada era su silueta desnuda con la cicatriz, nuestra historia de amor inmortalizada. Pasara lo que pasara, siempre podría guardarlo y recordar en cada momento lo que sentía por ella.

- Es nuestro libro...
- Esta es mi segunda manera de demostrarte cuánto te quiero. Te dije que, de alguna manera, te haría ver todo lo que yo he vivido, sé que ha sido difícil, que has aguantado mucho, pero, por fin, puedo hacerte ver lo que sentí.
- Pero, ¿lo has escrito tú?
- Jajaja, ¡claro que sí, amor!
- Pero si tiene 200 páginas.
- Y me ha faltado muchísimo, pero creo que es suficiente para que te quede claro.

Esta vez se quedó congelada, no se lo creía, estuve muchísimas horas escribiendo a escondidas. Gracias a María, la diseñadora de mi empresa, y a mi hermana y mi cuñada, que iban leyendo mientras escribía, me dio tiempo a tener mi mejor manera de enseñarle lo que sentía por ella.

Me había salido todo redondo, estaba emocionada y con los sentimientos a flor de piel. Nos hicimos fotos, nos fuimos durante varios minutos al espejo a mirarnos las marcas que ambos ahora teníamos. Después de cenar y estar abrazados durante horas, hicimos el amor y nos fuimos a dormir. La primera parte del juego me había salido perfecta y ahora empezaba la segunda parte: frenar la lectura hasta el sábado y preparar el show con la familia.

Ahora que había empezado a leer el libro solo me quedaba una parte del plan por acabar: cada familiar que no estaba en el libro debía completar una parte de la historia. Hice una videollamada y los junté. Estaban tanto la familia de Evelyn como la mía, ya había ido de manera individual a cada uno a explicarles el plan. Quería hacer algo mágico, así que, como íbamos a quedar todos para comer, lo que haría sería después de los postres, conectaría el altavoz de Alexa y, en mitad de la nada, sonaría una voz que diría "Día y hora adivinados". En ese momento, deberían levantarse como robots y apartar las sillas, las mesas y disponerse en un orden determinado. Empezarían dando unas pistas y cada uno de los familiares a narrarían esa pequeña anécdota en la que aparecían y que no estaba en el libro. Cuando acabaran, estaría de rodillas listo para pedirle matrimonio. Tenía el anillo, tenía a todos listos, solo quedaba que llegara el momento. Hice la videollamada para repasar el plan y una vez todo el mundo estuvo listo, me

encargué de hacerles llegar en PDF con su parte. Solo quedaban tres días para el gran momento y solo podía rezar para que no fallara nadie y que saliera como esperaba.

Capítulo 17

Última decisión

«Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando».
Rabindranath Tagore

Había llegado el gran día, ya estaba todo dispuesto. Esa noche no dormí nada, cada vez que lo intentaba, me venía a la cabeza algo que fallaba. Era ilógico, hacía meses que estaba preparado, lo tenía perfectamente medido y había estado hablando con la familia. Tenía que salir bien, sin embargo, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Me descubría mirándola, tan tranquila, en un sueño profundo. Ella no sabía nada, no se lo esperaba, habíamos quedado con nuestras familias para comer en nuestra casa, era la primera vez que se veían, ya que íbamos a celebrar el cumpleaños de Evelyn. Todo eran casualidades para ella, era normal, aprovechábamos su cumpleaños para presentarlos y yo había elegido ese momento para no levantar sospechas.

Los nervios me comían, tenía ganas de vomitar, el estómago revuelto. no entendía por qué estaba así, nunca me había sentido de aquella manera. Debía de ser muy sencillo: habíamos quedado para comer, íbamos a reír, charlar, comeríamos y luego solo tenía que soltar una frase. ¿Qué podía salir mal?

Evelyn se levantó muy contenta, yo estaba en la cocina y, al verla entrar, le di un beso y le preparé un café.

- ¡Mi amor, que hoy se conocen las familias!
- Sí, sí, estoy un poco nervioso, la verdad.
- ¿Y eso? No lo entiendo.
- Bueno, quiero que se lleven bien.
- ¿Por qué no se iban a llevar bien? Qué tonterías dices, amor.
- Bueno, yo qué sé, vamos a repasar que tengamos de todo.
- Amor, tranquilo, que es muy fácil.
- Ya lo sé, ya, pero, de verdad, quiero ser buen anfitrión.
- Qué raro estás...

Se fue a tomar el café a la terraza y, mientras miraba el móvil, me iba mirando de reojo. Como estaba tan nervioso, me puse a recoger la cocina. No sabía qué hacer, cada minuto que pasaba más nervioso estaba y no encontraba manera de relajarme.

- ¿Falta algo al final, amor?
- Bueno, tengo que ir a por las sillas a casa de mis padres y tu tío trae bebidas, ¿no?
- Sí, pero no te preocupes, llama a tus padres y que los suban ellos.
- No, no, voy yo, amor, que así me aseguro.
- Pero, tranquilo, jajaja, no entiendo qué te pasa.
- Amor, que de verdad quiero que salga hoy todo bien.
- Jajaja, de verdad que estás raro.

Me duché y me cambié super rápido, iba mirando el móvil cada diez segundos para ver que

nadie hiciera algo mal. Venían a comer mis padres, mi hermana y mi cuñada, mis abuelos, los padres de mi cuñada, los tíos de Evelyn, su primo, su madre y su abuela. Tampoco éramos tantos. Era lógico que estuviera tranquila, pero yo sentía incluso que a veces me faltaba el aire. Ya no sabía qué hacer. Nos cambiamos ambos y aprovechamos que íbamos a casa de mis padres a por las sillas para luego ir a comprar algún plato de plástico y servilletas.

- Mi amor, ya estoy, ¿vamos?
- Sí, ya estoy lista.

Cogimos el coche y llegamos a casa de mis padres. Estaba atacado, cada segundo mi corazón palpitaba más rápido y estaba convencido de que me iba a descubrir, yo no sirvo para mentir ni guardar secretos y estaba jugando al límite.

- Hola, papá, hola, mamá.
- ¿Ya estáis aquí? ¿Os lleváis ahora las sillas?
- Sí, hemos venido a por ellas- Evelyn entró.
- ¡Buenas!
- Buenas, Evelyn- mi padre y mi madre, casi al unísono, la saludaron y fueron a darle dos besos.
- No os preocupéis, ya bajamos nosotros las sillas - mi padre lanzó el comentario.
- No, no, las llevamos nosotros, o me llevo yo tu coche y ahora te lo traigo.
- Pero para qué, es una tontería dar dos viajes.
- Eso mismo le he dicho yo, pero ha querido venir...
- Vamos a ver, quiero llevarlas yo. Evelyn, por favor, aprovecha y ve al chino. Ahora preparo las sillas.
- No te preocupes, hijo, creo que nosotros tenemos aquí de todo, bajo a buscarlo- mi madre se ofreció a darnos lo que tenía.
- Que no, mamá, que vaya Evelyn, que luego te quedas tú sin.
- Qué más da, ya compraré yo.
- ¡QUE NO!
- Vale, vale, cálmate, si es por vosotros.
- Es que lleva un día un poco tenso tu hijo.

Tenso no, lo siguiente, necesitaba aire, necesitaba estar solo, fumarme cinco cigarros seguidos y relajarme porque estaba atacado y cada instante que pasaba, pensaba que me iba a descubrir. Evelyn cogió el coche y se fue a comprar mientras yo iba doblando las sillas para meterlas en el coche. En cuanto, se fue aproveché para hablar con mis padres.

- ¡Coño, mamá! Te estoy diciendo que no y sigues insistiendo.
- ¿Qué quieres? No lo entiendo.
- Pues que estoy de los nervios, con ganas de vomitar, no he dormido nada y necesitaba estar solo.
- Jajaja, tranquilo, hijo.
- Tranquilo no, que no sé qué me pasa, quiero llorar, me ahogo, estoy super nervioso.
- Se llama amor- mi padre la soltó sin previo aviso con una sonrisa enorme en su cara.
- Coño, como tú quieras, pero me falta el aire y necesito estar solo.
- Bueno, tranquilo, ya verás que todo sale bien.

- Sí, eso espero.

Evelyn volvió a los pocos minutos y se dio una situación muy extraña porque las sillas que fuimos a buscar no cabían en nuestro coche por lo que acabé cargándolas en el coche de mi padre. Habíamos ido para nada, pero, al menos, me había podido tranquilizar un poco. Llegamos a casa y empezamos a preparar, ahora solo quedaba esperar a que empezaran a llegar cada uno de nuestros familiares.

Llegó la familia de Evelyn, nos saludamos y fueron a dejar las cosas. Cada vez que ella se giraba o no estaba con nosotros, me hacían señas, me movían las manos, haciendo ver que estaban nerviosos, me hacían comentarios y, cuanto más me decían, más nervioso me ponía. Luego fueron viniendo mis familiares, nada más verse, se saludaban y abrazaban como si se conocieran de siempre. Era una situación muy surrealista, teóricamente nadie había hablado nunca entre sí, sin embargo, hablaban como si nada. Estaba convencido de que Evelyn se daría cuenta de que algo no cuadraba y me descubriría, pero no fue así. Mientras todos estaban en la mesa comiendo, me pasé la mayor parte del tiempo en la cocina porque no tenía hambre. Evelyn, en repetidas ocasiones, me llamaba, pero estaba tan nervioso que no podía quedarme sentado. No sabía de qué hablar, tenía la sensación de que todo el mundo me miraba y cuanto menos quedaba para la señal, más nervioso estaba. Quería echarme a llorar, quería revelarlo todo y decirle que la quería, que se casara conmigo y poder brindar. Necesitaba respirar. Habíamos quedado en que la señal sería a las cuatro de la tarde, así que a quince minutos de que llegara el momento, me senté a la mesa e intenté hablar y beber un poco antes del gran momento.

- Mi amor estás super raro, ¿no ves que está todo bien?
- Vida, que ya lo sé, pero es que no lo sé, estoy muy nervioso porque estén bien.
- Pero si están de maravilla, parece que se conozcan de toda la vida.
- Ya lo sé, amor, intentaré relajarme.
- ¿Sabes? Nunca había tenido una mesa con tanta familia junta, es increíble, estoy super feliz.
- y yo, mi amor, la verdad es que vamos a formar una familia perfecta.
- Relájate, amor, y vamos a disfrutar, que en breves sacamos el pastel y cantamos. Ya queda menos.

Sus palabras me dieron paz, estaba tan nervioso pensando en lo que tenía preparado que no me paré a ver la escena que tenía frente a mí. Estábamos creando una familia enorme, cada uno con su forma de ser, de pensar, sin embargo, había un ambiente único. Eso es lo que ambos habíamos soñado y, precisamente, porque nuestra familia era así de maravillosa, había pensado en pedirle la mano de esa forma tan especial, así que me relajé un poco, me tomé una copa de vino y, antes de darme cuenta, escuché por el altavoz: “fase dos del juego activada. Día y hora seleccionada”. Se me paró el corazón, todos se levantaron, menos Evelyn, que se quedó parada, también, por más que lo hubiera preparado, no me lo esperaba. Empezaron a apartar todas las cosas sobre la mesa, se pusieron en fila uno al lado del otro, colocaron un trípode para grabar y, en mitad del silencio, comenzó la segunda fase del juego. Empezó su tía Yoli a hablar:

- Eve, ha llegado el momento, hoy es el día y la hora que se predijo que acabarías de leer el libro y, como no has sido capaz de encontrar las pistas, habíamos pensado nosotros en ayudarte. La pista que se te dio era que lo tendrías tú siempre cerca, que, en cualquier momento, podrías darte cuenta de que algo que debería estar en algún lugar, no estaría, y que podrías tocarlo, que

en algún momento lo habías hablado con Jaime, que sería una forma distinta de demostrar cuánto te quiere y que, después de acabar el juego, ya no podrías decir nunca de nuevo “yo te quiero más”. Pues bien, lo que ha faltado todo este tiempo han sido páginas del libro, pequeños trozos de esta historia de amor que todos nosotros hemos vivido y que no estaban escritas.

En ese momento, me derrumbé, tenía que mirar al suelo y dejar que hablaran, se me hizo un nudo en la garganta y no podía hacer otra cosa que aguantar las ganas de llorar. Evelyn me cogió bien fuerte de la mano y, mientras le empezaron a caer las lágrimas, se limitó a escuchar. Antonio, su tío, se sacó del bolsillo un trozo de papel, se puso las gafas y empezó a leer.

- Jaime, vamos a hacer la castellana tú y yo, vamos a hablar un poco. ¿Supongo que lo tienes claro todo no? Sé que las cosas son difíciles, pero Evelyn es una mujer muy buena, es un poco choni, pero tiene buen corazón. Jaime me miró y me dijo que ella había sido la persona que le había abierto los ojos, que le había enseñado lo que podía tener y que, por más odiosas que fueran las comparaciones, Evelyn le daba la vida que él necesitaba. Creía que estaban locos, que eran jóvenes y que esa relación podía durar poco, pero al verlos juntos pensaba que sí podía funcionar, que por muy distintos que fueran, se complementaban. Al final, lo que me nació decirle fue: “Es vuestra decisión lo que estáis haciendo, pero que sepas que yo en todo momento os apoyaré y tranquilo que no le diré nada a nadie hasta que me lo digáis vosotros, así que dame un abrazo, ya puedo llamarte sobrino”.

Le costaba leer, en varias ocasiones tuvo que parar pues se le caían las lágrimas. Mi padre estaba su lado y le iba apretando el hombro, era un momento bonito, único, y ese hombre al que consideraba mi suegro estaba formando parte del día más importante de nuestras vidas. Acabó de leer y estábamos tan emocionados que no nos dimos cuenta de que todo continuaba. Esta vez hablaban mi hermana y mi cuñada.

- Estábamos en el cónclave familiar mi madre, mi padre, mi mujer y yo, veíamos a mi hermano sentado en el sillón nervioso, pero tranquilo a la vez, nos había reunido y no entendíamos del todo por qué hasta que, por fin, lo dijo: había conocido a otra mujer, lo decía serio, pero sonreía porque había encontrado a alguien que le había hecho detonar su relación, que le había hecho ver que sí podía tener la vida que él quería, por lo que no tuvimos ni la menor duda de qué hacer, le apoyaríamos en su decisión y si tenía que dejarlo todo por irse con la persona que lo haría feliz, no había ningún motivo para no apoyarle.

- Además, esta vez se veía que no era una elección loca, quería hacer las cosas bien, por eso nos reunió, sabía que tenía que tomar una decisión difícil. Llevaba tiempo perdido, sin saber qué hacer, y, al final, contó con los suyos, con la familia. Nosotros siempre querremos lo mejor para él, así que no había motivo para no decirlo. Recuerdo que expreso que ya no podía más, que había encontrado a alguien que le daba lo que él quería. Evelyn no rompió la relación que él tenía, sencillamente se encargó de hacerle ver lo que podía llegar a tener y él no necesito más para tenerlo claro: era ella y la tendría.

Mi hermana y mi cuñada se emocionaron y eso hizo que nosotros estuviéramos igual, los sentimientos de toda la familia empezaron a florecer, habían vivido toda nuestra historia, sin embargo desde lados distintos y esta vez estábamos todos compartiendo nuestra vivencias, así no solo nos íbamos uniendo más, si no que íbamos entendiendo hasta dónde podían llegar todos

nuestros sentimientos. Ahora seguía mi padre.

- Mi hijo vino a Dispoll ese día, hacía varios que me escribía, pero no me decía nada, nos íbamos a desayunar y hablábamos del trabajo, nada serio, pero no era lo habitual, normalmente cuando acudía a mí era por alguna razón, pero llevaba días viniendo sin más, necesitaba hablar de cualquier cosa y lo que aún no sabía es que tenía miedo de decirme lo que estaba viviendo. Uno de los tantos que vino, después de desayunar, me dijo que se iba y subí a mi despacho, volvió al instante y me dijo que teníamos que hablar. No me indicó mucho, me explicó por encima la situación y solo que le pude decir que vida solo hay una y uno debe ser feliz, que solo pensara bien en todo lo que tenía y en lo que podía perder para obtener la respuesta correcta, cuando lo tengas claro, actúa.

No pude ni oírlo, por algún motivo, la voz de mi padre siempre me había llegado al alma y quedaban pocos minutos para que me tocara a mí. Evelyn estaba llorando muchísimo, su corazón y el mío iban a mil, notaba cómo palpitaba en mi mano, Siguió mi madre.

- Yo siempre fui un pilar, desde hacía muchos meses tenía un nudo en el estómago porque mi hijo se estaba separando y veía que no era capaz de encontrarse, no acaba de estar bien nunca, todos lo veíamos, pero yo en especial, es mi hijo y lo conozco bien. Recuerdo cuando nos dio la noticia de que se iba a separar, que esa vez era de verdad, ya no podía más, una parte de mí no pudo evitar romperse, sabía lo que venía y no podía imaginar qué pasaría con los niños, con la casa, el trabajo... Mi hijo estaba a punto de girar su vida y con una mujer que acababa de conocer. Cuando me lo dijo, que había conocido a alguien y que no había marcha atrás, vi que él era así, emocional, y había aparecido alguien, sabía que cuando un amor muere no se puede resucitar y, aunque me doliera ver como la familia se rompía, sentí un alivio enorme por pensar que mi hijo podía ser feliz, que podía encontrar ese amor de película que yo he vivido con mi marido, ese amor de libro, del comieron perdices y vivieron felices, un amor que hiciera querer volver a casa cuanto antes para estar con la persona a la que quieres. Si ese amor es el que había encontrado el, sería la primera que al verlo querría celebrarlo.

Mi madre sufrió desde el inicio, había vivido esta historia de amor desde una de las posiciones más difíciles porque ella era conocedora de todo lo que estaba pasando, pero no acababa de entender lo rápido que iban las cosas. El amor aparece y no se controla, crece de manera vertiginosa y no siempre todo el mundo puede llegar a entender las consecuencias que eso conlleva. Ahora le tocaba a mi suegra, la mamá de Evelyn, la persona más importante para la mujer de mi vida. Abrió el papel, se le cayeron las lágrimas y empezó a leer.

- El día que lo conocí hacía muchísimo frío y recuerdo que me escribió mi hija un *whatsapp* para que saliera a la puerta, quería presentármelo, me habían hablado de él por el trabajo y lo que había escuchado no era malo, pero mi hija venía de relaciones complicadas, yo estaba sola, no tenía pareja y lo único que me importa en la vida es que ella sea feliz, solo necesitaba que encontrara a alguien que la quisiera como yo, que la cuidara, así que tenía curiosidad por verle. Llegaron con el coche y se bajaron los dos. Vino directo a darme dos besos con una sonrisa, me dijo que tenía ganas de conocerme y empezamos a hablar. No nos dijimos mucho, mientras Evelyn hablaba, le iba mirando de reojo, se le veía una persona buena, al menos de primeras, y, cuando Evelyn paró de hablar, se lo tuve que decir: “Mira, Jaime, yo lo único que quiero en la vida es que mi hija sea feliz, solo vivo para eso”. Él me miró y sonrió de nuevo, abrazó a mi hija

y me dijo: “Pues ahora tendrás que buscar otra cosa entonces por lo que vivir, ya que soy quien, a partir de este momento, se encargará de eso, tu hija es mía, me he enamorado, ella es mi media naranja y seré quien ahora y por siempre se encargue de hacerla feliz”. Me lo dijo de verdad, lo sentí, no me estaba vacilando, hacía nada que se conocían y parecía que habían estado toda la vida esperándose el uno al otro.

Ver a una madre y a una hija quererse tanto y poder vivir un momento así me dejó sin palabras, la voz rota de Manoli me rompió el corazón, sentía su amor hacia ella en cada palabra, en cada gesto, en cada mirada. Evelyn estaba llorando tanto que pensaba que se iba a ahogar. No escuchaba nada a mi alrededor, como cuando tienes un accidente y va todo a cámara lenta. Quedaban pocos minutos para mi momento y no sabía ni dónde estaba. quería llorar, quería dormir, me entró un sueño demoledor. Estaba temblando de nervios y no podía controlar las lágrimas. El tiempo se estaba congelando y ahora llegaba la parte final.

En ese momento, Luis y Merche, los padres de mi cuñada, se acercaron a nosotros, estaba toda la familia emocionada y, por suerte, ellos trajeron algo de tranquilidad para poder seguir. Tocaba el colofón final y, de manera divertida, ellos se encargaron de poner la guinda del pastel.

- Bueno, Evelyn, siete pistas te hemos dado, Jaime te dijo que cada una que encontraras te llevaría más cerca de la siguiente, que cuando encontrarás siete, la ocho la reconocerás al momento, así que te pregunto: ¿ya sabes lo que es o necesitas que te demos la última de todas?

- No entiendo nada - Evelyn no podía para de llorar, me miraba desconcertada. Yo no podía hablarle, se me caían las lágrimas, pero tenía claro cómo debía acabar. Merche, con su mejor sonrisa, siguió con el juego.

- Desde que os conocéis, habéis soñado con muchos momentos juntos y cada uno le ha contado lo que quería en la vida al otro: Jaime siempre te ha dicho que quiere una gran familia unida y ser rico, tú siempre le has dicho que no necesitas cosas materiales, que solo querías una cosa, que alguien en concreto estuviera presente para disfrutarla, así que la última pista, la más evidente, es la que está dentro de la caja que el primer día no abriste.

Merche se fue a buscar la caja que había estado en el escritorio desde el comienzo del juego, esa caja que, teóricamente, contenía el final. La cogió, se acercó a nosotros y, sin ofrecérsela directamente a Evelyn, su abuela, de la mano de su primo, se acercó muy despacio a ella. Evelyn empezó a llorar, esta vez sin reparo, sin aguantarse nada estaba su abuela abriendo la caja que llevaba desde el primer momento ubicada en el mismo sitio y, mirándola a los ojos, le dijo: “Suerte que no abriste esta caja el primer día, ya que este regalo no era para ti, era para mí”. Dentro había exactamente lo mismo que en la que destapó al inicio del juego a excepción de una carta más, la última parte. Dada su dificultad con la lectura, fue su primo Jose quien la leyó, agarrándola con las dos manos, mientras a la abuela se le caían las lágrimas de la emoción.

- Estábamos los dos sentados en La Clau, ese restaurante se había convertido en nuestro sitio, allí soñábamos y nos conocíamos como si el tiempo perdiera todo sentido, estábamos solo nosotros y el resto del mundo dejaba de existir. Recuerdo ese día como si fuera hoy, hablando me dijo que su ilusión era casarse, le dije que la mía no lo era, que no me lo había planteado nunca, supongo que casarse se hace cuando encuentras a alguien de quien no pretendes separarte jamás. Ella me empezó a explicar la ilusión que le hacía, me enseñó trajes de novia, tipos de

pedida distintos a los habituales y, al final, entre risas, le advertí que algún día si nos casáramos, pero que no sabía cuándo, antes quería una casa, quería muchas cosas. De golpe, se me quedó mirando, seria, emocionada y me explicó que su ilusión no solo era casarse con el amor de su vida si no que su abuela, Ana, estuviera ahí con ella, que pudiera estar bien para celebrar y brindar, para bailar, para recordar y poder compartirlo todos juntos.

Pues bien, Evelyn, aquí está tu abuela frente a ti, aquí está la familia que tanto os quiere y que tanto queréis y esta es la decisión que solo tú puedes tomar, nadie sabe qué pasará según lo que elijas. Te queda por tomar una decisión más, así que dinos, **¿qué vas a elegir ahora?**

Había dado un paso para atrás, Evelyn estaba llorando como no la había visto nunca, era un llanto incontrolado de sentimiento y emoción. Me situé detrás de ella, roto, muerto de miedo, muerto de emoción porque había llegado el momento, ese instante único en el que podía decirle cuánto la quería con una sola petición. Quería hacer ese momento como ningún otro, quería mi cuento de hadas, mi pedida perfecta, así que, cuando se giró delante de todos, con lágrimas en los ojos, metí mi mano en el bolsillo, saqué una cajita con el anillo, me arrodillé y tuve las fuerzas para soltar lo que hasta la fecha ha sido la frase más importante de mi vida:

- Evelyn, mi amor, ¿quieres casarte conmigo?

Me miró, llorando y sonriendo, junto a toda la familia, nuestras familias, todo lo que habíamos soñado, cada momento, cada instante vivido resumido en una frase y solo una respuesta, algo para no olvidar. Tenía la mirada más bonita con la que me han mirado nunca, la voz más dulce que he escuchado jamás y la sonrisa más dulce que he sentido en mi vida. Me contestó:

- Sí, quiero.

Reflexion

Toda la vida soñando con encontrar a esa persona que es perfecta para ti, imaginando y creando un prototipo que uno cree que le cuadra y, de repente, sin elegir nada, sin tener opción, aparece alguien en tu vida y te la cambia. Conocí a Evelyn y ni siquiera nos miramos la primera vez, éramos como héroe y villano, sin embargo, en nosotros se encendió la chispa, la necesidad de conocernos. No fue fácil, la ansiedad vivida en esos días que ahora cuento con bonitas palabras no me dejaba apenas respirar. No quiero ni imaginar el sentimiento que tuvo que sentir Patri al aceptar que la estaba engañando y no querer verlo. No quiero imaginar qué tiene que ser lo que pasó cuando fingimos ante su familia que todo iba bien ni tampoco creo que pueda llegar a sentir jamás el dolor del abandono el primer día del año, no solo de tu pareja, sino de tu familia, ya que dejé también a los niños atrás. Muchas veces pienso cómo hubiera escrito esta historia Evelyn, qué sensación de frustración habría descrito al ver cómo la persona que amaba, la persona que le juraba amor eterno, la dejaba siempre como primera opción cuando tenía que tomar una decisión que pudiera doler a varias personas. Ni imaginar qué pasó por su mente todas las semanas, que mientras le decía que la amaba sabía que volvía a casa para estar con mi mujer. No puedo imaginar siquiera lo que sentiría su familia al ver el romance que estaba viviendo conmigo, pero lo que sí puedo decir es que volvería a tener una y mil veces esta experiencia si fuera la única manera de encontrar ese amor que te llena el alma, esa conexión que parece mágica, que hace que se terminen las frases a la vez, que hace que las tonterías más grandes saquen las mayores sonrisas, ese amor que te hace sentirte adolescente y que hace que te olvides de todo lo que hay alrededor.

Ya he vivido mi historia y lo único que puedo decir es que ha merecido la pena, tengo a mi media naranja, a mi compañera de vida, a mi amante pasional, a mi amiga de copas, a mi pareja de baile, a mi psicóloga, a mis ganas de levantarme cada día con una sonrisa, a mis ganas de querer viajar, mis ganas de querer sentir, de querer vivir, tengo todas esas cosas en ella y con ello puedo decir que he encontrado el sentido que jamás supe encontrar a la palabra amor verdadero.

Epílogo

Ángel y demonio

*«Renunciar a mi pasión es como desgarrar con mis
uñas una parte viva de mi corazón».*

Gabrielle D'Annunzio

Ella, mi querida Evelyn, la persona a la que más he amado, la que más he deseado... Por fin, después de unos meses, soy capaz de empezar a encontrar las palabras para describirla. Siempre me he considerado bueno usando palabras para relatar situaciones y sentimientos, pero, por primera vez desde que me enamoré, las palabras se me empezaron a atascar, esa capacidad empezó a desaparecer... En ese momento, cuando las palabras ya no salían, aparecieron las miradas.

Miradas

Cómo describir eso... Supongo que es como que mil palabras quedaran atascadas en la punta de la lengua, es como un calor que invadió mi cuerpo y una nueva experiencia creció en mí. Creo que una parte era inseguridad por poder decirle lo que veía, expresarle mis pensamientos, darle todas esas palabras y que las ordenara ella o que las leyera todas. Cuando eso me sucede, aún hoy, aparece una sonrisa en mi cara, sube la pasión por mi cuerpo y solo puedo mirarla, quedarme observando su cuerpo, mirando su sonrisa, sus ojos, su nariz, su pelo rubio y largo, su cuerpo perfecto...

He descubierto con ella que las miradas hablan: las sinceras son capaces de transmitir tanto o más que las palabras. Así que, podría decir, aún no encuentro el léxico para describir ese lado tierno que tiene, ese lado bonito que me hace sentir, ese lado dulce que me da calor, que me da luz, que me relaja y hace que cualquier preocupación desaparezca. Esa sensación es tan increíble, que solo alcanzo a describir una parte. Me atrevería a decir que hay miradas que dicen más que mil palabras, y mirarla, cada momento, es la única manera que tengo a día de hoy de decirle todo lo que siento por ella, lo que la adoro, lo que la quiero, lo que no soy capaz de decir, ya que, incluso esto que escribo, esto que siento, se define mejor cuando la miro, cuando me sonrío y veo que se acerca a mí. Entonces, mi inconsciencia la aparta, la aleja un poco porque lo único que quiero es seguir mirándola.

Esto entra en conflicto conmigo mismo: quiere tenerla, besarla, pero también seguir mirándola y, en esa batalla, no siempre gana el mismo bando, ya que, cuando se acerca a mí, aparece otro nuevo sentimiento.

Besarla

Sus labios cómo describirlos... Hay veces que cierro los ojos al besarla y me hace soñar, me transporta a un lugar donde el tiempo se para, donde no necesito nada más... Es una textura

nueva para mí. Al acercarse, antes de llegar a unir sus labios con los míos, siento un calor que parece un prólogo a un sueño perfecto, como que mi imaginación, antes de entrar en contacto, ya recrea esa sensación de bienestar... Es como si me relajara y, a la vez, me acelerara el corazón. Me recreo en un momento indescriptible antes de que por fin se unan nuestros labios. Es ahí cuando despierto de mis sueños para encontrarme con una realidad aún mejor, como si cogieras una manta de terciopelo recién sacado de la secadora, que aún está caliente, suave y dulce, con esa fragancia que te hace respirar fuerte, que te hace querer oler, y acabas suspirando de complicidad al saber que con ella te vas a arropar. Así son sus labios, eso es lo que me hace sentir, la sensación de querer suspirar como si el mayor placer me invadiera. A esto le sigue un mordisco, no puedo evitarlo, ya que mi imaginación vuela libre y, al sentirse cerca de esa tentación, después de suspirar, después de sentirme complacido, me invade un deseo que me ciega y me aleja de la realidad en la que me encuentro. Su lengua caliente, húmeda, deliciosa... Cómo describir el sabor, es como jugar con las texturas más distintas, pero mejor combinadas que existen: pasar de esa dulzura, la suavidad, el olor y la sensación de complicidad añadida del suspiro a un deseo incontrolable, a un sabor único que irrumpe en mí y que, únicamente, me da ganas de morder, de seguir juntando mi lengua con la suya, que hace que, por momentos, la ternura me invada y me apetezca besarla solo para sentir sus labios, como si estuviéramos comenzando una conversación entre dos desconocidos, tímidos, queriendo quedar bien, buscando una formalidad que hace que, al besarme con ella, solo busque que esa sensación relajada y me permita poder cambiar de manera rápida el efecto de su lengua con la impresión de sus labios. Sin embargo, hay otras veces en la que esos besos me aceleran el corazón y noto como si me embriagara su saliva, como si estuviera introduciendo un veneno que hace que pierda el control, que me hace a mí ser lascivo, sucio, que hace que mis pensamientos trasciendan a otro nivel y solo piense en aquellas cosas que nunca hago: quiero morderla, arrancarle el labio, morderle la lengua... Una parte de mí se muere de ganas de tenerla, de absorberla, de conseguir más que un beso, de poseer su boca. Le pido que saque la lengua y, en ese momento, solo veo el pecado, mi satisfacción, mi perversión realizada y la lamo. Al comérmela, noto cómo la sangre me hierve y un deseo incontrolable se desplaza por mi cuerpo, solo quiero seguir, arrancarle la ropa, tirarle del pelo, forzar a que abra más su boca, que me dé más, que me siga dando eso que solo yo quiero. En esos momentos no la veo, no sé pensar ni hablar, solo busco satisfacer mi placer. Hay veces que la sensación me embriaga y me descontrola tanto que ni el sexo es comparable. Es como correrse, como llegar a ese éxtasis instantáneo, como nacer. Por más que te expliquen lo que teóricamente se siente al separarme de ella, al dejar de hacerlo, al soltar sus labios, pierdo ese recuerdo y solo queda en mí una sensación de estar vivo, de estar enamorado, de estar en el cielo flotando, de placer...

Olerla

Hay momentos en los que, al acercarme a ella, me invade una fragancia que no es su perfume sino su olor. Podría describirlo como algo hipnótico, que te hechiza, que te duerme. Es como cuando el cansancio te puede, cuando sientes un agotamiento, pero placentero, como desmayarse. Todo el mundo ha tenido una sensación así, pero, en medio de esta, en ese punto en el que parece que tu cuerpo ya no puede aguantar su peso, entra un contraste que te despierta... Al olerla, a veces se le eriza la piel... Es como cuando una flor desprende su aroma, cuando una rosa se abre. El olor me invade y me nace un instinto primario que se apodera de mí... En la naturaleza, los mamíferos se atraen entre ellos por el olor, en las épocas de reproducción el

instinto de supervivencia y procreación de la especie actúa y la llamada entre sexos es por este elemento. Supongo que es raro el acercarse a esa persona y olerla, mejor dicho, esnifarla, sentir que quieres que entre por tu nariz hasta que llene tus pulmones y te deje esa sensación de placer. Como drogarse, tarda unos instantes en hacer efecto, pero, poco a poco, empiezas a sentirlo. Su cuello tiene un aroma dulce, que te embelesa, que te deja atónito, sin palabras. Soy consciente, aun cuando lo hago, y una parte de mí siente vergüenza, ya que no sé qué experimenta ella; a otra parte de mí le da igual, pero ahí, en ese momento en el que voy bajando, sigo siendo consciente. La sensación de su olor combinado con el placer de sus besos me permite seguir dejándome llevar hasta llegar a su espalda. Me encanta que ella se encorve, que baje la cabeza y cierre los ojos para poder ir oliendo y bajando por su piel hasta llegar a esa zona lumbar donde su olor cambia. Su piel es suave, deliciosa, y al tacto de mi nariz, con el contraste de olor empieza, a hacerme perder la cordura y dejo de pensar en lo que está sintiendo ella. Sigo oliendo y ya no es tan dulce, es más cálido, más sensual, ya que esa zona, esa parte de su cuerpo, no tiene tanto contacto: la espalda siempre la llevamos protegida. Tiene un olor dulce muy suave. Me empieza a hacer perder los nervios, me dan ganas de pellizcar un trozo de su carne para después de olerla, poder morderla y saborear su piel.

Me empieza a transportar a mis fantasías si estoy bien, si venimos de un momento bonito o de una experiencia tierna. Me provoca es amor si no estamos haciendo nada, si sencillamente estamos tranquilos, hablando de cualquier trivialidad. Dejo de escucharla y notó como cada segundo que pasa me empieza a poner más y más caliente, cómo crece sin parar. Me duele el placer que siento y saber que estoy tan cerca de poder tocarla, lamerla, hacerla mía.... Es el olor único que hace que la atracción entre sexos vaya más allá del razonamiento y aparece el instinto primario que hace que deje de pensar y solo deje satisfacer a mi cuerpo.

Tocarla

Como sensación única está la de poder acariciarla. Su cuerpo tiene una peculiaridad, tiene algo parecido a cicatrices que se forman de manera trivial, no tienen ningún tipo de justificación, le pasa a una de cada mil personas. Hasta en eso es sublime. Esta emoción es la que más me avergüenza describir. Todo el mundo ha tenido una primera vez con inseguridad, con timidez. El ser humano tiene sus fantasías, sus perversiones y, de hecho, aceptamos la gran mayoría de veces que no podemos tenerlo todo. Gracias a eso, la industria del porno mueve millones... Una vez, cuando tenía unos quince años, estaba sentado con mi abuelo viendo una película de mafiosos y oí: " Tengo mujer y tengo una amante, ya que no puede ser que la madre de mis hijos sea tan puta como la zorra que me estoy follando". Curiosa forma de ver la vida, pero qué gran verdad... Por norma general, buscamos lo que nos conviene, aquello que nos cuida, que nos hace sentir bien y fantaseamos con lo que podríamos haber hecho.

¿Cómo seguir describiendo todo? Ella es como las dos a la vez: tiene la capacidad de cambiar, de mirarte y arrugarte el corazón y, en un segundo, hacerte detonar. Cuando estoy con ella y nos invade la ternura, veo a una dulce chica que lo único que quiere es abrazarme y, como mucho, hacer el amor. De repente, te mira y cambia su gesto: sus labios se humedecen y su olor cambia, es como una sensación extraña que, aunque ya esté un poco acostumbrado, aún me bloquea. La sigo porque quiero complacerla en ese instante, pero no me veo capaz... Nunca había tenido algo

así, nunca había sentido esto... Cómo la mujer bonita que tenía delante y que me había convencido para hacer el amor se había convertido en ese sueño porno en tan solo un segundo; cómo ese aroma dulce, esa mirada tierna, en un instante había podido convertirme en eso. Quien lea esto y solo tenga una de esas dos caras no me podrá entender jamás... A mi edad, 34 años, me atrevería a decir que he estado con mujeres de todo tipo y he probado muchas cosas, pero esta experiencia es nueva. Ella tiene esa capacidad, la de cambiarme, la de hacerme ser el ser más afortunado del mundo, pero a un nivel tan alto que el cuerpo, hasta que se acostumbra, no puede seguir.

En mis primeras veces, el miedo se apoderaba de mí, no solo por el estado en el que me encontraba sino porque, en nuestras primeras citas ya hablamos de sexo, al final, el alcohol te desinhibe y el poder verbalizar todas tus fantasías ante una mujer como ella me empoderaba. Esa sensación de desafío, de querer demostrar que nadie puede domarte, de expresar que a partir de una edad ya eres un hombre experimentado, alguien que no puede probar nada nuevo... ¡Menuda sorpresa!

Cómo describir su cuerpo... Las primeras veces solo con rozarla se humedecía, su sexo palpitaba y ella sonreía, pero solo de placer sino sabiendo que tenía el control que te da el saber que puede liberarse a un nivel donde se deja llevar lo suficiente como para no sentir siquiera dolor, como un animal. Su olor se vuelve más fuerte, más ácido, me embriaga más. Su tacto se torna más suave y más duro, como cuando acaricias un abrigo puesto en alguien, por fuera sientes la suavidad, pero sabes que debajo está tenso, así es su piel cuando ella está lista y su tacto cuando llega el momento. Sus labios salivan más de la cuenta y su saliva cambia de sabor a uno más adictivo, tanto, que ella sabe que no vas a salir de ahí, como una trampa, como si de algo premeditado se tratara, como si ella fuera quien juega contigo y tú te ves atrapado en una sensación de placer infinito, pero bajo el poder de otro... En esos momentos, algo dentro de mí me hace perder el control y la poseo, pero cuanto más crezco, más me da ella, cuanto más duro estoy, más mojada está ella; cuanto más muerdo, o más descontrolado estoy, más lo hace ella. Es como una sensación única, como estar en una carrera donde ves que la persona que tienes atrás va a adelantarte en cada momento. Ella te hace sentir especial y, realmente, no tiene fin... Te hace sentir un hombre, un macho de los de antes, en todo su esplendor. Sin embargo, tal es su deseo, su control, su placer, que hay momentos en los que sientes que te despierta, que no estás lo suficientemente preparado para satisfacerla. Tienes tantas posibilidades, tantas fantasías que sabes que puedes realizar... Crees que su cuerpo es tuyo, que su deseo es tuyo, y da hasta miedo. Por momentos, vuelves a conectar con la realidad, la ves pidiendo más, dándote todo lo que sueñas, lo que pides, lo que necesitas, tanto que no sabes cómo poderlo controlar, como si a alguien pobre, que no tiene ni para comer, le dieran 300 millones de euros. De tan poco a tanto, por dónde empezar. Así me siento, así me hace sentir. Es la perfección hecha mujer, el deseo y el placer a tu disposición, la conversión de ángel a demonio en segundos, la lujuria y el amor en un instante, mi todo, mi tanto, que igual que aún no encuentro las palabras para describir lo que siento, no encuentro la manera de dejarme llevar y poder cumplir lo que ella me ofrece. Debo poder fraccionar lo que ella tiene para acabar de llegar a que seamos uno solo, completos, piel con piel, sexo con sexo, una pieza que encaje perfecta.

Ella

Ella es mi querida Evelyn, la persona que vino a cambiar mi mundo, que es capaz de provocar esas sensaciones, de mirarte con una sonrisa y hacer que todo pase. Desde que la conozco, ha tenido un poder único, algo que jamás me había pasado y que, desde este momento, me atrevo a nombrar como amor verdadero. Es un poder que solo una persona en el mundo puede aplicar en ti, como si pudiera tocar y calmar tu alma. Ella es esa persona para mí, quizás la más distinta que podía imaginar, mi antagonista y, sin embargo, tiene el poder: me mira, sonríe y hace que ya no exista nada más. En los momentos difíciles no mimetiza tu sentimiento de malestar, es como si no lo aceptara. Sabe que todo está bien mientras los dos estemos juntos, por lo que es capaz de bajar los problemas, de hecho, hace que no exista un problema sin solución. Aguanta cualquier situación, es fuerte. Tiene esa esencia que te hace ser especial, quien te mira como si fueras único, quien te toca como si fueras el más grande, el mejor. Es quien te acompaña, se adapta, soluciona, te cuida, te ama, te folia, te desea, te enamora, te quiere y te enseña el verdadero significado del amor, de la conexión entre personas, sin importar estereotipo, te hace renunciar porque con ella ya tienes lo que necesitas. Te hace acostarte pensando en ella y levantarte sonriendo, buscándola en tu lado de la cama sin importar si está o no. Es mi musa, mi inspiración, la que hace que las palabras salgan del corazón, hace que pierdan sentido, que mi cuerpo pierda el control, crea la película del “Para toda la vida”. Ha hecho que entienda que esto es amor para toda la vida y que no vale con aceptar aquello que no está completo. Hizo que una mañana me despertara, rodeado de lujos, con una mujer y dos niños y que no me sintiera lleno. Me hace sentir tanto... Me ha hecho mirar a los ojos a la persona que me acompaña y sentir tristeza por la persona que voy a dejar y que sé que, aun deseándole lo mejor, jamás va a encontrar lo que he encontrado.

Cómo puedes sentir tanto por alguien que conoces de tan poco es una buena pregunta de fácil respuesta: porque es tu alma gemela, tu hilo rojo, tu destino, el amor de tu vida. Ella es mi querida Evelyn.

A ti, Evelyn:

Una historia de amor para recordar.

Un día cualquiera, sin darme cuenta, te cruzaste en mi camino, pero no de una manera normal, no en una típica situación, como todo en nuestra historia, las piezas del puzle estaban sobre la mesa y sin que nadie las tocara, fueron encajando perfectamente. En nuestro restaurante tomamos algo por primera vez, yo formal, serio y perdido, tú con tu forma de ser, con una sonrisa, mostrándome en cada momento que la importancia de las cosas gira en torno a lo que uno necesita en la vida. Me enamoré de ti, sin darme cuenta, fui descubriendo contigo lo que era conocer a alguien, encontrar a alguien sin que nada estuviera previsto, las palabras y vivencias fueron encajando, dando forma a nuestro cuento.

Recuerdo la vez que nos sentamos juntos para hablar de lo que para los dos era el amor, lo que era tener una historia de cuento y cómo la describiste, empezaste a explicarme lo que era para ti enamorarse y fui siendo partícipe de esa historia. Entre recuerdos, he pensado crear este libro para nosotros, para que siempre tengamos vivo el sentimiento que nos ha llevado hasta aquí.

Cómo demostrar cuánto te quiero si no tengo las palabras suficientes para expresarlo, cómo demostrar cuánto siento por ti de una manera que jamás se te olvide. Para nuestro aniversario, pensé que para mí esa marca en tu pecho era como una cicatriz de haber entregado tu alma y tu corazón, puesto que desde que te conocí, sin que pudiera evitarlo, te entregué mi vida. La forma que tengo de que lo recuerdes es llevando en el mismo lugar esa misma marca, porque así, cuando nos veamos, entenderemos que ambos nos lo hemos dado todo.

Cómo inmortalizar cada momento y cada instante de cómo nos conocimos: escribiendo un libro que pueda hacerte entender lo que me hacías sentir, lo mucho que me estaba enamorando y sintiendo por ti, lo increíble que fue el despertar de mi vida. Cada copa que bebimos juntos, cada conversación que tuvimos se quedó marcada en mi ser. Recuerdo cuando me dijiste que querías casarte, que querías compartir tu vida con alguien para siempre, que, si encontrabas a la persona, querías vivir ese momento mágico donde, como una princesa vestida de blanco, la más hermosa del mundo en ese instante, celebrarías con tu familia y amigos, y en especial con tu abuela, que tu amor iba a ser para siempre. Me enseñabas vídeos, fotos y maneras originales de cómo alguien podía pedir matrimonio. Yo ya tenía claro cómo lo iba a hacer.

Un libro incompleto, un libro al que le faltaban momentos de nuestra historia, un juego en el que descubrir, poco a poco, que no había manera más bonita de pedir matrimonio que en la que no solo fuera yo quien lo hiciera, si no que todos aquellos que han vivido nuestra historia te contaran un poco de lo que sintieron, que me dieran las fuerzas y sus sentimientos para poder hacer aquello en lo que se ha convertido: en la cosa más bonita que he hecho hasta la fecha, que te casaras conmigo.

Entre risas, aquel día dijimos: “Mi amor, ¿te imaginas que escribiéramos un libro, que lo

publicaremos y nuestra historia de amor fuera la que nos hiciera poder casarnos como jamás hemos soñado?” y, al acabar de escribirlo, tú, el amor de mi vida, permitiste compartir esa historia con el mundo y con nuestro mayor deseo lo publicamos.

Tardé solo un segundo en estar sentado a tu lado por primera vez cuando vi que en ti había algo especial, tardé un minuto en sentir que el tiempo no tenía sentido y que teníamos una conexión mágica, tardé solo una hora en darme cuenta que no quería separarme de ti nunca más, tardé una semana en percatarme de que había encontrado el sentido a enamorarse de alguien, solo un mes en conocer que te quería, que no podía perderte y solo he necesitado un año para saber que mi vida sin ti ya no tiene sentido, que eres la mujer de mi vida y que este recuerdo que hemos creado es el sueño más bonito que jamás podría haber tenido.

Te quiero, mi amor, fin del juego.

Espero, mi amor, que con este libro puedas llegar a entender cuánto te quiero, pues ya han pasado dos años desde que nos conocimos y esta es mi manera de decirte que te amaré por siempre. 41.5875267-2.1793243